

DAVID MARÍN HERNÁNDEZ

ESTUDIO Y EDICIÓN DIGITAL DE
HONORÉ DE BALZAC
HISTORIA DE LOS TRECE

Traducción anónima
Cádiz, 1844

Edita

Proyecto de investigación I+D, HUM-1511
La traducción como actividad editorial en la Andalucía del siglo XIX:
Catálogo y archivo digitalizado

Málaga, 2010

Una traducción anónima de *Histoire des Treize*

David Marín Hernández
Universidad de Málaga

1. Sobre la obra original

La publicación de la trilogía *Histoire des Treize* (1833-1835) marca un giro estilístico en la producción literaria de Balzac. En las tres entregas de esta obra los elementos prototípicos del relato romántico apuntan ya hacia concepciones más propias de la escritura realista. De toda su prolífica y variada obra, las tres novelas de esta serie son las que presentan un romanticismo más marcado. El hecho de que Balzac dedicase las tres novelas de la trilogía respectivamente a Berlioz, Listz y Delacroix nos demuestra también hasta qué punto estaba identificado con el movimiento romántico en todas sus facetas artísticas. Además de pasiones exaltadas, de personajes desesperados por amores imposibles, de continuas sorpresas argumentales y de personajes dotados de capacidades extraordinarias, resultan especialmente interesantes los ingredientes propios de la novela gótica y del relato fantástico que Balzac introdujo en la trilogía (Petitier, 2002: 45).

Se ha destacado también que el elemento de unión argumental entre los tres episodios es una sociedad secreta integrada por los trece miembros a los que alude el título. El secretismo de las asociaciones de malhechores, ingrediente habitual en muchos relatos románticos, estaba fuertemente enraizado en el imaginario balzaquiano. La seducción que experimentaba el novelista romántico ante los grupos marginales se debía, entre otras razones, a que el secretismo de dichos colectivos permitía al narrador plasmar en la novela uno de sus estilemas preferidos: «desvelar» realidades profundas inadvertidas por la mirada del profano. Las continuas falsas apariencias constituyen el *leitmotiv* del relato de Balzac, como ha puesto de relieve la crítica más actual (Hanoosh, 1991: 128 y siguientes; Petitier, 2002: 46). Los rostros, las vestimentas, los gestos, los idiolectos de los personajes son signos —enigmáticos y, en ocasiones, engañosos— que si se rastrean e interpretan adecuadamente pueden desvelar los impulsos que de su comportamiento. Las famosas *fisionomías* de Balzac, presentes en muchas de las páginas de esta trilogía, son un buen ejemplo de ello. El relato se nos presenta como una forma de descubrimiento de verdades ocultas (los engranajes del sistema social fundamentalmente). El narrador romántico —y, en ocasiones, algunos de sus personajes— están dotados de una *capacidad hermenéutica* (Dumassy: 2006) que les permite decodificar los signos sociales y llegar a captar un sentido de la realidad no visible para quienes no saben mirarla adecuadamente

Pero son fundamentalmente las calles de París las que adquieren protagonismo en *Histoire des Treize* en tanto que signos materiales que remiten a significados ocultos. La descripción con la que arranca *Ferragus, chef des Dévorants* es una declaración de intenciones por parte de Balzac: París es un *texto* que sólo puede ser interpretado por quien sabe observarlo con perspicacia; cada calle de la capital *significa* algo y, además, transmite su significado a sus habitantes. La reputación de las calles parisinas no es el resultado de la clase social de quienes viven en ellas, sino que, al contrario, éstas parecen cobrar vida y personalidad por sí mismas; llegan incluso a impregnar con su aura semiótica a quienes transitan por ellas. Resulta revelador que toda la trama de la novela se active cuando uno de los personajes se topa casualmente en una calle de mala reputación con una conocida a la que nunca habría imaginado en tal lugar: los

respectivos *significados* de la mujer y de la calle no encajan, y, al no hacerlo, plantean un enigma que debe resolverse.

Son justamente estas observaciones sobre la capital francesa las que nos muestran algunos de los rasgos realistas que presenta la trilogía, que hacen de *Histoire des Treize* una obra de transición en la extensa producción literaria de Balzac. Las minuciosas descripciones de París —en ocasiones de un marcado tono naturalista, como en las primeras páginas de *La Fille aux yeux d'or*—, así como las reflexiones sociológicas dispersas en esta trilogía nos muestran la naturaleza realista que iría adquiriendo progresivamente la obra de Balzac. Son muchos los pasajes de la trilogía en los que resulta visible la preocupación del novelista por mostrar los vínculos entre el mundo interior de sus personajes y su entorno social. Tanto la naturaleza de los sentimientos como su modo de expresarse están determinados por el ambiente social, por el momento histórico que les ha tocado vivir. El entorno en el que los personajes conviven determina los lazos sentimentales que los vinculan.

2. Sobre la traducción

La traducción que se ofrece en esta edición digital se publicó en Cádiz en 1844, sin indicar el nombre del traductor, por la Imprenta de *El Comercio*. Aunque en esta fecha ya habían aparecido en Francia las tres novelas que componían *Histoire des Treize*, en esta edición sólo se tradujeron las dos primeras entregas de la trilogía. La traducción gaditana se caracteriza, en general, por seguir fielmente el texto original. Precisamente por ello, algunos desvíos en la traducción de los títulos de las novelas resultan llamativos. En primer lugar, el título de la primera de las novelas que componen la trilogía no guarda ninguna relación con el original: *Ferragus, chef des Dévorants* aparece traducido por *Una muger desgraciada*. Una posible explicación de este desvío es que tan sólo un año antes se había publicado en Madrid, también de forma anónima, otra traducción de esta misma novela de Balzac. La traducción literal del título francés (*Ferragus, jefe de los Devorantes*) ya había sido utilizada en esta edición madrileña, por lo que es posible que los responsables de la Imprenta de *El Comercio* decidiesen difuminar el parecido entre ambas publicaciones optando por un nuevo título.

Este nuevo título, por otra parte, refleja la preocupación de la edición gaditana por subrayar las vetas más sentimentales de la obra de Balzac en detrimento de aquellos otros aspectos más cercanos a la novela negra. El personaje de Ferragus y su banda de Devorantes hacen referencia a una sociedad secreta de malhechores, de manera que, al mencionarlos en el mismo título de la novela, Balzac estaba adscribiendo su relato al género negro. Parece que la editorial gaditana consideró que dicho género literario no iba a resultar especialmente atractivo a los lectores españoles; por el contrario, para los editores de la imprenta de *El Comercio* el principal aliciente de la obra era la historia sentimental entre Jules Desmarets y su esposa Clémentine. Esto explicaría que muchos de los cambios introducidos por el traductor en la versión española apuntasen en la misma dirección: reducir los elementos más sórdidos del texto francés para insistir en los más pasionales. El cambio de título formaría parte de esta estrategia: el malvado personaje de Ferragus desaparece del título de la novela para que su lugar lo ocupe la desgraciada Clémentine —la desgraciada mujer a la que se hace alusión en el nuevo título—.

La traducción del prefacio de la trilogía respalda esta hipótesis. En este paratexto, además de un breve resumen sobre los trece enigmáticos personajes que integraban la sociedad secreta de los Devorantes, Balzac ofreció también a sus lectores algunas pistas acerca del género literario al que se adscribían las tres novelas. Al adelantar estas claves interpretativas, el novelista mencionó concretamente la novela gótica de terror de Ann Radcliffe; la historia de esta sociedad secreta es tan negra como cualquiera de las novelas de Mme. Radcliffe, decía Balzac: «Depuis la mort de Napoléon, un hasard que l'auteur doit taire encore a dissous les liens de cette vie secrète, curieuse, autant que peut l'être *le plus noir des romans de madame Radcliffe*» (subrayado mío). Sin embargo, el traductor español debió de pensar que esta referencia a la novela negra podría restar lectores a la publicación, de manera que optó por cambiar el género literario del texto y convertirlo en una novela sentimental: «Después de la muerte de Napoleón, un acaso que el autor debe callar todavía disolvió los lazos de esta vida secreta, curiosa, tanto como puede serlo *la mas melancólica de las novelas de Mad. Radcliffe*» (subrayado mío).

Cabe destacar igualmente los descuidos filológicos que presenta la traducción gaditana. A la hora de determinar el texto original sobre el que el traductor había de trabajar se tomaron decisiones discutibles. No parece que el criterio fundamental de esta edición fuese el de ofrecer a los lectores españoles la versión del texto original más acorde con la voluntad literaria de Balzac, pues se trabajó con una de las primeras ediciones francesas, que no reflejaba ninguno de los cambios realizados por el novelista galo en ediciones posteriores. En 1844, año en que se publicó en Cádiz esta traducción, ya había aparecido en Francia *La Fille aux yeux d'or*, la tercera novela con la que se cerraba la trilogía *Histoire des Treize*, de manera que la editorial gaditana estaba presentando a los lectores españoles una versión incompleta de esta obra, pues tan sólo ofrecía la traducción de las dos primeras entregas (aunque, de forma poco honesta, agrupó estas dos novelas bajo el título de la trilogía sin hacer ninguna advertencia sobre la amputación a la que había sometido al texto). O bien esta editorial desconocía la existencia de una tercera novela en la trilogía de Balzac, o bien, aun sabiendo que ya se había publicado este tercer episodio, optó por prescindir de él (no es irrelevante, a la hora de intentar elucidar las razones de esta decisión, que *La Fille aux yeux d'or* sea, desde el punto de vista temático, la más audaz de las tres novelas que conforman la mencionada trilogía: quizás la homosexualidad de la *muchacha de ojos de oro* pudo influir en que el traductor español no incluyese esta novela pese a formar parte de la *Historia de los Trece*).

Por otra parte, los textos originales de las dos primeras novelas habían sido modificados por Balzac en posteriores reediciones. Estas modificaciones, importantes para la interpretación de la novela pese a no ser muy extensas, pasaron desapercibidas al responsable de la traducción gaditana, ya que estaba trabajando con una edición anticuada de la novela francesa. Para comprobar la importancia de los cambios introducidos por Balzac, baste señalar uno de los más visibles: la segunda de las novelas de la trilogía, *Ne touchez pas la hache*, pasó a titularse en posteriores reediciones *La Duchesse de Langeais*, título definitivo de la obra por el que se la conoce actualmente. En la edición de Cádiz, sin embargo, sigue apareciendo el primero de los títulos: *No toquéis el hacha*.

La presencia de este título hace pensar que la traducción gaditana publicada en la Imprenta de *El comercio* se realizó a partir de la edición de Mme. Charles-Béchet

publicada en París en 1834, ya que sólo en esta edición se utiliza este título¹ (Balzac lo cambió definitivamente por el de *La Duchesse de Langeais* en la siguiente edición publicada por Charpentier en 1840). Además, a partir de esta segunda edición de Charpentier se suprimió la división en capítulos de la primera novela de la trilogía, pues esta segmentación era tan sólo la huella de la primera publicación por entregas en la *Revue de Paris*. Puesto que la edición de Cádiz mantiene estos cuatro capítulos en los que Balzac dividió inicialmente la obra, parece claro que el traductor estaba trabajando con una edición original anterior a la de 1840. Esta hipótesis se confirma al cotejar con más detalle la traducción española con las distintas ediciones que existen de la novela francesa: ninguna de las adiciones que el novelista galo introdujo a partir de la edición de 1840 aparecen en la traducción gaditana.

Estos errores en la determinación del texto original no parecen deberse a descuidos motivados por las prisas en la preparación de la edición, sino sencillamente a que el rigor filológico no figuraba entre las prioridades de la mayoría de editores de la época. En otras palabras: puesto que el objetivo de estas traducciones no era difundir la obra de Balzac en su versión más fiel a los textos originales, sino utilizar sus dotes de fabulador y la intriga de sus novelas para rentabilizar el negocio editorial, no importaba recurrir a un texto ya obsoleto siempre y cuando éste garantizase el éxito comercial de la publicación. Prueba de que no era la falta de tiempo o la premura en la preparación de las ediciones lo que justificaba estos deslices es que prácticamente cincuenta años después —cuando ya había pasado tiempo suficiente para que los editores españoles se percatasen de los cambios que Balzac había introducido en la trilogía *Histoire des Treize*—, todavía se seguía publicando en España la misma versión obsoleta de esta obra a la que se había recurrido en la traducción gaditana: la revista *El Imparcial* publicó por entregas (entre el 18 de agosto y el 16 de septiembre de 1892) la misma traducción editada en Cádiz en 1844, con los mismos errores que se cometieron en esta edición: se seguía utilizando el falso título *Una muger desgraciada*; se seguía dividiendo esta primera novela en capítulos (recordemos que ya en 1833 el novelista francés había suprimido esta división); se seguía utilizando el título *No toquéis al hacha* en lugar de *La duquesa de Langeais*²; y, por supuesto, seguía sin mencionarse la existencia de *La muchacha de los ojos de oro*, la tercera y última novela de *Historia de los Trece*.

No es difícil imaginar la reflexión de los editores: mientras la novela siguiese captando la atención de los lectores y empujándolos a comprar las nuevas entregas de la novela, poco importaba que el texto no respondiese a la voluntad estilística de Balzac. Y, ciertamente, el texto, incluso en la primera versión elaborada apresuradamente por el novelista para cumplir con los plazos de la *Revue de Paris*, lograba captar la atención de los lectores. Las dotes de fabulador de Balzac eran reconocidas incluso por sus más acérrimos enemigos, quienes extendieron el tópico de que Balzac era un buen novelista aunque un mal escritor. No hay duda de que *Historia de los Trece* fue un auténtico *best-seller* durante bastantes años. El éxito, tanto en Francia como en España, fue inmediato. Apenas tres años después de que apareciese la primera traducción española, la novela

¹ Cabe igualmente la posibilidad de que la traducción se realizase a partir de la edición de Jean-Pierre Méline publicada en 1835 en Bruselas, pues también en esta edición se mantiene el título inicial *Ne touchez pas la hache*.

² Este descuido de *El Imparcial* resulta especialmente llamativo, porque el 25 de agosto de 1878 ya había anunciado en sus propias páginas una nueva traducción de *La duquesa de Langeais* realizada por Ángel Romeral; es decir, en este diario ya se tenía constancia de que el título *No toquéis al hacha* había quedado desfasado, pese a lo cual continuaron empleándolo en la publicación por entregas de 1892.

era ya conocida ampliamente entre los lectores de nuestro país, hasta el punto de que se había realizado una adaptación teatral. Resulta significativa la publicidad de dicha adaptación publicada el 27 de marzo de 1846 en el diario *El Español*: «¿Quién no ha oído hablar de *Historia de los Trece*, una de las mas bellas novelas de Balzac? De ella han sacado una pieza que se representa en nuestros teatros; pero que es un reflejo pálido al lado la excelente obra del novelista, donde tan bien pintadas están las costumbres francesas».

La traducción gaditana de *Historia de los Trece* confirma lo ya apuntado por otros investigadores (Montesinos, 1950; 1974: 84). Los lectores españoles del siglo XIX tenían un conocimiento muy parcial de la obra de Balzac debido, entre otras razones, a que los criterios por los que se guiaban muchas de las editoriales eran fundamentalmente comerciales; aquellos aspectos de las novelas de Balzac que no contribuyesen a la venta de libros resultaban superfluos. Desde esta perspectiva, se consideraba innecesario realizar una investigación filológica que permitiese determinar cuál era la edición del texto original más rigurosa, pues esto implicaba más trabajo pero no forzosamente más rentabilidad económica. Esta actitud explica la existencia de traducciones como la que se presenta en las siguientes páginas. Podemos concluir, por lo tanto, que pese a las numerosas traducciones de las que fue objeto su obra, los lectores españoles tardaron en tener un conocimiento cabal de Balzac.

Referencias bibliográficas

- DUMASY, L., Ch. MASSOL y M. CORREDOR (dirs.) (2006): *Stendhal, Balzac, Dumas: un récit romantique?* Toulouse : Presses Universitaires de Mirail.
- HANNOOSH, M. (1991): «La femme, la ville et le réalisme : fondements épistémologiques dans le Paris de Balzac», *Romanic Review*, 82:2, 127-145.
- MONTESINOS, J. F. (1950): «Notas sueltas sobre la fortuna de Balzac en España», *Revue de littérature comparée*, XXIV, 309-338.
- (1972): *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*. Madrid: Castalia.
- PETITIER, P. (2002): «La mélancolie de Ferragus», *Romantisme*, 117, 45-58.

ENLACES A EDICIONES DIGITALES DE *HISTOIRE DES TREIZE*

- Edición de J. P. Méline, Bruselas, 1835:
http://books.google.fr/books?id=Z7I5AAAaAAJ&printsec=frontcover&dq=histoire+des+treize&hl=es&ei=logMTOSMIImdOIqg8L4K&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=2&ved=0CCsQ6AEwAQ#v=onepage&q&f=false
- Edición de Charpentier, París, 1840:
http://books.google.fr/books?id=2VMOAAAAQAAJ&printsec=frontcover&dq=histoire+des+treize&hl=es&ei=logMTOSMIImdOIqg8L4K&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCYQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false
- Edición de l'Académie de Paris, 1842-1848 (en la biblioteca digital Gallica):
<http://gallica.bnf.fr/Search?ArianeWireIndex=index&p=1&lang=ES&q=histoire+des+treize>

- **Edición de Daumier, París, 1855:**
http://books.google.fr/books?id=Q5AGAAAAQAAJ&pg=PA1&dq=histoire+des+treize&hl=es&ei=logMTOSMIImdOIgg8L4K&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDAQ6AEwAg#v=onepage&q=histoire%20des%20treize&f=false

ESCENAS DE LA VIDA DE PARIS,

HISTORIA DE LOS TRECE.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

HONORATO DE BALZAC.

M. Latorre y Lara



Cádiz, --1844.

Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario,
número 97.

ESCENAS DE LA VIDA DE PARIS.

HISTORIA DE LOS TRECE.

PREFACIO.

Se juntaron, en tiempo del imperio y en Paris, trece hombres igualmente penetrados del mismo pensamiento; dotados de bastante energia para ser fieles al mismo pensamiento: bastante honrados entre ellos para no hacerse traicion, aunque sus intereses se hallasen opuestos: bastante profundamente políticos para disimular los vínculos sagrados que los unian; bastante fuertes para sobreponerse á todas las leyes; bastante osados para emprenderlo todo, y bastante afortunados por haber casi siempre conseguido sus designios; habiendo corrido los mayores peligros, pero callando siempre sus derrotas; inaccesibles al miedo y no habiendo temblado ni delante del príncipe, ni delante del verdugo, ni delante de la inocencia; habiéndose aceptado todos, tales como eran, sin hacer caso de las preocupaciones sociales; criminales sin duda, pero ciertamente notables por algunas de las calidades que hacen los grandes hombres. En fin, para que nada faltase á la triste y misteriosa poesia de su historia, todos han quedado reconocidos, aunque todos hayan realizado las mas extravagantes ideas que sugiere á la imaginacion el fantástico poder falsamente atribuido á los Manfred, á los Faustos, á los Melmoth; y todos hoy dia están destrozados, dispersos al menos. Todos, en efecto, han vuelto á entrar pacíficamente bajo el yugo de las leyes civiles, lo mismo que Morgan, el Aquiles de los Piratas, se hizo, de destructor, colono tranquilo, y dispuso sin remordimientos, á la luz del fuego doméstico, de millones amontonados en la sangre, á la rojiza claridad de los incendios.

Despues de la muerte de Napoleon, un acaso que el autor

debe callar todavía disolvió los lazos de esta vida secreta, curiosa, tanto como puede serlo la mas melancólica de las novelas de Mad. Radcliffe.

El permiso bastante extraño de contar á su manera algunas de las aventuras ocurridas á estos hombres, respetando enteramente la decencia, no le ha conocido sino recientemente por uno de estos héroes anónimos á quienes la sociedad entera fué sometida ocultamente, y en quienes se cree haber sorprendido un vago deseo de celebridad.

El autor conoce muy bien las leyes de la narracion para ignorar á lo que obliga este corto prefacio; pero sabe bien la HISTORIA DE LOS TRECE para estar cierto de no hallarse nunca debajo del interés que debe inspirar este programa. Los dramas repugnantes y sangrientos, las comedias llenas de terror, las novelas en que ruedan cabezas cortadas en secreto, se lo han dicho. Si algun lector no estuviese harto de los horrores servidos en caliente al público desde algun tiempo á esta parte podia revelarle las atrocidades tranquilas, las tragedias sorprendentes de familia, por poco que se manifestase el deseo de saberlas. Pero ha elegido con preferencia las aventuras mas benignas, aquellas en que escenas puras suceden á la tormenta de las pasiones, en que la muger despide rayos de virtudes y de belleza; porque, en honor de los Trece, se encuentran tales en su historia que, quizá, tendrán el honor de ponerse, un dia, en parangon con la de los filibusteros, aquí pueblo aparte, tan curiosamente enérgico, tan atractivo no obstante sus crímenes.

FERRAGUS es un sobrenombre tomado, según una antigua costumbre, por un gefe de devorantes. El dia de su eleccion, estos gefes continúan, como los papas en su exaltacion, por las dinastias devoradoras el nombre que mas le agrada. Asi los devorantes tienen MOJA-LA-SOPA IX, FERRAGUS XXII, TUTANO XIII, MASCA-FIERRO IV. &c.

Ahora, que son los devorantes? Devorantes es el nombre de una de las tribus de COMPAÑEROS perteneciente en tiempos pasados á la grande asociacion mística formada entre los oficiales de la cristiandad para reedificar el templo de Jerusalem. Este gremio existe todavía en Francia en el pueblo. Pero sus tradicciones, poderosas en cabezas poco ilustradas, en personas que no están bastante instruidas para faltar á sus juramentos, podrian servir á formidables empresas, si algun genio grosero quisiera apoderarse de estas diversas sociedades.

En cuanto á los Trece, el autor se conoce muy fuertemente apoyado por los pormenores de esta historia casi romanesca para abdicar todavía uno de los mas bellos poderes de autor, de novelas de que hay ejemplo, y que, sobre el castillero de la literatura, podria adjudicarse á alto precio, y carga-

al público con tantos volúmenes como le ha dado la CONTEMPORANEA.

Los Trece eran hombres todos templados como lo fué Trelawney, el amigo de lord Byron, y, se dice, el original del *Corsario*. Eran fatalistas, gentes de valor y de poesia, pero aburridos de la vida poltrona que pasaban, arrastrados hácia los gozes asiáticos por fuerzas tanto mas escesivas cuanto que dormian mucho tiempo hacia y se despertaban mas furiosas.

Hubo pues en Paris trece hermanos que se pertenecian, se desconocian todos en el mundo, y se hallaban todos reunidos, por la noche, como conspiradores, no ocultandose ningun pensamiento, usando sucesivamente de un caudal semejante al del Viejo de la Montaña; teniendo los pies en todos los salones, las manos en todas las arcas, los codos en la calle, sus cabezas en todas las almohadas; y, sin escrúpulo, haciendo servir todo á sus caprichos. Ningun gefe los manda; nadie puede abrogarse el poder; tan solo la pasion mas viva, la circunstancia mas exigente pasaba la primera. Fueron trece reyes desconocidos, pero en realidad reyes, y mas que reyes: jueces y verdugos, que, habiendose hecho alas para recorrer la sociedad de alto á bajo, desdeñaron ser en ella cualquier cosa, porque lo podian todo. Si el autor sabe las causas de su abdicacion, las dirá.

Ahora, le es permitido comenzar la relacion del episodio que le ha seducido mas particularmente en esta historia por el olor enteramente parisiense de los pormenores, y por la rareza de los contrastes.



PRIMER EPISODIO.

UNA MUJER DESGRACIADA.

I.

JULIA.

HAY en París ciertas calles deshonradas tanto como puede serlo un hombre culpable de infamia; luego hay calles nobles, calles simplemente honradas, calles jóvenes sobre cuya moralidad el público aun no se ha formado opinion; despues calles asesinas, calles mas viejas que viejas son las viudas viejas, calles estimables, calles siempre limpias, calles siempre sucias, calles artesanas, trabajadoras, mercantiles. En fin, las calles de París tienen calidades humanas, y nos imprimen, por su fisonomia, ciertas ideas contra las cuales estamos sin defensa. Hay calles de mala compañía donde no querriais vivir, y calles donde fijariais de buena gana vuestra residencia. Algunas calles, como la de Montmartre, tienen una hermosa cabeza, y concluyen en cola de pescado. La calle de la Paz es una ancha calle, una grande calle; pero no despierta ninguno de los pensamientos graciosamente nobles que sorprenden un alma impresionable en medio de la calle Real, y le falta ciertamente la magestad que reina en la plaza Vendome. Si os paseais en las calles de la isla de San Luis, no pidaís razon de la tristeza nerviosa que se apodera de vos, sino á la soledad, al aspecto triste de las casas, á los grandes palacios desiertos. Esta isla, el cádaver de los usentistas, es como la Venecia de París. La plaza de la Bolsa es charcharera, activa, prostituida; no es hermosa.

sino en luna clara, á las dos de la mañana: por el día es un compendio de París; durante la noche, es como un sueño de la Grecia. La calle Traversera San Honorato no es una calle infame? No hay allí casitas malas de dos ventanas, donde de piso en piso, se hallan los vicios, los crímenes, la miseria? Las calles estrechas, espuestas al norte, donde no da el sol sino tres ó cuatro veces al año, son calles asesinas, que matan impunemente; la justicia del día no se mete en ello; pero antiguamente el Parlamento hubiera quizá citado al teniente de policía para *vstuperalo por esas causas*, y hubiera al menos espedido algun decreto contra la calle, como en tiempos pasados lo dió contra las pelucas del cabildo de Beauvais. Entre tanto Mr. Benoiston de Chateaufort ha probado que la mortandad de estas calles era doble que la de las demás. Para resumir estas ideas con un ejemplo, la calle Fromentau no es á la vez mortífera y de mala vida?

Estas observaciones, incomprensibles fuera de París, serán sin duda cogidas por los hombres de estudio y de pensamiento, de poesia y de placer, que saben recoger, correteando en París, la masa de goces flotantes, á toda hora, entre sus murallas; por aquellos para quienes París es el mas delicioso de los monstruos; allá una linda muger; mas léjos, un pobre viejo; aquí, todo nuevo como la moneda de un nuevo reinado; en aquel rincon, elegante como una muger á la moda. Monstruo completo por otra parte! Sus desvanes, especie de cabeza llena de ciencia y de genio; sus primeros pisos, estómagos afortunados; sus tiendas, verdaderos pies; de allí, salen todos los azotacalles, todos los atragados. Luego, que vida siempre activa en el monstruo! Apenas el último bullicio de los últimos coches de baile cesa en el corazón cuando ya sus brazos se mueven en las barreras, y él se mueve, se menean lentamente. Todas las puertas erujen, giran sobre sus goznes, como las membranas de un cangrejo grande, invisiblemente meneadas por treinta mil hombres ó mugeres, cada una ó cada uno de los cuales vive en seis pies cuadrados, posee allí una cocina, un taller, una cama, hijos, un jardín, no vé allí claro, y debe verlo todo. Entonces insensiblemente las articulaciones erujen, el movimiento se comunica, la calle habla. Al medio día, todo tiene vida; las chimeneas humean, el monstruo come; luego rugen, después sus diez pies se mueven. Bello espectáculo! pero oh París! quien no ha admirado tus sombríos paisajes, tus travesuras de luz, tus callejuelas sin salida profundas y silenciosas; quien no ha oído tus mormullos entre las doce y las dos de la noche, no conoce aun nada de tu verdadera poesia, ni de tus raros y anchos contrastes.

Hay un pequeño número de aficionados, de personas que no andan nunca descabezadas, que catan su París, que poseen tan

bien su fisonomia que ven en ella una verruga, un grano, un barrillo. Para los otros, París es siempre la monstruosa maravilla, asombroso conjunto de movimiento, de máquinas y de pensamientos, la ciudad de las cien mil novelas, la cabeza del mundo. Empero, para estos, París es triste ó alegre, feo ó bonito, vivo ó muerto; para ellos, París es una criatura; cada hombre, cada fracción de casa es un lóbulo del tejido celular de aquella grande cortesana, cuya cabeza, corazón, y costumbres quiméricas conocen ellos perfectamente. También, estos son los amantes de París! Levantan las narices en un rincon de una calle, seguros de hallar allí el cuadrante de un reloj; dicen á un amigo cuya caja está vacía: Tomad por aquel pasadizo, allí hay un despacho de tabaco, á la izquierda, junto á un pastelero que tiene una muger muy linda. Viajar en París es, para estos poetas, un lujo costoso. ¿Cómo no gastar algunos minutos á vista de los dramas, los desastres, las figuras, los pintorescos accidentes, que os asaltan en medio de aquella movable reina de las ciudades, vestida toda de carteles de anuncios, y que sin embargo no tiene un rincon de propiedad, por ser tan complaciente con los vicios de la nacion francesa? ¿A quien no ha acontecido salir, por la mañana, de su casa para ir á las estremidades de París, y hallarse todavía en el centro á la hora de comer sin haber podido salir de él? Estos sabrán excusar este primer paso vagamundo que, sin embargo, se resume por una observacion eminentemente útil y nueva, tanto como una observacion puede ser nueva en París, donde no hay nada nuevo, ni aun la estatua puesta de ayer, sobre la cual un muchachuelo ha puesto ya su nombre.

Si pues, hay calles, ó fines de calles, hay ciertas casas, desconocidas, en la mayor parte, á las personas del gran mundo, en las cuales una muger perteneciente á este mundo no podría ir sin hacer pensar de ella las cosas mas cruelmente ofensivas. Si esta muger es rica, si tiene coche, si se halla á pié, disfrazada, en alguno de aquellos pasos estrechos del país parisiense, arriesga allí toda su reputacion de muger honrada. Pero si, por acaso, está así á eso de las nueve de la noche, las conjeturas que un observador puede tomarse la libertad de hacer llegan á ser espantosas por sus consecuencias. En fin si esta muger es jóven y linda; entra en alguna casa de una de estas calles; si la casa tiene un callejon largo y oscuro, húmedo y hediondo; si en el extremo del callejon temblequea la luz palida de un farol, y si con la luz de él se diseña la horrible cara de una vieja con los dedos descarnados; en verdad, lo decimos por lo que interesa á las mugeres jóvenes y bonitas, esta muger es perdida. Está á merced del primer conocido suyo que la encuentre en estos pântanos parisienses. Pero hay calle en París donde

este encuentro puede llegar á ser el drama mas espantosamente horrible, un drama lleno de sangre y de amor, un drama de la escuela moderna. Por desgracia, esta conviccion, este dramático, será, como el drama moderno, comprendido por pocas personas; es una lástima contar una historia á un público que no conoce todo el mérito local de él. ¿Pero quien pueda lisonjearse de ser nunca comprendido? Todos morimos desconocidos. Esta es la divisa de las mugeres y de los autores.

Luego, á las ocho y media de la noche, en la calle de Pagevin, en el tiempo en que la calle de Pagevin no tenia una piedra que no oyese una palabra infame; y en la direccion de la calle Soly, la mas angosta y la menos transitable de todas las calles de Paris, sin exceptuar la esquina mas frecuentada de la calle mas desierta; á principio del mes de Febrero, hay unos trece años de esta aventura, un jóven, por uno de los acasos que no acontecen dos veces en la vida, á pié, en la esquina de la calle Pagevin para entrar en la calle de los Viejos-Agustinos, al lado derecho donde se halla precisamente la calle Soly.....

Allí, el jóven, que vivia en la calle de Bourbon, halló en una muger, á algunos pasos de la cual iba él muy indiferentemente, vagas semejanzas con la mas linda muger de Paris; una casta y delicada persona, de quien estaba en secreto apasionadamente enamorado, y enamorado sin esperanza: era casada.

En un momento su corazon dió un brinco; un calor intolérable brotó de su diaframa, y pasó á todas sus venas; tuvo frio en las espaldas; y sintió en su cabeza un estremecimiento superficial. Amaba, era jóven, conocia á Paris: y su perspicacia no le permitia ignorar todo lo que habia de infamia posible para una muger elegante, rica, jóven y bonita, en pasearse allí con pié criminalmente furtivo. *Ella*, en aquel lodo, á aquella hora.....

El amor que el jóven tenia á esta muger podrá parecer muy romancesco, y tanto mas cuanto que era oficial de la guardia real. Si lo hubiese sido de infanteria, la cosa seria aun verosímil; pero oficial superior de caballeria, pertenecia á la arma francesa que exige mas rapidez en sus conquistas, que saca mas vanidad de su uniforme y de sus costumbres amorosas. No obstante, la pasion de este oficial era verdadera; y, á muchos corazones jóvenes, parecerá grande. Amaba á aquella muger porque era virtuosa, y amaba su virtud, su gracia decente, su imponente santidad, como los mas queridos tesoros de su pasion desconocida. Aquella muger era verdaderamente digna de inspirar uno de aquellos amores platónicos que se encuentran como las flores en medio de las páginas sangrientas y de las atrocidades de la edad media; de ser secretamente el principio de todas las

acciones de un hombre jóven; amor tan elevado, tan puro como el cielo cuando está azul; amor sin esperanza, al cual se entrega, porque no engaña nunca; amor pródigo de goces desenfrenados, por otra parte, sobre todo en una edad en que el corazon está enardecido, la imaginacion mordiente, y en que los ojos de un hombre ven muy claro.

Hay en Paris por la noche efectos inconcebibles, y solamente los que se divierten en observarlos saben cuan fantástica llega á ser la muger, entre dos luces. Ya la criatura que séguis por casualidad, ó de intento, os parece esbelta; ya las medias, si son blancas, os hacen creer en piernas finas y elegantes; luego el cuerpo, aunque envuelto en un pañolon, una capa, se manifiesta jóven y voluptuoso en la sombra; en fin la claridad incierta de una tienda ó de un reverbero dan á la desconocida un brillo fugaz, que despierta, enciende la imaginacion y la lanza mas allá de lo verdadero. Entonces los sentidos se conmueven, todo se colora y anima; la muger toma un aspecto enteramente nuevo; su cuerpo se embellece: por momentos, no es ya una muger, es un demonio, un fuego fatuo, que os arrastra con un ardiente magnetismo hasta una casa decente donde la pobre muger, teniendo miedo de vuestros pasos, ó de vuestras botas retumbantes, os da con la puerta cochera en los hocicos sin miraros.

La luz vacilante que despedian los vidrios de una zapateria iluminó de repente, precisamente de medio para abajo el cuerpo de la muger que se hallaba delante del jóven. Ah! ciertamente, *ella* sola era así arqueada; *ella* sola tenia aquel casto paso que da realce inocentemente á las bellezas de las formas mas atractivas. Era su pañolon de mañana y su sombrero de terciopelo de mañana. En su media de seda gris, ni una mosca, ni una salpicadura. El pañolon estaba bien ceñido al cuerpo, cuyos deliciosos contornos delineaba vagamente; luego, el jóven habia visto sus blancos hombros en el baile, y sabia todos los tesoros que cubria aquel pañolon. Por la manera con que una parisiense se envuelve en su pañolon, por la manera con que levanta el pié en la calle, un hombre de talento adivina el secreto de su carrera misteriosa. Hay no sé que de trepidacion, de ligero en la persona y en el andar: parece que pesa menos, anda, anda, ó mas bien desfila como una estrella, arrebatada por un pensamiento que venden los pliegues y sultura de su traje.

El jóven apresuró su paso, se adelantó á la muger, y se volvió para verla.... Fuego! habia desaparecido en un allejon cuya puerta de cancel y contrapeso crugia y sonaba. El jóven volvió y vió á aquella muger subir en el extremo del callejon, no sin recibir el obsequioso saludo de una portera vieja, por una

tortuosa escalera cuyos primeros escalones estaban muy alumbrados; y subía guapa y vivamente, como debe subir una mujer falta de paciencia.....

—De qué?.... se dijo el joven, que volvió atrás para respaldarse en la pared del otro lado de la calle. Y lo miró todo, el desgraciado!

Era una de aquellas casas, de que hay millares en París, in-noble, vulgar, reducida, amarillenta, con cuatro cuerpos y tres ventanas. La tienda y el entresuelo pertenecían á un zapatero. Las persianas del primer cuerpo estaban cerradas. Donde iba? El joven creyó oír el sonido de una campanilla en la habitación del segundo piso. En efecto, se movió una luz en una pieza de dos ventanas muy alumbradas, é iluminó prontamente la tercera, cuya oscuridad anunciaba una primera habitación, sin duda el salón ó el comedor de la casa. Pronto la silueta del sombrero se dibujó vagamente; la puerta se cerró, la primera pieza quedó oscura; luego las dos últimas ventanas volvieron á tomar su color rojizo.

Allí, el joven oyó decir: *cuidado* y recibió un golpe en la espalda.

—No atendeis á nada!.... dijo una voz gruesa. Era la de un jornalero que llevaba al hombro una gruesa tabla.

El jornalero pasó. Era el hombre de la Providencia, diciendo á este curioso: —En qué te metes?.... Piensa en tu servicio, y deja á los parisienses en sus asuntos.

El joven cruzó los brazos; luego, no habiendo visto á nadie, dejó caer por sus mejillas lágrimas de rabia sin enjugarlas. En fin; la vista de las sombras que jugueteaban en aquellas dos ventanas iluminadas haciéndole mal, miró á la parte superior de la calle de los Viejos-Agustinos, por casualidad, como un hombre desesperado, y vió un coche de alquiler parado á lo largo de la pared, en un sitio donde no había ni puerta de casa ni luz de tienda.

—Es ella? no es ella?.....

La vida ó la muerte para un amante. Y este amante esperaba. Estuvo allí durante un siglo de veinte minutos. Después, la mujer bajó; y entonces reconoció á la que amaba secretamente. Sin embargo quiso dudar todavía. La desconocida se dirigió al coche, y subió á él.

—La casa estará siempre ahí, podré siempre registrarla, dijo para sí el joven.

Y siguió el coche corriendo, á fin de disipar sus últimas dudas, y pronto salió de ellas.

El coche paró en la calle de Richelieu, delante de la tienda de un alaracen de flores, cerca de la calle de Menars. Luego la señora, habiéndose apeado, entró en la tienda, pagó al co-

chero, y salió después de haber escogido unas plumas. Plumas para cabellos negros! Morena como era, se puso las plumas en la cabeza para ver el efecto. El oficial creía oír la conversacion de esta mujer con las floristas.

—Señora, nada sienta mejor á las morenas! Las morenas tienen precisamente alguna cosa en los contornos, y las plumas dan á su prendido una *suavidad* que les falta. La señora duquesa de*** dice que esto da á la mujer algo de vago, de osianico, y de *como debe ser*.

—Bien. Enviadmelas pronto.

Luego la señora volvió gallardamente hácia la calle de Menars, y entró en su casa.

Cuando se cerró la puerta del palacio donde vivía, el joven amante, habiendo perdido todas sus esperanzas, y, doble desgracia! sus mas caras creencias, anduvo en París como un hombre embriagado, y se halló pronto en su casa sin saber como había ido allí.

Se dejó caer en un sillón, puso los pies sobre los morillos de la chimenea, la cabeza entre sus manos, secando y aun quemando sus botas mojadas. Este fué un momento horrible, uno de aquellos momentos en que, en la vida humana, el caracter se modifica, y en que la conducta del mejor hombre depende de la felicidad ó de la desgracia de su primera accion. Providencia ó Fatalidad, elegid!

Este joven pertenecía á una buena familia cuya nobleza no era por otra parte muy antigua; pero hay tan pocas familias antiguas en el dia que todas las jóvenes son antiguas sin disputa! Su abuelo habia comprado una plaza de consejero en el Parlamento de París, donde llegó á ser presidente. Sus hijos, dotados de un buen caudal, entraron en el servicio; y, por sus alianzas, llegaron á la Corte. La revolucion barrió esta familia; pero quedó de ella una vieja viuda testaruda que no quiso emigrar; que, puesta en prision, amenazada de morir, y salvada el 9 Termidor, recobró sus bienes. Hizo venir, en tiempo útil, en 1804, á su nieto Augusto de Maulincour, único vástago de los Charbannon de Maulincour, que fué criado por la buena viuda con el triple cuidado de madre, de mujer noble y de viuda testaruda. Luego, cuando vino la restauracion, el joven, entonces de diez y ocho años, entró en la casa real, siguió á los príncipes á Gante, fué hecho oficial en los guardias de corps, salió de estos para servir en la de línea, fué llamado á la guardia Real, donde se hallaba entonces, de veinte y tres años, jefe de escuadron de un regimiento de caballeria, posicion soberbia y debida á su abuela, que, á pesar de su edad, sabía muy bien gobernarse.

Esta doble biografia es el resumen de la historia general y

particular, excepto las variantes, de todas las familias que emigraron, que tenían deudas y bienes, viudas y agilibus.

La baronesa de Maulincour tenía por amigo al Vidame de Pamiers, antiguo comendador de la orden de Malta. Esta era una de aquellas amistades eternas fundadas en lazos sexagenarios, y que nada puede concluirse, porque en el fondo de estas amistades hay siempre secretos del corazón humano, admirables de adivinar cuando hay tiempo de ello, pero insipidos de explicar en veinte líneas, y que harían el texto de una obra en cuatro tomos, divertida como puede serlo *EL DRAN DE KILLERINE*, una de aquellas obras de que hablan las personas jóvenes, y que juzgan sin haberla leído.

Augusto de Maulincour pertenecía pues al arrabal de San German por su abuela y por el vidame, y le bastaba tener dos siglos de fecha para tomar la apariencia y las opiniones de los que pretenden subir hasta Clodoveo. Era un joven alto, endeble, delicado en apariencia, hombre de honor y de verdadero valor por otra parte. Se batía en duelo sin vacilar por un sí, por un no, pero no se había aun hallado en ningún campo de batalla, y llevaba en el ojal de la casaca la cruz de la Legión de honor. Era una de las faltas vivientes de la restauración, quizá la más perdonable. La juventud de aquel tiempo no fué la juventud de ninguna época. Se encontró entre los recuerdos del imperio y los recuerdos de la emigración, entre las tradiciones viejas de la corte y los estudios concienzudos de la clase media, entre la religión y los bailes de etiqueta, entre dos feces políticas, entre Luis XVIII, que veía adelante, y Carlos X, que veía atrás; luego, obligada a respetar la voluntad del rey, aunque el trono se engañase. Con esta juventud incierta en todo, ciega y perpícaz no se contó para nada por los viejos celosos de conservar las riendas del Estado en sus manos débiles, mientras que la monarquía podía salvarse con su retirada, y con el acceso de esta joven Francia de que en el día los viejos doctrinarios, los emigrados de la restauración, se burlan todavía. Augusto de Maulincour era una rutina de las ideas que pesaban entonces sobre esta juventud; y he aquí como.

El vidame era todavía, á los ochenta y siete años, un hombre de mucho talento, habiendo visto mucho, vivido mucho, narrando bien, hombre de honor, caballero, pero que tenía, respecto á las mujeres, las opiniones más detestables. Las amaba y las despreciaba. Su honor sus sentimientos? Tararira! Bah! ahora monstruo! no las contradecía nunca y las hacía valer; pero, entre amigos, cuando se trataba de ello, el vidame sentaba por principio que engañar á las mujeres, enredarlas, debía ser toda la ocupación de las personas jóvenes que se estra-

viaban queriendo mezclarse en otra cosa en el Estado. Es penoso tener que trazar un retrato tan añejo, porque figuró en todas partes, y literariamente, está casi tan usado como el de un granadero del Imperio; pero el vidame tuvo sobre el destino de Mr. de Maulincour una influencia que es necesario consagrar. Lo moralizaba a su manera, y quería convertirlo á las doctrinas del gran siglo de la galantería.

La viuda, mujer cariñosa y religiosa, sentada entre su vidame y Dios, modelo de gracia y de amabilidad, pero dotada de una persistencia del buen gusto que triunfa de todo con el tiempo, había querido conservar á su nieto las bellas ilusiones de la vida y le había educado en los mejores principios. Le dió todas sus delicadezas é hizo de él un hombre tímido, un verdadero tonto en la apariencia. Su sensibilidad, conservada para y no usándose fuera, le quedó tan púdica, tan cosquillosa, que se ofendía vivamente por acciones y máximas á que el mundo no daba ninguna importancia. Avergonzado de su susceptibilidad, el joven la ocultaba bajo una seguridad engañosa, y sufría en silencio, pero se burlaba, con los demás, de cosas que, solo, admiraba. También se engañó, porque, siguiendo un capricho bastante común del destino, encontró en el objeto de su primera pasión, él, hombre de amable melancolía y espiritualista en amor, una mujer que había tomado horror á la sensibilidad alemana.

Entonces el joven dudó de sí, se puso pensativo, y se envolvió en sus penas, quejándose de no ser comprendido. Después, como daseamos tanto más violentamente las cosas, cuanto más difícil nos es obtenerlas, continuó adorando las mujeres con aquella ingeniosa ternura y aquellas delicadezas cuyo secreto ellas poseen, pero cuyo monopolio quieren conservar. En efecto, aunque las mujeres se quejan de ser mal amadas por los hombres, sin embargo no les gustan mucho aquellos cuya alma es medio femenina. Toda su superioridad consiste en hacer creer á los hombres que les son inferiores en amor, también dejan muy voluntariamente un amante, cuando es bastante experimentado para arrebatarles los temores con que ellas quieren engañarse: estos deliciosos tormentos de los celos en valde, estas perturbaciones de la esperanza engañada, estas vanas esperas, en fin todo el séquito de sus buenas miserias de mujer. Tienen horror á los Grandisson. Qué cosa hay más contraria á su naturaleza que un amor tranquilo y perfecto? Quieren emociones, y la felicidad que no se conoce ya no es felicidad para ellas. Las almas bastante poderosas para poner lo infinito en el amor constituyen, en la naturaleza femenina, excepciones angélicas, y son entre las mujeres lo que los bellos talentos entre los hombres. Fuera de este amor, no hay sino disposicio-

nes, irritaciones pasajeras, despreciables, como todo lo que es pequeño.

En medio de los secretos desastres de su corazon, mientras que buscaba una muger con quien pudiese comprometerse, doctrina que, para decirlo de paso, es la gran doctrina amorosa de nuestra época, Augusto encontró en el mundo mas lejano del suyo, en la segunda esfera del mundo de plata en que el banco superior ocupa la primera línea, una criatura perfecta, una de esas mugeres que tienen no sé que de santo y de sagrado, que inspiran tanto respeto que el amor necesita de todos los auxilios de una larga familiaridad para declararse. Augusto se entregó pues todo entero á las delicias de la mas interesante y de la mas profunda de las pasiones, á un amor puramente admirativo. Estas delicias fueron los innumerables deseos reprimidos, visos de pasión tan vagos y tan profundos, tan fugitivos y tan sorprendentes, tan imperceptibles que no se sabe á que compararlos: se parecen á las fragancias, á los nublados, á los rayos del sol, á las sombras, á todo lo que en la naturaleza puede en un momento brillar y desaparecer, revivir y morir, dejando en el corazon largas emociones. En el momento en que el alma es todavía bastante joven para concebir la melancolía, las lejanas esperanzas, y hallaren en la muger mas que una muger, no es la mayor felicidad que puede acaecer á un hombre amarla suficiente para experimentar mas alegría tocando un guante blanco, rozándose con los cabellos, escuchando una frase, dirigiendo una mirada, que la posesión mas fogosa da al amor afortunado? Así, las personas impugnadas, las feas, las desgraciadas, los amantes desconocidos, las mugeres ó los hombres tímidos, conocen solos los tesoros que encierra la voz de la persona amada; sus vibraciones, que tienen su origen y su principio en el alma misma, ponen tan violentamente los corazones en relación, llevan allí el pensamiento tan suavemente y son tan poco engañosas que una sola inflexión es á menudo todo un desenlace. Que encantos no prodiga al corazon de un poeta el sonido armonioso de una voz dulce? Que de ideas despierta! que frescura derrama en ella! El amor está en la voz antes de ser manifestado por la mirada. Augusto, poeta á la manera de los amantes, porque hay poetas que sienten y poetas que expresan, los primeros son los mas felices; Augusto pues había saboreado todos estos júbilos primeros, tan amplios, tan fecundos. Ella poseía al órgano mas adulator que la muger puede desear para poder engañar á su gusto; tenía aquella voz argentina que, dulce al oído, no es estrepitosa sino para el corazon que turba y conmueve, que acaricia desconcertandolo.

Y esta muger iba por la noche á la calle de Soly, cerca de la de Pagevin, y esta magnífica...

El vidame tuvo razon.

Si hacia traición á su marido, nos vengariamos!.....

Habia aun amor en él si.... La duda filosófica de Descartes es una cortesania cuya virtud es menester honrar siempre.

Dieron las diez.

En este momento el baron de Manlineour se acordó que esta muger debia ir al baile á una casa donde él podia concurrir. Sin detenerse se vistió, partió llegó, la buscó con aire de indiferencia en los salones.

La señora de la casa, viéndolo tan atrafagado, le dijo:

—No veis á Mad. Julia?.... aun no ha venido.

—Buenas noches, querida.... dijo una voz.

Augusto y la señora se volvieron. Mad. Julia estaba allí. Acababa de llegar, vestida de blanco, sencilla y noble, peinada precisamente con las plumas que el joven baron le había visto escoger en el almacén de flores. Esta voz de amor traspasó el corazon de Augusto. Si hubiese sabido conquistar el menor derecho que le permitiese estar celoso de aquella muger, hubiera podido petrificarla diciendole:

—Calle de Soly!....

Pero cuando él, extraño, hubiese mil veces repetido esta palabra al oído de Mad. Julia, esta le hubiera preguntado con admiración que es lo que queria decir. La miró con aire estúpido.

Para las personas malignas y que de todo se rien, es quizá una grande diversion saber el secreto de una muger, saber que su castidad miente, que su cara tranquila oculta un pensamiento profundo, que hay algun espantoso drama en su frente para. Empero hay ciertas almas que se contristan realmente con semejante espectáculo; y muchos de los que se rien de ello, vueltos á sus casas, solos con su conciencia, maldicen el mundo y desprecian á semejante muger.

Así era Augusto de Manlineour en presencia de Mad. Julia. Situación rara! No hay entre ellos otras relaciones que las que se establecen en el mundo entre personas que se dicen algunas palabras siete ú ocho veces en el invierno; y le pedía cuenta de una felicidad de que ella no era cómplice. La juzgaba sin hacerle saber la acusación. Muchos jóvenes se han hallado así, al volver á sus casas, desesperados de haber roto para siempre con una muger adorada en secreto. Estos son los monologos desconocidos, dichos á las paredes de una habitación solitaria, tempestades nacidas y calmadas sin haber salido del fondo de los corazones, admirables escenas del mundo moral, para las cuales seria menester un pintor.

Mad. Julia fué á sentarse, dejando á su marido, que dió vuelta al salón; pero, cuando estuvo sentada, se halló como su-

—Pero no me habeis quizá respondido nunca.

—Es verdad.

—Bien sabia que erais falsa como lo son todas las mugeres.

Y Mad. Julia continuó sonriéndose.

—Escuchad, caballero, os decia la verdadera razon, os parecia ridiculo, y pienso que no hay falsedad en no decir los secretos de que el mundo tiene hábito de burlarse.

—Todo secreto quiere, por decirlo así, una amistad de que no soy digno sin duda, señora. Pero no podeis tener sino nobles secretos, y me creéis capaz de chancear sobre las cosas respetables?....

—Sí, dijo ella, como todos los demas, os reis de los sentimientos de las pobres mugeres; los calumniáis. Por otra parte, no tengo secretos; quiero á mi marido á la faz del mundo, lo digo, estoy orgullosa de ello; y si os burlais de mí al saber que no bailo mas que con él, tendré la mas mala opinion de vuestro corazon.

—No habeis nunca bailado con nadie, desde que os casasteis?

—Nunca, caballero.... Y no he dado el brazo á nadie, y no he sentido el contacto de ninguno en el mundo.

—Vuestro médico no os ha tomado tampoco el pulso?....

—Y bien! veis como os burlais?....

—No, señora, os admiro, porque os comprendo. Pues dejais oír vuestra voz, pues os dejais ver, pues permitid á nuestros ojos que os admiren?....

—Ah! estas son mis penas, dijo ella interrumpiéndole, quería que fuese posible á una muger casada vivir con su marido como una novia vive con su amante; porque entonces?....

—Entonces por qué estabais hace dos horas, á pié, disfrazada, en la calle de Soly?....

—Que es eso de la calle de Soly?... dijo ella.

Y su voz tan pura no dejó penetrar ninguna conmocion, y ninguna facion vaciló en su semblante, y no se sonrojó, y quedó tranquila.

—Que! no subisteis al segundo piso de una casa situada calle de los Viejos-Agustinos, esquina á la de Soly? No teniais un coche de alquiler á los diez pasos, y no fuisteis á la calle de Richelieu, á casa de la florista, donde escogisteis las plumas que estan en este momento en vuestra cabeza?....

—No he salido esta noche de mi casa.

Mintiendo así, estaba ella impasible y burlona; se abanicaba; pero el que hubiese tenido derecho de pasar la mano sobre su cintura, en medio de la espalda, la hubiera quizá encontrado sudosa.

En este momento, Augusto se acordó de las lecciones del vidame, y dijo á Mad. Julia:

—Entonces era una persona que se os parecia extremamente.

—Caballero, dijo ella, si sois capaz de seguir á una muger y de sorprender sus secretos, me permitireis que os diga que eso es malo, muy malo, y os hago el honor de no creerlo.

El se fué, se colocó junto á la chimenea, y pareció pensativo. Bajó la cabeza; pero su vista estaba fija disimuladamente sobre Mad. Julia, que, no pensando en la colocacion de los espejos, le dirigió dos ó tres miradas llenas de terror. Mad. Julia hizo una seña á su marido, cuyo brazo tomó, levantándose para pasearse en los salones.

Cuando pasó junto á Mr. de Manlincoeur, este, que hablaba con un amigo suyo, dijo en voz alta, como si respondiese á una pregunta:

—Es una muger que ciertamente no dormirá tranquila esta noche?....

Mad. Julia se paró, le lanzó una mirada imponente llena de desprecio, y continuó su paseo, sin saber que una mirada mas, si hubiese sido sorprendida por su marido, podía poner en cuestion su felicidad y la vida de dos hombres.

Augusto, víctima de una rabia que sofocó en las profundidades de su alma, salió pronto jurando penetrar hasta el corazon de esta intriga. Antes de irse, buscó á Mad. Julia, á fin de verla otra vez; pero habia desaparecido. Que drama echade en aquella cabeza jóven, eminentemente romancesca como todas aquellas que no han conocido el amor en toda la estension que le dan! Adoraba á Mad. Julia bajo una nueva forma, la amaba con la rabia de los celos, con las delirantes angustias de la esperanza; porque, infiel á su marido, esta muger venia á ser vulgar, podía entregarse á todas las felicidades del amor afortunado; y su imaginacion le abria entonces la inmensa carrera de los placeres de la posesion. En fin, si habia perdido al ángel, hallaba al mas delicioso de los demonios. Se acostó, haciendo mil castillos en el aire, justificando á Mad. Julia por algun beneficio romancesco, pero no creyendo en ella. Luego resolvió dedicarse enteramente desde el dia siguiente á buscar las causas, los intereses, el modo que ocultaba este misterio. Era una novela digna de leerse; ó mejor, un drama digno de representarse, en el cual tenia su papel.

II.

FERRAGUS.

Es una cosa muy bella el oficio de espía, cuando se hace por su cuenta y en provecho de una pasión. Es proporcionarse los placeres del ladrón siendo hombre honrado. Pero es menester resignarse á hervir de cólera, á bramar de impaciencia, á helarse los pies en el lodo, á tener frío y á abrasarse, á devorar falsas esperanzas. Es preciso ir, bajo la fé de una indicación, hácia un fin ignorado, errar el golpe, jurar, echar pestes, improvisarse á sí mismo elegías, ditirambos, esclamar tontamente delante de un transeunte inofensivo que os admira; luego derribar á las vendederas con su fruta, correr, pararse, quedar delante de una reja, hacer mil suposiciones... Pero esta es la caza, la casa en París, la caza con todos sus accidentes, menos los perros, la escopeta y los gritos! Nada hay comparable con estas escenas sino las de la vida de los jugadores. Luego es necesario un corazón lleno de amor ó de venganza para emboscarse en París, como un tigre que quiere saltar sobre su presa, y para gozar entonces de todos los accidentes de París y de un barrio, prestandole un interés mas que el de que ellos abundan ya; y, entonces, no se necesita tener un alma multiplicada? porque es vivir de mil pasiones, de mil sentimientos justos.

Augusto de Maulincour se habia lanzado á aquella ardiente existencia con amor, porque sentia todas sus desgracias y todos sus placeres. Andaba disfrazado en París, observaba por todas las esquinas de la calle Pagevin ó de la calle de los Viejos Agustinos; y despues de tres días, como un cazador, corría de la calle de Menars á la calle de Soly, de la calle de Soly á la de Menars, sin conocer ni la venganza ni el precio con que sus pasos serian castigados ó recompensados. No habia aun llegado á aquella impaciencia que tuerce las entrañas y hace sudar, trabajaba sin esperanza, pensando que Mad. Julia no se

atrevería durante los primeros días á volver á donde habia sido sorprendida. También consagró estos primeros días á iniciarse en todos los secretos de la calle. Novel en este oficio, no se atrevia á preguntar al portero, ni al zapatero de la casa á que iba Mad. Julia; pero esperaba poder crearse un observatorio en la casa que estaba frente á la habitación misteriosa. Estudiasu el terreno, y queria conciliar la prudencia y la impaciencia, su amor y el secreto.

Luego, en los primeros días del mes de Marzo, en medio de los planes que meditaba para dar un gran golpe, y dejando su atalaya despues de una de aquellas centinelas continuas que no le habian aun enterado de nada, se volvía á eso de las cuatro á su casa, donde le llamaba un asunto relativo á su servicio, cuando le cogió, en la calle Coquilliere, uno de aquellos hermosos aguaceros que engruesan de pronto los arroyos, y cada gota de los cuales hace una ampolla al caer en los charcos de agua de los caminos públicos. Entonces un peon de París está obligado á pararse al instante, á refugiarse en una tienda ó en un café, si es bastante rico para pagar allí su hospitalidad forzada; ó, segun la urgencia, bajo una puerta cochera, asilo de la gente pobre ó mal vestida. Como es que ninguno de nuestros pintores ha intentado todavia reproducir la fisonomía de un enjambre de parisienses agrupados, en tiempo de tempestad, bajo el soportal de una casa? donde encontrar un cuadro mas rico?

No hay desde luego un peon meditabundo y filósofo, que observase con placer, ya los surcos hecho por la lluvia sobre el fondo gris de la atmósfera, especie de cinceladuras semejantes á las rayas caprichosas del vidrio, ya los remolinos de agua blanca que el viento hace rodar en polvo luminoso sobre los techos, las caprichosas inundaciones de los conductos hervorosos, llenos de espuma, y otras mil frioleras admirables estudiadas con delicia por los vagos, á pesar de los escobazos que les regala el amo de la casa?

Luego hay el peon hablador que se queja, y conversa con la portera, cuando esta descansa sobre su escoba como un granadero sobre su fusil;

El peon indigente, fantásticamente pegado contra la pared, sin ningún cuidado de sus harapos habituados al contacto de las calles;

El peon sabio que estudia, deletrea ó lee los anuncios sin acabarlos;

El peon zumbón que se burla de las personas á quienes le sucede alguna desgracia en la calle, y se rie de las mugeres enlodadas y hace muecas á los que ó á las que están en las ventanas;

El peon silencioso que mira á todas las rejas, á todos los pisos;

El peon industrial, armado de una bolsa ó provisto de un paquete, traduciendo la lluvia por utilidades y pérdidas;

El peon amable que llega como una bomba; diciendo:— Ah! que tiempo, señores!... y que saluda á todo el mundo;

En fin el verdadero vecino de París, hombre de paraagua, esperto en aguaceros, que lo ha previsto, salido á pesar del consejo de su mujer, y que se ha sentado en la silla del portero.

Segun su caracter, cada miembro de esta sociedad fortuita contempla el cielo, se va saltando para no enlodarse, y porque tiene prisa, ó porque vé á ciudadanos marchando contra viento y marea, ó porque el patio de la casa siendo humilde y cataralmente mortal, la orilla, dice un proverbio, es peor que el patio. Cada cual tiene sus motivos. No queda mas que el peon prudente, el hombre que, para volverse á poner en camino, espia algunos espacios azules en medio de las nubes rajadas.

Mr. de Maulincour se refugió pues, con toda una familia de peones, en el soportal de una casa vieja cuyo patio se semejaba á un gran cañon de chimenea. Habia en sus paredes borrosas, llenas de salitre y verdosas, tantos plomos y conductos, y tantas canales en los cuatro cuerpos del edificio, que se hubiera creido que eran las cascadas ebicas de Saint-Cloud. El agua corria de todas partes; hervia, saltaba, mormuraba; era negra, blanca, azul, verde; sonaba, cundia bajo la escoba de la portera, vieja sin dientes, hecha á las tempestades, y que al parecer las bendecia, tirando á la calle mil restos cuyo inventario curioso revelaba la vida y los hábitos de la casa. Habia recortes de indiana, hojas de té, pétalos de flores artificiales, descoloridas, rotas; desperdicios de la verdura, papeles, fragmentos de metales. A cada escobada, la vieja dejaba seco el cañon, aquella bendidura negra, cortada en cuadros de juegos de damas, con la que se encarnizan los porteros.

El pobre amante examinaba este cuadro, uno de los miles que el movable París ofrece cada dia; pero lo examinaba maquinalmente, como hombre absorbido por sus pensamientos, cuando alzando la vista se halló de manos á boca con un hombre que acababa de entrar.

Era, á lo menos en apariencia, un mendigo, pero no el mendigo de París, creacion sin nombre en los lenguages humanos; era un tipo nuevo de todas las ideas escitadas por la palabra mendigo.

El desconocido no se distinguia por su carácter originalmente parisiense que nos sorprende bastante á menudo en los infelices que Charlot ha representado algunas veces. Son figuras groseras rodadas por el fango, de voz ronca, de narices rojas y bulbosas; bocas desprovistas de dientes, aunque amenazadoras;

humildes y terribles, en las cuales la inteligencia profunda que brilla en los ojos parece ser un contrasentido. Algunos de estos vagamundós descarados tienen la tez jaspada, llena de grietas, votadas; la frente cubierta de rugosidades; los cabellos claros y sucios, como los de una peluca desechada; todos alegres en su degradacion, y degradados en sus alegrías; todos marcados con el sello del vicio. Echan su silencio como una reconvenccion, y su actitud revela espantosos pensamientos. Viven entre el crimen y la limosna; no tienen ya remordimientos, y giran prudentemente al rededor del patibulo sin caer en él, inocentes en medio del vicio, y viciosos en medio de su inocencia. Hacen á menudo reir, pero siempre hacen pensar. Uno os representa la civilizacion achaparrada, comprende todo: el honor de la patria, la cárcel, la virtud; luego es la malicia del crimen vulgar, y los primores de una fechoría elegante. El otro es reservado, bufon profundo, pero estúpido. Todos tienen veleidades de orden y de trabajo, pero son empujados en su fango por una sociedad que no quiere informarse de los poetas, los grandes hombres, las personas intrépidas y de organizaciones magnificas que puede haber alli entre los mendigos, estos gitanos de París; pueblo sumamente malo, como todas las masas que han sufrido, habituado á soportar males inauditos, y que un fatal poder mantiene siempre al nivel del cieno. Todos tienen una idea, una esperanza, una felicidad: el juego, la loteria ó el vino.

No habia nada de esta vida estraña en el personaje clavado muy descuidadamente en la pared, delante de Mr. de Maulincour, como un capricho delineado por un artista hábil, detras de algun cuadro de su taller. Era este un hombre alto y seco, cuya cara aplomada descubria un pensamiento profundo y glacial. Secaba la compasion en el corazon de los curiosos, por una actitud llena de ironía y una mirada triste que anunciaban su pretension de tratar como iguales suyos. Su cara era de un blanco sucio, y su cráneo arrugado, sin pelo, tenia una vaga semejanza con un trozo de granito. Algunos mechones lisos y entrecanos, colocados á los lados de su cabeza, bajaban sobre el cuello de su vestido mugriento y abotonado hasta el pescuezo. Se parecia á la vez á Voltaire y á don Quijote; era burlon y melancólico, lleno de desprecio, de filosofía, pero medio enagenado. Parecia que no tenia camisa; su barba era larga, y su ruin corbata negra muy usada, rota, de aba ver un pescuezo protuberante, fuertemente surcado, compuesto de venas gruesas como cuerdas. Un ancho círculo oscuro, acardenalado, se diseñaba debajo de cada uno de sus ojos. Parecia tener á lo menos sesenta años. Sus manos estaban blancas y aseadas. Llevaba botas descalcañadas y abiertas; su pantalon azul, remendado en muchas partes, estaba blan-

quando por una especie de pelusa que lo hacia innoble.

Sea que sus vestidos mojados exalasen un olor fétido, sea que tuviese en el estado normal el hedor de miseria que tienen los chiribitiles parisienses, lo mismo que las oficinas, las sacristias, los hospederias tienen el suyo, olor fétido y rancio, de que nada puede dar idea, los inmediatos á este hombre se retiraron y lo dejaron solo. Lanzó sobre ellos, luego sobre el oficial su mirada tranquila y sin espresion, la mirada tan célebre de Mr. de Talleyrand, mirada triste y sin color, especie de velo impenetrable debajo de la cual un alma fuerte oculta profundas emociones y los mas exactos calculos acerca de los hombres, las cosas y los acontecimientos. Ninguna arruga de sus facciones se alteró; su boca y su frente quedaron impassibles; pero sus ojos se bajaron con un movimiento de lentitud noble y casi trágica. Hubo en fin todo un drama en el movimiento de sus párpados agitados.

El aspecto de esta figura estoica hizo nacer en Mr. de Maulincour una de aquellas ideas vagabundas que comienzan por una interrogacion vulgar y comprenden todo un mundo de pensamientos.

La tempestad habia pasado. Mr. de Maulincour no divisó de aquel hombre mas que el faldon de su redingote que daba en el guardarueda; pero cuando dejó su lugar para irse, halló á sus pies una carta que acababa de caer, y creyó que salia de la faltriguera del desconocido cuando le vió meter en ella el pañuelo de que se habia servido. El oficial cogió la carta para dársela, y leyó involuntariamente el sobre:

A Monsieur

Monsieur Ferragusse,

Calle de los Grandes Agustinos, esquina á la calle de Solý.

París.

La carta no tenia sello ninguno, y la indicacion impidió á Mr. de Maulincourt restituirla; porque hay pocas pasiones que no lleguen á ser improbas con el tiempo.

El baron tuvo un presentimiento de la oportunidad de este hallazgo, y quiso, mirando la carta, darse derecho de entrar en la casa misteriosa para ir allí á darla á aquel hom-

bre, no dudando que habitase en la casa sospechosa. Ya las sospechosas, vagas como las primeras luces del día, le hacian establecer relaciones entre este hombre y Mad. Julia. Los amantes celosos lo suponen todo; y suponiéndolo todo, escogiendo las conjeturas mas probables es como los jueces, los amantes y los observadores penetran la verdad que les interesa.

—Es á él la carta; es de Mad. de Julia?

Mil cuestiones juntas le fueron hechas por su imaginacion inquieta; pero á las primeras palabras se sonrió.

He aquí testualmente, en el esplendor de su frase natural, la carta, á la cual era imposible añadir nada, ni quitar nada sin la carta misma, pero que ha sido necesario puntuar al publicarla: porque no hay en el original, ni comas, ni puntos, ni ningún signo de ortografia, hecho que tenderia á destruir el sistema de los puntos con los cuales los autores modernos han procurado pintar los grandes desastres de todas las pasiones.

“ENRIQUE”

“En el número de los sacrificios que me he impuesto respecto á vos se hallaba el de no daros mas noticias de mí, pero una voz irresistible me ordena os haga conocer vuestros crímenes contra mí. Sé de antemano que vuestra alma endurecida en el vicio no se dignará tenerme lástima. Vuestro corazón está sordo á la sensibilidad. No lo está á los gritos de la naturaleza, pero poco importa; debo haceros saber hasta que punto os habeis hecho culpable y el horror de la posicion en que me habeis puesto. Enrique, sabiais todo lo que he sufrido de mi primera falta, y habeis podido sumirme en la misma *desgracia* y abandonarme á mi desesperacion y á mi dolor. Sí, lo confieso, la urgencia que tenia de ser amada y de ser estimada de vos me dió el valor de soportar mi suerte. Pero hoy que me queda! no me habeis hecho perder todo lo que tenia de mas caro, todo lo me apegaba á la vida; padres, amigos, honor, reputaciones, es lo he sacrificado todo, y no me queda mas que el oprobio, la deshonra, y, lo digo sin sonrojarme, la miseria, no me faltaba á mi desgracia sino la certidumbre de vuestro desprecio y de vuestro odio; ahora que la tengo, tendré el valor que mi proyecto exige. Mi partido está tomado, y el honor de mi familia lo manda: voy pues á poner un término á mis sufrimientos.... No hagais ningunas reflexiones acerca de mi proyecto, Enrique. Es horroroso, lo sé, pero mi estado me fuerza

¿ello. Sin ayuda ni sosten, sin un amigo para consolarme, puedo vivir? no. La suerte lo ha decidido. Así dentro de dos días Enrique, dentro de dos días Ida no será ya digna de vuestra estimación; pero recibid el juramento que os hago de tener mi conciencia tranquila pues nunca he cesado de ser digna de vuestra amistad. O Enrique, amigo mío, porque no cambiaré nunca para vos, prometedme que me perdonareis la carrera que voy a abrazar. Mi amor me ha dado el valor, me sostendrá en la virtud. Mi corazón además lleno de tu imagen será para mí un preservativo contra la seducción.

—No olvidéis nunca que mi suerte es obra vuestra, y juzgaos. Ojalá el cielo no os castigue de vuestros crímenes, de rodillas le pido vuestro perdón, porque, lo conozco, no faltaría más a mis males que el dolor de saber que erais desgraciado. A pesar de la escasez en que me hallo, reusaré toda especie de socorro vuestro. Si me hubieseis amado, hubiera podido recibirlos como procedentes de la amistad, pero un beneficio escitado por la piedad, mi alma lo rechaza, y sería yo más cobarde recibiendo lo que el que me lo propusiera. Tengo una gracia que pedir: no sé el tiempo que debo estar en casa de Mad. Meynardie, sed bastante generoso para evitar parecer delante de mí. Vuestras dos últimas visitas me hicieron un mal de que me resentiré largo tiempo: no quiero entrar en pormenores acerca de vuestra conducta a este respecto. Me odiais, esta palabra está grabada en mi corazón y lo hiela de frío. Ay! en este momento cuando tengo necesidad de todo mi valor es el que me abandonan todas mis facultades. Enrique, amigo mío, antes que haya puesto una barrera entre nosotros, dame una última prueba de tu estimación: escribeme, respondeme, dime que me estimas todavía aunque no me ames ya. A pesar de que mis ojos sean siempre dignos de encontrar los vuestros, no solicito entrevista: lo temo todo de mi debilidad y de mi amor. Pero por favor escribidme una palabra inmediatamente, me dará el valor que necesito para soportar mis adversidades. Adios, autor de todos mis males, pero el solo amigo que mi corazón ha elegido y que no olvidará nunca.

„IDA“

La vida de una joven soltera cuyo amor engañado, placeres funestos, dolores, miserias y espantosa resignación, estaban reasumidas en tan pocas palabras, el poema desconocido, pero esencialmente parisiense, escrito en esta carta sucia, obraron durante un momento en Mr. de Maulincour, y concluyó por pre-

guntarse si esta Ida sería alguna pariente de Mad. Julia, y si la cita de la noche, de que casualmente había sido testigo, no era para alguna obra caritativa. Que el pobre viejo hubiese seducido a Ida, esta seducción tenía algo de prodigiosa. Juguetando en el laberinto de sus reflexiones que se embarazaban y se destruían una con otra, el barón llegó cerca de la calle de Pesgevin, y vió un coche de alquiler parado al extremo de la calle de los Viejos-Agustinos que confina con la calle Montmartre. Todos los cocheros le decían alguna cosa.

—Y sería ella?

Y su corazón palpitaba con un movimiento fogoso y febril. Empujó la puerta de contrapeso, pero bajando la cabeza y obediendo a una especie de vergüenza, porque oía una voz secreta que le decía:

—Por qué pones el pie en este misterio?

Subió algunos escalones, y se halló cara á cara con la vieja portera.

—Mr. Ferragus?

—No conozco....

—Qué, Mr. Ferragus no vive aquí?....

—No tenemos eso en la casa....

—Pero mi buena mujer....

—No soy una buena mujer, caballero, soy conserge.

—Pero, señora, repuso el barón, tengo que entregar una carta á Mr. Ferragus.....

—Ah! si teneis una carta, dijo ella cambiando de tono, queréis que la vea?.....

Augusto enseñó la carta liada, y la vieja meneando la cabeza con aire de duda, titubeó, pareció querer dejar su cuarto para ir á instruir al misterioso Ferragus de este incidente imprevisto; luego dijo:

—Pues bien! subid, caballero, debeis saber donde está....

Sin responder á esta frase, por la cual esta vieja astuta podía tenderle un lazo, el oficial subió gallardamente la escalera, y llamó con viveza á la puerta del segundo piso. Su instinto de amante le decía:—Ella está ahí!

El desconocido del soportal, el Ferragus ó al autor de los males de Ida abrió el mismo, y se presentó vestido con una bata de florones, un pantalón de moleton blanco, los pies calzados con lindas chinelas de tela, la cabeza aseada; y Mad. Julia, cuya cabeza descollaba sobre el dintel de la puerta de la segunda pieza, perdió el color y cayó sobre una silla.

—Que teneis, señora? gritó el oficial arrojándose hacia ella.

Pero Ferragus estendió el brazo y rechazó con viveza al oficial con un movimiento tan seco que Augusto creyó haber recibido en el pecho el golpe de una barra de hierro.

—Atras! caballero, dijo este hombre. Que nos queréis? correteais por el barrio hace cinco ó seis horas.... Seriais un espía?

—Sois Mr. Ferragus?

—No, señor.

No obstante, repuso Augusto, debo entregaros este papel, que perdisteis en el portal de la casa donde estábamos los dos durante la lluvia.

Al hablar y dar la carta á este hombre, el baron no pudo dejar de echar una mirada á la vivienda donde estaba; y la habia muy bien decorada, aunque sencillamente. Habia fuego en la chimenea; y, muy cerca de ella, una mesa servida mas suntuosamente que lo que permitia la aparente situacion de aquel hombre ó la mediania de su casa. En fin, sobre un confidente de la segunda pieza, que le fué posible ver, divisó un montón de oro, y oyó un ruido que no podia ser producido sino por llanto de muger.

—Este papel me pertenece, os doy gracias, dijo el desconocido, volviéndose de manera que comprendiese el baron que deseaba verlo fuera.

Demasiado curioso para poner atencion en el examen profundo de que era objeto, Augusto no vió al desconocido devorarle con miradas medio magnéticas; pero, ciertamente si hubiese encontrado aquel ojo de basilisco, hubiera quizá comprendido el peligro que le amenazaba. Demasiado apasionado para pensar en sí mismo, Augusto saludó, bajó y volvió á su casa, procurando hallar un sentido en la reunion de estas tres personas: Ida, Ferragus y Mad. Julia; ocupacion que, moralmente, equivalia á buscar el arreglo de los de las tablitas irregulares del quebradero de cabeza chino, sin tener la clave del juego. Pero Mad. Julia lo habia visto, Mad. Julia le habia mentado. Maulincourt se propuso ir á hacer una visita á aquella muger el dia siguiente. Ella no se podia negar á verle, tenia los pies y las manos en aquella tenebrosa intriga. La echaba ya de Sultan, y pensaba en pedir imperiosamente á Mad. Julia que le revelase todos sus secretos.

En aquel tiempo, Paris tenia la fiebre de las construcciones, porque si Paris es un monstruo, es seguramente el mas maniático de los monstruos. Tiene mil caprichos: ya edifica como un gran señor que gasta mucho de hacer obras; despues, deja sus obras y se hace militar; se viste de pies á cabeza de guardia nacional, hace el ejercicio y fuma; de repente abandona los ensayos militares, tira su cigarro; luego se desconsuela, hace bancarrota, vende sus muebles en la plaza del Chatelet, deposita su balance; pero algunos dias despues, arregla sus negocios, se mete en fiesta y danza. Un dia come azúcar á ma-

nos llenas, hasta hartarse; nyer compraba papel Weynen, hoy el monstruo tiene dolor de muelas y se aplica un alexiforma-co sobre todas sus paredes; mañana hara sus provisiones de pasta pectoral. Tiene sus manias por los meses, por la estacion, por el año, como sus manias de un dia. Luego, en el momento en que todo el mundo edificaba y destruia alguna cosa, aun no se sabe que, habia muy pocas calles que no viesen las andamias de grandes palos, forradas de tablas colocadas sobre atravesaños y fijadas de piso en piso en los mechinales. Hay algo de marítimo en los palos, en las escalas, en las cuerdas, en los gritos de los albañiles.

Luego, á doce pasos de la casa de Maulincourt, uno de estos edificios efímeros estaba levantado delante de una casa que se estaba construyendo de piedra. La muchedumbre se agolpó de pronto. Todos los albañiles bajaron, gritando, jurando y diciendole que el birlocho de Mr. de Maulincourt habia hecho estremecer á su grua. Dos pulgadas mas y al oficial le hubiera caido la piedra en la cabeza. El criado habia muerto, el carruaje se habia roto. Este fué un acontecimiento para el barrio; los periódicos lo referian. Mr. de Maulincourt, seguro de no haber hecho nada, se quejó; la justicia intervino; pero, formada la sumaria, se probó que un muchacho armado con una alforja; estaba de guardia y gritaba á los transeuntes que se apartasen. El asunto quedó en eso. Mr. de Maulincourt ya por causa de su criado, ya por su susto, estuvo en cama algunos dias. La trasera de su birlocho, al romperse, le habia hecho contusiones; luego el estremecimiento nervioso causado por la sorpresa le produjo fiebre.

No fué á casa de Mad. Julia.

Diez dias despues de este acontecimiento, y á su primera salida, se dirigia al bosque de Boloña, en su birlocho compuesto, cuando al bajar la calle de Borgoña, en el lugar donde está el albañal, en frente de camara de los diputados, se rompió por enmedio el eje, y el baron iba con tanta rapidez que la rotura tuvo por efecto hacer juntarse las dos ruedas tan violentamente que podian haberle roto la cabeza á no haberle preservado la resistencia que opuso su gorra. No obstante recibió una herida grave en un costado. Por segunda vez en diez dias fué llevado casi muerto á casa de la viuda desconsolada.

Este segundo accidente le dió alguna desconfianza, y pensó, pero vagamente, en Ferragus y en Mad. Julia. Para aclarar sus sospechas, guardó el eje roto y mandó llamar á su maestro de coches. Este vino, miró el eje, la rotura, y probó dos cosas á M. de Maulincourt.

Primero. El eje no era de su obrador; no salia de allí ninguno en que no gravase toscamente las iniciales de su nom-

bre y no podia explicar por que medio habiese sido sustituido aquel eje.

Segundo. La rotura del eje sospechoso habia sido preparada por una especie de viento ó rebolladura hecha con bastante habilidad.

—Vaya! señor baron, mucha habilidad es menester para haber hecho esto tan bien..... porque se juraria que es natural.....

Mr. de Maulincourt suplicó á su maestro de coches que no dijese nada de esta aventura, y se tuvo por debidamente avisado. Estas dos tentativas de asesinato eran urdidas con una habilidad que denotaba enemistad de personas superiores.

—Es una guerra á muerte, dijo moviéndose en su cama; una guerra de salvajes! una guerra de sorpresa, de emboscada, de traicion, declarada en nombre de Mad. Julia! A que hombre pues pertenece esta? De qué poder dispone pues este Ferragus?....

En fin Mr. de Maulincourt, aunque valiente, aunque militar, no pudo dejar de estremecerse; porque en medio de todos los pensamientos que le asaltaron, tuvo uno contra el cual se halló sin defensa y sin ánimo: no emplearán luego el veneno sus enemigos secretos?

Pronto dominado por los temores que su debilidad momentánea, la dicta y la fiebre aumentaban mas, hizo venir á una vieja que habia muchos años que servia á su abuela, vieja que lo queria casi como una madre, lo sublime de lo comun. Sin declararse enteramente a ella, la encargó de comprar secretamente y diariamente, en parages diferentes, los alimentos que le eran necesarios; recomendándole los guardase debajo de llave, y los trajese ella misma, sin permitir que nadie se le acercase cuando los sirviese.

Finalmente, tomó las precauciones mas minuciosas para precaverse de aquel género de muerte. Se hallaba en cama, solo, enfermo, y pudo pensar cómodamente en su propia defensa, sola necesidad bastante perspicaz para permitir al egoismo humano no olvidar nada. Empero el desgraciado enfermo habia emponzoñado su vida con el temor; y á pesar suyo, la sospecha tiñó todas sus horas con sus tristes matices.

Sin embargo estas dos lecciones de asesinato le enseñaron una de las virtudes mas necesarias á los hombres políticos; comprendió el grande disimulo de que es preciso usar en el juego de los grandes intereses de la vida. Callar su secreto no es nada; pero callarse de autemano, pero saber olvidar un hecho por espacio de treinta años, si es preciso, á la manera de Ali Bajá, para asegurar una venganza meditada durante treinta años, es un bello estudio en un pais donde hay pocos hombres que sepan disimular durante treinta dias.

Mr. de Maulincourt no vivia mas que por Mad. Julia. Empleaba perpetuamente ocupado en examinar los medios que podia emplear en esta lucha no conocida para triunfar de adversarios desconocidos. Su pasion anónima á esta muger crecia con todos estos obstáculos. Mad. Julia estaba siempre presente á sus pensamientos y á su corazon, mas atractiva entonces por sus vicios presuntos, que por las virtudes ciertas que habian hecho que fuese un ídolo para él.

El enfermo, queriendo reconocer las posiciones del enemigo, creyó poder sin peligro iniciar al viejo vidame en los secretos de su situacion. El comendador lo amaba como un padre á sus hijos; era fino, hábil, tenia un talento diplomático. Escuchó pues al baron, meneó la cabeza, y los dos hablaron del particular.

El buen vidame no participó de la confianza de su joven amigo, cuando Augusto le dijo que en el tiempo en que vivian, la policia y el poder estaban en disposicion de conocer todos los misterios, y que, si fuese preciso, hallaria en ellos poderosos auxiliares.

El viejo le respondió que la policia era la mas inhábil que habia en el mundo, y el poder lo mas débil en las cuestiones individuales; que ni la policia ni el poder sabian leer en el fondo de los corazones, y que todo lo que debía discretamente pedírsele era buscar las causas de un hecho, para lo que el poder y la policia eran muchas veces impropio, porque les faltaba esencialmente aquel interés personal que lo revela todo al que tiene necesidad de saberlo todo; pero que ningun poder humano podia impedir ni á un asesino, ni á un envenenador, llegar sea al corazon de un príncipe, sea al estómago de un hombre honrado.

El comendador aconsejó fuertemente al baron se fuese á Italia, de Italia á Grecia, de Grecia á Siria, de Siria á Asia, y no volver hasta haber convencido á sus enemigos de su arrepentimiento, y haber asi hecho tácitamente la paz con ellos.... si no estarse en su casa, en su alcoba, porque á todo trance, podia asi garantizarse de los tiros de Ferragus; y no salir de ella sino para destruirlo con toda seguridad. El anciano le prometió emplear toda la astucia que el cielo le habia dispensado para, sin comprometer á nadie, llevar sus observaciones hasta la casa de su enemigo, y darle buena cuenta de ello.

El comendador tenia un viejo Fígaro retirado, el más maligno mono que ha tomado figura humana, en otro tiempo vivo como un diablo, haciendo todo de su cuerpo como un forzado, prevenido como un ladrón, fino como una muger, pero decayido de genio, por falta de ocasiones, despues de la nueva constitución.

ción de la sociedad parisiense, que echó á un lado los criados de comedia. Este Scapin jubilado era adicto á su amo como á un ser superior; pues el astuto vidame añadía cada año al salario de su antiguo preboste de galantería una fuerte suma, lo que corró la amistad natural de este con los lazos del interés, y valía al anciano una asistencia que no emplearía la querida mas amante con su amigo enfermo. De esta perla de los viejos criados de teatro, restos del siglo último, ministro incorruptible, sin tener pasiones que satisfacer, fué de quien se fiaron el comendador y Mr. de Maulincour.

—El señor baron lo echaría á perder todo, dijo este gran hombre de librea, llamado á la consulta. Que el señor baron coma, beba y duerma tranquilamente..... Todo lo tomo sobre mí.

En efecto, ocho dias despues de la conferencia, en el momento en que Mr. de Maulincour, perfectamente restablecido de su indisposicion, almorzaba con su abuela y el vidame, entró Justino, para hacer su relacion. Luego, con aquella falsa modestia que afectan las personas de talento, dijo así que la viuda se fué á su habitacion:

—Ferragus no es el nombre del enemigo que persigue al señor baron. Ese hombre, ese diablo, se llama Graciano Enrique Victor Juan José Bourignard. El señor Graciano Bourignard es un antiguo fletador de buques, en otro tiempo rico, y principalmente uno de los mas lindos mozos de Paris, un Lovelace capaz de seducir á Grandisson. Aquí paran mis noticias. Ha sido simple artesano, y los compañeros del orden de los Devorantes le han elegido, en su tiempo, por gefe, bajo el nombre de Ferragus XXII. La policia deberá saber esto. Este hombre se ha mudado; no vive ya en la calle de los Viejos Agustinos, pára ahora en la calle Joquelet. Mad. Julia Desmaretts va á verlo todos los dias. Muy á menudo su marido, cuando va á la Bolsa, la lleva á la calle Vivienne, ó la muger lleva á su marido a la Bolsa. El vidame conoce muy bien estas cosas para exigir que le diga si el marido es el que lleva á la muger, ó la muger á su marido; pero Mad. Julia es tan linda que pondría por ella. Todo esto es muy positivo. Mi Bourignard juega á menudo; con vuestro perdón, es un farsante que ama las mugeres, y que da sus paseos como un hombre de condicion. Por lo demas, gana á menudo, se disfraza como un cómico, y pasa la vida mas original del mundo. No dudo que tenga muchos domicilios, y la mayor parte del tiempo se entrega á lo que el señor comendador llama *investigaciones parlamentarias*. Si el caballero lo desea, se puede sin embargo deshacerse de él honrosamente en atencion á sus hábitos. El viejo perillan es fino. Ultimamente dejó caer una moneda de oro en su escalera, y dijo á la portera que

no era suya. Este capitalista habla de mudarse otra vez. Ahora, el caballero vidame y el señor baron tienen alguna cosa que mandarme?.....

—Justino, estoy contento de tí, replicó el vidame, no adelantes mas sin orden mia; pero ten aquí cuidado de todo, de manera que el señor baron no tenga nada que temer.

—Querido hijo mio, prosiguió el vidame, vuelve á tu vida, y olvida á Mad. Julia....

—No, no, dijo Augusto, no cederé la plaza á Graciano Bourignard, quiero tenerle amarrado y á Mad. Julia tambien.

Por la noche, el baron Augusto de Maulincour, recientemente promovido á un grado superior en una compañía de guardias de corps, fué al baile, al Eliseo-Borbon, de la señora duquesa de Berri. Allí, ciertamente, no habia ningun peligro que temer por él.

El baron de Maulincour salió de allí sin embargo á ovaquar un lance de honor, lance que era imposible arreglar. Su adversario, el marques de Ronquerolles, tenia las mas fuertes razones para quejarse de Augusto, y Augusto habia dado lugar á ello por su antigua amistad con la hermana de Mr. de Ronquerolles, la condesa de Serizy. Esta señora que no amaba la sensibilidad alemana, era muy exigente en las mas mínimas menudencias de su trage de mogigata. Por una de aquellas fatalidades inesplicables, Augusto dijo una chanza que Mad. de Serizy tomó á mal y de la cual se ofendió su hermano. La explicacion tuvo lugar en un rincon, en voz baja. Como personas de buena sociedad, no hicieran bulla.

Tan solo el dia siguiente, la sociedad del arrabal de San Honorato, del arrabal de San German, y el castillo hablaron de esta aventura, Mad. de Serizy fué defendida con calor, y se le echó toda la culpa á Maulincour. Sin embargo intervinieron personajes angustos; se les pusieron testigos de mayor distincion á Mr. de Maulincour y á Mr. de Roquerolles, y se tomaron todas las precauciones en el acto para que ninguno fuese muerto. Cuando Augusto se halló frente á su adversario, hombre de buen genio, á quien nadie negaba sentimientos de honor, no pudo ver en él el instrumento de Ferragus, gefe de los Devorantes, pero tuvo un secreto deseo de obedecer á inesplicables presentimientos examinando al marques.

—Señores, dijo á los testigos, no me niego ciertamente á aguantar el fuego de Mr. de Ronquerolle; pero, antes, declaro que he tenido la culpa, le doy las satisfacciones que exigiera de mí, hasta públicamente si lo desea, porque cuando se trata de una muger, no podra, lo creo, deshonor á un hombre caballeroso. Apelo pues á su razon y á su generosidad, de lo necio que es,

en nuestros días, batirse cuando la justicia puede sucumbir.....

Mr. de Rouquerolles no admitió este modo de concluir en negocio, y entonces el baron, sospechando mas, se acercó á su adversario, y le dijo:

—Pues bien! señor marques, empeñadme delante, de estos señores, vuestra palabra de caballero de no traer á este lance de honor ninguna razon de venganza, sino la de que se trata públicamente.....

—Caballero, esta pregunta no debe hacerse.....

Y Mr. de Rouquerolles fué á ponerse en su puesto. Estaba convencido de antemano, que los dos adversarios se contentarían con tirar cada uno un tiro. Mr. de Rouquerolles, á pesar de la distancia determinada que parecia hacer la muerte de Mr. de Maulincour muy problemática, por no decir imposible, hizo caer al baron. La bala le atravesó afortunadamente las costillas, sin la mayor lesion, dos dedos debajo del corazon.

—Veis muy bien, caballero, dijo el oficial de guardias, que es por haber querido vengar pasiones muertas.....

Mr. de Rouquerolles creyó que Augusto habia muerto, y no pudo contener una sonrisa sardónica al oír estas palabras.

—De la hermana de Julio Cesar, caballero, no se debe sospechar.

—Siempre Mad. Julia.... respondió Augusto.

Empero perdió el sentido, sin poder acabar un chiste mordaz que espiró en sus labios. Aunque perdió mucha sangre, su herida no era de peligro. Despues de quince días, durante los cuales la viuda y el vidame le prodigaron una asistencia de viejos, asistencia cuyo secreto solo lo da una larga experiencia de la vida, una mañana, su abuela le dió golpes crueles. Le reveló las mortales inquietudes á que eran entregados sus largos y últimos días. Habia recibido una carta firmada con una F, en la cual se le contaba muy pormenor la historia del espionaje á que se habia humillado su nieto. En esta carta, se echaban en cara á Mr. de Maulincour acciones indignas de un hombre honrado. Habia puesto, se decia, una vieja en la calle de Menars, en la parada de los coches de alquiler, vil espia ocupada en la apariencia en vender agua á los cocheros, pero en realidad encargada de espiar los pasos de Mad. Julia Desmarts. Habia espiado al hombre mas inofensivo del mundo para penetrar todos los secretos, cuando de estos secretos dependia la vida ó la muerte de tres personas. El solo pues habia querido la lucha cruel en que, herido ya tres veces, sucumbiria inevitablemente, porque se habia jurado su muerte, y seria solicitada por todos los medios humanos. Maulincour no podia ya evi-

tar su suerte prometiendo respetar los secretos de aquellas tres personas, porque era imposible creer en la palabra de un caballero capaz de bajarse tanto como los agentes de policia para turbar, sin razon, la vida de una muger inocente y de un respectable anciano.

La carta no fué nada para Augusto en comparacion con las reconvenciones cariñosas que le hizo aguantar la baronesa de Maulincour. Faltar al respeto y á la confianza de una muger, espiarla sin tener derecho á ello! Y se debia espiar á la muger de quien se es amado? Fué un torrente de aquellas excelentes razones que no prueban nunca nada, y que pusieron, por primera vez en su vida, al jóven baron en una de las grandes coleras humanas de donde salen, donde brotan las acciones mas capitales de la vida.

—Pues este duelo es un duelo á muerte, dijo en forma de conclusion, debo matar á mi enemigo por todos los medios que puedo tener á mi disposicion.

Al punto el comendador fué á ver, de parte de Mr. de Maulincour, al gefe de la policia particular de Paris, y sin mezclar ni el nombre ni la persona de Mad. Julia en la relacion de esta aventura, aunque ella fuese su nudo secreto, le dió parte de los temores que causaba á la familia de Maulincour el personaje desconocido bastante osado para jurar la pérdida de un oficial de guardias, á la faz de las leyes y de la policia. El gefe de la policia levantó con sorpresa sus gafas verdes, se sonó muchas veces las narices, ofreció tabaco al vidame, que, por dignidad, dijo que no lo gastaba, aunque tenia la nariz embadurnada. Luego el gefe tomó sus notas, y prometió que, con Vidocq y sus sabuesos, daria, dentro de pocos días, buena cuenta á la familia de Maulincour de aquel enemigo, diciendo que no habia misterios para la policia de Paris.

Algunos días despues, el gefe fué á ver al vidame á casa de Maulincour, y halló al jóven baron perfectamente restablecido de su última herida. Entonces, les dió, en estilo administrativo, las gracias por las indicaciones que habian tenido la bondad de darle, haciendoles saber que Bourignard era un hombre sentenciado á veinte años de trabajos públicos, pero milagrosamente escapado durante el transporte de la cadena de Bicetre á Tolon. Por espacio de trece años, la policia habia infructuosamente intentado volverlo á coger, despues de haber sabido que habia venido con mucha frescura á vivir en Paris, donde habia evitado las pesquisas mas activas, aunque estuviese mezclado en muchas intrigas tenebrosas. En pocas palabras, este hombre, cuya vida ofrecia las mas curiosas particularidades, iba á ser ciertamente cogido en uno de sus domicilios, y entregado

a la justicia. El burocrata terminó su relación oficiosa diciéndole a Mr. de Maulincour que si daba tanta importancia a este asunto que quisiese ser testigo de la captura de Bourignard, podía ir el día siguiente a las ocho de la mañana a la calle de Santa Fé, a una casa cuyo número le dió.

Mr. de Maulincour se dispuso de ir a buscar aquella certeza, confiando, con el santo respeto que la policía inspira en París, en la diligencia de la administración.

Tres días después, no habiendo leído nada en los periódicos acerca de este arresto, que debía dar materia a algún artículo curioso, Mr. de Maulincour concibió inquietudes que disipó la carta siguiente:

“Señor baron.

“Tengo el honor de anunciaros que no debeis conservar ya ningún temor tocante al asunto de que se trata. El llamado Graciano Bourignard, por otro nombre Ferragus, ha fallecido ayer, en su domicilio, calle de Joquelet, número 7. Las sospechas que debíamos concebir acerca de su identidad han sido plenamente desvanecidas por los hechos. El médico de la prefectura de policía fué por nosotros agregado al del corregimiento, y el jefe de la policía de seguridad hizo todas las comprobaciones necesarias para tener una plena certidumbre. Por otra parte, la moralidad de los testigos que han firmado el acto de fallecimiento, y los testimonios de los que han asistido al dicho Bourignard en sus últimos momentos, entre otros los del respectable cura de la iglesia Buena-Nueva, con el cual confesó, en el tribunal de la penitencia, porque murió como cristiano, no nos han permitido conservar las menores dudas.

“Recibid, señor baron, &c.”

Mr. de Maulincour, la viuda y el vidame, respiraron con un placer indecible. La buena señora abrazó a su nieto, dejando caer una lágrima, y le dejó para ir a dar gracias a Dios con una oración. La querida viuda, que hacía una novena por la salud de Augusto, creyó que Dios la había oído.

—Y bien! dijo el comendador, ahora puedes ir al baile de que me hablabas: no tengo ya objeciones que oponerte.

Mr. de Maulincour se dió tanta más prisa en ir a aquel baile cuanto que Mad. Julia debía hallarse en él. Esta fiesta era dada por el banquero de una corte extranjera, en la cual las dos sociedades de París se encontraban como en un terreno neutral. Augusto recorrió los salones sin ver a la mujer que ejercía sobre su vida una tan grande influencia. Entró en un

retrete todavía desierto, donde había mesas de juego preparadas que esperaban los jugadores, y se sentó en un diván, entregado a los pensamientos más contradictorios acerca de Mad. Julia.

Un hombre lo cogió por el brazo, y el baron quedó pasmado al ver al pobre de la calle Coquillière, al Ferragus de Ida, al habitante de la calle de Sply, al Bourignard de Justino, al forzado de la policía, al muerto del día anterior.

—Caballero, ni un grito, ni una palabra, le dijo Bourignard, cuya voz reconoció, pero que ciertamente hubiera parecido desfigurado a otro cualquiera. Estaba vestido elegantemente, llevaba las insignias de la orden de Toison de Oro, y una placa en su frac.

Caballero, prosiguió con una voz que silbaba como la de una hiena, autorizais todas mis tentativas poniendo de vuestra parte la policía. Perecereis, caballero. Amais a Mad. Julia? Sois amado de ella? con que derecho quereis turbar su reposo, destruir su virtud?.....

Entró una persona, y Ferragus se levantó para irse.

—Conoceis a este hombre? preguntó Mr. de Maulincour, cogiendo a Ferragus por el pescuezo, pero este se desasíó diestramente, y agarrando a Mr. de Maulincour por los cabellos, le zamarreó como por burla varias veces la cabeza:

—Es pues absolutamente preciso plomo para hacerlo sabio! dijo él.

—No personalmente, caballero, respondió el testigo de esta escena, pero sé que el caballero es Mr. de Funcal, portugues muy rico.

Mr. de Funcal había desaparecido. El se puso en su busca sin poder hallarlo, y, cuando llegó debajo del pórtico, vió, en un brillante carruaje, a Ferragus, que se sonreía burlescamente mirándole, y partía muy de prisa.

—Caballero, por favor, dijo Augusto cuando volvió al retrete, donde vive Mr. de Funcal?....

—Lo ignoro, pero aquí os lo dirán sin duda.

El baron, habiendo preguntado al dueño de la casa, supo que el conde de Funcal vivía en la embajada de Portugal.

Entonces, en el momento en que creía sentir aun los dedos helados de Ferragus en sus cabellos, vió a Mad. Julia en todo el brillo de su belleza, colorada, graciosa, natural, resplandeciente con aquella santidad femenil de que se había enamorado. Esta criatura, infernal para él, no escitaba ya en su corazón mas que odio, y este odio rebozó cruel, terrible en sus miradas. Acechó el momento de hablarle sin ser oído de nadie, y le dijo:

—Señora, vuestros matones me han errado ya tres veces.

—Que quereis decir, caballero? respondió ella poniendose encarnada. Sé que os han acontecido muchos accidentes pesados, en los cuales he tomado mucha parte; pero como puedo yo estar en ellos para alguna cosa?

—Sabeis que hay matones dirigidos contra mi por el hombre de la calle de Soly!

—Caballero!.....

—Señora, al presente no seré solo en pedir os cuenta, no de mi dicha, sino de mi sangre.....

En este momento se arrimó Mr. Julio Desmarets.

—Que decis á mi muger, caballero?

—Venid á informaros á mi casa, si lo deseais, caballero

Y Maulincour se fué, dejando á Mad. Julia pálida y casi desmayada.



III.

LA MUGER ACUSADA.

Hay pocas mugeres que no se hayan encontrado, una vez en su vida, respecto á un hecho incontestable, delante de una interrogacion precisa, aguda, cortante; una de aquellas cuestiones cruelmente hechas por sus maridos; y cuya sola aprension da un leve frió, cuya primer palabra entra en el corazon como entraria el agudo acero de un puñal. De aquel axioma: *No hay muger que no haya mentido*. Mentira oficiosa, mentira venial, mentira sublime, mentira horrible; pero mentira; pero obligacion de mentir. Despues, admitida esta obligacion, no es menester mentir bien? Asi las mugeres mienten admirablemente en Francia. Nuestras costumbres les enseñan perfectamente la impostura! En fin la muger es tan sencillamente indiscreta, tan linda, tan graciosa, tan veraz en la mentira; reconoce tan bien la utilidad de ella para evitar, en la vida social, los choques violentos á que no resistiria la felicidad, que les es necesaria como el algodón donde meten sus perlas. La mentira llega á ser para ellas el fondo del idioma, y la verdad una escepcion; la dicen, cuando son virtuosas, por capricho ó por especulacion. Luego, segun su caracter, ciertas mugeres se rien cuando mienten; unas lloran; otras se ponen graves; algunas se irritan. Despues de haber comenzado en la vida por sentir insensibilidad á los homenajes que mas les lisonjean, concluyen muchas veces por mentirse á sí mismas.

Quien no ha admirado su apariéncia de superioridad en el momento en que tiemblan por los misteriosos tesoros del amor? Quien no ha estudiado su soltura, su facilidad, su tranquilidad de

ánimo en los grandes apuros de la vida? Entonces, en ellas, nada prestado, el embuste corre como la nieve cae del cielo. Despues, con que arte descubren la verdad en otro! Con que finura emplean la lógica, á propósito de la cuestion apasionada que les entrega siempre algun secreto de corazon en un hombre bastante insincero para proceder con ellas con interrogacion? Preguntar á una muger no es entregarse á ella? No sabrá ella todo lo que quiere ocultar? y no sabrá callar hablando? Y algunos hombres tienen la pretension de luchar con la muger de Paris! con una muger que sabe guardarse de las puñaladas diciendolo!

Que es lo que os he hecho? Por que quereis saberlo? Ah! que celoso sois! Y si no quisiera responderos?

Finalmente con una muger que posee ciento treinta y siete mil maneras de decir NO, é inconensurables variaciones para decir SI! El tratado del no y del sí no es una de las mas hermosas obras diplomáticas, filosóficas, logográficas y morales que nos quedan que hacer? Empero, para completar esta obra diabólica, no seria menester un genio androgeno? así nunca se intentará. Luego, de todas las obras inéditas no es la mas conocida, la mejor practicada por las mugeres? Habeis nunca estudiado la marcha, el asiento, la *de involtura* de una mentira? Examinad!

Mad. Desmarets estaba sentada en la derecha de su coche, y su marido á la izquierda. Habiendo sabido reponerse de su emocion, al salir del baile, Mad. Julia afectaba una tranquila serenidad. Su marido no le habia dicho nada, y nada le decia aun. Julio miraba por la puertecilla las negras paredes de las casas silenciosas por donde pasaba; pero de repente, como impulsado por un pensamiento determinante, al volver una esquina, examinó á su muger que parecia tener frio, no obstante el capote forrado de pieles que tenia puesto. La encontró como pensativa. De todas las cosas que se comunican, la reflexion y la gravedad son las mas contagiosas.

—Que es lo que ha podido decirte Mr. de Maulinconr para afectarte tan vivamente? preguntó Julio. Y que es lo que quiere que vaya yo á saber á su casa?

—No podrá decirte en su casa mas de lo que yo te diga ahora, respondió ella.

Despues, con aquella sutileza femenil que deshonra siempre un poco á la virtud, Mad. Julia esperó otra pregunta.

El marido volvió á mirar hacia las casas y continuó sus estudios sobre las puertas cocheras. Una interrogacion mas no era una sospecha, una desconfianza? Sospechar de una muger es un crimen en a sor. Julio habia ya muerto á un hombre sin haber dudado de su muger.

Clemencia no sabia todo lo que habia de pasion verdadera

de reflexiones profundas en el silencio de su marido, como Julio ignoraba el drama terrible que oprimia el corazon de su Clemencia. Y el coche seguia andando en Paris silencioso, llevando dos esposos, dos amantes que se idolatraban, y que suavemente apoyados, reunidos en los cojines de seda, estaban no obstante separados por un abismo. En estos elegantes coches que vuelven del baile, entre doce y dos de la noche, que de escenas raras no pasan, en particular en los cupés cuyas linternas alumbran la calle y el coche; aquellos cuyos cristales estan claros; en fin los cupés del amor legítimo, donde las parejas pueden reñir sin ser vistos por los transeuntes, porque el estado civil da el derecho de regañar, de pegar, de abrazar á una muger en coche y fuera, en todas partes. También cuantos secretos no se revelan á los peones nocturnos, á los jóvenes que van al baile en coche, pero obligados, por cualquier causa que sea, á irse á pié.

Esta era la primera vez que Julio y Clemencia se hallaban así cada uno en su lado. El marido se arrimaba ordinariamente á su muger.

—Hace mucho frio..., dijo Mad. Julia.

Pero el marido no oyó, estudiaba todas las muestras negras que habia encima de las tiendas.

—Clemencia, dijo en fin, perdoname la pregunta que voy á dirigirte.

Y se acercó, la cogió por el cuerpo y la arrimó á sí.

—Dios mio, ya estamos en ello!... pensó la pobre muger,

—Y bien! repuso ella adelantandose á la pregunta, quieras saber lo que me decia Mr. de Maulinconr? Te lo diré, Julio; pero no será sin terror. Podemos tener secreto uno para otro? Te veo luchando hace mas de un momento entre la conciencia de nuestro amor y temores vagos: nuestra conciencia no es clara, y tus sospechas no te parecen muy tenebrosas? Por qué no permanecer en la claridad que agrada? Cuando te lo hubiere contado todo, desistirás de saber mas; y sin embargo no sé yo misma lo que ocultan las estrañas palabras de ese hombre. Pues bien! entonces quizá habrá entre vosotros dos algun lance fatal. Mejor querria que olvidasemos los dos este mal momento. Pero, en todo caso, júrame esperar que esta singular aventura se explique naturalmente. Mr. de Maulinconr me ha declarado que los tres accidentes de que tu me has hablado: la piedra que cayó sobre su criado, su caída del birlocho, y su duelo atencioso á Mad. de Serizy, eran efecto de una conjuracion que yo habia tramado contra él. Despues me amenazó con explicarte el interes que me movia á asesinarle. Comprendes alguna cosa de todo esto? Mi turbacion procedió de la impresion que me causó la vista de su cara marcada de locura, sus ojos hoscos y sus

palabras violentamente cortadas por una agitacion interior. Crei que estaba loco. Esto es todo. Ahora no seria muger si no hubiese advertido que, de un año á esta parte, he sido, como se dice, la pasion de Mr. de Maulincour. Nunca me ha visto mas que en el baile, y sus conversaciones eran insignificantes, como todas las que se tienen en el baile. Quizá quiere desunirnos para encontrarme un dia sola y sin defensa! Lo ves bien? Ya tus cenizas se fruncen! Oh! aborrezco cordialmente al mundo. Somos tan felices sin él, por qué irlo á buscar? Julio, te lo suplico, prometeme olvidar todo esto. Mañana, sabremos sin duda que Mr. de Maulincour se ha vuelto loco.

—Que cosa tan singular!.... dijo Julio para sí al bajar del coche en el peristilo de su escalera.

Dió los brazos á su muger, y subieron á sus habitaciones.

Para desenvolver esta historia en toda la verdad de sus pormenores, para seguir su curso en todas sus vueltas y revueltas, es menester divulgar aquí algunos secretos del amor, introducirse debajo del artesonado de una alcoba, no descaradamente, sino á la manera del Trilby de Carlos Nodier, no espantar ni á Dougal, ni á Jeannie, no ahuyentar á nadie, ser tan casto como quiere serlo nuestra noble lengua francesa, tan atrevido como ha sido el pincel de Dafne y Chloe: problema difícil para quien nunca ha manejado la brocha, para quien conoce poco la lengua francesa.

La alcoba de Mad. Julia era un lugar sagrado. Ella, su marido, la criada podian solo entrar en ella. La opulencia tiene bellos privilegios, y los mas envidiables son los que permiten desarrollar los sentimientos en toda su estension; secundarlos con el cumplimiento de sus mil caprichos; rodearlos del brillo que los engrandece, del esmero que los purifica, de las delicadezas que los hacen mas atractivos.

Si aborreceis las comidas sobre la yerba y los convites mal servidos; si experimentais un gran placer en ver un mantel adamascado deslumbrante en blancura, un servicio de plata sobredorada, porcelana de una claridad exquisita, una mesa guarnecida de oro, rica en cinceladuras, alumbrada por diáfanos bugias; luego, debajo de globos de plata blasonados, los milagros de la cocina mas escogida; entonces, para ser consecuente, debeis dejar la guardilla en lo alto de las casas, las mozelas en las calles; abandonar las guardillas, las mozelas, las paraguas, los zuecos articulados á las gentes que pagan su comida con papel; despues, debeis comprender el amor como un principio que no se desarrolla en toda su gracia sino sobre las alfombras de la Savonnerie, bajo la luz del ópolo de una lámpara de mármol, entre paredes calladas y cubiertas de seda, delante de un hogar dorado, en una habitacion libre

del ruido de los vecinos, de la calle, de todo, por las persianas, por los postigos, por las ondeantes cortinas. Os hacen falta espejos en los cuales las formas jugueteen, y que repiten hasta lo infinito á la muger que se quisiera multiplique, y que el amor multiplica muchas veces; luego divanes muy bajos; despues una cama que, semejante á un secreto, se deja descubrir sin ser mostrada; despues, en esta habitacion con el piso alto, pieles para los pies desnudos, bugias debajo de fanales en medio de muselinas, para leer á toda hora de la noche; y las flores que no trastornen la cabeza, y las telas con que se hubiera contentado Ana de Austria.

Mad. Julia habia realizado este delicioso programa. Como muger de gusto podia hacer mucho, aunque, sin embargo, haya en el arreglo de estas cosas un sello de personalidad que da á un adorno, á una friolera, un carácter inimitable. Hoy, mas que nunca, reina el fanatismo de la individualidad. Mientras mastienden las leyes á una imposible igualdad, mas nos separamos de ella por las costumbres. Tambien las persianas ricas comienzan, en Francia, á hacerse mas exclusivas en sus gustos y en las cosas que les pertenecen, que lo han sido de treinta años á esta parte.

Mad. Julia sabia á que le obligaba este programa, y habia puesto en su casa todo en armonia con un lujo que pegaba tan bien al amor. Porque los *mil y quinientos francos y mi Sofia*, ó la pasion en la choza, son palabras de hambrientos á quienes el pan bazo basta en un principio, pero que, llegando á entornarse si aman realmente, concluyen por echar menos las riquezas de la gastronomia. El amor tiene horror al trabajo y á la miseria. Mejor quiere morir que vivir con estrechez.

La mayor parte de las mugeres, al volver del baile, impacientes por acostarse tiran, á un lado los trages, sus flores, los ramilletes, cuyo olor se ha marchitado: dejan sus zapatos debajo de un sillón, andan con chinelas; se quitan los pendientes, deshacen sus trenzas sin cuidado alguno. Poco les importa que sus maridos vean los broches, los alfileres dobles, los bucles artificiales que sostenian los elegantes edificios del peinado ó del prendido. Entonces nada de misterios, todo cae delante del marido; nada de disimulo para el marido; el corsé, la mayor parte del tiempo, corsé lleno de precauciones, queda allí, si á la doncella medio dormida se le olvida recogerlo. En fin los ahuecadores de ballena, las escotaduras de tafetan engomado, los trapos engañosos, los cabellos vendidos por el peluquero, toda la falsa muger está allí dispersa. *Disjecta membra poetæ*, la poesia artificial tan admirada por aquellos para quienes habia sido concebida, elaborada, ocupa los rincones. Entonces, al amor de un marido que bosteza, se presenta una verdadera mu-

ger que bosteza, que viene en un desorden sin elegancia, cubierta la cabeza con un gorro ajado, el del día anterior, el de mañana.

—Porque, además, caballero, si quereis un lindo gorro para echarlo á perder todas las noches, aumentad mi pensión.

Y esta es la vida tal como es. Una muger es siempre vieja y desagradable á su marido, pero siempre rozagante, primorosa y compuesta para otros, para el rival de todos los maridos, para el mundo que calumnia ó despedaza á todas las mugeres.

Inspirada por un amor verdadero, porque el amor tiene, como todos los demas seres, el instinto de su conservacion, Mad. Julio obraba enteramente de otra manera, y hallaba, en los constantes beneficios de su felicidad, la fuerza necesaria para cumplir estos deberes minuciosos de que es preciso no dispensarse nunca, porque perpetuan el amor. Estos cuidados, estos deberes, no proceden por otra parte de una dignidad personal que sienta á las mil maravillas? No son estas lisonjas? Mad. Julia, pues, habia prohibido á su marido la entrada del gabinete donde dejaba su adorno de baile, y no salia de él sin estar vestida para la noche, graciosamente adornada para las misteriosas fiestas de su corazón.

Yendo á esta alcoba, siempre elegante y graciosa, Julio veia allí una muger coquetamente envuelta en un elegante peinador, los cabellos sencillamente recogidos en gruesas trenzas sobre la cabeza, porque, no temiendo el desorden, no le robaba al amor ni la vista, ni el tacto; una muger siempre mas sencilla, mas bella entonces que lo era para el mundo; una muger que se habia reanimado en el agua, y todo cuyo artificio consistia en estar mas blanca que sus muselinas, mas fresca que el perfume mas fresco, mas seductora que la mas hábil cortesana, en fin siempre cariñosa, y por tanto, siempre amada.

Esta admirable inteligencia del oficio de muger fué el gran secreto de la emperatriz Josefina para agradar á Napoleón, como lo habia sido en otro tiempo el de Cesonia para Cayo Caligula, el de Diana de Poitiers para Enrique II. Empero si fué largamente productivo para las mugeres que contaban siete ú ocho lustros, que arma en las manos de las jóvenes! Entonces un marido sufre con delicias todas las felicidades de su fidelidad.

Luego, volviendo á su casa despues de aquella conversacion, que le habia helado de espanto, y que todavía le causaba las mas vivas inquietudes, Mad. Julia puso un esmero particular en su adorno nocturno. Quiso ponerse y se puso atractiva. Confiada en sus ventajas, fué de puntillas, puso sus manos sobre

los ojos de Julio, que estaba pensativo, el codo apoyado sobre la chimenea, y un pie en el guardafuego; luego le dijo al oído:

—En qué pensais?

—En tí, respondió él.

—En mí sola?

—Sí.....

—Ohr! vaya un sí bien arriesgado.

En seguida se acostaron.

Antes de dormirse, dijo Mad. Julia para sí:

—Indubitavelmente Mr. de Maulincourt será la causa de alguna desgracia!... Julio está preocupado, distraído, y oculta pensamientos que no me dice.....

Serian las tres de la madrugada cuando Mad. Julia despertó con un presentimiento que le habia tocado al corazón durante su sueño. Tuvo una percepcion á la vez física y moral de la ausencia de su marido.

Además una voz le habia dicho:—Julio padece, Julio llora.....

Volvió la cabeza, se sentó, halló frio el sitio de su marido, y lo vió sentado delante de la chimenea, los pies sobre el guardafuego, la cabeza apoyada en el espaldar de un gran sillón. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas.

Se bajó Julia vivamente de la cama, y de un brinco se puso junto á su marido.

—Julio, que tienes?.... estás malo?.... habla!.... di!.... dimelo.....

En un momento le dirigió cien palabras que expresaban el cariño mas profundo. Julio se echó á los pies de su muger, le besó las manos, y le respondió derramando nuevas lágrimas.

—Querida Clemencia, soy muy desgraciado!..... No es amar sino desconfiar de su amiga, y tu eres mi amiga: te adoro teniendo sospechas de tí.... Las palabras que aquel hombre me dijo esta noche me han tocado al corazón; han quedado á pesar mio para desconcertarlo. Hay en ellas oculto algun misterio. En fin, me sonrojo de ello, tus esplicaciones no me han satisfecho. Mirazon me da luces que mi amor me hace repeler.. Es un combate horroroso. Podia yo estar allí, junto á tí, al lado de tu cabeza y sospechando pensamientos que me serian desconocidos?

—Oh! te creo! te creo! le gritó él vivamente viéndola sonreír con tristeza, y abrir la boca para hablar. No me digas nada, no me reconvengas! La menor palabra tuya me mataria. Por otra parte podrás decirme una sola cosa que no me haya yo dicho desde las tres? Sí, desde las tres, estoy aquí, mirándote dor-

mir, tan tranquila, tan hermosa! Oh! sí, siempre me has dicho todos tus pensamientos, no es así? Estoy solo en tu alma? ... Contemplandote, clavado mis ojos en los tuyos, lo veo todo en ellos perfectamente. Tu vida es siempre tan pura como clara tu mirada. No, no hay secreto detrás de un ojo tan transparente.

Se levantó y le dió un beso en los ojos.

—Déjame que te manifieste que hace cinco años que lo que cada día acrecienta mi felicidad, es saber que no tienes ninguno de los afectos naturales que disminuyen un poco el amor. No tienes hermana, ni padre, ni madre, ni compañera, y yo no he estado ni encima, ni debajo de nadie, en tu corazón; lo he ocupado yo solo. Clemencia, repíteme todas las delicias del alma que tan a menudo me has dicho, consuelame, soy desgraciado. Tengo ciertamente una sospecha odiosa que echarme en cara, y tú no tienes nada en el corazón que te atormente! Querida mía, di, podría yo estar así a tu lado? Como habian de estar sobre la misma almohada dos cabezas cuando una de ellas padece y la otra está tranquila....

—En qué piensas pues?.... gritó repentinamente viendo a Clemencia cogitabunda, cortada, y que no podía contener las lágrimas.

—Pienso en mi madre!.... respondió ella con tono grave. Tú no conoces, Julio, el dolor de una mujer obligada a acordarse de las despedidas moribundas de su madre, oyendo tu voz, la mas dulce de las músicas, y pensar en la solemne presión de sus manos heladas al sentir las caricias de las tuyas en un momento en que me colmas de testimonios de tu delicioso amor.

Levantó a su marido, lo abrazó con una fuerza nerviosa, superior a la de un hombre, le compuso el pelo, y lo cubrió de lágrimas.

—Ah! quisiera ser picada viva por tí! dime que te hago feliz, que soy para tí, la mas bella de las mugeres, que soy mil mugeres para tí!... Eres amado como no lo será nunca hombre alguno... No sé lo que quieren decir las palabras *deber* y *virtud*; te amo por tí, soy feliz en amarte, y te amaré siempre, hasta mi último aliento. Estoy algo orgullosa con mi amor; me creo destinada a no experimentar mas que un sentimiento en mi vida. Lo que voy a decirte es horroroso, quizá, estoy contenta con no tener hijos, y no los deseo. Me siento mas esposa que madre. Y bien! tienes algun temor? Escuchame, amor mio, prométeme olvidar, no aquella hora de afecto y de dudas, sino las palabras de ese loco Julio, lo exijo: prométeme no verle, ni ir a su casa. Estoy convencida que si das un paso mas en este laberinto, rodaremos a un abismo, o pereceré, pero con tu nombre en los labios, y tu corazón en el mio. Por qué me colocas tan elevada en tu corazón, y tan baja en reali-

lidad? Quel tú que das crédito a tantas personas con tus bienes, no me haras limosna de una sospecha, y por la primera vez en tu vida en que puedes probarme una fé sin límites, me destronarás de tu corazón! Entre un fatuo y yo, crees a aquel. Oh! Julio!....

Se paró, se recogió los cabellos que le caian sobre la cara y cuello; luego con un acento que traspasaba el corazón, añadió:

—He dicho demasiado, una palabra debia ser suficiente. Si tu alma y tu frente conservan alguna nube, por leve que pueda ser, sábelo.... moriré!....

—Oh! mataré a ese hombre!.... dijo Julio para sí cogiendo a su mujer y llevándola a su cama.

—Durmamos en paz, ángel mio, repuso, lo he olvidado todo, te lo juro....

Clemencia se durmió con esta dulce palabra, mas dulcemente repetida. Luego, Julio, mirándola dormida, se dijo a sí mismo:

—Tiene razon, cuando el amor es tan puro, una sospecha lo empaña. Para esta alma tan cándida, para esta flor tan delicada, una mancha, sí, esto debe ser la muerte.

Cuando entre dos seres que se quieren uno a otro, y cuya vida se cambia a todo momento, cae de repente un nublado; aunque se disipe, deja en las almas algunos rastros de su paso. Entonces, o el cariño se aviva mas, asi como la tierra se embellece despues de la lluvia, o el resentimiento resuena todavia, como el trueno lejano en un cielo puro: es imposible volverse a hallar en la vida anterior, y es menester que el amor crezca o disminuya.

En el almuerzo, Mr. Julio y su esposa tuvieron el uno con el otro atenciones un poco afectadas. Las miradas abundaban de una alegria casi forzada, y parecia que eran el esfuerzo de personas solícitas en engañarse a sí mismas. Julio tenia dudas involuntarias, y su mujer, temores ciertos. No obstante, seguros uno de otro habian dormido. Este estado de mortificación era efecto de una falta de felicidad, el recuerdo de su escena nocturna? Ellos mismos no lo sabian. Empero se habian amado, se amaban muy puramente para que la impresión, a la vez cruel y benéfica, de aquella noche no dejase algunos rastros en sus almas; entonces, deseosos los dos de hacerlos desaparecer, y queriendo ser ambos el *primero*, no podian abstenerse de pensar en la causa primitiva de su primera desavenencia.

Para las almas amantes, estas no son desazones; la pena está aun muy lejana; es una especie de duelo difícil de pintar. Si hay relaciones entre los colores y las agitaciones del alma,

mir, tan tranquila, tan hermosa! Oh! sí, siempre me has dicho todos tus pensamientos, no es así? Estoy solo en tu alma?... Contemplandote, clavado mis ojos en los tuyos, lo veo todo en ellos perfectamente. Tu vida es siempre tan pura como clara tu mirada. No, no hay secreto detrás de un ojo tan transparente.

Se levantó y le dió un beso en los ojos.

—Déjame que te manifieste que hace cinco años que lo que cada día acrecienta mi felicidad, es saber que no tienes ninguno de los afectos naturales que disminuyen un poco el amor. No tienes hermana, ni padre, ni madre, ni compañera, y yo no he estado ni encima, ni debajo de nadie, en tu corazón; lo he ocupado yo solo. Clemencia, repítame todas las delicias del alma que tan a menudo me has dicho, consuelame, soy desgraciado. Tengo ciertamente una sospecha odiosa que echarme en cara, y tú no tienes nada en el corazón que te atormenta! Querida mía, di, podría yo estar así á tu lado? Como habian de estar sobre la misma almohada dos cabezas cuando una de ellas padece y la otra está tranquila.....

—En qué piensas pues?... gritó repentinamente viendo á Clemencia cogitabuada, cortada, y que no podía contener las lágrimas.

—Pienso en mi madre!... respondió ella con tono grave. Tú no conoces, Julio, el dolor de una muger obligada á acordarse de las despedidas moribundas de su madre, oyendo tu voz, la más dulce de las músicas, y pensar en la solemne presión de sus manos heladas al sentir las caricias de las tuyas en un momento en que me colmas de testimonios de tu delicioso amor.

Levantó á su marido, lo abrazó con una fuerza nerviosa, superior á la de un hombre, le compuso el pelo, y lo cubrió de lágrimas.

—Ah! quisiera ser picada viva por tí! dime que te hago feliz, que soy para tí, la más bella de las mugeres, que soy mil mugeres para tí!... Eres amado como no lo será nunca hombre alguno... No sé lo que quieren decir las palabras *deber* y *virtud*; te amo por tí, soy feliz en amarte, y te amaré siempre, hasta mi último aliento. Estoy algo orgullosa con mi amor; me creo destinada á no experimentar mas que un sentimiento en mi vida. Lo que voy á decirte es horroroso, quizá, estoy contenta con no tener hijos, y no los deseo. Me siento mas esposa que madre. Y bien! tienes algun temor? Escuchame, amor mio, prométeme olvidar, no aquella hora de afecto y de dudas, sino las palabras de ese loco Julio, lo exijo: prométeme no verle, ni ir á su casa. Estoy convencida que si das un paso mas en este laberinto, rodaremos á un abismo, ó pereceré, pero con tu nombre en los labios, y tu corazón en el mio. Por qué me colocas tan elevada en tu corazón, y tan baja en reali-

lidad? Quel tú que das crédito á tantas personas con tus bienes, no me haras limosna de una sospecha, y por la primera vez en tu vida en que puedes probarme una fé sin límites, me destronarás de tu corazón! Entre un fatuo y yo, crees á aquel. Oh! Julio!.....

Se paró, se recogió los cabellos que le caian sobre la cara y cuello; luego con un acento que traspasaba el corazón, añadió:

—He dicho demasiado, una palabra debia ser suficiente. Si tu alma y tu frente conservan alguna nube, por leve que pueda ser, sábelo.... moriré!....

—Oh! mataré á ese hombre!... dijo Julio para sí cogiendo á su muger y llevándola á su cama.

—Durmamos en paz, ángel mio, repuso, lo he olvidado todo, te lo juro....

Clemencia se durmió con esta dulce palabra, mas dulcemente repetida. Luego, Julio, mirándola dormida, se dijo á sí mismo:

—Tiene razon, cuando el amor es tan puro, una sospecha lo empaña. Para esta alma tan cándida, para esta flor tan delicada, una mancha, sí, esto debe ser la muerte.

Cuando entre dos seres que se quieren uno á otro, y cuya vida se cambia á todo momento, cae de repente un nublado; aunque se disipe, deja en las almas algunos rastros de su paso. Entonces, ó el cariño se aviva mas, asi como la tierra se embellece despues de la lluvia, ó el resentimiento resuena todavia, como el trueno lejano en un cielo puro: es imposible volverse á hallar en la vida anterior, y es menester que el amor crezca ó disminuya.

En el almuerzo, Mr. Julio y su esposa tuvieron el uno con el otro atenciones un poco afectadas. Las miradas abundaban de una alegría casi forzada, y parecia que eran el esfuerzo de personas solícitas en engañarse á sí mismas. Julio tenia dudas involuntarias, y su muger, temores ciertos. No obstante, seguros uno de otro habian dormido. Este estado de mortificación era efecto de una falta de felicidad, el recuerdo de su escena nocturna? Ellos mismos no lo sabian. Empero se habian amado, se amaban muy puramente para que la impresion, á la vez cruel y benéfica, de aquella noche no dejase algunos rastros en sus almas; entonces, deseosos los dos de hacerlos desaparecer, y queriendo ser ambos el *primero*, no podian abstenerse de pensar en la causa primitiva de su primera desavenencia.

Para las almas amantes, estas no son desazones; la pena está aun muy lejana; es una especie de duelo difícil de pintar. Si hay relaciones entre los colores y las agitaciones del alma,

si, como dijo el ciego de Locke, la grana debe producir en la vista los efectos producidos en el oído por una clarinada, puede permitirse comparar con las tintas oscuras esta melancolía de rechazo. Pero el amor entristecido o que queda un sentimiento verdadero de su felicidad momentáneamente, da placeres que, apegados á la pena y á la alegría, son enteramente nuevos. Julio observaba la voz de su mujer, espiaba sus miradas con el sentimiento nuevo que lo animaba en los primeros momentos de su pasión respecto á ella. Entonces los recuerdos de cinco años muy felices, la hermosura de Clemencia, la sencillez de su amor, borraron prontamente los últimos vértigos de un dolor intolerable.

Este día era un Domingo, en que no había Bolsa, ni negocios, y así los dos esposos pasaron el día juntos, introduciéndose uno en el corazón del otro mas que nunca, como sucede á dos niños que, en un momento de miedo, se aprietan, se estrechan y se agarran, uniéndose así por instinto. Hay en la vida días como estos completamente felices, debidos al acaso, y que no se repitan ni al día anterior ni al siguiente, flores efímeras. Julio y Clemencia gozaron de él deliciosamente, como si hubiesen sentido que era el último día de su vida amorosa.

Que nombre dar á este poder desconocido que hace acelerar los pasos de los viajeros sin que la tempestad se haya aun manifestado; que hace resplandecer con vida y belleza al moribundo algunos días antes de su muerte, y le inspira los mas risueños proyectos; que aconseja al sabio apagar su velón nocturno en el momento en que le alumbra perfectamente; que hace temer á una madre la mirada demasiado profundo lanzada á su hijo por un hombre perspicaz?.... Todos sufrimos esta influencia, tanto en las pequeñas como en las grandes catástrofes de nuestra vida, y todavía no la hemos nombrado ni estudiado; es mas que presentimiento y no es vision.

Todo estuvo bien hasta el día siguiente.

El Lunes, Julio Desmurets, obligado á estar en la Bolsa á la hora acostumbrada, no salió sin ir, segun su costumbre, á preguntar á su mujer si queria aprovecharse de su coche.

—No, dijo ella, hace muy mal tiempo para pasearse.

En efecto, diluviaba.

Eran cerca de las dos y media cuando Mr. Desmurets fué á la tesorería.

A las cuatro, al salir de la Bolsa, se encontró de manos á boca con Mr. de Maulincour que lo esperaba allí con la pertinacia que produce el odio y la venganza.

—Caballero, tengo noticias importantes que comunicaros, dijo el oficial agarrando al agente de cambios por el brazo. Escuchad, soy un hombre demasiado honrado para recurrir á car-

tas anónimas que turbarían vuestro reposo, he preferido hablaros. En fin, creed que si no se tratase de mi vida, no me mezclaria, ciertamente, de ninguna manera en los asuntos de una familia, aun cuando pudiese creerme con derecho á ello.

—Si lo que tenéis que decirme concierne á Mad. Desmurets, respondió Julio, os suplicaré, caballero, que os calleis.

—Si callo, caballero, podiais ver antes de poco á Mad. Julia en los bancos del tribunal de Asisias, al lado de un forzado! debo callar ahora?....

Julio perdió el color, pero su bella cara recuperó prontamente una calma falsa; y llevando al oficial debajo de uno de los cobertizos de la Bolsa provisional donde se hallaban entonces, le dijo con una voz que ocultaba una profunda conmoción interior:

—Caballero, os escucharé; pero habrá entre nosotros un duelo á muerte, si.....

—Oh! consiento en ello! exclamó Mr. de Maulincour, porque os profeso la mayor estimación. Hablais de muerte, caballero? ignorais sin duda que vuestra mujer me hizo quizá envenenar el Sabado por la noche; porque desde antes de ayer, pasa en mi alma alguna cosa extraordinaria; mis cabellos me destilan interiormente, por medio del cráneo, y la fiebre, y una languidez mortal; luego, sé que me tocó los cabellos en el baile.

Entonces Mr. de Maulincour contó, sin ocultar un solo hecho, su amor platónico á Mad. Julia, y los pormenores de la aventura contenida en los dos primeros capítulos de esta historia.

Todo el mundo lo hubiera escuchado con tanta atención como el corredor de cambios; pero el marido de Julia tenia derecho para admirarse mas de ello que ningun otro. Allí se descubrió su carácter; fué mayor su sorpresa que su abatimiento. Hecho juez, y juez de una mujer adorada, halló en su alma la rectitud de juez, así como tomó la inflexibilidad. Amante todavía, pensó menos en su vida destrozada que en aquella mujer; escuchó, no su propio dolor, sino la voz lejana que le gritaba:

Clemencia no sabe mentir! Por qué te habia de engañar?

—Caballero, dijo el oficial de guardias concluyendo, cierto de haber reconocido, el Sábado en la noche, en Mr. de Fencal, el Ferragus que la policia creia muerto, he hecho luego que le siga los pasos un hombre inteligente. Al volver á mi casa, me acordé, por un feliz acaso, del nombre de Mad. Meynardie, citada en la carta de Ida, la querida presunta de mi perseguidor; y, provisto de esta sola noticia, mi emisario me dará prontamente cuenta de esta espantosa aventura, porque es mas hábil en descubrir la verdad que la misma policia.

—Caballero, respondió el corredor de cambios, no sé como daros las gracias por esta confianza. Me anunciáis pruebas, testigos, los esperaré. Seguiré animosamente la verdad en este raro asunto, pero me permitireis que dude hasta que la evidencia de los hechos me se pruebe. En todo caso, tendré satisfacción, porque debeis comprender la necesitamos.

—Mr. Julio volvió á su casa.

—Que teneis, Julio? le dijo su muger, estas tan pálido que causa miedo!

—El tiempo está frio, dijo él paseandose pausadamente en la habitacion donde todo respiraba felicidad y amor, habitacion tan sosegada, donde se preparaba una tempestad mortal.

—No has salido hoy?.... repuso él maquinalmente en apariencia, pero impelido sin duda á hacer esta pregunta por el último de los mil pensamientos que se habian secretamente enrollado en una meditacion lucida, aunque precipitadamente activada por los celos.

—No, respondió ella con falso acento de candor.

En este momento Julio notó en el gabinete que servia de tocador á su muger algunas gotas de agua sobre el sombrero de terciopelo que se ponía por la mañana. Mr. Julio era hombre violento pero tambien lleno de delicadeza, y le repugnó aborrecer á su muger desmintiendola: en semejante situacion, todo debe concluirse en la vida entre ciertos seres. No obstante, estas gotas de agua fueron como una luz que le despedazó los sesos. Salió de su habitacion, bajó la escalera, y dijo á su conserje, despues de haberse asegurado que estaba solo:

—Fouquereau, cien escudos de renta si dices la verdad, despedido si me engañas, y nada si, habiendo dicho la verdad, hablas de mi pregunta y de tu respuesta.

Se detuvo para ver bien á su conserje que trajo á la luz de la ventana y prosiguió:

—La señora ha salido esta mañana?

—La señora ha salido á las tres menos cuarto, y creo haberla visto volver hace media hora.

—Es eso verdad, bajo tu honor?

—Sí, señor.

—Tendras la renta que te he prometido; y si hablas, acuerdate de mi promesa; entonces lo perderas todo.

Volvió Julio á la habitacion de su muger.

—Clemencia, le dijo, necesito poner un poco de orden en mis cuentas caseras, no te ofendas pues de lo que voy á preguntarte. No te he entregado cuarenta mil francos desde principios del año?

—Mas, dijo ella. Cuarenta y siete.

Y te acordarás como los ha empleado?

—Sí, respondió, tenía que pagar muchas cuentas del año anterior....

—No sabré nada así, dijo él para sí, empiezo mal.

En este momento entró el ayuda de cámara de Julio, y le entregó una carta.

La abrió y la leyó con avidez así que vió la firma.

„Muy señor mio:

„Por el interes de vuestro reposo y del nuestro, tomo el „partido de escribiros sin tener la ventaja de que me conoz- „cais; pero mi posicion, mi edad y el temor de alguna desgra- „cia me obligan á suplicaros tengais indulgencia en una oca- „sion penosa en que se halla desconsolada nuestra familia. Mr. „Augusto Maulincour nos ha dado de algunos dias á esta parte „pruebas de tener perturbado el juicio, y tememos que altere „la felicidad que gozais con las quimeras de que nos ha habla- „do, al señor comendador de Pamiers y á mí, durante su pri- „mer acceso de fiebre. Os advertimos pues de su enfermedad, „sin duda curable todavia. Tiene esta efectos tan graves y tan „importantes para el honor de nuestra familia y el porvenir de „mi nieto que cuento con toda vuestra discrecion. Si el señor „comendador ó yo hubieramos podido pasar á vuestra casa, nos „hubieramos dispensado de escribiros; y no dudo que aten- „dais á la súplica que se os hace aquí por una madre de que „quemeis esta carta.

„Recibid la seguridad de mi consideracion.

„LA BARONESA DE MAULINCOUR, NACIDA DE RIEUX.“

—Que de tormentos! exclamó Julio.

—Pero que es lo que pasa en tí? dijo su muger manifestando una viva ansiedad.

—He llegado al punto, respondió Julio, de preguntarme si eres tú la que ha hecho enviarme este aviso para disipar mis sospechas, dijo él tirandole la carta. Así juzga de mis padecimientos!.....

—Desgraciado!.... dijo Mad. Julia, dejando caer el papel. Le compadezco, aunque me haga mucho daño.

—Sabes que me ha hablado?

—Ah! lo fuisteis á ver á pesar de tu palabra! dijo ella aterrorizada.

—Clemencia, nuestro amor está á riesgo de parecer, y estamos fuera de todas las leyes ordinarias de la vida, dejemos las consideraciones poco importantes en medio de los grandes peligros. Las mugeres se creen con derecho de mentirnos algunas veces. No se complacen á menudo en ocultarnos los placeres que nos preparan? Ahora, me has dicho una cosa por otra, sin duda; un no por un sí.....

Entró en el gabinete del tocador, y trajo el sombrero.

—Mira, ves! Sin querer hacer el Bartolo, el celoso, tu sombrero te ha vendido. Estas manchas no son gotas de agua? Has salido en un coche de alquiler, y te han caído estas gotas de agua, ya al ir á buscar el coche, ya al entrar en la casa donde has estado, ó ya al dejarlo. Una mujer puede salir de su casa muy inocentemente, aun después de haber dicho á su marido que no salía. Hay tantas razones para cambiar de parecer. El tener caprichos, no es una de vuestras prerogativas? No estais obligadas á ser consecuentes con vosotras mismas. Te se olvidaría alguna cosa, tendrías algun servicio que prestar, alguna visita que hacer. Pero nada impide á una mujer decir á su marido lo que ha hecho. Nunca se sonroja en el seno de un amigo. Pues bien! no es el marido celoso el que te habla, Clemencia, es el amante, el amigo, el hermano.

Se echó apasionadamente á sus pies.

—Habla, no para justificarte, sino para calmar horribles padecimientos! Sé que has salido! Y bien! que has hecho? donde has estado?

—Sí, he salido, Julio, respondió con voz alterada, aunque su cara estuviese tranquila. No me preguntes nada mas. Espera con fiadamente, sin lo cual crearás remordimientos eternos. Julio, Julio mio, la confianza es la virtud del amor! Te lo confieso, en este momento estoy demasiado alterada para poderte responder, empero no soy una mujer artificiosa, y te amo; tú lo sabes.

—En medio de todo lo que puede alterar la fé de un hombre, despertar sus celos, porque no soy pues el primero en tu corazón, no soy pues tú misma.... Pues bien, Clemencia, mejor quiero creerte, creer en tu voz, creer en tus ojos! Si me engañas, merecerías.....

—Oh! mil muertes, dijo ella interrumpiéndole.

—Pero no te oculto ningún pensamiento, y tú, tú....

—Chito! dijo ella, nuestra felicidad depende de nuestro mutuo silencio.

—Ah! quiero saberlo todo! exclamó él en un violento arrebatado de rabia.

En este momento se oyeron gritos de mujer, y los chillidos de esta voz destemplada llegaron desde la antecámara hasta los dos esposos.

—Entraré, os digo, gritaba. Si, entraré, quiero verla, la veré!

Julio y Clemencia corrieron al salón, y vieron presto abrirse sus puertas con violencia. Luego, se presentó de repente una mujer joven, seguida de dos criados, que dijeron á Mr. Julio:

—Esta mujer quiere entrar aquí á pesar nuestro. Ya le hemos dicho que no estaba en casa. Nos respondió que sabía muy bien que la señora había salido, pero que acababa de verla entrar; y nos amenaza con estarse á la puerta de casa hasta que hable á la señora.

—Retiraos, dijo Mr. Deemarets á sus criados.

—Que queréis señorita? añadió él volviéndose hácia la desconocida.

Esta señorita era el tipo de una naturaleza de mujer que no se encuentra sino en París. Se hace en París, como el lodo, como el enlosado de París, como el agua del Sena se fabrica en París, en las grandes arcas de las cuales Dacommun la filtra diez veces para echarla en las garrafas donde brilla clara y pura, por fangosa que estuviese; también esta es una criatura verdaderamente original. Veinte veces cogida por el pincel de Enrique Mornier, por el lapiz-plomo de Geniole, evita todos los análisis, porque no se puede coger en todos sus modos, como le sucede á la naturaleza, como le sucede á París. En efecto, no está pegada al vicio sino por un radio, y se aleja de él por los demás mil puntos de la circunferencia social. Por otra parte no deja descubrir sino un rasgo de su carácter, y este es el solo que la hace reprehensible: sus bellas virtudes están ocultas; se gloria de su natural desvergüenza. También incompleta en todas partes, hasta en *el Asno muerto y la mujer guillotizada*, donde ha sido puesta en escena con todas sus poesías, no será nunca verdadera sino en su desvan, porque siempre será, en otra parte, ó calumniada ó adulada; rica, se vicia; pobre, es incomprensible. Y esto no podría ser de otra manera! Tiene muchos vicios y muchas buenas prendas; está muy cerca de una asfixia sublime ó de una risa deshonrosa; es muy hermosa ó muy horrible: personifica muy bien á París á quien suministra porteras desdentadas, lavanderas, barrenderas, mendigas; á veces condesas impertinentes, actrices admiradas, cantarinas aplaudidas; también ha dado en otro tiempo dos medio reinas á la monarquía.

Esta era en fin la costurera de París, pero la costurera en todo su esplendor; la costurera en coche de alquiler, feliz, joven, bella, colorada; pero costurera, y costurera con garras, con tijeras, valiente como una española, arisca como una mogigata inglesa reclamando sus derechos conyugales; coqueta como una gran señora, pero franca y lista para todo; una verdadera leona salida de la pequeña habitación con cuyas cortinas de indiana encarnada había soñado tantas veces, como también con el sillón de terciopelo de Utrech, la mesa del té, la bandeja de porcelana con paíes, el confidente, el tapete de moqueta, el reloj de alabastro y las luces en fanales; la alcoba pintada de amarillo, el blando plumazon; en una palabra, todos los contenidos

de la vida de las costureras; la muger de familia, antigua costurera tambien, pero costurera de bigotes y pera, los bucles á discrecion, los trages de seda y los sombreros agujerados; en fin todas las felicidades calculadas en el mostrador de las modistas, menos el coche, que no aparece sino en la imaginacion del mostrador como un baston de mariscal en los sueños de un soldado. Sí, esta costurera tenía todo esto por una inclinacion verdadera, como otras lo obtienen muchas veces por una hora al dia, especie de impuesto indiferentemente satisfecho.

La jóven que se hallaba delante de Mr. Julio y de su esposa tenía el pie tan descubierto en su calzado que apenas se veía una leve linea negra entre la alfombra y su blanca media. Este calzado, que tan bien sabe delinear Gavarni, es una gracia particular á la costurera parisiense; pero se vende todavia mejor á los ojos del observador por el cuidado con que sus vestidos se pegan á sus formas, que diseñan claramente. Tambien la desconocida estaba, por no perder la espresion pintoresca creada por el soldado frances, atada en un traje verde de grifon, que dejaba ver la belleza de su talle, entonces perfectamente visible; porque su chal de cachemira, cayendo á tierra, no era detenido mas que por las dos puntas que tenía siempre liadas en sus muñecas. Tenia una figura fina, mejillas sonrosadas, tez blanca, ojos pardos relucientes, frente combada, muy preminente, cabellos muy bien alisados, que se escapaban de su sombrerito, en gruesos rizos sobre su cuello.

—Yo me llamo Ida, caballero. Y si es Mad. Julia, á la que tengo la ventaja de hablar, venia para decirle todo lo que tengo sobre el corazon. Es cosa muy mala cuando se tiene ya hecho su negocio como vos aqui, querer quitar á una pobre muchacha un hombre con quien ha contraido un matrimonio moral, y que habla de reparar sus faltas casandose conmigo en la *municipalidad*. Hay bastantes jóvenes bonitas en el mundo, no es verdad, caballero?.....

Mad. Julia se volvió hácia su marido.

—Me permitireis que no la oiga mas.....

Y se entró en la alcoba.

—Si esta señora está con vos, hago un disparate, á lo que veo; pero tanto peor. Por qué va á ver á Mr. Ferragus todos los dias?

—Os engañais, señorita, dijo Julio pasmado. Mi muger es incapaz.....

—Ah! estais pues casados vosotros dos! dijo la costurera manifestando alguna sorpresa. Entonces es mucho mas malo, caballero, no es verdad, en una muger que tiene la dicha de estar casada en legitimo matrimonio, tener relaciones con un hombre de edad; porque en fin Enrique.....

—Pero, qué Enrique?.... dijo Mr. Julio agarrando á Ida, y llevándola á una pieza inmediata para que su muger no oyese nada.

—Y bien! Ferragus.....

—Pero ha muerto!.... dijo Julio.

—Eso es farsa! Estuve en Franconi con él ayer por la noche, y me llevó á casa, como es debido. Por otra parte vuestra señora puede daros noticias. No ha estado á verlo á las tres! lo sé muy bien; lo esperé en la calle, respecto á que un hombre amable, Mr. Justin, que quizá conozcais, un viejecito que vende bagatelas, y que lleva un corsé, me habia prevenido que tenía por rival á una tal Mad. Julia. Este nombre, caballero, es muy conocido entre los nombres de guerra. Dispensad, pues es el vuestro; pero aunque Mad. Julia fuese una duquesa de la corte, Enrique es tan rico que puede satisfacer todos sus caprichos. Mi asunto es defender mi bien, y tengo derecho á ello; porque, yo, amo á Enrique! Es mi primera inclinacion, y va en ello mi amor y mi suerte futura. No temo nada, caballero; soy honrada y nunca he mentido ni robado el bien de nadie. Aunque fuese una emperatriz la que sea mi rival iré á ella en derecho; y si me robase á mi marido futuro, me siento capaz de matarla; por mas emperatriz que sea, porque todas las mugeres son iguales, caballero.....

—Basta! basta! dijo Julio, Donde vivis?

—Calle de la Cordeleria del Temple, número 44, caballero. Ida Grúget, costurera de corsés, para servirlos, porque hacemos muchos para los caballeros.

—Y donde vive el hombre que llamais Ferragus?

—Pero, caballero, dijo ella mordiéndose los labios, no es desde luego un hombre. Es un señor mas rico quizá que vos. Pero por qué me preguntais sus señas cuando vuestra muger las sabe. Me ha dicho que no las dé. Estoy obligada á responderos? No estoy, á Dios gracias, ni en el confesionario ni en la policia; y no dependo mas que de mí,

—Y si os ofreciese veinte, treinta, cuarenta mil francos por decirme donde vive Mr. Ferragus?

—Ah! no, amiguito; está concluido! dijo ella añadiendo un gesto popular. No hay suma que me haga decir eso.—Tengo el honor de saludaros.—Por donde se sale de aqui?

Julio aterrado dejó ir á Ida, sin pensar en ella. Parecia que el mundo entero se desplomaba bajo sus pies; y encima de él se hacia astillas el cielo.

—Está servido!.... le dijo su ayuda de cámara

El ayuda de cámara y el mozo de comedor esperaron un cuarto de hora, sin ver llegar á sus amos.

—La señora no comerá, vino á decir la doncella.

—¿Qua tiene, Josefina? preguntó el criado.

—No lo sé, respondió aquella. La señora está llorando y se va a meter en cama. El amo debe tener alguna distracción fuera de casa, y se ha descubierto en un momento malo, entendéis?... No responderé de la vida de la señora. Todos los hombres son tan torpes! Os presentan siempre escenas sin precaución alguna.

—Nada de eso, repuso el criado en voz baja, por el contrario, la señora es la que... en fin comprended. Que tiempo tiene él para estar fuera, cuando hace cinco años que no ha dormido fuera de la alcoba de la señora, que baja a su gabinete a las diez no sale de él hasta las doce para almorzar? En fin, su vida es conocida, es arreglada, mientras que la señora se va casi todos los días a las tres, no se sabe donde.

Tiro corriendo del cordón de la campanilla, llamó a Josefina y pasó a Clementina sobre la cama.

—Moriré, dijo Mad. Julia volviendo en sí.

—Josefina, gritó Mr. Desmarests, id á llamar al doctor Méo. Despues ireis a casa de mi hermano, y le direis que venga acá lo mas pronto que pueda.

—Por qué vuestro hermano? dijo Clemencia.

Julio se habia ya ido.

Por primera vez al cabo de cinco años, Mad. Julia se acostó sola en su cama, y se vió obligada á dejar entrar un médico en su alcoba. Estas fueron dos penas muy vivas. El médico halló muy mala á Mad. Julia. Nunca una agitacion violenta habia sido mas intempestiva. No quiso prejuzgar nada, y dejó para el día siguiente dar su parecer, despues de haber ordenado algunas cosas que no fueron ejecutadas, pues los intereses del corazón hicieron olvidar todas las aplicaciones físicas.

Cerca de la mañana, aun no se habia dormido Clemencia. Estaba preocupada con el sordo mormullo de una conversacion que duraba muchas horas hacia entre los dos hermanos; pero el grueso de las paredes no dejaba oír ninguna palabra que pudiese descubrirle el objeto de tan larga conversacion.

Mr. Desmarests, el escribano, se fué pronto. Entonces, el sosiego de la noche, despues la singular actividad de los sentidos que da la pasión, permitieron á Clemencia oír el ruido de una pluma, y los movimientos involuntarios de un hombre ocupado en escribir. Los que pasan habitualmente las noches, y que han observado los diferentes efectos de la acústica con un profundo silencio, saben que muchas veces un ligero eco es facil de percibir en los mismos lugares donde mormullos iguales y continuos no tenían nada que los distinguiese.

A las cuatro cesó el ruido.

Clemencia se levantó inquieta y trémula. Luego, los pies desnudos, despeinada, no pensando ni en que estaba sudando, ni en el estado en que se hallaba, la pobre mujer abrió la puerta de comunicacion afortunadamente sin hacerla sonar. Entonces vió a su marido dormido en un sillón, con la pluma en la mano. Las bugias ardian en los cubillos.

Se acercó lentamente, y leyó en una cubierta ya cerrada:

ESTE ES MI TESTAMENTO.

Se arrodilló como delante de una tumba, y besó la mano de su marido, que despertó al instante.

—Julio, amigo mio, á los criminales condenados á muerte se les conceden algunos días, dijo ella mirandolo con los ojos encendidos por la fiebre y por el amor: inocente, no te pido mas que dos. Dejame libre por espacio de dos días. Y... espera, despues moriré feliz; al menos, me sentirás.

—Te los concedo, Clemencia.

Y, como ella besase las manos de su marido con una cariñosa efusion de corazón, Julio, fascinado por esta voz de la inocencia, la cogió y le dió un beso en la frente, enteramente avergonzado de sufrir todavía el poder de aquella noble belleza.

El día siguiente, despues de haber descansado algunas horas, Julio entró en la alcoba de su mujer, obedeciendo maquinalmente á su costumbre, de no salir sin haberla visto. Clemencia dormía. Un rayo de luz que entraba por las reendijas mas altas de las ventanas caía sobre la cara de esta mujer aniquilada. Ya el dolor habia alterado su cara y el encarnado de sus labios. El ojo de un amante no podia engañarse al aspecto de algunos jaspeados oscuros y de la palidez enfermiza que reemplazaba al color igual de sus mejillas y á la blancura apagada de su tez, dos fondos puros sobre los cuales jugueteaban tan naturalmente los sentimientos de aquella hermosa alma...

—Padece, se dijo Julio. Pobre Clemencia, Dios nos proteja!

—Y también el amo.

—Pero él va á la Bolsa. Ahí le he advertido tres veces que la mesa esté servida, prosiguió el criado despues de una pausa, y es como si le hubiese hablado á un poste.

Mr. Julio entró.

—¿Dónde está la señora?

—La señora iba á acostarse, tiene jaqueca, respondió la doncella tomando un aire de importancia.

Mr. Julio dijo entonces con mucha sangre fría dirigiéndose á sus criados:

—Podeis levantar la mesa; voy á acompañar á la señora. Y se fué á la alcoba de su muger á quien encontró llorando, pero sofocando sus sollozos con el pañuelo.

—Por que llorais? le dijo Julio; no teneis que esperar de mí ni violencias ni acusaciones. De qué he de tomar venganza? Si no habeis sido fiel á mi amor, es porque no erais digna de ello...

—No era digna!

Estas palabras repetidas se oyeron entre lágrimas y sollozos, y el acento con que fueron pronunciadas hubiera enternecido á cualquiera otro hombre.

Para mataros, seria menester amar quizá mas que yo, dijo él continuando; pero no tendria valor para ello, antes me mataria, dejandoos con vuestra..... felicidad, y á..... á quien? No acabó.

—Matarse!... exclamó Clemencia echándose á los pies de Julio y abrazandase los.

El, empero, quizo desembarazarse de este apretón y apartó á su muger llevandola hasta su cama.

—Dejadme! dijo él.

—No, no, Julio! gritaba ella. Si no me amas ya, me moriré.... Quieres saberlo todo?

—Sí!...

—Entonces la cogió, la estrechó violentamente, se sentó en el borde de su cama; luego, mirando secamente su hermosa cara de color de fuego, pero surcada de lágrimas:

—Vamos, dí,....

Volvieron á empezar los sollozos.

—No, este es un secreto de vida y de muerte; y si le dijese, yo.... No, no puedo! Por favor, Julio!

—Me engañas todavía...

—Ah! no.... dijo ella. Sí, Julio, puedes creer que te engaño; pero pronto lo sabrás todo....

—Pero ese Ferragus, ese forzado que vas á ver, ese hombre enriquecido por los crímenes, si no es tuyo, si no le perteneces....

—Oh! Julio!....

—Y bien, es tu bienhechor desconocido? El hombre á quien debemos nuestro caudal, como se ha dicho?

—Quien ha dicho eso?

—Un hombre á quien maté en desafío.

—Oh Dios!....

—Si no es tu protector, si no te da oro, se lo llevas tu? Veamos! es hermano tuyo?

—Y bien, dijo ella, si fuese así?

Mr. Desmarets cruzó los brazos.

Por qué se me hubiera ocultado?... repuso él. Me habrian engañado tu madre y tu?... Por otra parte, se va á casa de su hermano todos los dias, ó casi todos los dias? eh?

Su muger estaba desmayada á sus pies.

—Muerta!.... dijo él. Y si fuese yo el culpado?...

La besó suavemente en la frente. Ello se despertó, vió á su marido, y lo comprendió todo. Pero, no pudiendo hablar, le cogió la mano, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Estoy inocente, dijo ella acabándose de despertar,

—Saldras? le preguntó Julio.

—No, me siento muy debil para dejar la cama.

—Si cambias de parecer, espera mi vuelta..... dijo Julio.

Y bajó al cuarto del portero.

Fouquereau, cuidareis exactamente vuestra puerta, quiero saber las personas que entraren y salieren en casa.

Luego Julio se metió en un coche de alquiler, se hizo conducir á la casa de Maulincour, y preguntó por el baron.

—El señor baron está malo, le dijeron.

Julio insistió en entrar, dió su nombre; y, por falta de Mr. de Maulincour, quiso ver al vidame ó á la viuda. Esperó algun tiempo en el salon á la vieja baronesa, que vino á verle, y le dijo que su nieto estaba muy indispuerto para poder recibirlo.

—Conozco, señora, respondió Julio, la naturaleza de su enfermedad por la carta que me habeis hecho el honor de escribirme; y os suplico creais.....

—Una carta á vos, caballero! mia! exclamó la viuda interrumpiéndole, no he escrito carta ninguna..... Y que se me hace decir, caballero, en esa carta?

—Señora, repuso Julio, teniendo intencion de venir á casa de Mr. de Maulincour hoy mismo, y de entregaros esa carta, creí poder conservarla, no obstante la orden con que terminaba. Aquí está.

La viuda tiró de la campanilla para que le trageran sus gafas, y así que hubo echado los ojos sobre el papel, manifestó la mayor sorpresa, y dijo:

—Caballero, mi letra está imitada tan perfectamente, que si no se tratase de un asunto tan reciente me engañaria yo misma. Mi nieto está malo, es verdad, caballero; pero su razon no se ha alterado nunca *lo mas mínimo del mundo*. Somos juguete de algunas personas malévolas; sin embargo, no penetro con que fin se ha hecho esta majaderia..... Veréis á mi nieto, y conoceréis que está perfectamente sano de espíritu.

Y llamó de nuevo para que preguntasen al baron si podia recibir á Mr. Desmarets. Volvió el criado con una respuesta afirmativa. Julio subió á la habitacion de Augusto de Maulincour, al que halló sentado en un sillón junto á la chimenea, y que, demasiado endeble para levantarse, lo saludó con un gesto melancólico. El vidame de Pamiers le acompañaba.

—Señor baron, dijo Julio, tengo que deciros una cosa bastante particular para que estemos solos.

—Caballero, respondió Augusto, el señor comendador sabe todo el asunto, y podeis sin temor hablar delante de él.

—Señor baron, replicó Julio con voz grave, habeis turbado, casi destruido mi felicidad, sin tener derecho para ello. Hasta el momento en que viéremos cual de nosotros puede pedir ó debe conceder una reparacion al otro, estais obligado á marchar en el camino tenebroso en que me habeis metido. Vengo pues á saber de vos la habitacion actual del ser misterioso que ejerce sobre nosotros una influencia tan fatal, y que parece tiene á sus órdenes un poder sobrenatural. Ayer, en el momento de volver á mi casa, despues de haber oido vuestras manifestaciones, he aquí la carta que recibí.

Y le presentó la carta falsa.

—Este Ferragus, este Bourignard, ó este Mr. de Fencal es un demonio... exclamó Maulincour despues de haberla leído. En que horrible laberinto he puesto el pié? donde voy? Yo he tenido la culpa, caballero, dijo mirando á Julio; pero la muerte es, ciertamente, la mayor de las espiaciones, y mi muerte se aproxima. Podeis pues preguntarme todo lo que deseais, estoy á vuestras órdenes.

—Caballero, debeis saber donde vive el desconocido; quiero absolutamente, aunque me costára todo mi caudal actual, penetrar este misterio; y, en presencia de un enemigo tan cruelmente inteligente, los momentos son preciosos.

—Justino os lo dirá todo, respondió el baron.

A estas palabras, se movió en su silla el comendador.

Augusto tiró de la campanilla.

—Justino no está en casa, dijo el vidame.

—Y bien, dijo Augusto con viveza. Nuestros criados saben donde está. Que monte uno á caballo para buscarle. Vuestro criado está en Paris, no es así? Se le encontrara.

El comendador pareció turbado visiblemente.

Justino no vendra, amigo mío, dijo el viejo, ha muerto. Quería ocultarte este accidente, pero....

Ha muerto! exclamó Mr. de Maulincour, ha muerto.....Y cuando, y como?

Ayer, por la noche. Fué á cenar con unos amigos antiguos, y se emborrachó sin duda. Sus amigos, embriagados como él,

lo dejaron tenderse en la calle, y un gran coche le pasó por encima del cuerpo...

—El forzado no le erró... Al primer golpe, lo mató, dijo Augusto. No ha sido tan afortunado conmigo, se ha visto obligado á intentarlo cuatro veces.

Julio se puso sombrío y pensativo.

—No sabré pues nada... exclamó el agente de cambio despues de una larga pausa. Vuestro criado quizá ha sido castigado justamente. No traspasó vuestras órdenes calumniando á Mr. Desmarets en el animo de una tal Ida, cuyos celos despertó á fin de ensañarla con nosotros?

—Ah, caballero, en medio de mi cólera, le abandoné á Mad. Julia.

—Caballero, gritó el marido vivamente irritado.

—Oh, ahora, respondió el oficial reclamando el silencio con una accion de la mano, estoy dispuesto á todo. No me hareis mas de lo que se me ha hecho, y no me direis mas de lo que me ha dicho mi conciencia. Espero esta mañana al mas célebre profesor de toxicología para saber mi suerte. Si estoy destinado á muy grandes padecimientos, mi resolucion está tomada; me saltaré la tapa de los sesos....

—Hablais como un niño, exclamó el comendador espantado de la sangre fria con que el baron dijo estas palabras. Vuestra abuela se moriria de pena.

—Así, caballero, dijo Julio, no existe medio alguno de saber en que parage de Paris habita ese hombre extraordinario?

—Creo, caballero, respondió el viejo, haber oido decir al pobre Justino que Mr. de Fencal vivia en la embajada de Portugal, ó en la del Brasil. Mr. de Fencal es un caballero que pertenece á los dos paises. En cuanto al forzado, ha muerto y ha sido enterrado. Vuestro perseguidor, sea el que fuere, me parece bastante poderoso para que lo aceptais bajo su nueva forma, hasta el momento en que tuviereis los medios de confundirlo y aniquilarlo; pero obrad con prudencia, mi querido caballero. Si Mr. de Maulincour hubiera seguido mis consejos, nada de todo esto hubiera acontecido...

Julio se retiró friamente, pero con urbanidad, y no supo que partido tomar para alcanzar dar con Ferragus.

Cuando volvió á su casa, su conserge le dijo que su muger habia salido para echar una carta en la estafeta que estaba enfrente de la calle de Menars.

Julio se sintió humillado de reconocer la prodigiosa inteligencia con que su conserge abrazaba su causa, y la habilidad con que adivinaba los medios de servirle. La diligencia de los inferiores, y su habilidad particular para comprometer á los unos, le eran conocidas; el riesgo de tenerlos por cómplices en

cualquier cosa, lo había él apreciado; pero no pudo pensar en su dignidad personal sino en el momento en que se halló tan subitamente humillado. Que triunfo para el esclavo incapaz de elevarse hasta su amo, hacer que el amo se baje hasta él! Julio fué áspero y duro; otra falta. Pero padecía tanto! Su vida, hasta entonces tan recta, tan pura, se tornaba en tortuosa; y le era ahora preciso fingir, mentir.... Y Clemencia también mentía y fingía! Este momento fué un momento de disgusto. Perdidó en un abismo de sentimientos amargos; Julio quedó maquinalmente inmóvil a la puerta de su casa. Ya abandonándose á ideas de desesperación, quería huir, dejar á Francia, llevando sobre su amor todas las ilusiones de la incertidumbre. Ya, no poniendo en duda que la carta echada en la estafeta por Clemencia fuese dirigida á Ferragus, buscaba medios de sorprender la respuesta que iba á darle aquel ser misterioso. Ya analizaba los singulares acasos de su vida desde su matrimonio, y se preguntaba si la calumnia de que había tomado venganza era una verdad. En fin, volviendo á la respuesta de Ferragus, se decía:

—Pero este hombre tan hábil, tan lógico en sus menores actos, que ve, que presenta, que calcula y penetra hasta nuestros pensamientos, Ferragus responderá?... No debe emplear medios en armonía con su poder? No enviara su respuesta con alguna habil bribon; ó, quiza, en una cajita traída por un hombre honrado que no sabía lo que trae, ó en el forro de los zapatos que nos costurera viniere á traer muy inocentemente á mi mujer? Si Clemencia y él se entienden....

Y desconfiaba de todo, y recorría los campos inmensos, la mar sin orilla de las suposiciones; luego, después de haber vacilado durante algún tiempo entre mil partidos contrarios, se halló mas fuerte en su casa que en ninguna otra parte, y se resolvió velar en su casa, como una *hormiga-león* en el fondo de su concha arenosa.

—Fouquereau, dijo á su conserje, he salido para todos los que vengan á verme. Si alguien quiere hablar á la señora, se le entretiene con cualquier cosa, das dos campanillazos. Luego me subiras todas las cartas que se dirigieren áca, no importa á quien....

—Así, pensó subiendo á su gabinete, que estaba en el entre-suelo, me adelanto á las sutilizas del maestro Ferragus, si envia algun emisario muy astuto para preguntar por mí á fin de saber si la señora está sola, al menos no seré burlado como un tonto.

Se echó á los vidrios que, en su gabinete, daban á la calle, y, por una última astucia que le inspiraron los celos, resolvió hacer entrar á su primer dependiente en su coche, y enviarlo

á la Bolsa en su lugar, con una carta para un corredor de cambios amigo suyo, á quien caplicó sus compras y sus ventas, suplicándole lo reemplazase. Dejó sus transacciones mas delicadas para el dia siguiente, burlándose de la alta y de la baja, y de todas las deudas europeas. Bello privilegio del amor! lo destruye todo, hace á todo perder el color: al altar, al trono y á los grandes-libros!

A las tres y media, en el momento en que la Bolsa está en todo el fuego de las relaciones, de los corrientes, de las primas, de los firmes, etc., Mt. Julio vió entrar en su gabinete á Fouquereau enteramente radioso.

—Señor, acaba de venir una vieja, pero *cuidado*, digo, un buen zorzal. Preguntó por el amo, pareció incomodada por no hallarlo, y me dió para la señora una carta que es esta!

Julio le quitó el sello, abandonado á una angustia febril. Viéndola, cayó en su silla, enteramente aniquilado. La carta era una falta continua de sentido; era menester tener la clave para leerla.

—Vete, Fouquereau.

El conserje se fué.

—Este es un misterio mas profundo que la mar, en el parage donde se pierde la sonda!... Ah! esto es amor. Solo el amor es tan sagaz, tan ingenioso! Dios mío! mataré á Clemencia.

En este momento una idea feliz saltó en su cerebro con tanta fuerza que fué casi físicamente iluminado con él.

En los dias de su laboriosa miseria, antes de su casamiento, Julio había adquirido un amigo verdadero, un medio *Pmeja*. Lo excesiva delicadeza con que había manejado las susceptibilidades de un amigo pobre y modesto, el respeto que le había manifestado, la ingeniosa habilidad con que le había noblemente forzado á participar de su opulencia, sin hacerle sonrojar, aumentaron su amistad. Jacquet permaneció fiel á Desmarests, á pesar de sus bienes. Jacquet, hombre de probidad, laborioso, austero en sus costumbres, había hecho lentamente su carrera en el ministerio que consume á la vez mas pilleria y mas probidad. Empleado en el ministerio de negocios estrangeros, tenia á su cargo la parte mas delicada del archivo. Jacquet era, en el ministerio, una especie de luciérnaga que daba luz á sus horas sobre las correspondencias secretas, descifrando y clasificando los pliegos. Colocado en mas elevacion que el simple ciudadano, encontrándose en los negocios estrangeros todo lo que había de mas elevado en las clases subalternas, vivia oscuramente, feliz por una oscuridad que lo ponía al abrigo de los reveses, contento con pagar, en óbolos, su deuda á la patria. Adjunto nato de su corregimiento, obtenia, en estilo de periódico, toda la consideracion que le

era debida. Gracias á Julio, su posicion se habia mejorado con un buen casamiento. Patriota desconocido, ministerial de hecho, se contentaba con quejarse, al lado del fuego, de la marcha del gobierno. Fuera de esto, Jacquet era, en su familia, un rey manso, un hombre de paraguas, que pagaba á su mujer un coche alquilado de que nunca se aprovechaba. En fin, para acabar la pintura de esta *filósofo sin saberlo*, no habia aun sospechado, ni debia nunca sospechar todo el partido que podia sacar de su posicion, teniendo por amigo íntimo un agente de cambio, y el secreto del Estado, todas la mañanas. Este hombre sublime á la manera del soldado que muere salvando á Napoleon con un *quien vive*, habitaba en el ministerio. En diez minutos, Julio se puso en la oficina del archivista, y Jacquet, arrimándole una silla, puso metódicamente su pantalla de tafetan verde sobre la mesa, se frotó las manos, tomó su caja de tabaco, se levantó haciendo crugir sus omoplatos, sacando el pecho y dijo:

—Por que acaso aqui?

—Jacquet, necesito de tí para penetrar un secreto, un secreto de vida y de muerte.

—No concernirá á la política?

—No te lo preguntaria á ti, pues no lo sabría, dijo Julio. No, es un asunto de familia sobre el cual te pido el mas profundo silencio.

—Claudio José Jacquet, mudo por estado. No me conoceis? dijo riéndose. Es mi parte, la discrecion.

Julio le mostró la carta diciéndole:

—Me precisa leer esta esquila dirigida á mi mujer....

—Que demonio, que demonio! mal asunto!..... dijo Jacquet examinando la carta de la misma manera que un usurero examina un efecto negociable. Ah! esta es una carta de rejilla.... espera.

Dejó á Julio en el gabinete, y volvió precipitadamente.

—Boberia, amigo mio! está escrita con una antigua rejilla de que se servia el embajador de Portugal en tiempo de Mr. de Choiseul, cuando la vuelta de los jesuitas.—Mira, esto es.

Jacquet puso encima un papel calado, cortado arregladamente como uno de aquellos encages que los confiteros ponen sobre sus dulces, y entonces pudo Julio leer facilmente las frases que quedaban descubiertas.

„No tengas mas inquietudes, mi querida Clemencia, nuestra felicidad no será ya turbada por nadie, y tu marido depondrá sus sospechas. No puedo ir á verte. Por enferma que estés, es preciso tengas valor para venir: busca, encuentra las fuerzas; las sacarás de tu amor. Mi afecto á tí me ha obligado á sufrir

la mas cruel de las operaciones, y me es imposible moverme de mi cama. Me se han aplicado ayer noche algunas cantáridas en la nuca de hombro á hombro; y ha sido preciso dejarlas bastante tiempo, me comprendes? Empero pensaba en tí, no he sufrido mucho. Para desconcertar todas las pesquisas de Maulin-lineour, que no nos perseguirá mucho mas tiempo, he dejado el techo protector de la embajada y estoy al abrigo de todas pesquisas, calle de Enfants-Rouges, número 12, en casa de una vieja llamada Mad. Estefania Gruget, la madre de aquella Ida, que va á pagar caro su necio despropósito. Ven áca mañana por la mañana á las nueve. Estoy en una habitacion donde no se entra sino por una escalera interior. Pregunta por Mr. Camusat. Hasta mañana. Te beso la frente.“

Jacquet miró á Julio con una especie de terror decoroso, que envolvía una compasion verdadera, y dijo su palabra favorita:—Que demonio! que demonio! en dos tonos diferentes.

—Esto te parece claro, no es así?... dijo Julio. Pues bien! hay en el fondo de mi corazon una voz que aboga por mi mujer, y que se hace oír mas recio que todos los dolores de los celos. Aguantaré hasta mañana el suplicio mas horrible; pero en fin mañana, de nueve á diez, lo sabré todo, y seré desgraciado ó feliz toda mi vida. No me olvides, Jacquet.

—Estaré en tu casa mañana á las once, iremos allá juntos, y te esperaré, si quieres, en la calle. Puedes correr algun peligro; es preciso vaya á tu lado alguno que te aprecie, y que te comprenda con media palabra y á quien puedas tú emplear con seguridad. Cuenta conmigo.

—Hasta para ayudarme á matar á alguno?

—Que demonio, que demonio!... dijo Jacquet, repitiendo por decirlo así la misma nota musical, tengo mujer y dos hijos.....

Julio apretó la mano á Claudio Jacquet, salió, y volvió precipitadamente.

—Se me olvidaba la carta, dijo. Pues aun hay mas, es menester volverla á sellar:

—Que demonio, que demonio, la abriste sin hacer caso del sello! Pero este ofortunadamente está bien rajado; vete, déjala á mí; yo te la llevaré *secundum scripturam*.

—A que hora?

—A las cinco y media.....

—Si no hubiese aun vuelto, entregala con toda seguridad al conserje, diciéndole que la suba á la señora.

—Me quieres mañana?

—No. Adios.

Julio llegó prontamente á la plaza de la Rotonda del Temple; dejó allí su coche de alquiler, y se fué á pié á la calle de

Enfants-Rouges, donde examinó la casa de Mad. Estefania Gruget. Allí debía aclararse el misterio de que dependía la suerte de tantas personas. Allí estaba Ferragus, y á Ferragus iban á parar todos los hilos de esta intriga. La reunion de Mad. Julia, de su marido, de este hombre, no era el nudo gordiano de este drama ya sangriento, y al que no debía faltar la cuchilla que desata los nudos mas fuertes?

La casa era una de aquellas que pertenecen al género de los chiribitiles. Este nombre muy significativo lo ha dado el pueblo de Paris á aquellas casas compuestas, por decirlo así, de retazos. Son casi siempre, ó habitaciones en un principio separadas, pero reunidas por los caprichos de los propietarios que las han agrandado sucesivamente; ó casas comenzadas, dejadas, vueltas á seguir, acabadas, casas desafortunadas que han pasado, como ciertos pueblos, bajo muchas dinastías de dueños caprichosos. Ni los pisos ni las ventanas *forman un todo*, para tomar de la pintura uno de sus términos mas pintorescos; todo afirma allí; hasta los adornos exteriores. El *chiribitil* es respecto á la arquitectura parisiense lo que el *desorden* respecto á la habitacion, un verdadero basurero donde se echan confundidas las cosas mas diferentes.

—Mad. Estefania?... preguntó Julio á una portera alojada debajo de la puerta grande, en una de aquellas especies de gallineros, casita de madera, montada sobre ruedas, y muy semejante á las casillas que la policía ha construido en todas las paradas de coches de alquiler.

—Qué!... dijo la portera dejando una media que estaba haciendo.

En Paris, los diferentes asuntos que concurren en la fisonomía de una porción cualquiera de esta monstruosidad, se armonizan admirablemente con el carácter del conjunto. Así portero, conserge: ó suizo, cualquiera que sea el nombre dado á este musculo esencial del monstruo parisiense, es siempre conforme al barrio de que hace parte, y muchas veces lo compendia. Bordado sobre todas las costuras, ocioso, el conserge juega sobre las rentas en el arrabal de San German; el portero tiene sus comodidades en la Calzada de Austin; lee los periódicos en el barrio de la Bolsa; tiene un tren en el arrabal Montmatre; la portera es una antigua manceba en el barrio sospechoso; en la Huerta, tiene buenas costumbres, es intratable, tiene sus caprichos.

Al ver á Mr. Julio, la portera tomó un cuchillo para menear el magote casi apagado de su braserillo; luego le dijo: —Preguntáis por Mad. Estefania? Es por Mad. Estefania Gruget?

—Sí,

—Que trabajo de pasamanería?

—Sí.

Entonces la portera salió de su jaula.

—Pues bien! caballero, dijo ella poniendo la mano sobre el brazo de Julio, y conduciendolo al fin de un largo callejon abovedado como un sótano, subireis por la segunda escalera, en el extremo del patio. Veis las ventanas donde hay *cicutaría*? Allí está Mad. Estefania.

—Gracias, señora. Creeis que esté sola?

—Peropor que no habia de estar sola esa muger? es viuda.

Julio subió guapamente una escalera muy oscura, cuyos escalones tenían callosidades formadas por el fango endurecido que dejaban allí los que entraban y salían. En el segundo piso, vió tres puertas, pero nada de *cicutaría*. Afortunadamente sobre una de ellas, la mas pringosa y negra de las tres, leyó estas palabras escritas con tiza: *Ida vendrá esta noche á las nueve*.

—Aquí es... dijo Julio para sí.

Tiró de un cordón viejo muy negro, oyó el sonido de una campanilla cascada, y los ladridos de un perrito asmático. La manera con que los sonidos retumbaban en lo interior le anunció una habitacion llena de cosas que no dejaban subsistir ningún eco, rasgo característico de las viviendas ocupadas por artesanos, por familias pequeñas, á quienes falta el sitio y el aire. Julio buscaba maquinalmente la *cicutaría*, y por fin la encontró sobre la mesa exterior de una ventana entre dos hediondas cañerías de plomo. A un lado flores, á otro un jardin de tres pies de largo y seis pulgadas de ancho; allí, un grano de trigo! acullá toda la vida compendiada; pero tambien todas las miserias de la vida. Enfrente de las flores miserables y de las soberbias espigas de trigo, un rayo de luz cayendo allí del cielo, como por gracia, hacia resaltar el polvo, la mugre, y no sé que color particular á los zaguizamies parisienses, mil porquerías que guarnecian, avejentaban y manchaban las húmedas paredes, los balaustres apolillados de la escalera, los bastidores desunidos de las ventanas y las puertas en su tiempo encarnadas.

Pronto una tos de ataud y el paso tardío de una vieja que arrastraba con dificultad los zapatos anunciaron á la madre de Ida Gruget.

Abrió la puerta, salió á la meseta, alzó la cabeza, y dijo:

—Ah! es Mr. Bocquillon! Pero no! Por ejemplo, como os pareceis á Mr. Bocquillon! Sois su hermano, quizá?... En que se os puede servir?... Entrad pues, caballero....

Julio siguió á esta muger á una primera pieza, donde vió, pero en masa, jaulas, utensilios caseros, anafes, trastos, platos chicos de barro llenos de comida ó de agua para el perro y los gastos, un reloj de madera, cobertores, grabados de Eisen, her-

ramientas viejas hanisadas, mezcladas, de manera que producían un cuadro verdaderamente grotesco, el verdadero desorden parisiense, al cual ni aun faltaban algunos números del *Constitucional*.

Julio, dominado por un pensamiento prudente, no escuchó a la viuda que le decía:

—Entrad aquí, caballero, os calentareis.

Temiendo ser oído por Ferragus, Julio se preguntó si sería mejor concluir en esta primera pieza el negocio que iba a proponer a la vieja.

Una gallina, que salía de un caramanehon, lo sacó de su meditacion secreta. Habia tomado su resolucion. Entonces siguió a la madre de Ida a la pieza de la chimenea, donde fueron acompañados por el doguito obeso, personaje mudo, que se subió a un taburete viejo. Mad. Gruget tuvo la fatuidad de la media miseria al hablar de calentarse a su visita, porque su olla tapaba completamente dos tizones apenas encendidos. La espumadera estaba en el suelo, el mango en la ceniza. El dintel de la chimenea, adornado con un Jesus de cera colocado debajo de un fanal de vidrio pegado con papel azul, estaba cubierto de pedazos de hilo de lana, de canillas y de útiles necesarios para la pasamaneria. Julio examinó todos los muebles de la habitacion con una curiosidad llena de interes, y manifestó a pesar suyo su secreta satisfaccion.

—Ahora pues, decid, caballero, que es lo que quereis arreglar de mis muebles? le dijo la viuda sentandose en un sillón de caña amarilla, que parecia ser su cuartel general. Estaba en él su pañuelo, su caja, su calceta, la verdura a medio limpiar, los espejuelos, un calendario, galones de librea comenzados, una mugrienta baraja, y dos tomos de novelas, todo esto revuelto. El mueble, sobre el cual esta vieja bajaba el río de la vida, se parecia al saco enciclopedico que lleva una muger cuando viaja, y donde se encuentra su ajuar en compendio, desde el retrato del marido hasta el agua de toronjil para los desmayos, dulce para los niños, y tafetan ingles para las cortaduras.

Julio lo examinó todo. Miró muy atentamente la cara amarilla de Mad. Gruget, sus ojos pardos, sin cejas, su boca desamueblada, sus arrugas llenas de sombras negras, su gorro de tul encarnado, con guarniciones de color mas subido, y sus guardapiés de indiana agujereados, sus chinelas usadas, su brasero quemado, su mesa llena de platos y de seda, de obras de algodón, de lana, en medio de los cuales se elevaba una botella de vino. Despues pensó:

—Esta muger tiene algunas pasiones, algunos vicios ocultos, es mia.

—Señora, dijo en voz alta, y haciendole una seña de inteligencia, vengo a mandaros hacer galones,...

Luego, bajando la voz:

—Se que tenéis en vuestra casa un desconocido que toma el nombre de Camusat.

La vieja lo miró de pronto, sin dar la menor señal de admiracion.

—Decid, puede oírnos?... Sabed que se trata de vuestra fortuna.

—Caballero, respondió la vieja, hablad sin temor, aqui no hay nadie. Aunque tengo uno ahí arriba le será imposible escucharnos....

—Ah! vieja astuta, sabes responder como un normando, dijo Julio para sí. Podremos ajustarnos.

—Evitaos el trabajo de mentir, señora, repuso él. Y desde luego, sabed que no os quiero para ninguna cosa mala, ni a vuestro inquilino enfermo con sus cantaridas, ni a vuestra hija Ida, costurera de corsés, amiga de Ferragus. Bien lo veis, estoy al corriente de todo. Tranquilizaos, no soy de la policia, y no quiero nada que pueda ofender vuestra conciencia. Una señora joven vendrá acá mañana, de nueve a diez, para hablar con el amigo de vuestra hija. Quiero estar en disposicion de verlo todo, oírlo todo, sin ser visto ni oído por ellos. Vos me lo proporcionareis, y yo pagaré este servicio con una cantidad de diez mil francos, por una vez, y seiscientos francos de renta vitalicia. Mi escribano preparará, esta noche, delante de vos, la escritura; le remitiré vuestro dinero, que él os entregará mañana, despues de la conferencia a que quiero asistir, y durante la cual adquiriré las pruebas de vuestra buena fé.

—Eso podrá perjudicar a mi hija, querido caballero mio?

—En nada, señora. Mas, por otra parte, parece que vuestra hija se conduce muy mal con vos. Amada por un hombre tan rico, tan poderoso como es Ferragus, debia serle facil haceros mas feliz de lo que pareceis.

—Ah! mi querido caballero, ni un pobre boletín para el teatro del Ambigú o para el de la Alegria, donde va ella cuando quiere. Es una indignidad. Una hija para la cual he vendido mis cubiertos de plata, que como ahora, en mi edad, con metal de Argel, para pagarle su aprendizaje, y darle un oficio en que haga oro, si quisiere! Porque, para eso, me tiene a mí! es hábil como una hada, se le debe hacer esta justicia. En fin, podria muy bien arreglarme sus trages viejos de seda, a mí que me gusta tanto vestirme de seda. No señor, va al Cuadrante azul a comer a cincuenta francos por persona, anda en coche como una princesa y se burla de su madre como de las coplas de la zarabanda. Dios de Dios! que juventud incoheren-

te es la que hemos hecho! no es nuestro mejor elogio. Una madre, caballero, que es buena madre, porque he ocultado sus in-consecuencias, y la he tenido siempre en mi regazo quitando-me el pan de la boca... y dandoselo todo... Pues bien, no! Viene, os mima, os dice:—Buenos días, madre. Y he aquí cumplidos sus deberes con el autor de sus días. Pero no tenga cuidado. Tendrá hijos, un día á otro, y verá lo que es

—Que, no hace nada por vos...

—Ah! nada, no, señor, no digo eso, si no hiciese nada, eso sería muy poca cosa. Me paga mi casa, me da leña y treinta y seis francos al mes... Pero, caballero, en mi edad, cincuenta y dos años, con los ojos que me faltan de noche, deberé trabaja-bajar? Por otra parte, *por que* no me quiere ella? Le causo vergüenza? que lo diga inmediatamente... En verdad, será me-nester enterrarse para estos perros hijos que os han olvidado así que han cerrado la puerta.

Sacó el pañuelo saliendo con él un billete de lotería que cayó al suelo, pero ella lo cogió prontamente diciendo:

—Es el finiquito de mis imposiciones!

Julio penetró al instante la causa de la sabia parsimonia con que se quejaba la madre, y se aseguró del consentimiento de la viuda Gruget al negocio propuesto.

—Y bien, señora, dijo él, aceptais pues lo que os ofrezco?

—Deciais pues, caballero, diez mil francos al contado, y seiscientos francos de renta vitalicia.

—Señora, he cambiado de parecer y os prometo ahora mil y ochocientos francos de renta vitalicia. El negocio, hecho así, me parece mas conveniente á mis intereses y á los vuestros. En efecto, cincuenta escudos al mes, durante el resto de vuestros días, deben dispensaros de trabajar, eh.... Que os parece?

—Vaya, sí, señor.

—Ireis al ambigú-Cómico, á casa de Franconi, á todas partes.

—Ah! no me gusta Franconi, respecto á que no se habla allí. Pero señor, si acepto, es porque será muy ventajoso á mi hija. En fin no estaré mas á sus costillas. Pobre niña, ademas, no le deseo mas sino que esté contenta. Caballero, es preciso que la juventud se divierta. Y pues, si me asegurais que no haré daño á nadie.

—A nadie, repitió Julio, pero vamos que vais á hacer?

—Y bien, caballero, dando esta noche á Mr. Ferragus una infusionsita de adormideras, dormirá mucho el buen hombre... Y lo necesita bien, por sus padecimientos; porque sufre que da compasion. Pero tambien, decidme que invencion es esta que un hombre sano se queme la espalda, para quitarse un dolor de

clavo que no lo atormenta sino de dos en dos años!.... Pero volviendo á nuestro asunto, tengo la llave de mi vecina, cuya habitacion está encima de la mia, y tiene una pared medianera con la alcoba de Ferragus. Está en el campo por diez dias. Y así, haciendo un agujero, durante la noche, en la pared, los oireis y lo vereis á vuestro placer. Tengo intimidad con un cerragero, hombre muy amable que hará esto sin ser visto ni sabido.

—Aqui teneis cien francos para él, estad esta noche en casa de Mr. Desmarests, un escribano cuyas señas son estas. A las nueve estará lista la escritura, pero.... ehito.

—Basta, caballero, hasta la vista.

Volvió Julio á su casa, casi tranquilo por la certeza en que estaba de saberlo todo el dia siguiente. Cuando llegó, halló en el cuarto de su portero la carta vuelta á cerrar perfectamente.

—Como estás? dijo á su muger, no obstante la especie de frialdad que los separaban. Los hábitos del corazon son muy difíciles de quitar.

—Bastante bien, Julio, replicó ella con voz de coqueta, quieres comer hoy al lado mio?

—Sí, respondió él dandole la carta.

—Fouquereau me ha entregado esto para tí.

Clemencia, que estaba pálida, se sonrojó en extremo al ver la carta, y este súbito sonrojo causó el mas vivo dolor á su marido.

—Es de alegría? dijo él riendose. Es efecto de esperarla?

—Oh! hay aqui muchas cosas, dijo ella mirando el sello.

—Os dejo, señora.

Y se fué á su gabinete donde escribió á su hermano sus intenciones relativas á constituir la renta vitalicia destinada á la viuda Gruget.

Cuando volvió halló su comida preparada en una mesita, junto á la cama de Clemencia, y á Josefina para servirle.

—Si estubiese en pié, con que placer te serviria, dijo ella cuando Josefina los dejó solos. Oh! hasta de rodillas, repuso pasando sus manos pálidas sobre la cabellera de Julio. Caro y noble corazon, has sido de contado muy bondadoso y muy bueno para mí. Me has hecho mas bien, con tu confianza, que podrian hacerme todos los médicos de la tierra. Esta delicadeza de muger, porque sabes amar como una muger, tu... has esparrado en mi alma no sé que bálsamo que casi me ha curado. Hay treguas, Julio, acerea tu cabeza que quiero besarla.

Julio se levantó, y no pudo negarse al placer de abrazar á su Clemencia. Pero no hizo esto sin dejar de tener algunos

te es la que hemos hecho! no es nuestro mejor elogio. Una madre, caballero, que es buena madre, porque he ocultado sus in-consecuencias, y la he tenido siempre en mi regazo quitando-me el pan de la boca... y dandoselo todo... Pues bien, no! Viena, os mima, os dice:—Buenos días, madre. Y he aquí cumplidos sus deberes con el autor de sus días. Pero no tenga cuidado. Tendrá hijos, un día ú otro, y verá lo que es

—Que, no hace nada por vos...

—Ah! nada, no, señor, no digo eso, si no hiciese nada, eso sería muy poca cosa. Me paga mi casa, me da leña y treinta y seis francos al mes... Pero, caballero, en mi edad, cincuenta y dos años, con los ojos que me faltan de noche, deberé trabajar? Por otra parte, *por que* no me quiere ella? Le causo vergüenza? que lo diga inmediatamente... En verdad, será menester enterrarse para estos perros hijos que os han olvidado así que han cerrado la puerta.

Sacó el pañuelo saliendo con él un billete de lotería que cayó al suelo, pero ella lo cogió prontamente diciendo:

—Es el finiquito de mis imposiciones!

Julio penetró al instante la causa de la sabia parsimonia con que se quejaba la madre, y se aseguró del consentimiento de la viuda Gruget al negocio propuesto.

—Y bien, señora, dijo él, aceptais pues lo que os ofrezco?

—Deciais pues, caballero, diez mil francos al contado, y seiscientos francos de renta vitalicia.

—Señora, he cambiado de parecer y os prometo ahora mil y ochocientos francos de renta vitalicia. El negocio, hecho así, me parece mas conveniente á mis intereses y á los vuestros. En efecto, cincuenta escudos al mes, durante el resto de vuestros días, deben dispensaros de trabajar, eh... Que os parece?

—Vaya, sí, señor.

—Ireis al ambigú-Cómico, á casa de Franconi, á todas partes.

—Ah! no me gusta Franconi, respecto á que no se habla allí. Pero señor, si acepto, es porque será muy ventajoso á mi hija. En fin no estaré mas á sus costillas. Pobre niña, ademas, no le deseo mas sino que esté contenta. Caballero, es preciso que la juventud se divierta. Y pues, si me asegurais que no haré daño á nadie.

—A nadie, repitió Julio, pero vamos que vais á hacer?

—Y bien, caballero, dando esta noche á Mr. Ferragus una infusionsita de adormideras, dormirá mucho el buen hombre. Y lo necesita bien, por sus padecimientos; porque sufre que da compasion. Pero tambien, decidme que invencion es esta que un hombre sano se queme la espalda, para quitarse un dolor de

clavo que no lo atormenta sino de dos en dos años!.... Pero volviendo á nuestro asunto, tengo la llave de mi vecina, cuya habitacion está encima de la mia, y tiene una pared medianera con la alcoba de Ferragus. Está en el campo por diez dias. Y así, haciendo un agujero, durante la noche, en la pared, los oireis y lo vereis á vuestro placer. Tengo intimidad con un cerrajero, hombre muy amable que hará esto sin ser visto ni sabido.

—Aqui teneis cien francos para él, estad esta noche en casa de Mr. Desmarests, un escribano cuyas señas son estas. A las nueve estará lista la escritura, pero.... echito.

—Basta, caballero, basta la vista.

Volvió Julio á su casa, casi tranquilo por la certeza en que estaba de saberlo todo el dia siguiente. Cuando llegó, halló en el cuarto de su portero la carta vuelta á cerrar perfectamente.

—Como estás? dijo á su muger, no obstante la especie de frialdad que los separaban. Los hábitos del corazon son muy difíciles de quitar.

—Bastante bien, Julio, replicó ella con voz de coqueta, quieres comer hoy al lado mio?

—Sí, respondió él dándole la carta.

—Fouquereau me ha entregado esto para tí.

Clemencia, que estaba pálida, se sonrojó en extremo al ver la carta, y este súbito sonrojo causó el mas vivo dolor á su marido.

—Es de alegría? dijo él riendose. Es efecto de esperarla?

—Oh! hay aqui muchas cosas, dijo ella mirando el sello.

—Os dejo, señora.

Y se fué á su gabinete donde escribió á su hermano sus intenciones relativas á constituir la renta vitalicia destinada á la viuda Gruget.

Cuando volvió halló su comida preparada en una mesita, junto á la cama de Clemencia, y á Josefina para servirle.

—Si estubiese en pié, con que placer te serviria, dijo ella cuando Josefina los dejó solos. Oh! basta de rodillas, repuso pasando sus manos pálidas sobre la cabellera de Julio. Caro y noble corazon, has sido de contado muy bondadoso y muy bueno para mí. Me has hecho mas bien, con tu confianza, que podrian hacerme todos los médicos de la tierra. Esta delicadeza de muger, porque sabes amar como una muger, tu... has espacido en mi alma no sé que bálsamo que casi me ha curado. Hay treguas, Julio, acerca tu cabeza que quiero besarla.

Julio se levantó, y no pudo negarse al placer de abrazar á su Clemencia. Pero no hizo esto sin dejar de tener algunos

torcedores en el corazon: se encontraba pequeño delante de su muger estando siempre dispuesto á hallarla inocente. Tenia esta una especie de alegria triste. Una casta esperanza brillaba en su cara en medio de la expresion de sus penas.

Parecian igualmente desgraciados en estar obligados á engañarse uno á otro, y ademas una caricia, iban á manifestarselo todo, no resistiendo á sus dolores!

—Mañana á la noche, Clemencia.

—No, señor, mañana á mediodia, lo sabreis todo, y os arrodillareis delante de vuestra muger. Oh! no, no te humillarás; no, estas enteramente perdonado; no, tu no tienes culpas. Escucha: ayer, me destrozaste muy asperamente; pero mi vida no hubiera podido ses completa sin esta angustia: esto será una sombra que hará valer los dias celestiales.

—Me hechizas!..... exclamó Julio, y me darán remordimientos.

—Pobre amigo, el destino es superior á nosotros, y yo no soy cómplice de mi destino.... Mañana voy á salir.

—A qué hora? preguntó Julio.

—A las nueve y media.

—Clemencia, respondió Mr. Desmarets, precavete, consulta al doctor Méo.

—No consultaré sino á mi corazon y á mi valor.

—Te dejo libre, y no vendré á verte hasta el mediodia.

—No me acompañarás un poco esta noche?... no estoy mala ya...

Despues de concluidos sus negocios, volvió Julio al lado de su muger, llevado por una atraccion invencible. Su pasion era mas fuerte que todos sus dolores.



IV.

¿DONDE IR A MORIR?

Al dia siguiente, á eso de las nueve salió Julio de su casa, corrió á la calle de Enfants-Rouges, subió y llamó en casa de la viuda Gruget.

—Ah! sois hombre de palabra, exacto como la aurora. Entrad pues, caballero, le dijo la vieja pasamanera cuando lo conoció.

Y asi que cerró la puerta:

—Os he preparado una taza de café con nata de leche, para el caso en que.... repuso aquella. Ah! de nata legitima, un puchero que he ordeñado yo misma en la vaqueriza que hay en el mercado de Enfants-Rouges.

—Gracias, señora. No, nada; conducidme...

—Bien, bien, mi querido caballero. Venid por aquí.

Entonces la viuda condujo á Julio á una vivienda situada encima de la suya, y en la cual le mostró, triunfalmente, un agujero del tamaño de una pieza de cuarenta sueldos, hecho durante la noche en un sitio correspondiente á los florones mas altos y mas oscuro del papel con que estaba forrada la habitacion de Ferragus. Esta abertura se hallaba, en una y otra pieza, encima de un armario. Los pocos escombros hechos por el cerrajero no habian dejado señales por ningun lado de la pared, y era muy dificil ver en la sombra aquella especie de tronerilla. Tambien Julio se vió obligado, para mantenerse allí, y para ver bien, á estar en una postura muy molesta, encaramándose sobre un banquillo que la viuda Gruget habia tenido cuidado de llevarle.

—Está con un caballero... dijo la vieja al retirarse.

Julio advirtió en efecto un hombre ocupado en curar las llagas de las espaldas de Ferragus, cuya cabeza reconoció por la descripción que de ella le había hecho Maulincour.

—Cuando crees que estaré curado? preguntó aquel.

—No sé, respondió el desconocido; pero, según dicen los médicos, serán menester seis ó siete curas.

—Pues bien! hasta la noche, dijo Ferragus dando la mano al que acababa de poner la última venda del aparato.

—Hasta la noche, respondió el desconocido, apretando cordialmente la mano de Ferragus. Deseo verte libre de padecimientos.

—En fin, los papeles de Mr. de Funcal nos serán entregados mañana. Enrique Bourignad está bien muerto, repuso Ferragus. Las dos fatales cartas que tan caras nos han costado no existen ya. Llegaré á ser pues alguna cosa social, un hombre entre los hombres, y yo valgo tanto como el marino que se comieron los peces. Dios sabe si es para mí para quien trabajó.....

—Pobre Graciano! tú, nuestra mas fuerte cabeza, nuestro querido hermano, tú eres el benjamin de la cuadrilla, lo sabes.....

—Adios, observad bien á mi Maulincour.

—Vive en paz en cuanto á este punto.

—Eh, marquès! gritó el viejo.

—Qué?

—Ida es capaz de todo, despues de la escena de ayer noche. Si se echa al agua, no la sacaré yo ciertamente, guardará mejor el secreto de mi nombre, el solo que ella posee; pero no la pierdas de vista, porque, ademas, es una buena muchacha.

—Bien.

Y el desconocido se retiró.

Diez minutos despues, Mr. Julio, oyó, no sin calofrío, el ruido particular de los vestidos de seda, y casi reconoció el sonido de las pasos de su muger.

—Y bien, padre mio, dijo Clemencia. Pobre padre mio, como estáis? Que valor!

—Ven, hija mia..... respondió Ferragus alargándole la mano.

Y Clemencia le presentó su frente que él abrazó.

—Veamos, que tienes, pobre niña? Que nuevas penas....

—Las penas, padre mio, son la muerte de vuestra hija que tanto amais... Según os escribí ayer, es preciso absolutamente que en vuestra cabeza, tan fértil en ideas, halleis el medio de ver á mi pobre Julio, hoy mismo. Si supieseis que bueno es conmigo, no obstante las sospechas tan legítimas, en la apa-

riencia. Padre mio, mi amor es mi vida... Quereis verme morir? Ah! ya he padecido bastante. Y, lo conozco, mi vida está en peligro.

—Perderte, hija mia, dijo Ferragus, perderte por la curiosidad de un miserable parisiense!... Ah! sabes lo que es un amante, pero no sabes lo que es un padre!...

—Me asustais cuando me mirais así. No pongais en balanza dos sentimientos tan diferentes. Tenia un esposo antes de saber que vivia mi padre...

—Si tu marido ha besado, el primero, tu frente, respondió Ferragus, yo, el primero, la he regado con lágrimas... Tranquilízate, Clemencia! Habla con toda franqueza! Te amo lo bastante para ser feliz con saber que tu lo eres, aunque tu padre no sea casi nada en tu corazón, mientras que tu ocupas todo el suyo.

—Dios mio, semejantes palabras me hacen mucho bien!... Os haceis amar cada vez mas, y me parece que esto es robar alguna cosa á Julio. Pero, mi buen padre, pensad que estoy desesperada. ¿Que le diré dentro de dos horas?...

—Hija! no esperé tu carta para saber que desgracia te amenazaba? ¿Y que será de aquellos que se ocupan en turbar tu felicidad, ó ponerse entre nosotros? ¿No has conocido nunca á la segunda providencia que vela sobre tí? ¿No sabes que doce hombres llenos de fuerza y de inteligencia forman un acompañamiento en torno de tu amor y de tu vida, dispuestos á todo para vuestra conservacion? ¿No es tu padre quien arriesgaba la vida yendo á verte en los pascos, ó á admirarte en tu cama en casa de tu madre, durante la noche? ¿No es tu padre á quien un recuerdo de tus caricias infantiles ha dado solamente la fuerza de vivir, en el momento en que un hombre de honor debía matarse para librarse de la infamia? ¿No soy Yo en fin, yo el que no respira sino por tu boca, que no ve sino por tus ojos, que no siente sino por tu corazón, soy yo el que no podría defender con uñas de león, con el alma de un padre, mi solo bien, mi vida, mi hija?... Empero... despues de la muerte del ángel que fué tu madre, no he pensado mas que en una sola cosa, en la dicha de declararte hija mia, de estrecharte en mis brazos, á la faz del cielo y de la tierra, á matar al forzado....

—Hubo aquí una corta pausa.

.... En darte un padre, prosiguió él, en poder apretar sin vergüenza la mano de tu marido, en vivir sin temor en vuestros corazones, en decir á todo el mundo al verte:—«Esta es mi hija!» en fin, en ser padre á mi libertad....

—O padre mio, padre mio!

—Despues de muchas fatigas, despues de haber registrado el globo, dijo Ferragus continuando, mis amigos me han encon-

trado una piel de hombre que vestirme. Voy á ser dentro de algunas horas Mr. de Funcal, un conde portugues. Querida hija, hay pocos hombres que puedan á mi edad tener la paciencia de aprender el portugues y el ingles, que ¡aquel diablo de marino sabia perfectamente.

—Mi querido padre!

—Todo está previsto, y dentro de algunas horas, su magestad Juan VI, rey de Portugal, será cómplice mio. No te hace falta mas que un poco de paciencia, cuando tu padre tiene mucha. Pero yo, era muy sencillol! Que no haria para recompensar tu sacrificio durante estos tres años? Venir tan religiosamente á consolar á tu anciano padre! arriesgar tu felicidad!

—Padre mio!

Y Clemencia tomó las manos de su padre, y las besó.

—Vamos, un poco de valor mas, Clemencia mia; guardemos el secreto fatal hasta el fin. Julio no es un hombre ordinario; pero sin embargo no sabemos si su caracter y su estremado amor determinarán una especie de menosprecio á la hija de un.....

—Oh! exclamó Clemencia, habeis leído en el corazon de vuestra hija!

Y añadió con un tono que destrozaba el corazon:

—No tengo otro miedo! Este pensamiento me hiela. Pero, padre mio, pensad que le he prometido decirle la verdad dentro de dos horas.....

—Pues bien, hija mia, dile que vaya, á la embajada de Portugal, á ver al conde de Funcal, tu padre... Estaré allí.

—Y Mr. de Maulincour que le ha hablado de Ferragus! Por Dios! padre mio, engañar, engañar, que suplicio!

—A quien lo dices tu? Dentro de algunos dias, no existirá un hombre que pueda desmentirme... Por otra parte, Mr. de Maulincour debe estar fuera de estado de acordarse... Vamos, tonta, enjuga tus lágrimas y piensa.....

En este momento, resonó un terrible grito en la habitacion donde estaba Julio Desmarests.

—Mi hija! mi pobre hija!...

Este clamor pasó por la pequeña abertura hecha sobre el armario, y llenó de terror á Ferragus y á Mad. Julia.

—Ve á ver que es eso, Clemencia.

Clemencia bajo rápidamente la escalera pequeña, halló abierta de par en par la puerta de la habitacion de Mad. Gruget, oyó los gritos que resonaban en el piso superior, subió la escalera, llegó, atraída por el ruido del llanto, hasta la vivien-labraz:

—Vos sois, caballero, con vuestras aprehensiones, la causa de su muerte.

—Callaos, miserable, decía Julio poniendo su pañuelo en la boca de Mad. Gruget, que gritó:

—Al asesino, socorro.....

En este momento, entró Clemencia, vió á su marido, dió un grito y huyó.

—Quien salvará á mi hija? preguntó la viuda Gruget despues de una larga pausa. La habeis asesinado...

—Y como? preguntó maquinalmente Mr. Julio, asombrado de haber sido conocido por su muger.

Leed, caballero, gritó la vieja deshecha en lágrimas. Hay rentas que puedan consolar de esto.....

”Adios, madre mia! te lego todo lo que tengo. Te pido „perdon de mis faltas y de la última pena que te doy poniendo „niendo fin á mis dias. Enrique, á quien amo mas que á mí misma, me ha dicho que hacia su desgracia, y pues él me ha repelido de sí, y he perdido todas mis esperanzas de establecerme, voy á ahogarme. Iré al puente de Neuilly para no „ser puesta al público. Si Enrique no me aborrece despues de „haberme yo castigado con la muerte, suplicale haga enterrar „á una pobre muchacha cuyo corazon no ha latido mas que para „ra él, y que me perdone, porque he tenido la falta de mezclar „me en lo que no me pertenecia. Cúrale bien sus cantaridas. „Como ha padecido este pobre. Tendré pues para destruirme „el valor que él tuvo para hacerse quemar. Haz llevar los „corsés concluidos á casa de mis parroquianas. Y pide á Dios „por tu hija

”IDA.”

—Llevad esta carta á Mr. de Funcal, que está ahí. Si aun es tiempo, él solo puede salvar á vuestra hija.

Y Julio desapareció salvándose como un hombre que hubiera cometido un crimen. Sus piernas temblaban. Su corazon ensanchado recibia mares de sangre mas calientes, mas copiosos que en ningún momento de su vida, y los despedia con una fuerza no acostumbrada. Las ideas mas contradictorias combatian en su alma, y sin embargo un pensamiento las dominaba todas. No habia sido leal con la persona que mas amaba, y le era imposible transigir con su conciencia, cuya voz, creciendo en razon de la maldad, correspondia á los gritos intimos de su pasion, durante las mas crueles horas de duda que le habian agitado precedentemente. Estubo, durante la mayor parte del dia, errante en Paris y no atreviéndose á volver á su casa. Este hombre honrado temblaba encontrar la frente irreprochable de aquella muger desconocida.

Los crímenes son en razón de la pureza de las conciencias, y el hecho que, para tal corazón, es apenas una falta en la vida, toma las proporciones de un crimen para ciertas almas candidas. La palabra candor no tiene en efecto un alcance celestial? Y la mas leve mancha impresa en el blanco vestido de una virgen no hace en ella alguna cosa innoble, como lo son los harapos de un mendigo. Entre estas dos cosas, la sola diferencia que hay es la que existe entre la desgracia y la culpa. Dios nunca mide el arrepentimiento; no lo corta, y es menester tanto para borrar una mancha, como para hacerle olvidar toda una vida.

Estas reflexiones pesaban con todo su peso sobre Julio, porque las pasiones no perdonan mas que las leyes humanas, y razonan mas de positivo: no se apoyan sobre una conciencia propia, infalible como lo es un instinto?

Julio, desesperado, entró en su casa, pálido, aniquilado bajo el sentimiento de sus faltas, pero manifestando, á pesar suyo, la alegría que le causaba la inocencia de su muger. Entró en su casa enteramente palpitante; la vió acostada; tenia fiebre; se sentó junto á la cama, le tomó la mano, la besó, la cubrió con sus lágrimas.

—Querido angel, le dijo él así que estuvieron solos, el arrepentimiento....

—Y de qué? replicó ella.

Al decir esta palabra, inclinó la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos y quedó inmóvil, guardando el secreto de sus padecimientos por no asustar á su marido: delicadeza de madre, delicadeza de angel; era toda la muger en una palabra! El silencio duró largo tiempo. Julio, creyendo que Clemencia dormía, fué á preguntar á Josefina acerca del estado de su ama.

—La señora entró medio muerta. Mandamos por el médico.

—Vino? que dijo?....

—Nada, señor. No le pareció bien, ordenó que nadie estuviese al lado de la señora, escepto la que la asistiese, y dijo que volvería á prima noche.

Mr. Julio entró sin meter ruido en la alcoba de su muger; se sentó en un sillón, y quedó inmóvil delante de la cama, fijó los ojos sobre los de Clemencia. Cuando ella alzaba sus párpados, lo veía al instante y se escapaba, de entre sus pestañas dolorosas, una mirada tierna, llena de pasión, exenta de reprensión y de pena, una mirada que caía como un dardo de fuego sobre el corazón de aquel marido cruelmente absuelto y siempre amado por esta criatura matada por él. La muerte era entre ellos un presentimiento que los hería igualmente. Sus miradas se unían en una misma angustia, como sus corazones se

unían en otro tiempo en un mismo amor, igualmente sentido, igualmente participado. Nada de cuestiones, sino de horribles certidumbres. En la muger, generosidad perfecta; en el marido, remordimientos horribles; luego, en las dos almas, una misma vision de éxito, una misma sensación de fatalidad.

Hubo un momento en que, creyendola dormida, Julio la besó suavemente en la frente, y dijo, despues de haberla contemplado largo tiempo:

—Dios mio, déjame este ángel todavía algun tiempo para que absuelva yo mismo de mis culpas con una larga adoración.... Soltera, es sublime, pero no sé una palabra para calificar la muger!.....

Clemencia alzó los ojos, estaban llenos de lágrimas.

—Me has hecho mal... dijo ella con un sonido de voz débil.

La noche estaba avanzada, vino el médico, y suplicó al marido que se retirara durante su visita. Cuando salió, Julio no le hizo pregunta alguna, no le fué necesario mas que un gesto.

—Llamad para una consulta á aquellos compañeros míos en que tuviereis mas confianza; puedo equivocarme.

—Pero, doctor, decidme la verdad. Soy hombre, podré escucharla; y ademas tengo el mayor interes en saberla para arreglar ciertas cuentas.....

—Mad. Julia está atacada de muerte, respondió el médico. Hay una enfermedad moral que hace progresos y que complica su situación física, ya muy de peligro, pero agravada mas por las imprudencias: levantarse de noche con los pies desnudos; salir cuando se lo habia prohibido; salir ayer á pié, hoy en coche. Ha querido matarse! Sin embargo mi sentencia no es irrevocable; hay juventud, una admirable fuerza nerviosa... Seria menester arriesgarlo todo con algun reactivo violento; empero nunca tomaré sobre mí el ordenarlo; ni aun lo aconsejare; y, en junta, me opondré á que se emplee.

Entró Julio. Por espacio de once dias y once noches, estuvo al lado de la cama de su muger, no durmiendo mas que algunas horas durante el día, apoyando la cabeza sobre los pies de la cama. Nunca hombre alguno ha sido mas cuidadoso y mas afectuoso con su muger enferma. No permitia que se le sirviese en lo mas mínimo á Mad. Julia; le tenia siempre cogida la mano, y parecia querer comunicarle así la vida. Hubo incertidumbres, falsas alegrías, dias buenos, uno mejor, el de la crisis, en fin las horribles nutaciones de la muerte que vacila, que balaceaba.....

Mad. Julia hallaba siempre fuerza para poner cara risueña á su marido, lo compadecía, sabiendo que pronto estaria solo. Era una doble agonía, la de la vida, la del amor; la vida empero se iba debilitando, y el amor creciendo. Fué una noche

terrible aquella en que Clemencia experimentó el delirio que precede siempre á la muerte en las personas jóvenes. Habló de su amor feliz, habló de su padre; contó las revelaciones de su madre en el lecho de la muerte, y las obligaciones que le había impuesto. Bregaba, no con la vida, con la pasión, que no quería dejar.

—Haced, Dios mío, dijo ella, que no sepa que quisiera verlo morir conmigo!.....

Afortunadamente, Julio, no pudiendo resistir semejante espectáculo, estaba en este momento en la sala inmediata, y no oía los votos que hubiera obedecido.

Cuando pasó la crisis, Mad. Julia volvió á tener fuerzas. El día siguiente, estaba hermosa, tranquila; habló; tenía esperanzas; se adornó como se adornan las enfermas. Luego quiso estar sola todo el día, y despidió á su marido con una de aquellas súplicas hechas con tantas instancias que se oyen como las súplicas de los niños. Por otra parte, Mr. Julio necesitaba aquel día.

Fué á casa de Mr. de Maulincour á fin de exigirle el duelo á muerte convenido poco tiempo antes entre ellos. No llegó sino con grandes dificultades á ver al autor de este infortunio; empero, sabiendo que se trataba de un asunto de honor, el vidame obedeció á las preocupaciones que habían siempre gobernado su vida, é introdujo á Julio donde estaba el baron.

Mr. Desmarets preguntó por el baron de Maulincour.

—Oh! él es.... dijo el comendador mostrándole un hombre sentado en un sillón junto al fuego.

—Que! Julio!.... dijo el moribundo con voz cascada.

Augusto había perdido la sola facultad que nos hace vivir, la memoria.

A su aspecto, Mr. Desmarets retrocedió horrorizado. No podía reconocer al joven elegante en una cosa sin nombre, en ningún idioma, según el dicho de Bossuet. Era en efecto un cadáver con cabellos blancos, huesos apenas cubiertos por una piel arrugada, marchita, seca, ojos blancos y sin movimiento, una boca horriblemente entreabierta, como lo están las de los locos ó las de los licenciosos muertos por sus excesos. Ninguna marca de inteligencia existía ya ni sobre su frente, ni en ninguna otra facción, así como no tenía ya, en su enardecimiento afeminado, ni color sonrosado, ni apariencia de la circulación de la sangre. En fin era un hombre achicado, disuelto, llegado al estado en que están los monstruos conservados en el Museo, en frascos donde nadan en espíritu de vino. Julio creyó ver encima de aquella cara la terrible cabeza de Ferragus, y esta completa venganza espantó al odio. El ma-

rído encontró piedad en el corazón para los dudosos restos del que había sido poco antes un joven.

—El duelo se ha verificado, dijo el comendador.

—El caballero ha matado á muchas personas! exclamó dolorosamente Julio.

—Y personas muy queridas, añadió el anciano. Su abuelo se muere de pena, y yo le seguiré á la tumba!

El día siguiente á esta visita, Mad. Julia empeoró de hora en hora. Se aprovechó de un momento de fuerza para tomar una carta de debajo de su almohada, la presentó con viveza á Julio, y le hizo una señal fácil de comprender. Quería darle en un beso su último aliento de vida. Lo dió, y murió. Julio cayó medio muerto y fué llevado á casa de su hermano.

Allí, como deploraba, en medio de sus lágrimas y de su delirio, la ausencia que había hecho el día antes, su hermano le hizo saber que aquella separación fué vivamente deseada por Clemencia, que no había querido que presenciase el aparato religioso, tan terrible á las imaginaciones tiernas, y que la iglesia desplega al administrar á los moribundos los últimos sacramentos.

—No hubieras resistido, le dijo su hermano. Yo mismo no pude presenciar aquel espectáculo, y todos se deshacían en lágrimas. Clemencia parecía una santa. Cobró fuerzas para despedirse de nosotros; y aquella voz, oída por última vez, desgarraba el corazón. Cuando pidió perdón de los disgustos involuntarios que podía haber causado á los que la había servido, hubo un grito mezclado de llanto, un grito.....

—Basta, dijo Julio, basta!.....

Quiso estar solo para leer los últimos pensamientos de aquella mujer que el mundo había admirado y que había pasado como una flor.

—Muy amado mío, este es mi testamento. ¿Por qué no se ha de hacer testamento para los tesoros del corazón como se hace para los demás bienes? pues qué mi amor no es todo mi caudal? No quiero ocuparme aquí mas que de mi amor: fué todo el caudal de Clemencia, y todo lo que puede dejarte al morir. Julio, todavía soy amada: muero feliz! Los médicos explican mi muerte a su manera. Yo te la diré, aunque te cause alguna pena. No quiero llevar en un corazón todo tuyo, secreto alguno que no te se hubiese dicho, cuando muero víctima de una discreción necesaria.

—Julio, he sido criada, educada en la mas profunda soledad, lejos de los vicios y de las mentiras del mundo, por la mujer amable que tu has conocido. La sociedad hacia justicia á sus prendas sociales, por las cuales una mujer agrada á la sociedad, pero, yo gozé en secreto de un alma celestial, y pude querer á

a madre que hacia de mi infancia un contento sin disgusto, sabiendo bien, porque la queria yo. No es esto amar dos veces? Si, la amaba, la temia, la respetaba, y nada me pesaba en el corazon, ni el respeto, ni el temor. Yo era todo para ella, ella todo para mi. Durante diez y nueve años, enteramente felices, indiferentes, mi alma, solitaria en medio del mundo que amenazaba al rededor mio, no reflejó mas sino la mas pura imagen, la de mi madre, y me complacia en permanecer pura delante de Dios. Mi madre cultivaba en mi todos sus pensamientos nobles y graves. Ah! tengo un placer en confesartelo, Julio! ahora sé que he sido jóven soltera, que vine á tu poder con el corazon virgen.

»Cuando salí de aquella profunda soledad; cuando, por primera vez, compuse mis cabellos adornandolos con flores de almendro; cuando por complacencia añadí algunos nudos de raso á mi traje blanco, pensando en el mundo que iba á ver y que estaba curiosa por ver; pues bien! Julio, esta inocente y modesta coqueteria fué hecha para tí; porque á mi entrada en el mundo, te ví, á tí, el primero. Tu figura, la noté, resaltaba sobre todas las demas; tu persona me agradó; tu voz y tus modales me inspiraron favorables presentimientos; y cuando viniste, me hablaste, con tu cara sonrojada, que tu voz tembló, aquel momento me dió memorias con que palpito aun al escribirte hoy, y pienso en ellas por última vez. Nuestro amor fué en un principio la mas viva de las simpatias, pero pronto fué penetrado mutuamente; luego, al punto participado, como despues sentimos igualmente sus innumerables placeres. Desde entonces, mi madre no estuvo en mi corazon mas que en segundo lugar. Se lo decia y se sonreia, la adorable señora! Luego, he sido tuya, toda tuya. Esta es mi vida, toda mi vida, querido esposo mio. Y ve aquí lo que me queda que decirte.

»Una noche, algunos dias antes de morir, mi madre me reveló el secreto de su vida, derramando lágrimas. Te amé mucho mas, cuando supe, delante del sacerdote que debia absolver á mi madre, que existian pasiones condenadas por el mundo y por la iglesia. Empero, ciertamente, Dios no debe ser severo cuando están en pecado almas tan tiernas como era la de mi madre; solamente, aquel ángel no podia resolverse al arrepentimiento. Amaba mucho, Julio!.. Ella era todo amor. Todos los dias he pedido á Dios por ella, sin juzgarla. Entonces supe que habia en Paris un hombre cuya vida y cuyo amor era yo, que tu caudal era obra suya, y que te amaba; que estaba desterrado de la sociedad, que tenia un nombre infamado, que esto era peor para mí, para nosotros, que para él. Mi madre era todo su consuelo, y mi madre moria. Prometi reemplazarla, porque, en todo el ardor de un alma cuyos sentimientos nada habia falseado, no vi sino la fe-

licidad de endulzar la pena que entristecia los últimos momentos de mi madre. Me obligué pues á continuar esta obra de caridad secreta, caridad del corazon. La primera vez que vi á mi padre, fué junto á la cama donde mi madre acababa de espirar. Cuando alzó sus ojos llenos de lágrimas, fué para hallar en mí todas sus esperanzas muertas. Juré yo, no mentir, sino guardar silencio; y este silencio, que muger lo hubiera quebrantado? Esa es mi falta, Julio, una falta espiada con la muerte! He dudado de tí. Pero el temor es tan natural en la muger, y principalmente en la muger que sabe todo lo que ella puede perder! Temblé por mi amor. El secreto de mi padre me parecia ser la muerte de mi felicidad, y mientras mas amaba, mas miedo tenia. No me atrevia á confiar este sentimiento á mi padre, hubiera sido herirle, y en su situacion, toda herida era viva. Empero, sin decírmelo, participaba de mis temores. Esta querida y noble criatura, este corazon enteramente paternal temblaba por mi dicha tanto como yo, y no se atrevia á hablar obedeciendo á la misma delicadeza que me hacia ser muda. Si, Julio, creí que podrias un dia no amar á la hija de Graciano, tanto como amabas á tu Clemencia. A no ser por este profundo terror, te hubiera ocultado cosa alguna, á tí que estas aun todo entero en lo interior de mi corazon? El dia, en que aquel odioso, aquel desgraciado oficial te habló me vi forzada á mentirte. Aquel dia, por segunda vez en mi vida, conocí el dolor, y este dolor ha ido creciendo hasta el momento en que te hablo por última vez. Que importa ahora la situacion de mi padre? Lo sabes todo. Hubiera, ayudandome mi amor, vencido la enfermedad, soportado todos los padecimientos, pero no hubiera podido ahogar la voz de la duda. No es posible que mi origen altere la pureza de tu amor, la debilite, la disminuya? Este temor, nada puede destruirlo en mí. Tal es, Julio, la causa de mi muerte. No podria vivir teniendo temor de una palabra, de una mirada; una palabra que quizá no diras nunca, una mirada que no dejarás escapar; pero que quieres? las temo. Muero amada, este es mi consuelo. He sabido que, de cuatro años acá, mi padre y sus amigos han revuelto el mundo, para mentir al mundo. A fin de darme un estado, han comprado un muerto, una reputacion, un caudal, todo esto para hacer revivir un viviente, todo esto para tí, para nosotros. No debiamos saber nada de esto. Pues bien! mi muerte ahorrará sin duda esta mentira á mi padre, morirá de mi muerte.

»Adios pues, Julio, mi corazon está aqui todo entero. Expresarte mi amor en la inocencia de su terror, no es dejarte toda mi alma? No hubiera tenido fuerza para hablarte, la he tenido para escribirte. Acabo de confesar á Dios las culpas de mi vida; he prometido de buena gana no ocuparme mas que del rey de los cielos; pero no he podido resistir al placer de confesarme tambien

al que, para mí, es todo sobre la tierra. Ay! quien no me perdonará este último suspiro entre la vida que fué y la que va á ser? Adios pues, mi amado Julio, voy á Dios, junto al cual el amor está siempre sin nubes, junto al cual vendrás un día. Allí, debajo de esa trozo, reunidos para siempre, podremos amarnos durante una eternidad. Esta esperanza puede solo consolarme. Si soy digna de estar allí antes, desde allí, te seguiré en la vida, mi alma te acompañará, te cubrirá, porque tú permanecerás todavía aquí abajo. Ten pues una vida santa para ir seguramente conmigo. Puedes hacer tanto bien en esta tierra! No es una misión angelical para un ser que padece esparcir la alegría en torno de él, dar lo que no tiene? Te dejo á los desgraciados. De sus sonrisas y de sus lágrimas no tendré celos. Hallaremos una gran delicia en estas dulces beneficencias. No podremos vivir todavía juntos, si quieres mezclar mi nombre, á tu Clemencia, en esas buenas obras! Despues de haber amado como amabamos, no hay mas que Dios, Julio! Dios no miente, Dios no engaña. No adores sino á él, lo quiero así. Cultívalo en todos los que padecen, consuela los miembros doloridos de su iglesia. Adios, querida alma que he ocupado, te conozco: no amarás dos veces. Voy pues á espirar feliz con el pensamiento de que hace felices á todas las mugeres. Sí, mi tumba será tu corazón. Despues de la infancia que te he contado, mi vida no se ha derramado en tu corazón? Muerta, no me echarás nunca de él. Que envanecida estoy con esta vida única! No me habrás conocido sino en la flor de la juventud, te dejo sinsabores sin desencantos. Julio, esta es una muerte muy feliz.

—Tú que me has comprendido tan bien, permíteme que te recomiende, cosa superflua sin duda, que cumplas un capricho de muger, el voto de unos celos de que somos objeto. Te suplico quemes todo lo que nos hubiese pertenecido, que destruyas nuestra alcoba, todo lo que pueda ser un recuerdo de nuestro amor.

—Te vuelvo á repetir, adios, el último adios, lleno de amor, como lo estará mi último pensamiento y mi último aliento.

Cuando Julio acabó esta carta, le vino á la mente uno de aquellos enagenamientos cuyas espantosas crisis es imposible es-
presar. Todos los dolores son individuales, sus efectos no están sometidos á ninguna regla fija: ciertos hombres se tapan las orejas para no oír nada; algunas mugeres cierran los ojos para no ver nada; despues se encuentran almas grandes y magníficas que se lanzan al dolor como á un abismo. En hecho de desesperación, todo es verdad.

Julio salió de casa de su hermano, volvió á la suya queriendo pasar la noche al lado de su muger, y ver hasta el último momento á esta criatura celestial.

Caminando con la indiferencia de la vida que conocen las personas que han llegado el último grado de la desgracia, concebía como, en el Asia, las leyes ordenan á los esposos que no se sobrevivan. Quería morir. No estaba aun aniquilado, se hallaba con la fiebre del dolor.

Llegó sin obstáculos, subió á la habitación sagrada, vió en ella á Clemencia de cuerpo presente, bella como una santa, los cabellos estendidos, las manos juntas, amortajada ya. A la luz de los cirios se veía á un sacerdote que rezaba, á Josefina llorando arrodillada en un rincón, y, junto á la cama á dos hombres. El uno era Ferragus: estaba en pie, inmóvil, y contemplaba á su hija con ojos enjutos, su cabeza podía equivocarse con una de bronce; no vió á Julio. El otro era Jacquet, Jacquet para el cual Mad. Julia había sido constantemente buena. Jacquet había tenido con ella una de aquellas respetuosas amistades que tanto alegran los corazones tranquilos, que son una pasión dulce, el amor menos sus deseos y tempestades; había ido á pagar religiosamente su deuda de lágrimas; á despedirse para siempre de la muger de su amigo, á besar por primera vez la frente yerta de una criatura que tacitamente había tenido por hermana.

Todo era allí silencio. No era la Muerte terrible de la iglesia, ni la pomposa Muerte que atraviesa las calles; no, era la Muerte introduciéndose en el hogar doméstico, la Muerte lastimera; eran pompas del corazón, lágrimas hortadas a los ojos.

Julio se sentó junto á Jacquet cuya mano apretó, y, sin decirse una palabra, todos los personajes de esta escena permanecieron así hasta la mañana.

Cuando el día hizo perder la luz á los cirios, Jacquet, previendo las escenas que iban á suceder, se llevó á Julio á la habitación inmediata.

En este momento el marido miró al padre, y Ferragus miró á Julio. Estos dos dolores se preguntaron, se sondearon, se entendieron por esta mirada. Un rayo de furor brilló de paso en los ojos de Ferragus:

—Tu eres quien la ha matado!... pensaba.

—Por qué haber desconfiado de mí? parecía responder el marido.

Esta escena fue semejante á la que pasaria entre dos tigres reconociendo la inutilidad de una lucha, despues de haberse examinado durante un momento de perplejidad, aun sin rugir.

—Jacquet, dijo Julio, has cuidado de todo.

—De todo, respondió el jefe de oficina, pero en todas partes se me adelantaba un hombre que todo lo disponia y pagaba.....

—Me arrebató su hija!.... exclamó el marido en un violento rebato de desesperación.

Entró precipitadamente en la alcoba de su muger; pero ya no estaba allí su padre. Clemencia había sido metida en una caja de plomo, y los oficiales se preparaban para soldar la tapa. Julio se volvió enteramente espantado, y el sonido del martillo de que se servían estos hombres le hizo maquinalmente llorar à lagrima viva.

—Jacquet, dijo él, me ha quedado, de esta noche terrible, una idea, una sola, pero una idea que quiero realizar à toda costa. No quiero que Clemencia quede en un cementerio de Paris: Quiero quemarla, recoger sus cenizas y guardarlas. No me digas una palabra sobre este asunto, pero haz que se logre. Voy à encerrarme en mi habitacion, y permaneceré allí hasta el momento de mi partida. Tu solo entrarás, para darme cuenta de tus pasos..... Anda, no ahorres nada.

Durante la mañana, Mad. Julia, despues de haber estado espuesta en un tùmulo a la puerta de su casa, fué conducida a San Roque. La iglesia estaba toda cubierta de negro. La especie de lujo ostentado para este funeral había atraído mucha gente; porque, en Paris, todo es un espectáculo, hasta el dolor mas verdadero. Hay personas en las ventanas para ver como llora un hijo siguiendo al cuerpo de su madre, como las hay tambien que quieren colocarse comodamente para ver como cae una cabeza. Ningun pueblo del mundo ha tenido ojos mas voraces. Pero lo que admiró particularmente à los curiosos fué el ver las seis capillas laterales de la iglesia de San Roque igualmente colgadas de negro. Dos hombre vestidos de luto asistian a una misa de difuntos en cada una de ellas. No se veia en el banco de los dolientes mas que al escribano Mr. Desmaretz y a Jacquet, y fuera de él a los criados. Habia, para los eclesiasticos, algo de inesplicable en aquel boato con tan pocos dolientes. Julio no quiso que asistiese a esta ceremonia ninguna persona indiferente.

La misa de cuerpo presente fué celebrada con magnificencia. Ademas del clero de San Roque, habia trece sacerdotes de otras parroquias: así nunca quiza el *Dies irae* ha producido en los cristianos, reunidos casualmente por la curiosidad, un efecto más profundo, mas imponente que lo fué la impresion producida por este himno, en el momento en que lo entonaron ocho voces de sorchantes acompañadas por las de los sacerdotes y las de los tipples.

Otras doce voces de niños, que salian de las seis capillas laterales, se mezclaban lamentablemente con aquellas. En toda la iglesia reinaba el espanto; en toda ella, sollozos de angustias respondian à los llantos de terror. Esta espantosa música manifestaba los dolores desconocidos al mundo, y las amistades secretas que lloraban a la muerte.

—Nunca, en religion ninguna humana, los sobresaltos del alma, violentamente arrancados del cuerpo y agitados tempestuosamente, à la vista de la fulminante magestad de Dios, han sido tan vigorosos. Ante este clamor de los clamores, deben humillarse los artistas y sus composiciones mas apasionadas. No, nada puede luchar con este canto que reasume las pasiones humanas y les da una vida enteramente galvánica mas allá del ataud, llevándolas todavia palpitantes ante el Dios viviente y vengador. Estas voces de la infancia, unidas à los sonidos de las voces graves, y que comprenden entonces, en este cántico de muerte, la vida humana con todos sus desarrollos, recordando los padecimientos de la cuna, aumentándose todas las penas de otras edades con los espaciosos acentos de los hombres, con los cánticos temblones de los ancianos y de los sacerdotes; toda esta ruidosa harmonía llena de rayos y de relámpagos no habla à las imaginaciones mas intrépidas, à los corazones mas yertos, y hasta à los filósofos?..... Oyendolos parece que Dios truena. Las bóvedas de ninguna iglesia no son insensibles; tiemblan, hablan, esparcen el miedo con todo el poder de sus ecos. Creéis ver levantarse innumerables muertos y tender las manos. No es ya ni un padre, ni una esposa, ni un hijo lo que está debajo del paño negro, es la humanidad entera saliendo de su polvo. Es imposible juzgar la religion católica, apostólica y romana, mientras que no se ha experimentado el mas profundo de los dolores, llorando à la persona adorada que yace bajo el cenotafio; mientras que no se han sentido todas las conmociones que os ocupan el corazon, traducidas por el himno marcado con la desesperacion, por las voces que destruyen el corazon, por el terror religioso que se aumenta à cada estrofa, que se dirige hácia el cielo, y que asusta, que encoge, que eleva, y que os deja una impresion de la Eternidad en la conciencia, en el momento en que se acaba el último verso. Entonces habéis luchado con la grande idea de lo infinito, y entonces todo calla en la iglesia. No se dice allí ni una palabra; los incrédulos mismos *no saben lo que son*. El genio español solo ha podido inventar estas grandiosidades singulares para el mas singular de los dolores.

Cuando se acabó la última ceremonia, salieron de las capillas doce hombres de luto, y fueron à escuchar, junto al féretro, el canto de esperanza que la iglesia hace oír al alma del cristiano antes de ir à sepultar la forma humana. Luego cada uno de los doce entró en un coche enlutado; Jacquet y Desmaretz subieron al último, los criados siguieron à pié.

De allí à una hora, los doce desconocidos estaban en la

cumbre del cementerio llamado popularmente del Padre-Lachaise, todos en círculo al rededor de una hoya donde habia sido bajado el ataúd, delante de una muchedumbre curiosa que habia acudido de todos los puntos de este jardín público. Luego, despues de cortas oraciones, el sacerdote echó un poco de tierra sobre los restos de aquella muger, y los sepultureros, habiendo pedido su propina, se dieron prisa á llenar la huesa para ir á otra.

Aquí parece concluir la narracion de esta historia; pero quizá estaria incompleta, si, despues de haber hecho un ligero borron de la vida parisiense, si despues de haber seguido sus caprichosas ondulaciones, se hubiesen olvidado los efectos de la muerte. La muerte, en Paris, no se parece á la muerte de ninguna otra capital, y poca personas conocen las contiendas de un amor verdadero en lucha con la civilizacion, con la administracion parisiense. Ademas, quizá Mr. Julio y Ferragus **XXIII** interesan bastante para que el fin de su vida no sea indiferente. En fin muchas personas quieren enterarse de todo, y querrian saber, como ha dicho el mas ingenioso de nuestros críticos, por qué operacion química el aceite arde en la lámpara de Aladin.

Jacquet, hombre administrativo, se dirigió naturalmente á la autoridad para obtener permiso de exhumar el cuerpo de Mad. Julia y quemarlo. Fué á hablar al prefecto de policia bajo cuya proteccion duermen los muertos. Este funcionario quiso una peticion. Fué preciso comprar un pliego de papel sellado, dar al dolor una forma administrativa; fué preciso servirse de la gerigonza oficinista para espresar los deseos de un hombre desolado, á quien faltaban la palabras; fué preciso traducir friamente y poner al margen el objeto de la súplica:

El suplicante
solicita la incineracion
de su muger.

Viendo esto, el gefe encargado de informar al consejero de estado prefecto de policia, dijo, leyendo esta apostilla, en que el objeto de la súplica estaba, como él habia encargado, claramente espresado:

—Esta es una cuestion grave!.... Mi informe no puede estar despachado hasta de aquí á ocho dias.

Julio, al cual Jacquet se vió forzado á hablar de esta dilacion, comprendió lo que habia oido decir á Ferragus:

—Quemar á Paris!

Nada le parecia mas natural que destruir este receptáculo de monstruosidades.

—Pero, dijo á Jacquet, es preciso acudir al ministro del Interior, y hacerle hablar por tí. Jacquet fué al ministerio del In-

terior, y pidió una audiencia que obtuvo, pero á los quince dias. Jacquet era un hombre constante. Anduvo pues de oficina en oficina, y llegó hasta el secretario particular del ministro del Interior, al que hizo hablar por el secretario particular del ministro de Negocios estrangeros. Ayudando otras protecciones, tuvo, para el dia siguiente, una audiencia secreta, para la cual, habiendose prevenido con una esquila del autómatas de los Negocios estrangeros escrita al baja del Interior, Jacquet esperó tomar el negocio por asalto. Preparó los razonamientos, las respuestas perentorias, los *en caso*; pero todo se frustró.

—Esto no me corresponde!... dijo el ministro. La cosa concierne al prefecto de policia. Por otra parte no hay ley que dé á los maridos la propiedad de los cuerpos de sus mugeres, ni á los padres la de los de sus hijos. Esto es cosa grave! Luego, hay consideraciones de utilidad pública que exigen que esto se examine. Los intereses de la ciudad de Paris pueden sufrir por ello. En fin, si el asunto dependiese inmediatamente de mí, no podria decidirme *hic et nunc*, me seria preciso un informe.

El Informe está en la administracion actual que es lo mismo que el limbo en el cristianismo. Jacquet conocia la mania de informes, y no habia esperado esta ocasion para quejarse acerca de esta ridicula burocratica. Sabia que, desde la invasion de los informes, revolucion administrativa consumada en 1804, no se habia hallado un ministro que tomase sobre sí tener una opinion, decidir la menor cosa, sin que esta opinion, esta cosa fuese aechada, zarandeada, limpiada por los embaradores de papel, por los raspadores y las sublimes inteligencias de sus oficinas.

Jacquet (era uno de los hombres dignos de tener á Plutarco por biografo) reconoció que se habia engañado en la marcha de este negocio, y que lo habia hecho imposible queriendo proceder legalmente. Era preciso sencillamente trasportar á Mad. Julia á una de las posesiones de Desmarets; y, allí, bajo la complaciente autoridad de un alcalde de lugar, satisfacer el dolor de su amigo. La legalidad constitucional y administrativa no produce nada. Es un monstruo infecundo para los pueblos, para los reyes y para los intereses privados; mas los pueblos no saben deletrear mas que los principios escritos con sangre; luego las desgracias de la legalidad serán siempre pacificas.

Entonces Jacquet, hombre de libertad, vino á pensar en los beneficios de la arbitrariedad, porque el hombre no juzga las leyes sino á la luz de sus pasiones. Luego, cuando Jacquet se vió en presenencia de Julio, le fué preciso engañarle, y el desgraciado, atacado de una fiebre violenta, estuvo dos dias en cama.

El ministro habló, aquella misma tarde, en una comida ministerial, del capricho que tenía en un parisiense de hacer quemar á su mujer á la manera de los romanos. Entonces las tertulias de París se ocuparon un momento de los funerales antiguos. Poniéndose de moda las cosas antiguas, algunas personas hallaron que seria bello restablecer, para los grandes personajes, la pira funeral. Esta opinion tuvo sus detractores y sus defensores. Los unos decian que habia muchos grandes hombres, y que esta costumbre haria encarecer la leña de las chimeneas; que en un pueblo tan inconstante en sus voluntades como lo era el frances, seria ridiculo ver, en cada término, un Longchamp de antepasados paseados en sus urnas; luego, que, si las urnas tenían valor, podia suceder verlas en almonedas, embargadas, llenas de cenizas respetables, por los acreedores, gente habituada á no respetar nada. Los otros respondian que habria mas seguridad para los abuelos en estar así guardados, porque, en tiempo marcado, la ciudad de París se verá obligada á ordenar un dia de San Bartolomé contra sus muertos que le invaden su campo, y amenazan hacerlo un dia en las tierras de Bria. En fin esta fué una de aquellas fútiles y espirituales discusiones de París, que muy á menudo abren llagas muy profundas. Afortunadamente para Julio, ignoró las conversaciones, los dichos, los donaires de que era objeto su dolor en París.

El prefecto de policia se ofendió de que Jacquet hubiese acudido al ministro para evitar la lentitud, la sabiduria de la suprema inspeccion. La exhumacion de Mad. Julia era una cuestion de la superintendencia. Así pues, la oficina de policia trabajaba en responder duramente á la peticion, porque bastaba una súplica para que la administracion fuese sorprendida; luego, ya sorprendida, las cosas van lejos, con ella. La administracion puede llevar todas las cuestiones hasta el consejo de Estado, otra máquina difícil de mover.

El segundo dia, Jacquet hizo comprender á su amigo que era preciso renunciar á su proyecto; y que, en una ciudad en que el número de lágrimas bordadas en paños negros estaba puesto en tarifa; en que las leyes admitian siete clases de entierros; en donde se vendia al peso de la plata la tierra de los muertos; en que el dolor era esplotado, aserrado, llevado en partida doble; en que se pagaban caro las oraciones de la iglesia; en que la fabrica intervenia para reclamar el aprecio de algunos hilos de voz añadidos al *Dies irae*, todo lo que salia del carril administrativamente trazado al dolor era imposible.

Hubiera sido esto, dijo Julio, una felicidad en mi miseria; habia formado el proyecto de morir lejos de aqui, y deseaba tener á Clemencia entre mis brazos en la tumba..... No sa-

bia que la burocracia pudiese meter sus uñas hasta en nuestros ataudes.

Luego, quiso ir á ver si habia junto á su mujer un poco de sitio para él.

Los dos amigos fueron pues al cementerio. Llegados allí, encontraron como en la puerta de los espectáculos como en la entrada de los museos, como en el patio de las diligencias, *ciceroni* que se ofrecieron á guiarlos en el laberinto del Padre-Lachaise. Les era imposible, tanto á uno como á otro saber donde yacia Clemencia. Horrible angustia!

Fueron á consultar el portero del cementerio. Los muertos tienen un conserje, y hay horas en que los muertos no están visibles. Seria menester renovar todos los reglamentos de la policia superior y subalterna para obtener el derecho de ir á llorar por la noche, en el silencio y en la soledad, sobre la tumba donde yace un ser amado! Hay consigna para el invierno, consigna para el verano.

Ciertamente, el mas feliz de todos los porteros de París es el del Padre-Lachaise. En primer lugar, no tiene que tirar del cordón; luego, en lugar de un cuarto, tiene una casa, un establecimiento que no es enteramente un ministerio, aunque tenga un gran número de administrados, muchos empleos, que este gobernador de los muertos tiene un sueldo y dispone de un poder inmenso de que nadie puede quejarse: comete arbitrariedades á su placer. Su habitacion no es una casa de comercio, aunque tiene oficinas, una contabilidad, ingresos, gastos y provechos. Este hombre no es ni un suizo, ni un conserje, ni un portero; porque la puerta que recibe los muertos está siempre abierta; luego, aunque tiene monumentos que conservar, no es un conservador; en fin es una anomalía indefinible; autoridad que participa de todo, y que no es nada, autoridad colocada, como la muerte de la que ella vive, fuera de todo. Sin embargo, este hombre escepcional depende de la ciudad de París, ser quimérico como el buque que sirve de emblema, criatura racional movida por mil pies, raramente unánimes en sus movimientos, de suerte que sus empleados son casi inamovibles. El guarda del cementerio es pues el conserje llegado al estado de funcionario no soluble por la destitucion.

Su plaza no es por otra parte una prebenda: no deja enterar una persona sin un permiso, debe dar cuenta de sus muertos, indica en aquel vasto campo los seis pies cuadrados donde pondreis algun dia todo lo que amais, todo lo que aborreceis, una querida, un primo. Si, sabedlo bien, todos los sentimientos de París vienen á parar á este cuarto, y se hacen administrativos. Este hombre tiene registros para anotar sus muertos; están en su tumba y en sus cartones. Tiene á sus órdenes guardas,

jardineros, sepultureros, ayudantes. Es un personaje. Las personas que lloran no le hablan en un principio. No se presenta sino en los casos graves: un muerto tenido por otro, un muerto asesinado, una exhumación, un muerto que renace. El busto del rey reinante está en la sala, y guarda quizá los antiguos bustos reales, imperiales, casi-reales en algún armario, especie de un pequeño Padre-Lachaise para las revoluciones. En fin es un hombre público, un excelente hombre, buen padre y buen esposo, epitafio á parte. Pero tantos sentimientos diversos han pasado delante de él bajo la forma de carro fúnebre; pero ha visto tantas lágrimas, las verdaderas, las falsas; pero ha visto el dolor bajo tantas faces, y en tantas caras, ha visto seis millones de dolores eternos! Para él, el dolor no es mas que una piedra de once lineas de grueso y de cuatro pies de alto con veinte y dos pulgadas de ancho. En cuanto á los *sentimientos eternos*, son las incomodidades de su empleo, nunca almuerza ni come sin experimentar la lluvia de una aflicción inconsolable. Es bueno y tierno para todos los demas afectos, llorará por cualquier héroe de drama, por el hombre asesinado por Macario; pero su corazón está osificado para los verdaderos muertos. Estos son números para él; su empleo es organizar la muerte. Luego al fin se encuentra, tres veces al siglo, una situación en que su papel llega á ser sublime, y entonces, es sublime á toda hora... en tiempo de peste!

Cuando Jacquet se presentó á él, este monarca absoluto estaba muy encolerizado.

—He dicho, gritó, que se regasen las flores desde la calle Massena hasta la plaza de Regnault de San-Juan-de-Angely! Os habeis burlado!... Si á los parientes les da gana de venir hoy que hace buen tiempo, pegarán conmigo; gritaran como diablos; diran horrores de nosotros, y nos calumniarán....

—Caballero, le dijo Jacquet, deseáramos saber donde ha sido enterrada Mad. Julia...

—Mad. Julia que?... preguntó. De ocho dias á esta parte, hemos tenido tres Mad. Julia...

—Ah! dijo él interrumpiéndose y mirando á la puerta, ahí está el entierro del coronel Maulinour, id por el permiso...

—Hermoso entierro, á fé mia! repuso. Ha seguido de cerca á su abuela. Hay familias que corren como por apuesta. Tienen tan mala sangre, estos parisienses!

—Caballero, le dijo Jacquet dándole en el brazo, la persona de que os hablo es Mad. Julia Desmarets, muger de un agente de bolsa.

—Ah! lo sé, respondió mirando á Jacquet. No era un entierro en que venian trece coches enlutados, y un solo pariente en cada uno de los doce primeros? Era esto tan gracioso que nos llamó la atención.

—Caballero, cuidado, Mr. Julio está conmigo; puede oírlo y lo que decis no es conveniente.

—Perdonad, caballero, tenéis razón. Dispensadme, os tenía por herederos.

—Caballero, repuso consultando un plano del cementerio, Mad. Julia está en la calle del mariscal Lefebvre, calle de árboles número 4, entre la señorita Raucourt, actriz de la Comedia-francesa, y Mr. Moreau-Malvin, carnicero rico, para el cual hay un sepulcro de mármol blanco que será verdaderamente uno de los mas hermosos de nuestro cementerio.

—Caballero, dijo Jacquet interrumpiendo al conserje, no hemos adelantado....

—Es verdad, respondió mirando en toruo suyo.

—Juan! gritó á un hombre que divisó, conducid á estos señores á la sepultura de Mad. Julia, muger de un agente de bolsa. Sabeis! junto á la señorita Raucourt, la tumba donde hay un busto.

Y los dos amigos se marcharon conducidos por un guarda; pero no llegaron al camino pendiente que conducía á la calle superior del cementerio sin haber sufrido mas de veinte proposiciones que los marmolistas, los herreros, los escultores iban á hacerles con una gracia meliflua.

—Si el caballero quiere hacer construir alguna cosa, podemos arreglarlo á un buen precio.....

Jacquet fué bastante afortunado en evitar á su amigo estas palabras espantosas para los corazones lastimados, y llegaron al lugar del reposo.

Viendo la tierra movida recientemente, á donde los albañiles habian metido estacas, á fin de marcar el lugar de los pedestales de piedra necesarios al herrero para poner su reja, Julio se apoyó en el hombro de Jacquet, levantándose de cuando en cuando, para echar largas miradas sobre el trozo de greda donde le era preciso dejar los restos del ser para quien vivía aun.

—Que mal está ahí!.... dijo.

—No está ahí, le respondió Jacquet, esta en tu memoria. Vamos, ven, deja este odioso cementerio, en el que los muertos estan todos adornados como las mugeres en un baile.

—Si le quitasemos de ahí!.....

—Es posible?

—Todo es posible! exclamó Julio.

—Vendré pues ahí, dijo despues de una pausa..... Hay sitio.

Jacquet logró sacarlo de aquel recinto dividido como un tablero de damas por rejas de bronce, por elegantes compartimientos donde estabau encerrados los sepulcros, todos enriquecidos con

palmas, inscripciones, lágrimas tan frías como las piedras de que se habían servido las personas desconsoladas para hacer esculpir sus sentimientos y sus armas. Hay allí chistes grabados en negro, epigramas contra los curiosos, agudezas, despedidas tiernas, citas dadas donde no se halla mas que una persona, biografías exageradas, oropel, trapos, lentejuelas. Aquí, tirso; allí, fierros de lanza; mas lejos, urnas egipcias; acá y acullá, algunos cañones; por todas partes, los emblemas de mil profesiones; en fin, todos los estilos: del morisco, del griego, del gótico, frisos, equinos, urnas, genios, templos, muchas siemprevivas marchitas y rosales secos. Es una infame comedia! es aun todo Paris con sus calles, sus muestras, sus industrias, sus palacios; pero visto con el vidrio diminutivo del anteojo, un Paris microscópico, reducido á las pequeñas dimensiones de las sombras, de las larvas, de los muertos, un genero humano que no tiene nada mas de grande que su vanidad.

Luego Julio divisó a sus pies, en la larga llanura del Sena, entre los ribazos de Vaugirard, de Meudon, entre los de Belleville y de Montmartre, el verdadero Paris, envuelto en un velo azulado producido por el humo, y que la luz del sol hacia entonces diáfano. Abrazó con una mirada furtiva las cuarenta mil casas, y dijo, mostrando el espacio comprendido entre la columna de la plaza de Vendome y la cúpula dorada de los Inválidos:

—Me ha sido arrebatada, por la funesta curiosidad de ese mundo, que se agita y se estrecha, para estrecharse y agitarse!...

A cuatro leguas de allí, en las orillas del Sena, en un modesto pueblo situado en la pendiente de una de las pequeñas colinas que dependen del largo reducto montuoso en medio del cual se mueve el gran Paris, como un niño en su cuna, pasaba una escena de muerte y de luto, pero desprovista de todas las pompas parisienses, sin acompañamiento de hachas, ni de cirios, ni de coches enlutados, sin oraciones católicas, la muerte sencilla enteramente. Este es el hecho.

El cuerpo de una joven había venido por la mañana a encastrar, en el fango y los juncos del Sena. Unos que iban a sacar arena para una obra, la vieron al subir a su fragil barquilla.

—Miral cincuenta francos ganados! dijo uno de ellos.

—Es verdad, dijo el otro.

—Y se llegaron junto a la muerta.

—Es una bella muchacha.

—Para tomar los cincuenta francos, es menester llevarla a Paris a la prefectura de policia.

—No, basta con dar nuestra declaracion en el corregimiento.

Y pusieron a la pobre joven sobre dos remos, la cubrieron con sus vestidos, y la llevaron a casa del alcalde del pueblo

que se halló bastante embarazado para formar la sumaria que necesitaba semejante hallazgo.

El rumor de este acontecimiento se extendió con la prontitud telegráfica peculiar á los países donde las comunicaciones sociales no tienen interrupcion ninguna, y donde la maledicencia, la charlatanería, las calumnias, la historieta social con que se alimenta el mundo, no deja lagunas de una orilla á otra. Algunas personas que fueron al corregimiento sacaron de apuro al alcalde. Convirtieron la sumaria en un simple acto de fallecimiento. Con su asistencia, el cuerpo de la joven fué reconocido ser el de la señorita Ida Gruget, costurera de corsés; que vivia calle de la Cordeleria del Temple, número 14. La policia judicial intervino; la viuda Gruget, madre, vino, con la última carta de su hija. En medio de los lloros de la madre, un médico justificó la asfixia por la invasion de la sangre negra en el sistema pulmonar, y todo quedó concluido.

Hechas las informaciones, dadas las noticias, la autoridad permitió por la noche, á las seis, la inhumacion de la costurera. El cura del pueblo se negó á recibirla en la iglesia y á que se digieran oraciones por ella. Entonces Ida Gruget fué envuelta en una saba por una aldeana vieja y metida en una caja ordinaria, hecha de tablas de abeto; llevada al cementerio por cuatro hombres, y seguida de algunas curiosas lugareñas, que se contaban aquella muerte comentándola con una sorpresa mezclada de conmiseracion. La viuda Gruget fué caritativamente detenida por una señora anciana, que no la dejó ir en el triste entierro de su hija.

Un hombre que ejercia tres funciones; las de campanero, pertiguero, enterrador de la parroquia, habia hecho una sepultura en el cementerio del pueblo, cementerio de media aranzada de terreno; situado detras de la iglesia, una iglesia muy conocida, iglesia clásica, adornada con una torre cuadrada con una aguja cubierta con pizarra; sostenida exteriormente por machones angulosos. Detras del círculo descrito por el coro estaba el cementerio, cercado de tapias ruinosas; campo lleno de montesillos; ni mármoles; ni visitantes; pero ciertamente sobre cada surco los llantos y las penas que faltaron á Ida Gruget.

Fué esta echada en un rincón entre los pinos y matorrales. Cuando la caja fué bajada á este campo tan poético por su simplicidad, el enterrador se vió pronto solo, al anochecer. Llenando la sepultura, se paraba por intervalos, para mirar al camino, por encima de la tapia; examinaba el Sena.

—Pobre niña! gritó un hombre que llegó allí repentinamente.

—Me habeis causado miedo, caballero..... dijo el enterrador.

—Tuvo servicio la que habeis enterrado?

—No, señor. El cura no quiso. Esta es la primera persona que se ha enterrado aquí sin ser de la parroquia. Aquí, todo el mundo se conoce.... donde está el caballero.... Toma, se ha ido!

Habian pasado algunos dias, cuando un hombre vestido de negro se presentó en casa de Mr. Julio; y sin quererle hablar, puso en la habitacion de su muger una grande urna de porfido, sobre la cual leyó estas palabras:

INVITA LRGE,

CONJUGI MOERENTI

FILIOLE CINERES

RESTITUIT,

AMICIS XII JUVANTIBUS,

MORIBUNDUS PATER.

—Que hombre! dijo Julio deshecho en lágrimas.

Ocho dias bastaron al agente de bolsa para obedecer á todos los deseos de su muger, y para arreglar sus negocios. Salió de Paris en el momento en que la administracion discutia aun si era lícito á un ciudadano disponer del cuerpo de su muger.

Quien no ha encontrado en los baluartes de Paris, á la vuelta de una calle ó debajo de los arcos del Palacio Real, en fin, en cualquier lugar del mundo que el acaso quiera presentarle, un ser, hombre ó muger, á cuya vista nazcan mil pensamientos confusos, en la mente? A su aspecto, nos interesamos subitamente ó por las facciones cuya colocacion rara anuncian una vida agitada, ó por el conjunto curioso que presentan los ademanes, el aire, el modo de andar y el vestido, ó por alguna mirada profunda, ó por otro *no se que* que agrada fuertemente y de pronto, sin que nos expliquemos muy precisamente la causa de nuestra conmocion. Luego, al dia siguiente, otros pensamientos, otras imágenes parisienses se llevan este sueño pasagero.

—Pero, si volvemos á encontrar otra vez á la misma persona, ya pasando á hora fija, como un empleado de correjimiento que pertenece al matrimonio por espacio de ocho horas; ya

errante en los paseos, como personas que parece que son un ajuar adquirido en las calles de Paris, y que se le vuelve á encontrar en los lugares públicos, en las primeras representaciones ó en las fondas cuyo mas bello ornato son; entonces, esta criatura se enfeuda en nuestra memoria, y queda en ella como un primer tomo de novela cuyo fin no conocemos. Nos dan intenciones de preguntar á este desconocido, decirle:

—Quien sois? Por qué andais así? Con que derecho teneis una camisa plegada, un baston con puño de marfil, un chaleco á la moda? Por qué esas gafas azules de vidrios dobles? ó por qué conservais la corbata de los *currutacos*?.....

De estas creaciones errantes, unas pertenecen á la especie de los dioses Términos; nada dicen al alma; *están allí*, nada mas; por qué? nadie lo sabe; son figuras semejantes á las que sirven de tipo á los escultores para las cuatro Estaciones, para el Comercio y para la Abundancia. Otros, abogados sin bufetes, negociantes viejos, antiguos generales, se van, marchan y parece que estan parados siempre. Semejantes á los árboles que se hallan medio desarraigados en la orilla de un rio, parece no hacer nunca parte del torrente de Paris, ni de su muchedumbre joven y activa. Es imposible saber si se ha olvidado enterrarlos ó si se han escapado del ataud; han llegado á un estado casi fosil.

Uno de estos *Melmoths* parisienses habia venido á mezclarse, despues de algunos dias, entre la poblacion sabia y recogida que, cuando el cielo está hermoso, adorna infaliblemente el espacio que hay entre la reja sur de Luxemburgo y la reja norte del Observatorio, espacio sin género, espacio nentro en Paris. En efecto, allí, no es ya Paris; y allí, es Paris todavia. Este lugar tiene á un mismo tiempo algo de la plaza, de la calle, del baluarte, de la fortificacion, del jardin, de la calle de árboles, del camino, de la provincia, de la capital; ciertamente hay de todo esto, pero no es absolutamente nada de todo esto; es un desierto. En torno de este lugar sin nombre se elevan el hospicio de Niños-abandonados, la Bourbe, el hospital Cochin, los Capuchinos, el hospicio de la Rochefoucauld, los Sordos-mudos, el hospital de Val-de-de-Grace; en fin todos los vicios y todas las infelicidades de Paris tienen allí su asilo; y, para que nada faltase á este recinto filantrópico, la Ciencia estudia en él las Mareas y las Longitudes, Mr. de Chateaubriand ha puesto allí la enfermeria Maria Teresa, y los Carmelitas han fundado un convento.

Las grandes situaciones de la vida estan representadas por las campanas que suenan sin cesar en este desierto, por la madre que de á luz, y por el niño que nace, y por el vicio que sucumbe, y por el trabajador que muere, y por la virgen que ora, y por el viejo que tiene frio, y por el talento que se enga-

ña. Luego, á dos pasos, está el cementerio del Monte- Parnassia. Luego, á dos pasos, está el cementerio del Monte- Parnassia. Luego, á dos pasos, está el cementerio del arrabal so, que trae, cada instante, los mezquinos entierros del arrabal de San Martín.

Esta esplanada, desde donde se domina á París, ha sido conquistada por los jugadores de bochas, figuras viejas, llenas de bondad, buena gente continuacion de nuestros antepasados, y cuyas fisonomías pueden compararse con las de su público, en la galería movable que los sigue.

El hombre avecindado desde algunos años en este barrio desierto asistía asiduamente á las partidas de bochas, y podía ciertamente pasar por la criatura mas aguda de estos grupos que, si fuese permitido asimilar los parisienses á las diferentes clases de la zoología, pertenecería al género de los moluscos. Este recién venido marchaba simpáticamente con *el chico*, bola pequeña que sirve de punto, y constituye el interes de la partida; se apoyaba contra un árbol cuando el chico se paraba; luego, con la misma atencion que un perro presta á los perros de su amo, miraba las bochas volar por el aire ó rodar por tierra. Se le hubiera tenido por el genio fantástico del chico. No decia nada á los jugadores de bochas, los hombres mas fanáticos que se encuentran entre los sectarios de cualquiera religion, nunca le hubieran pedido cuenta de este silencio obstinado; tan solo, algunos despreocupados le creían sordo y mudo. En las ocasiones en que era preciso determinar las diferentes distancias que habia entre las bobas y el chico, el baston del desconocido venia á ser la medida infalible. Entonces los jóvenes iban á tomarlo de las manos yertas del anciano, sin decirle una palabra, sin hacerle ena seña de amistad. El prestar su baston era como una servidumbre en que habia consentido negativamente. Cuando caía algun chaparrón se quedaba junto al chico, esclavo de las bolas, custodiando la partida comenzada. La lluvia no le sorprendia mas que en el buen tiempo, y era, como los jugadores, una especie intermedia entre el parisiense que tiene menos inteligencia, y el animal que tiene mas.

Fuera de esto, pálido y ajado, sin cuidado de sí mismo, solia estar con la cabeza descubierta, mostrando sus blancos cabellos y su cráneo cuadrado, amarillo, despoblado, semejante á la rodilla que sale por el pantalon de un pobre. Tenia la boca abierta, sin ideas en la vista, sin apoyo preciso en el andar; no se reía nunca, no alzaba jamas los ojos al cielo, los tenia habitualmente elavados en la tierra, y parecia siempre que buscaba en ella alguna cosa. A las cuatro, una muger anciana iba por él para llevarlo no se sabia donde, tirando de él por el brazo, como las muchachas lo hacen con una cabra caprichosa, que quiere pacer todavia cuando es preciso volver al establo. Este viejo era cosa horrible de ver.

Despues de las doce, Mr. Julio, solo en un carruaje de camino, diestramente conducido por la calle del Este, desembocó en la esplanada del Observatorio, en el momento en que el viejo, apoyado en un árbol, se dejaba tomar su baston en medio de las vociferaciones de algunos jugadores pacíficamente irritados: Julio, creyendo reconocer aquella cara, quiso pararse, y su carruaje se paró precisamente. en efecto el postillon, metido entre carretas no pidió paso á los jugadores de bochas: tenia el postillon mucho respeto á los motines!

—El es! dijo Julio descubriendo en fin en aquellos restos humanos á Ferragus XXIII, gefe de los Devorantes.

—Como la amaba!.... añadió despues de una pausa,

—Marchad pues, postillon! gritó Mr. Julio.



EPISODIO SEGUNDO.

NO TOQUEIS AL HACHA.



PARTE PRIMERA.

LA HERMANA TERESA.

Es una cosa maravillosa ver cuan cordial y vehemente es este amor; cuantas lágrimas hace derramar; cuantas oraciones cuesta; cuanto se procura encomendar á Dios la persona amada; que deseo de verla feliz oprime al corazón; cuantos disgustos y penas se experimentan, si habiéndola visto adelantada, se le advierte despues que ha vuelto atrás. Siempre se teme que aquella alma, que tanto se quiere, tome un mal camino, y que, llegando á perderse, se separe para siempre. Es, como he dicho, un amor sin poco ni mucho de interes propio; todo lo que se quiere, es ver aquel alma rica con los dones del cielo.

(S. T., *Camino de la perfeccion*, cap. VII.)

Existe, en una ciudad de España, situada en una isla del Mediterráneo, un convento de Carmelitas descalzas, fundado por Santa Teresa, donde la regla de la Orden se ha conservado en el rigor primitivo de la reforma debida á esta ilustre señora. El hecho es verdadero, por extraordinario que pueda parecer.

Aunque las casas religiosas de la Península y las del con-

tinente han sido casi todas destruidas por los efectos de la revolución francesa y de las guerras napoleónicas, esta isla ha sido constantemente protegida por la marina inglesa, su rico convento y sus pacíficos habitantes estuvieron al abrigo de las disensiones y de los despojos generales.

Las tempestades de todo género que agitaron los quince primeros años del siglo diez y nueve se estrellaron pues ante esta roca, poco distante de las costas de Andalucía. Si el nombre del Emperador fué á zumbir hasta aquella playa, es dudoso que su fantástico séquito de gloria y las relumbrantes magestades de su vida meteorica fuesen comprendidas por las santas mugeres retiradas en aquel claustro.

Una austeridad conventual que nada se había alterado recomendaba este asilo en todas las memorias del orbe católico. Además, la pureza de su regla atraía á él, de los puntos mas lejanos de Europa, miseras mugeres cuya alma, despojada de todos los vinculos humanos, suspiraba por este retiro.

Ningun convento era por otra parte mas favorable al completo desapego de las cosas de aquí abajo, que exige la vida religiosa. Sin embargo se ven en el continente un gran número de estas casas edificadas magníficamente á medida de su destino; algunas estan sepultadas en el fondo de los valles mas solitarios; otras suspendidas en las montañas mas escarpadas, colocadas en el borde de los precipicios. En todas partes el hombre ha buscado las poesías de lo infinito, el solemne horror del silencio; en todas partes ha querido ponerse mas cerca de Dios, lo seguía sobre las cimas, en el fondo de los abismos, en el borde de los tajos. Pero en ninguna otra parte sino sobre esta roca medio europea, medio africana, podian encontrarse tantas armonías diferentes, que concudiesen todas tan bien á elevar el alma, á igualar sus impresiones mas dolorosas, á entibiar las mas vivas, y á hacer á las penas de la vida un lecho mas profundo.

Este monasterio fué construido en la estremidad de la isla, en el punto culminante de la roca, que, por un efecto de la grande revolución del globo se partió perfectamente por el lado del mar, donde, sobre todos los puntos, presenta las vivas señales de sus capas ligeramente carcomidas á la altura del agua-pero insuperables.

Esta roca está protegida de todo ataque por los peligrosos escollos que se prolongan á lo lejos, y en los cuales baten las olas brillantes del Mediterraneo. Es menester estar en la mar para divisar los cuatro cuerpos del edificio cuadrado, cuya forma, alto, y aberturas han sido minuciosamente prescritas por las leyes monásticas.

Por el lado de la ciudad, la iglesia tapa las sólidas cons-

trucciones del claustro, cuyos techos están cubiertos de anchas baldosas que las hace invulnerables á las ráfagas de viento, á los temporales y á la acción del sol.

La iglesia, debida á las deliberalidades de una familia española, corona la ciudad. Su fachada atrevida, elegante, da una grande y bella fisonomía á aquella pequeña ciudad marítima. No es un espectáculo con todas las sublimidades terrestres el aspecto de una ciudad cuyos techos muy juntos, casi todos dispuestos en anfiteatro, delante de un gracioso puerto, estan superados con una magnífica arcada de estilo gótico, con cúpulas, con torrecitas, con capiteles? la religion dominando la vida, ofreciendole sin cesar á los hombres el fin y los medios, imagen enteramente española por otra parte!

Colocad este paisaje en medio del Mediterraneo, bajo un cielo abrasador. Agregadle algunas palmeras, muchos arboles achaparrados, pero de mucha vida, que mezclan sus verdes ramos agitados con los adornos de la arquitectura inmóvil. Ved las franjas de la mar blanqueando los arrecifes, y oponiendose al zafiro azul de las aguas; admirad las galerias, las azoteas edificadas encima de las casas, y donde los habitantes van á respirar el aire de la noche entre las flores, entre la cumbre de los árboles de sus jardines. Luego, en el puerto, algunas velas. En fin, con la serenidad de una noche que comienza, escuchad la música de los órganos, el canto de los oficios, y los sonidos admirables de las campanas en alta mar. En todas partes, ruido y calma; pero mas á menudo la calma en todas partes.

Interiormente, la iglesia se divide en tres naves sombrías y misteriosas. La furia de los vientos habiendo sin duda impedido al arquitecto construir lateralmente estribos que adornan casi todas las catedrales, y entre los cuales se colocan las capillas, las paredes cuyas dos naves pequeñas estaban flanqueadas y que sostenían esta nave, no daban en ella ninguna luz. Las fuertes paredes presentaban exteriormente el aspecto de sus moles parduscas, apoyadas de distancia en distancia sobre enormes machoues. La nave mayor y sus dos pequeñas galerias laterales eran pues únicamente iluminadas por la ventana de vidrios de colores, colocados con un arte milagroso encima de la portada, cuya situación favorable había permitido el lujo de las labores de piedra y de las bellezas particulares al orden impropriamente llamado gótico.

La mayor parte de estar tres naves era libre á los habitantes de la ciudad, que iban allí á oír misa y á los oficios. Delante del coro, había una reja, con una cortina oscura muy plegada, entreabierta un poco por el medio, de manera que no dejase ver sino al celebrante y al altar. La reja estaba separada, á distancias iguales, por columnas que sostenían una tribuna interior y el órgano.

Esta construcción, en armonía con los ornatos de la iglesia, figuraba esteriormente, en madera tallada, las columnitas de la galería sostenidas por las de la nave mayor; de suerte que hubiera sido imposible á un curioso bastante atrevido para subir á la balaustrada de estas galerías, ver en el coro otra cosa que las largas ventanas octágonas que se elevaban con marcos iguales, todos de colores, en torno del altar mayor.

Cuando la expedición francesa á España en 1823, y después de la entrada en Cádiz, un general francés, ido á aquella isla para hacer reconocer en ella el gobierno del rey, prolongó su permanencia allí, con el fin de ver el convento, y halló medios de introducirse allí.

La empresa era ciertamente delicada. Pero un hombre de pasión, un hombre cuya vida no había sido, por decirlo así, sino una continuación de poesías en acción, y que había siempre hecho novelas en lugar de escribirlas, un hombre de ejecución principalmente, debía ser tentado por una cosa imposible en apariencia. Abrirse legalmente las puertas de un convento de monjas? apenas el Papa ó el arzobispo metropolitano lo hubiesen permitido. Emplear el ardid ó la fuerza? en caso de indiscreción, no era esto perder su destino, toda su carrera militar, y no lograr el fin? El duque de Angulema estaba todavía en España, y de todas las faltas que podía impunemente cometer un hombre amado por el generalísimo, esta sola lo hubiera hallado cruel.

Este general había solicitado su comisión á fin de satisfacer una secreta curiosidad, aunque nunca una curiosidad hubiese sido tan desesperada. La casa de los Carmelitas era el solo convento de España que se había librado de sus indagaciones.

Mientras la travesía que no duró una hora, se elevó en su alma un presentimiento favorable á sus esperanzas. Luego, aunque no vió del convento mas que las paredes, ni mas que el hábito de las religiosas, ni oído mas que los cantos del rezo, encontró dentro de aquellas paredes y en aquellos cantos, ligeros indicios que justificaron su débil esperanza.

En fin, por mínimas que fuesen las sospechas tan estravagantemente despertadas, nunca pasión humana se interesó mas vivamente que lo estaba la curiosidad del general. Pero no hay acontecimientos pequeños para el corazón; lo aumenta todo, pone en las mismas balanzas la caída de un imperio de catorce años y la caída del guante de una muger; y casi siempre el guante pesa allí mas que el imperio. Así he aquí los hechos en toda su simplicidad positiva. Después de los hechos vendrán las agitaciones.

Una hora después de haber el general abordado á aquella isla, se restableció en ella la autoridad del rey. Algunos españoles constitucionales, que se habían de noche refugiado allí después de la ocupación de Cádiz, se embarcaron en un buque que el general les permitió fletar para irse á Londres. No hubo pues allí ni resistencia, ni reacción.

Esta pequeña restauración no debía pasar sin una misa, á la cual debieron asistir las dos compañías mandadas para la expedición. Luego, no conociendo el rigor de la clausura de las Carmelitas descalzas, el general había esperado poder obtener en la iglesia algunas noticias acerca de las religiosas encerradas en el convento, una de las cuales quizá le era mas cara que la vida y mas preciosa que el honor. Sus esperanzas fueron desde luego engañadas.

La misa fué, á la verdad, celebrada con pompa. En favor de la solemnidad, las cortinas que ocultaban habitualmente el coro fueron descorridas, dejando ver las riquezas, los preciosos cuadros y las urnas adornadas de pedrería, cuyo brillo eclipsaba el de los *ex-voto* de oro y de plata colgados por los marineros de aquel puerto en la nave mayor. Las religiosas se habían todas refugiado á la tribuna del órgano.

No obstante, á pesar de este primer descalabro, durante la misa de acción de gracias, se descubrió el drama mas secretamente interesante, que nunca ha hecho latir un corazón humano. La monja que tocaba el órgano escitó un entusiasmo tan vivo que ninguno de los militares sintió haber ido á la función. Los soldados mismos hallaron placer en ello, y todos los oficiales estuvieron enagenados. En cuanto al general, estuvo tranquilo y frío en apariencia. Las sensaciones que le causaron las diferentes piezas ejecutadas por la religiosa eran del pequeño número de cosas cuya expresión está prohibida á la palabra, y la hace impotente, pero que, semejantes á la muerte, á Dios, á la Eternidad, no pueden apreciarse sino en el ligero punto de contacto que tienen con los hombres.

Por un acaso singular, la música del órgano parecía pertenecer á la escuela de Rossini, compositor que ha transportado mas pasión humana en el arte de la música, y cuyas obras inspirarán algún día por su número y su extensión un respeto homérico. Entre las partituras debidas á este bello talento, la religiosa parecía haber estudiado mas particularmente la de *Mosé*; sin duda porque el afecto de la música sagrada se halla expresado allí en el mas alto grado. Quizá estos dos talentos, el uno tan gloriosamente europeo, el otro desconocido, se hubiesen encontrado en la intuición de una misma poesía. Esta era la opinión de dos oficiales, ver-

daderos *dilettanti*, que estaban menos sin duda, en España, el teatro Favart.

En fin en el *Te-deum*, fué imposible no reconocer un alma enteramente francesa en el carácter que tomó de repente la música. El triunfo del rey cristianísimo escitaba evidentemente la alegría mas viva en el fondo del corazón de aquella religiosa. Pronto brilló el afecto de la patria, brotando como un surtidor de luz en una réplica del órgano en que la religiosa introdujo temas que respiraban toda la delicadeza del gusto parisiense, y con las cuales se mezclaron vagamente los pensamientos de nuestras mas bellas canciones nacionales. Muchos españoles no hubieran dado, á esta gracioso homenaje rendido á las armas victoriosas, el calor que acabó de descubrir el origen de la organista.

—En todas partes está Francia! dijo un soldado.

El general habia salido durante el *Te-Deum*. Le habiéndose imposible oírlo. La sultura de la organista le declaraba una muger amada con enagenamiento, y que se habia tan profundamente sepultado en el centro de la religion y tan cuidadosamente oculto á las miradas del mundo, que se habia librado hasta entonces á las pesquisas obstinadas, mañosamente hechas por hombres que disponian de un gran poder, de una inteligencia superior.

La sospecha despertada en el corazón del general fué casi justificada por el vago recuerdo de una canción deliciosa de melancolía, la canción de *Rio Tajo*, romance frances, cuyo preludio habia muchas veces oído tocar en un retrete de Paris, á la persona que amaba, y del cual la religiosa acababa entonces de servirse para expresar, en medio de la alegría de los triunfadores, las penas de un desterrado. Terrible sensación! Esperar la resurrección de un amor perdido, volverlo á hallar tambien perdido, vislumbrarlo misteriosamente, despues de cinco años durante los cuales la pasión se habia irritado en el vacío, y aumentado por la multitud de las tentativas hechas para satisfacerla.

Quien, en su vida, no ha revuelto, á lo menos una vez, su lata, sus papeles, escudriñando impientemente su memoria buscando un objeto precioso, y sentido el inefable placer de hallarlo, despues de haber empleado uno ó dos dias en indagaciones vanas; despues de haber esperado, perdido la esperanza de encontrarlo; despues de haber gastado las irritaciones mas vivas del alma por este nada importante que causaba casi una pasión? Pues bien, extended esta especie de rabia á cinco años; poned una muger, un corazón, un amor, en el lugar de esta nada; transportad la pasión á las mas altas regiones del sentimiento; luego, suponed un hombre ardiente, un hombre de co-

razón y de cara de león, uno de aquellos hombres de melancolía que imponen y comunican á los que los miran un respetuoso terror! Entonces, quizá comprenderéis la repentina salida del general durante el *Te-Deum*, en el momento, en que el preludio de un romance escuchado por él en otro tiempo con delicias, bajo techos dorados, vibró en la nave de esta iglesia marina.

Bajó la calle montuosa que conducía á la iglesia, y no se paró hasta que los sonidos graves del órgano no llegaban á su oído.

Incapaz de pensar en otra cosa que en su amor, cuya erupción volcánica le abrasaba el corazón, el general frances no notó el fin del *Te-Deum* hasta el momento en que bajaban los españoles que habian asistido á él. Entonces conoció que su conducta ó su actitud podian parecer ridículas, y volvió á ocupar su lugar á la cabeza del acompañamiento diciendo al alcalde y al gobernador de la ciudad que una indisposición repentina le habia obligado á salir á tomar el aire.

Despues, á fin de quedar en la isla, pensó de pronto sacar partido de este pretexto dado indiferentemente en un principio. Pretestando haberse agravado su incomodidad, rehusó presidir la comida ofrecida por las autoridades de la isla á los oficiales franceses, se metió en cama, é hizo escribir al mayor-general para anunciarle la pasajera enfermedad que le obligaba á entregar á su ayudante de campo el mando de las tropas que le habian acompañado. Este ardid tan vulgar, pero tan natural, lo libraba de todo cuidado, durante el tiempo necesario para la ejecución de sus proyectos.

Como hombre esencialmente católico y monárquico, se informó de la hora de los oficios, y afectó la mayor adhesión á las prácticas religiosas, piedad que, en España, no debia sorprender á nadie.

El mismo dia despues, durante la partida de sus soldados, el general fué al convento para asistir á las vísperas. Halló la iglesia desierta de habitantes, que, no obstante su devoción, habian ido á ver embarcar la tropa.

El frances, feliz por hallarse solo en la iglesia, tuvo cuidado de hacer resonar las bóvedas sonoras con el ruido de sus espuelas, anduvo con estrépito, tosió, habló alto consigo mismo para hacer saber á las religiosas, y principalmente á la música, que, si los franceses partían, quedaba uno.

Este aviso singular fué entendido, comprendido?.. el general lo creyó.

A la *Magnifica*, pareció que el órgano le dió una respuesta que le fué llevada por las vibraciones de la canción. El alma de la religiosa voló hácia él en las alas de aquellas notas, y se agitó

en el movimiento de los sonidos. Entonces la música brilló con todo su poder, enardeció la iglesia. Este cántico de alegría consagrado por la sublime liturgia de la cristiandad romana para expresar la exaltación del alma en presencia de los esplendores de un amor perecedero que duraba todavía, y venía á agitarlo más de Dios inmortal, vino á ser la expresión de un corazón casi espantado de su felicidad, en presencia de los de allá de la tumba religiosa donde se sepultan las mugeres para renacer esposas de Cristo.

El órgano es ciertamente el más grande, el más osado, el más magnífico de los instrumentos creados por el talento humano. Es una orquesta completa, á la cual una mano hábil puede pedir todo, puede expresar todo. No es, de alguna manera, un pedestal sobre el cual se coloca el alma para lanzarse á los espacios, cuando, en su vuelo, procura trazar mil cuadros, pintar la vida, correr lo infinito que separa el cielo de la tierra.

Mientras más escucha un poeta sus gigantescas armonías, y mejor concibe que entre los hombres arrodillados y el Dios oculto por los deslumbrantes rayos del Santuario, las cien voces de este coro terrestre pueden solas llenar las distancias y son el solo intérprete bastante fuerte para transmitir al cielo las oraciones humanas en la omnipotencia de sus modos, en la diversidad de sus melodías, con los tintes de sus éxtasis contemplativos, con los tiros impetuosos de su arrepentimientos, y las mil fantasías de todas las creencias. Sí, bajo estas prolongadas bóvedas, las melodías producidas por el genio de las cosas santas hallan grandezas inauditas con que se adornan y se fortifican. Allí, la luz debilitada, el profundo silencio, los cantos que alternan con el sonido del órgano, hacen á Dios como un velo al través del cual resplandecen sus luminosos atributos.

Todas estas riquezas sagradas parecía que eran echadas como un grano de incienso sobre el débil altar del amor a la faz del trono eterno de un Dios celoso y vengador!

En efecto, la alegría de la religiosa no tuvo el carácter de grandeza y de gravedad que debe estar en armonía con las solemnidades de la *Magnífica*, le dió ricos, graciosos desarrollos, cuyas diferentes cadencias manifestaban una alegría humana. Sus temas tuvieron lo brillante de los trinos de una cantatriz que procura expresar el amor, y sus cantos saltaron como el pájaro junto á su compañera. Luego, por momentos, se dirigía brincando en lo pasado para jugar en él, para llorar en él sucesivamente. Su modo variable tenía algo de desordenado como la agitación de la mujer feliz con la vuelta de su amante. Luego, después de las fugas del delirio, y los efectos maravillosos del reconocimiento enteramente fantástico, el alma que hablaba así volvió á sí misma. La organista, pasando de mayor

á menor, supo instruir á su auditorio de su situación presente. De repente, le contó sus largas melancolías, y le pintó su lenta enfermedad moral.

Cada día había borrado un sentido, cada noche cercenado algún pensamiento, reducido gradualmente su corazón á cenizas. Entonces, fueron blandas ondulaciones, y, de grado en grado, su música tomó un color de profunda tristeza, los ecos vertían penas á torrentes.... En fin, de pronto, las notas superiores hicieron disonar un concierto de voces angelicales, como para anunciar al amante perdido, pero no olvidado, que la reunión de dos almas no se efectuaría ya sino en los cielos: sensible esperanza! Llegó el *Amen*: allí, más alegría, ni lágrimas en los temas, ni melancolías, ni penas; el *Amen* fue una conversión á Dios. Esta última armonía fué grave, solemne, terrible. La organista desplegó todo lo religioso, y después de los últimos ruidos sordos de los bajos que hicieron estremecer á los oyentes hasta los cabellos, pareció haberse vuelto á meter en la tumba de donde había salido por un momento. Cuando cesaron sus vibraciones oscilatorias, se hubiera dicho que la iglesia, hasta entonces tan luminosa, volvía á entrar en una profunda oscuridad.

El general había sido llevado rápidamente por la carrera de este vigoroso talento, y lo había seguido en las regiones que acababa de recorrer. Comprendía, en toda su extensión, las imágenes en que abundaba aquella ardiente sinfonía, y para él sus armonías iban muy lejos. Para él, como para la hermana, este poema era el porvenir, lo presente y lo pasado.

La música, hasta la de teatro, no es para las almas afectuosas y poéticas, para los corazones que padecen y están llagados, un texto que desarrollan á medida de sus recuerdos? Si es necesario un corazón de poeta para formar un músico, no se necesita poesía y amor para escuchar y comprender las grandes obras musicales? La religión, el amor, y la música no son la triple expresión de un mismo hecho, la necesidad de expansión con que es trabajada toda alma? Estas tres poesías van todas á Dios, que desanuda todas las agitaciones terrestres. También esta santa trinidad humana participa de las grandezas infinitas de Dios, que nunca lo consideramos sin rodearle con los fuegos del amor, de los sistrós de oro de la música, de luz y de armonía. No es él el fin de nuestras obras?

El francés penetró que, en aquel desierto, sobre aquella roca cercada por la mar, la religiosa se había amparado de la música para lanzar en ella el exceso de pasión que la devoraba. Era un homenaje de su amor hecho á Dios, era el triunfo del amor? cuestiones difíciles de decidir. Pero, ciertamente, el general no pudo dudar que se hallase en aquel corazón, muerto para el mundo, una pasión tan ardiente como la suya.

Concluidas las vísperas, volvió á casa del alcalde, donde estaba alojado. Presa de los mil gozos que prodiga una satisfacción por largo tiempo esperada, buscada penosamente, no vió nada ulterior. Era amado siempre. La soledad había aumentado el amor en aquel corazón, tanto como el amor había crecido en el suyo por los obstáculos sucesivamente vencidos y puestos por esta mujer entre ella y él. Esta dilatación del alma tuvo su duración natural. Euego siguió el deseo de volver á ver á mujer, de disputársela á Dios, de robársela, proyecto temerario que plugo á este hombre audaz.

Después de comer se acostó para evitar preguntas, para estar solo, para poder pensar sin ser perturbado, y quedó sumido en las más profundas meditaciones, hasta la mañana siguiente. No se levantó sino para ir a misa. Fué á la iglesia, se puso cerca de la reja; su cara tocaba la cortina, hubiera querido desgarrarla, pero no estaba solo; su patron lo había acompañado por cortesía, y la menor imprudencia podría comprometer el porvenir de su pasión, arruinar sus nuevas esperanzas.

Empezó á sonar el órgano, pero no era tocado por las mismas manos. No era la organista de los dos días precedentes la que movía sus teclas. Todo fue frío y pálido para el general. Se había su amada rendido á las mismas conmociones bajo las que casi sucumbía un vigoroso corazón de hombre? Había ella participado tanto, comprendido un amor fiel y deseado, que estuviese en aquel momento moribunda sobre el lecho en su celda?

En el momento en que mil reflexiones de este género se elevaban en el ánimo del francés, oyó resonar cerca de él la voz de la persona que adoraba, y cuyo claro sonido conoció. Esta voz ligeramente alterada por un temblor que le daba todas las gracias que presta á las jóvenes su timidez púdica, se contraponía sobre la masa del canto, como él de una prima donna sobre la armonía de un final. Hacia en el alma el efecto que produce en los ojos un libro de plata ó de oro en una franja oscura.

Era pues ella! Siempre parisiense no se había despojado de su coquetería ni aun después de haber dejado los aderezos del mundo por el velo, por la tosca estameña de las Carmelitas. Después de haber señalado su amor el día antes en medio de las alabanzas dirigidas al Señor, parece que decía á su amante.

—Sí, soy yo, estoy aquí como siempre; pero estoy resguardada del amor. Tú me entenderás, mi alma te envolverá, y quedará bajo el oscuro techo de este coro de donde a ningún poder le será dado arrancarme. No me volverás a ver.

—Ella es! dijo el general para sí alzando la cara, quitándose de ella las manos sobre las cuales la había apoyado, porque en un principio no había podido sostener la destructora agitación que se elevó como un torbellino en su corazón, cuando

aquella voz conocida vibró bajo los arcos, acompañada por el mormullo de las olas. La tempestad estaba por afuera, y la calma en el santuario.

Aquella voz tan rica continuaba desplegando todas sus gracias, llegaba como un bálsamo sobre el abrazado corazón de aquel amante, florecía en el aire, que se deseaba más respirar para tomar en él las emanaciones de un alma exalada con amor en las palabras de las oraciones.

El alcalde se reunió con su huésped, y lo halló deshecho en lágrimas cuando la Elevación que fué cantada por la religiosa. Lo llevó á su casa sorprendido de hallar tanta devoción en un militar francés; el alcalde había convidado á cenar á un religioso capellán del convento, y se lo previno al general, al cual nunca le había agradado tanto una noticia. Durante la comida, el capellán fué el objeto de las atenciones del francés, cuyo respeto interesado confirmó á los españoles en la grande opinión que habían formado de su piedad. Preguntó con gravedad el número de las religiosas, pormenores acerca de las rentas del convento y su riqueza, como hombre que al parecer quería hablar urbanamente con el buen sacerdote de las cosas de que debía estar más ocupado. Luego se informó de la vida que pasaban aquellas santas vírgenes. Podían salir? Se les veía?

—Señor, dijo el venerable eclesiástico, la regla es severa, se necesita un permiso del Padre Santo para que una mujer entre en una casa de San Bruno, aquí el mismo rigor; y es imposible á un hombre entrar en un convento de Carmelitas descalzas, á menos que sea sacerdote y al servicio del convento. Ninguna religiosa sale. Sin embargo LA GRANDE SANTA (la madre Teresa) ha salido muchas veces de su celda. El Visitador ó las Madres Superiores pueden solo permitir á una religiosa, con la autorización del arzobispo, ver á personas extrañas, principalmente en caso de enfermedad. Luego nosotros somos un superior de la orden, y tenemos por consiguiente una Madre Superiora en el convento. Tenemos, entre otras extranjeras, á la hermana Teresa, la que dirige la música de la capilla.

—Ah! respondió el general fingiendo sorpresa. Ha debido ella tener mucha satisfacción con el triunfo de las armas de la casa de Borbon.

—Le dije el objeto de la misa.... Son siempre un poco curiosas.

—Pero la hermana Teresa puede tener interés en Francia, querría quizá hacer saber allá alguna cosa, pedir noticias.

—No lo creo, se hubiera dirigido á mí para saberlo.

—Como compatriota, dijo el general, desearía mucho verla.... Si es posible... si la Superiora lo consiente, si....

—En la reja y aun en presencia de la reverenda Madre, una conversación seria imposible fuese por lo que fuese; pero en favor de un libertador del trono católico y de la santa religion, no obstante la rigidez de la Madre, la regla puede dormir un momento, dijo el capellan guiñando. Hablaré de ello.

—Que edad tiene la hermana Teresa? preguntó el amante no atreviéndose a hablar al capellan acerca de la belleza de la religiosa.

—No tiene ya edad, respondió el buen hombre con una sencillez que hizo estremecer al general.

El día siguiente por la mañana, antes de la siesta, el capellan fué a anunciar al frances que la hermana Teresa y la Madre consentian en recibirlo en la reja del locutorio, antes de visperas.

Luego, despues de la siesta, durante la cual el general devoró el tiempo yendose a pasear al puerto, con la calor del medio día, fué el capellan a buscarlo y lo condujo al convento. Lo llevó por una galeria que pasaba por el cementerio, y en la cual algunas fuentes, muchos árboles verdes y arcos multiplicados mantenian un fresco en armonía con el silencio del lugar. Llegados al extremo de esta larga galeria, el capellan hizo entrar a su compañero en una sala dividida en dos partes por una reja cubierta con una cortina oscura.

En la parte de algun modo pública, en que el capellan dejó al general, habia, en toda la pared, un banco de madera; algunas sillas igualmente de madera estaban junto a la reja.

El techo era de vigas salientes de cedro, y sin ningun ornato. La luz no entraba en aquella sala mas que por dos ventanas situadas en la parte destinada para las religiosas, de suerte que esta poca luz reflejada por madera pintada de oscuro, bastaba apenas para distinguir el gran crucifijo negro, el retrato de Santa Teresa y un cuadro de la Virgen, que decoraban las pardas paredes del locutorio.

Los sentimientos del general tomaron pues, á pesar de su violencia, un color melancólico. Alguna cosa tan grande como la tumba se apoderó de él debajo de aquellos frescos techos. No era su silencio eterno, su paz profunda, sus ideas de lo infinito? Luego, la quietud y el pensamiento fijo del claustro, pensamiento que se introduce en el aire, en el claro obscuro, en todo, y que, no estando trazada en ninguna parte, se aumenta aun por la imaginacion, la gran palabra: *la paz en el Señor*, entra allí, á viva fuerza, en el alma menos religiosa.

Los conventos de los hombres se conciben poco; el hombre parece débil en ello, ha nacido para obrar, para realizar una vida de trabajo á la que se sustrae en su celda. Empero en un

monasterio do mugeres, cuanto vigor varonil y debilidad interesontel Un hombre puede ser impelido por mil sentimientos al fondo de un monasterio, se arroja á él como á un precipicio; pero la muger no va nunca allí sino arrastrada por un solo pensamiento; no muda de naturaleza, se desposa con Dios. Puede decirse á los religiosos: Por qué no habeis luchado? Pero la reclusion de una muger no es siempre una lucha sublime?

En fin el general halló este locutorio mudo y este convento perdido en la mar, enteramente lleno de él. El amor llega raras veces á la solemnidad, pero el amor todavia fiel en el seno de Dios, no era algo solemne, y mas de un hombre no tenia derecho de esperar en el siglo diez y nueve, segun las costumbres corrientes? Las grandezas infinitas de esta situacion podian obrar sobre el alma del general, estaba precisamente muy elevado para no olvidar la política, los honores, la España, el mundo de Paris, y subir hasta la altura de este grandioso desenlace. Por otra parte, que cosa mas verdaderamente trágica? Que de sentimientos en la situacion de dos amantes solos, reunidos en medio de la mar sobre un banco de granito, pero separados por una idea, por una barrera insuperable! Ved al hombre diciendose: —Triunfaré de Dios en este corazon?....

Un ligero ruido hizo estremecer á este hombre, la cortina oscura se descorrió; luego, vió en la luz una muger en pié, cuya figura se le ocultaba bajo los pliegues de un velo, segun la regla de la casa. Estaba vestida con el hábito cuyo color se ha hecho proverbial. El general no pudo notar los pies desnudos de la religiosa, los que le hubieran manifestado cuan flaca estaba; sin embargo, á pesar de los muchos pliegues del tosco hábito que vestia aquella muger, penetró que las lágrimas, el rezo, la pasion, la vida retirada la habian ya enflaquecido.

La mano yerta de una muger, la de la superiora sin duda, tenia aun la cortina, y el general habiendo examinado al testigo necesario de esta conversacion, encontró la mirada triste y profunda de la religiosa anciana, casi de cien años, mirada clara y jóven, que desmentia las numerosas arrugas que sulcaban la cara pálida de esta muger.

—Señora duquesa, preguntó él con voz muy conmovida á la religiosa que bajaba la cabeza, vuestra compañera entiende el frances?

—Aqui no hay duquesa, respondió la religiosa. Estais delante de la hermana Teresa. La muger, la que llamais mi compañera, es mi Madre en el Señor, mi superiora en este mundo.

Estas palabras, tan humildemente pronunciadas por la vos que en otro tiempo hacia armonía con el lujo y la elegancia en

medio de los cuales había vivido esta muger, reina de la moda en París, por una boca cuyo language era entonces tan ligero, tan burlon, hirieron al general como si hubieran sido un rayo.

—Mi santa Madre no habla mas que el español, añadió ella.

—No sé este idioma. Mi querida Antonia, escusadme con ella.

Al oír su nombre dulcemente pronunciado por un hombre poco antes tan duro para ella, la religiosa experimentó una viva conmoción interior manifestada por los ligeros temblores de su vela, en el cual daba de lleno la luz.

—Hermano, dijo ella llevando su mano por debajo de su velo, quizá para enjugarse los ojos, me llamo la hermana Teresa....

Luego se volvió hacia la Madre, y le dijo, en español, estas palabras, que el general entendió perfectamente; sabía lo suficiente para comprenderlo, y quizá también para hablarlo.

—Mi querida Madre, este caballero os presenta sus respetos, y os suplica le dispenseis no poder él mismo ponerlos á vuestros pies, pues no sabe el español....

La vieja inclinó lentamente la cabeza, su fisonomía tomó una expresión de amabilidad angelical, aumentada sin embargo por el sentimiento de su poder y de su dignidad.

—Conoces á este caballero? le preguntó la Madre lanzándole una penetrante mirada.

—Sí, Madre.

—Vuelve á tu celda, hija mia, dijo la superiora con tono imperioso.

El general se escondió vivamente detras de la cortina por no dejar penetrar en su cara las conmociones terribles que le agitaban; y, en la sombra, creía ver todavía los ojos penetrantes de la superiora. Esta muger, dueña de la frágil y pasajera felicidad cuya conquista costaba tantos cuidados, le había causado miedo, y temblaba, él á quien nunca había asustado una triple descarga de cañon.

La duquesa caminaba hacia la puerta, pero se volvió:—Madre, dijo con un tono horriblemente sosegado, este francés es uno de mis hermanos.

—Quédate pues, hija, respondió la vieja despues de una pausa.

Este admirable jesuitismo manifestaba tanto amor y tantas penas, que un hombre menos fuertemente organizado que lo estaba el general se hubiera sentido desfallecer al experimentar tan vivos placeres en medio de un inmenso peligro, enteramente nuevo para él. Tanto valor tenían pues las palabras,

las miradas, los gestos, en una escena en que el amor debía escaparse á ojos de lince, á garras de tigre.

Volvió la hermana Teresa.

—Veis, hermano, lo que me atrevo á hacer para hablaros un momento de vuestra salud, y de los votos que mi alma dirige diariamente al cielo por vos. Cometo un pecado mortal. Cuantos dias de penitencia para borrar una mentira! pero será padecer por vos. No sabeis, hermano, cuanta felicidad os amar en el cielo, poder manifestarse sus sentimientos entonces cuando la religion los ha trasportado á las regiones mas elevadas, y que nos es permitido no mirar mas que al alma. Si las doctrinas, si el espíritu de la Santa á quien debemos este asilo no me hubiesen arrebatado lejos de las miserias terrestres y llevado á la esfera en que está ella, aunque ciertamente superior al mundo, no os hubiera vuelto á ver. Pero puedo veros, oiros, y quedar tranquila.....

—Pues bien! Antonia, exclamó el general interrumpiéndola á estas palabras, haced que os vea, os amo ahora con enagenamiento, perdidamente, como quisisteis ser amada por mí.

—No me llameis Antonia, os lo suplico. Mis recuerdos de lo pasado me hacen daño. Aquí no veais sino á la hermana Teresa, una criatura que confia en la misericordia divina.—Y, añadió despues de una pausa, moderaos, hermano. Nuestra Madre nos separaria cruelmente, si vuestro semblante manifestase pasiones mundanas, ó si vuestros ojos vertiesen lágrimas.

El general inclinó la cabeza como para abstraerse. Cuando alzó los ojos hacia la reja, notó, en ella, la cara flaca, descolorida aunque encendida todavía, de la religiosa. Su tez en que en otro tiempo florecían los encantos de la juventud, en que la feliz oposicion de un blanco apagado contrastaba con los colores de la rosa de Bengala, había tomado el tono ardiente de un vaso de porcelana debajo del cual está encerrada una débil luz. La hermosa cabellera con que tan envanecida estaba esta muger había sido cortada. Una toca ceñía su frente y guarnecía su cara. Sus ojos aunque con ojeras debidas á las austeridades de aquella vida, lanzaban, á veces, rayos febriles, y su calma habitual no era mas que un velo. En fin, de esta muger, no quedaba mas que el alma.

—Ah! dejareis este sepulcro, vos que habeis llegado á ser mi vida! Me perteneceis, y no sois libre para entregaros, ni aun á Dios. No me prometisteis sacrificarlo todo al menor mandato mio? Ahora, quizá me hallareis digno de esa promesa, cuando supiereis lo que he hecho por vos. Querida mia, os he buscado en todo el mundo entero. Hace cinco años que sois mi pensamiento continuo, la ocupacion de mi vida! Mis amigos, amigos muy poderosos, sabedlo, me han ayudado con todas sus

fuerzas á registrar los conventos de Francia, de Italia, de España, de Sicilia, de América. Mi amor ardía con mas viveza en cada vana pesquisa; he andado á menudo mil leguas por una falsa esperanza; he gastado mi vida y los mayores latidos de mi corazón en torno de las negras paredes de muchos claustros. No os hablo de una felicidad sin límites; que es esto? una nada en comparacion de los infinitos deseos de mi amor. Si habeis sido veraz en otro tiempo en vuestros remordimientos, no debeis vacilar en seguirme hoy.

—Olvidais que no soy libre.

—El duque ha muerto, respondió él con viveza.

La hermana Teresa se puso encarnada.

—Hayasele abierto el cielo! dijo ella con una viva conmoción, fué generoso conmigo. Pero no hablaré de esos vínculos; una de mis culpas fué quererlos romper todos, sin escrúpulo, por vos.

—Hablais de vuestros votos, exclamó el general mostrando-se descontento. No creía que os pasase otra cosa en el corazón mas que vuestro amor. Pero no lo dudeis, Antonia, obtendré del Padre Santo un breve que dispensará vuestros juramentos. Iré en efecto á Roma, imploraré todos los poderes de la tierra, y si Dios pudiese bajar, le....

—No blasfemeis.

—Os inquietais por Dios! Ah! mejor quisiera saber que dejaríais por mí estas paredes; que, esta misma noche, os meteriais en un barco al pié de estas rocas. Iriamos á ser felices no se donde, al fin del mundo! Y, á mi lado, volveríais á la vida, á la salud, en alas del amor.

—No habéis así, repuso la hermana Teresa, ignorais lo que habeis llegado á ser para mí. Os amo mas de lo que os he amado nunca. Pido á Dios diariamente por vos, y no os veo con los ojos corporales. Si conocieseis, Armando, la felicidad de poderse entregar sin rubor á una amistad pura que Dios protege! ignorais cuán feliz soy en llamar las bendiciones del cielo sobre vos. Nunca pido para mí; Dios hará conmigo lo que fuere su voluntad. Pero vos, querria yo, al precio de mi eternidad, tener alguna certeza de que erais feliz en este mundo, y que lo sereis en el otro, por todos los siglos. Mi vida eterna es todo lo que mi desgracia me ha dejado que ofreceros. Ahora, estoy envejecida en las lágrimas, no soy ni jóven ni bella; por otra parte despreciaríais á una religiosa llegada á ser muger, á quien ni el amor maternal absolveria.... Que me direis que pueda contrapesar las innumerables reflexiones acumuladas en mi corazón de cinco años á esta parte, y lo han cambiado, marchitado? Debía haberlo entregado menos triste á Dios!

—Que te he de decir, querida Antonia? te diré que te amo;

que el afecto, el amor, el verdadero amor, la felicidad de vivir en un corazón todo nuestro, enteramente nuestro, sin reserva, es tan raro y tan difícil de encontrar, que dudo de tí, que te sometí á duras pruebas; pero hoy día te amo con todas las potencias de mi alma; si me sigues en el retiro, no oiré otra voz que la tuya, no veré mas cara que la tuya....

—Silencio, Armando. Abreviais el solo instante en que nos será permitido vernos en este mundo....

—Antonia, quieres seguirme?

—Pero os dejo. Vivo en vuestra corazón, pero no por un interés de placer mundano, de vanidad, de goce egoísta; vivo aquí para vos, pálida y marchita, en el seno de Dios! Si es justo, sereis feliz....

—Esas no son mas que palabras! Y si te quiero pálida y marchita! Y si no puedo ser feliz si no poseyendote! Conocerás pues siempre tus deberes en presencia de tu amante? No ha mucho, le preferías la sociedad, no sé que; ahora, es Dios, es tu salvación. En la hermana Teresa, conozco siempre á la duquesa ignorante de los placeres del amor, y siempre insensible bajo las apariencias de la sensibilidad. Tu no me amas! no has amado nunca....

—Ah! hermano....

—No quieres dejar esta tumba, amas mi alma, dices? Pues bien, perderás para siempre este alma, me mataré....

—Madre, gritó la hermana Teresa en español, os he dicho mentira, este hombre es mi amante!

Al instante se corrió la cortina. El general, sin saber lo que le pasaba, apenas oyó cerrar con violencia las puertas interiores.

—Ah! me ama todavía! exclamó él comprendiendo todo lo que habia de sublime en el grito de la religiosa. Aca los trece! Es preciso robarla de aquí.....

El general dejó la isla, volvió al cuartel general y alegando falta de salud, pidió licencia para volver pronto á Francia.

He aquí ahora la aventura que determinó la situación respectiva en que se hallaban entonces los dos personajes de esta escena.



PORTE SEGUNDA.

EL AMOR

EN

LA PARROQUIA DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

Desgraciada de aquella cuyo primer afecto es mas bien efecto del sentimiento y del gusto que de la efervescencia y del capricho.

A no ser por temor del diablo, Corina hubiera sido una Lai, el solo respeto humano no la hubiera contenido.

(DUDAS SOBRE DIFERENTES OPINIONES RECIBIDAS EN LA SOCIEDAD, por la señorita de *Sanmery*.)

Lo que se llama en Francia el arrabal de San German no es ni un barrio, ni una secta, ni una institucion, ni nada que se pueda explicar claramente. La plaza Real, el arrabal de San Honorato, la Calzada de Antin poseen igualmente palacios donde se respira el aire del arrabal de San German. Asi, ya todo el arrabal no está en el arrabal. Algunas personas nacidas lejos de su influencia pueden sentirla, y agregarse á este mundo, mientras que otras que han nacido en él pueden ser echadas de allí para siempre. Las maneras, el acento, en una palabra

la tradición del arrabal de San German es, en París, de cuarenta años acá, lo que la Corte era en aquel tiempo; lo que era el palacio de San Pablo, en el siglo catorce; el Louvre, en el quince; el Palacio, la casa Rambaillet, la plaza Real, en el diez y seis; despues Versailles en el siglo diez y ocho.

A todas las fases de la historia, el París de la clase alta y de la nobleza tuvo su centro, como el París vulgar tendrá siempre el suyo. Esta singularidad periódica ofrece una amplia materia á las reflexiones de los que quieren observar ó pintar las diferentes zonas sociales; y quizá no se deben buscar sus causas solamente para justificar el carácter de esta aventura, sino tambien para servir á graves intereses, mas vivaces en el porvenir que al presente, si con todo eso la experiencia no es una frase sin sentido para los partidos como para la juventud.

Los grandes señores, y las personas ricas que remedarán siempre á los grandes señores, han alejado, en todas las épocas, sus casas de los parages muy habitados. Cuando el duque de Uzès labraba, en el reinado de Luis XIV, el hermoso palacio á cuya puerta puso la fuente de la calle de Montmartre, acto de beneficencia que lo hizo, ademas de sus virtudes, objeto de una veneracion tan popular que el barrio en masa siguió su entierro, este extremo de París estaba entonces desierto.

Pero luego que las fortificaciones se derribaron, que los pantanos, situados mas allá de los baluartes, se llenaron de casas, la familia de Uzès dejó aquel hermoso palacio, habitado en nuestros dias por un banquero. Despues, la nobleza, comprometida en medio de las tiendas, abandonó la plaza Real, los alrededores del centro parisiense, y pasó el rio á fin de poder respirar á su gusto en el arrabal de San German, donde ya se habian labrado palacios en contorno del edificado por Luis XIV al duque de Maine, el benjamin de sus legitimados.

Para las personas acostumbradas á los esplendores de la vida, hay, en efecto, nada mas innoble que el bullicio, el lodo, los pregones, el mal olor, la estrechez de las calles populosas? Las costumbres de un barrio mercantil ó manufacturero no están constantemente en desacuerdo con los hábitos de los de los Grandes? El Comercio y el Trabajo se acuestan cuando la Aristocracia piensa en comer; los unos se mueven estrepitosamente cuando la otra descansa, sus cálculos no se encuentran nunca; los unos son el ingreso y la otra es el gasto. De aquí, las costumbres diametralmente opuestas.

Esta observacion no tiene nada de desdeñosa. Una aristocracia es en algun modo el pensamiento de una sociedad, como la clase media y los proletarios son la organizacion y la accion de ella. De aquí, lugares diferentes para estas fuerzas; y, de su antagonismo, procede una antipatía aparente que produce la

diversidad de los movimientos hechos con un objeto comun. Estas discordancias sociales resultan tan lógicamente de toda carta constitucional, que el liberal mas dispuesto á quejarse de ella como de un atentado contra las sublimes ideas bajo cuyas ambiciones las clases inferiores ocultan sus designios, encontraría prodigiosamente ridículo ver al príncipe de Montmorency vivir en la calle de San Martin, en la esquina de la calle que lleva su nombre, ó al duque de Fitz-James, descendiente de la estirpe real de Escocia, tener su palacio en la calle de Maria-Estuarda, esquina á la de Montorgueil. *Sint ut sint, aut non sint*, estas bellas palabras pontificales pueden servir de divisa á los Grandes de todos los paises.

El hecho patente en cada época, y siempre aceptado por el pueblo, lleva en sí las razones de Estado; es á la vez un efecto y una causa, un principio y una ley.

Las masas tienen un buen sentido que no abandonan sino en el momento en que las personas de mala fé las apasionan. Este buen sentido reposa sobre verdades de un orden general, verdades en Moscu como en Londres; verdades en Ginebra como en Calcuta. En todas partes, cuando juntaís familias de bienes desiguales en un espacio dado, vereis formarse corrillos superiores, de los patricios, de las sociedades primera, segunda y tercera. La igualdad será quizá un *deracho*, pero ningun poder humano podrá convertirla en *hecho*. Seria muy útil para la felicidad de la Francia popularizar este pensamiento.

A las masas menos inteligentes se revelan ademas los beneficios de la armonia política. La armonia es la poesia del orden, y los pueblos tienen una viva necesidad de orden. La concordancia de las cosas entre sí, la unidad, para decirlo todo en una palabra, no es la mas sencilla expresion del orden? La arquitectura, la música, la poesia, todo en la Francia se apoya, mas que en ningun otro pais, sobre este principio, que, ademas, está escrito en el fondo de su claro y puro lenguaje, y la lengua será siempre la fórmula mas infalible de una nacion.

Tambien veís al pueblo adoptar las canciones mas poéticas, las mejor moduladas; adherirse á las ideas mas sencillas; amar las palabras mas incisivas que contienen mas pensamientos. La Francia es el solo pais en que una pequeña frase puede hacer una grande revolucion. Las masas nunca se sublevan en ella sino para procurar poner de acuerdo los hombres, las cosas y los principios.

Luego, ninguna otra nacion conoce mejor el pensamiento de unidad que debe seguir en la vida aristocrática, quizá porque ninguna otra ha comprendido mejor las necesidades políticas la historia no la hallara nunca hácia atras; se engaña muchas veces, pero como una muger lo es, por ideas generosas.

por sentimientos calurosos cuyo alcance no sabe enteramente desde luego calcular.

Y así, por primer rasgo característico, el arrabal de San German tiene el esplendor de sus palacios, sus grandes jardines, su silencio en otro tiempo en armonía con la magnificencia de sus bienes territoriales. Este espacio puesto entre una clase y toda una capital no es una consagración material de las distancias materiales que deben separarlas? En todas las creaciones, la cabeza tiene su sitio marcado. Si, por acaso, una nación hace caer su jefe á sus pies, advierte, tarde ó temprano, que se ha suicidado. Entonces, como las naciones no quieren morir, trabajan para rehacerse una cabeza. Cuando la nación no tiene fuerza para ello, parece como han perecido Roma, Venecia, y tantas otras.

La distinción introducida por la diferencia de las costumbres, entre las demás esferas de actividad social y la esfera superior, envuelve necesariamente un poder real, capital en las alturas aristocráticas. Luego desde que en todo estado, bajo cualquier forma que afecte el *gobierno*, los patricios faltan á sus condiciones de superioridad completa, llegan á quedarse sin fuerza, y el pueblo los derriba, porque el pueblo quiere siempre ver, en las manos, en el corazón y en la cabeza, los bienes, el poder la acción: la palabra, la inteligencia la gloria. Sin este triple poder, todo privilegio desaparece. Los pueblos, lo mismo que las mugeres, quieren fuerza en quien les gobierna, y su amor no va sin el respeto; no conceden su obediencia sino á quien les impone. Una aristocracia desestimada es como un rey haragan, como un marido con enaguas; es nula antes de ser nada. Así, la separación de los Grandes, perdidas sus costumbres, en una palabra, el uso general de las castas patricias es á la vez el símbolo de un poder real, y las razones de su muerte cuando han perdido su poder.

El arrabal de San German se dejó momentáneamente abatir, por no haber querido reconocer las obligaciones de su existencia que le hubiera sido todavía fácil perpetuar, teniendo la buena fe de ver á tiempo, como lo vió la aristocracia inglesa, que las instituciones tienen sus años climatéricos en que unas mismas palabras no tienen las mismas significaciones, en que las ideas toman otros vestidos, y en que las condiciones de la vida política cambian totalmente de forma, sin que el fondo sea alterado especialmente. Estas ideas quieren los desarrollos que pertenecen por su esencia á la contingencia en que entran, ya como definición de las causas, ya como aplicación de los hechos.

Lo grandioso de los castillos y de los palacios aristocráticos, el lujo de sus pormenores, la suntuosidad constante de sus hor-

manages, el *area* en que se mueve sin tormento, y sin experimentar ninguna estrechez, el feliz propietario, rico antes de nacer; luego el hábito de no descender nunca al cálculo de los intereses inconstantes y mezquinos de la existencia, el tiempo de que dispone, la instrucción superior que puede prematuramente adquirir; en fin las tradiciones patricias que le dan las fuerzas sociales que sus adversarios compensan apenas con los estudios, con una voluntad, con una vocación tenaces, todo debería elevar el alma del hombre que, desde la edad joven posee tales privilegios, imprimirle el elevado respeto de sí mismo cuya menor consecuencia es una nobleza de nombre. Esto es verdad para algunas familias. Acá y acullá, en el arrabal de San German, se encuentran bellos caracteres, escepciones que prueban contra el egoísmo general que ha causado la pérdida de este mundo á parte.

Estas ventajas han adquirido á la aristocracia francesa, como á todas las eflorescencias patricias que se producirán en la superficie de las naciones, tanto tiempo como sentaren su existencia sobre el *dominio*, la propiedad territorial, la propiedad pecuniaria, única base sólida de una sociedad arreglada; pero estas ventajas no quedan á los patricios de toda especie, sino mientras mantienen las condiciones que el pueblo les deja. Son feudos morales cuya *enfiteusis* obliga para con el soberano, y aquí el soberano es hoy ciertamente el pueblo.

Los tiempos han cambiado y también las armas. El rico-hombre á quien bastaba en tiempos pasados llevar la cota de malla, la lorica, manejar bien la lanza y mostrar su pendon, debe hoy hacer prueba de inteligencia, y para lo que no era necesario mas que un gran corazón, es menester, en nuestros días, un ancho cráneo. El arte, la ciencia, y el dinero forman el triángulo social, donde se inscribe el poder, y de donde debe proceder la moderna aristocracia. Un hermoso teorema vale un gran nombre: los Fugger modernos son príncipes de hecho; un grande artista es realmente un oligarca, representa todo un siglo, y llega á ser casi siempre una ley. Así el talento de la palabra, las máquinas del escritor, el ingenio del poeta, la constancia del comerciante, la voluntad del hombre de Estado que concentra en él mil calidades deslumbrantes, la espada del general, estas conquistas personales hechas por uno solo sobre toda la sociedad para imponerla, la clase aristocrática debe esforzarse en obtener hoy el monopolio de ellas, como en otro tiempo tenía el de la fuerza material.

Para permanecer á la cabeza de un país, no es menester ser siempre digno de conducirlo; ser su alma y su talento, para hacer obrar sus manos? Como mandar un pueblo sin tener el poder que constituye el mando? Luego, el arrabal de San Ger-

man ha jugado siempre con los bastones, creyendo que estos eran todo el poder. Trabucó los términos de la proposición que manda su existencia. En vez de tirar las insignias que chocaban al pueblo, y de conservar secretamente la fuerza, dejó á la clase media apoderarse de ella, se aferró fatalmente á sus notables, y olvidó constantemente las leyes que le imponían su impotencia numérica. Una aristocracia que personalmente compone apenas la centésima parte de una sociedad, debe hoy día, como en otro tiempo, multiplicar sus medios de acción para oponer, en las grandes crisis, un peso igual al de las masas populares. Luego, en nuestros días, los medios de acción deben ser fuerzas efectivas, no recuerdos históricos.

Desgraciadamente, en Francia, la nobleza, aun grande por su antiguo poder desvanecido, temía contra sí una especie de presunción de que le era difícil librarse. Quizá es este un defecto nacional. El francés, mas que ningún otro hombre, nunca concluye debajo de sí; va del grado en que se halla, al grado superior; tiene lástima raras veces de los desgraciados sobre quienes se eleva, se queja siempre de ver tantos felices encima de él. Aunque tiene mucho valor prefiere muchas veces escuchar su talento. Este instinto nacional que hace siempre á los franceses ir adelante, esta vanidad que corroe sus bienes y que los rige tan absolutamente como el principio de economía a los holandeses, ha dominado de tres siglos acá á la nobleza, que, bajo este respecto, fué eminentemente francesa.

El hombre del arrabal de San German ha inferido siempre de su superioridad material en favor de su superioridad intelectual. Todo, en Francia, lo ha convencido de ello, porque desde el establecimiento del arrabal de San German, revolución comenzada el día en que la monarquía dejó á Versalles, el arrabal de San German se ha apoyado siempre, excepto algunos blancos, sobre el poder, que será siempre en Francia mas ó menos el arrabal de San German. De ahí su derrota en 1830. En esta época era como un ejército operando sin tener base. No se habia aprovechado de la paz para ingerirse en el corazón de la nación. Pecaba por carecer de instrucción y por una falta total de vista sobre el conjunto de sus intereses. Mataba un porvenir cierto, en provecho de un presente dudoso. He aquí quizá la razón de esta falsa política.

La distancia física y moral que estas superioridades se esforzaban en mantener entre ellas y el resto de la nación, han tenido fatalmente por todo resultado, despues de cuarenta años, mantener en la clase alta el sentimiento personal, matando el patriotismo de casta. En otro tiempo, cuando la nobleza francesa era grande, rica, y poderosa, los caballeros sabian, en el peligro, elegirse gefes y obedecerlos. Llegados á ser menos, se han

mostrado indisciplinables; y, como en el Bajo-Imperio, cada uno de ellos queria ser emperador; viéndose todos iguales por su debilidad, se creyeron todos superiores. Cada familia arruinada por la revolución, arruinada por la división igual de los bienes, no pensó mas que en sí, en vez de pensar en la grande familia aristocrática, y les parecía que si todas se enriquecían el partido seria fuerte. Error. El dinero no es mas que un signo del poder. Compuestos de personas que conservaban las elevadas tradiciones de buena urbanidad, de verdadero primor, de hermoso language, de gazmoñería y de orgullo nobiliarios, en armonía con sus existencias, ocupaciones mezquinas cuando han llegado á ser lo principal de una vida de que no deben ser mas que el accesorio, todas estas familias tenían un cierto valor intrínseco, que, puesto en superficie, no les ha dejado mas que un valor nominal.

Ninguna de estas familias tuvo el valor de decirse: Somos tan fuertes que podamos sostener el poder? Se echaron encima como hicieron los abogados en 1830. En vez de mostrarse protectores como un Grande, el arrabal de San German fue avaro como un aventurero. Luego, desde el día en que se probó á la nación mas inteligente del mundo, que la nobleza restaurada organizaba el poder y el presupuesto á su favor, este día, le fué mortalmente malo.

Quería ser una aristocracia cuando no podía ser mas que una oligarquía, dos sistemas muy diferentes, y que comprenderá todo hombre bastante que pueda leer atentamente los nombres patronímicos de los lores de la Cámara alta. Ciertamente, el gobierno real tuvo buenas intenciones, pero olvidaba constantemente que es preciso hacer que el pueblo lo quiera todo, hasta su felicidad, y que la Francia, muger caprichosa, quiera ser feliz ó maltratada á su gusto. Si hubiera tenido mucho de duque de Laval, que su modestia hizo digno de su nombre, el trono de la rama primogenita hubiera llegado á ser tan sólido como lo es el de la casa de Hannover.

En 1814, pero principalmente en 1820, la nobleza francesa tenía que dominar la época mas instruida, la clase media mas aristocrática, al país mas hembra del mundo. El arrabal de San German podía muy facilmente conducir y entretener una clase media, sedienta de distinciones, apasionada del arte y de la ciencia. Pero los mezquinos acompañantes de esta grande época de inteligencia todos aborrecían el arte y la ciencia. Ni aun supieron presentar la religion, de que necesitaban, bajo los colores poéticos que la hubieran hecho amar. Cuando Lamartine, La Mennais, Montalembert y algunos otros escritores de talento doraban de poesía, renovaban ó engrandecían las ideas religiosas, todos los que manejaban el gobierno hacia conocer

la pena de la religion. Nunca hubo nacion mas complaciente: era entonces como una muger fatigada que llega á ser facil; nunca poder cometió mas torpezas: la Francia y la muger quieren mejor las faltas.

Para reintegrarse, para fundar un gran gobierno oligárquico, la nobleza del arrabal de San German debia escudriñarse con buena fé á fin de hallar en ella misma la moneda de Napoleon, hacer el último esfuerzo para pedir con lo hondo de sus entrañas un Richelieu constitucional. Si este genio no se hallaba en ella ir á buscarlo hasta la frina guardilla donde podia estar en trance de muerte, y asimilarselo como la cámara inglesa de los lores se asimila constantemente las aristocracias del acaso. Despues, ordenar á este hombre que fuese implacable, que cortase las ramas corrompidas, que podase el árbol aristocrático. Pero en un principio el grande sistema del torys-mo ingles era demasiado inmenso para cabezas pequeñas, y su importacion pedia mucho tiempo á los franceses, para los cuales un buen éxito lento es un *fiasco*. En fin, lejos de tener esta política seductora que va á buscar la fuerza allí donde Dios la ha puesto, estos grandes pequeños aborrecian toda fuerza que no procedia de ellos; y, lejos de rejuvenecerse, el arrabal de San German se ha envejecido.

La etiqueta, institucion de segunda necesidad, podia mantenerse si no hubiese parecido en las grandes ocasiones, pero la etiqueta vino á ser una lucha diaria. En vez de hacer de ella una cuestion de arte y de magnificencia, vino á ser una cuestion de poder.

Si falta en un principio al trono un consejero tan grande como las circunstancias, la aristocracia carece principalmente del conocimiento de sus intereses generales que podria suplir por todo. Se paró ante el casamiento de Talleyrand, el solo hombre que tuvo una de aquellas cabezas metálicas en que se forjan de nuevo los sistemas políticos con que reviven gloriosamente las naciones. El arrabal de San German se burló de los ministros que no eran hidalgos y no daba hidalgos bastante superiores para ser ministros; podia hacer servicios verdaderos al país ennobleciendo los juzgados de paz, fertilizando el suelo, construyendo caminos y canales, haciendose poder territorial diligente; pero vendia sus tierras para jugar en la Bolsa. Podia privar á la clase media de sus hombres de accion y de talento cuya ambicion minaba el poder, habriendole sus filas; prefirió combatirlos, y sin armas, porque tenia mas que la tradicion de lo que poseia en otro tiempo en la realidad. Para desgracia de esta nobleza, le quedaban precisamente bastantes caudales diversos para sostener su gravedad afectada. Contenta con sus recuerdos, ninguna de estas familias pensó seriamente en hacer tomar las ar-

mas á sus hijos primogénitos, entre el manojo que el siglo diez y nueve echó en la plaza pública.

La juventud, escluida de los negocios, bailaba en casa de Madame, en vez de continuar en Paris, por la influencia de talentos jóvenes, concienzudos, inocentes del Imperio y de la República, la obra que las cabezas de cada familia habian comenzado en los departamentos conquistando en ellos el reconocimiento de sus títulos con alegatos continuos en favor de los intereses locales, conformandose con el espíritu del siglo, refundiendo la casta y el gusto del tiempo. Concentrada en su arrabal de San German, donde vivia el espíritu de las antiguas oposiciones feudales mezclado con el de la antigua corte, la aristocracia, mal unida al castillo de las Tullerías, fué mas fácil de vencer, no existiendo sino sobre un punto y sobre todo tan mal constituida como lo estaba en la cámara de los Pares. Tejida en el país, llegaba á ser indestructible; metida en su arrabal, arimada al castillo, estendida en el presupuesto, era suficiente un hachazo para cortar el hilo de su vida agonizante, y la figura vulgar de un abogadito se adelantó para dar su golpe. A pesar del admirable discurso de Mr. Royer-Collard, la herencia de la dignidad de par y sus mayorazgos cayeron bajo los escritos satíricos de un hombre que se jactaba de haber habilmente disputado algunas cabezas al verdugo, pero que mataba torpemente varias instituciones.

Hay aqui ejemplos y lecciones para lo sucesivo. Si la oligarquía francesa no tubiese una vida futura, habria no se que crueldad triste en condenarla despues de su muerte; y, entonces, no seria menester pensar mas que en el sarcófago; pero si el escalpelo de los cirujanos es duro el sentirse, da á veces la vida á los moribundos. El arrabal de San German puede parecer mas poderoso perseguido, que lo era triunfante.

Ahora es facil resumir este cálculo semi-político.

La falta de vistas espaciosas y el vasto conjunto de faltas chicas; el deseo de restablecer los grandes caudales de que cada uno se preocupaba; una necesidad real de religion para sostener la política, una sed de placer que perjudicaba al espíritu religioso, y necesitó de la hipocresia; las resistencias parciales de algunos talentos elevados que veian exactamente y que contrariaban las rivalidades de corte; la nobleza de provincia, muchas veces de estirpe mas pura que lo es la nobleza de corte; pero que, muchas veces ajada, se desafecionó, todas estas causas se reunieron para dar al arrabal de San German las costumbres mas discordes. No fué ni compacto en su sistema, ni consecuente en sus actos, ni completamente moral, ni francamente licencioso, ni corrompido ni corruptor; no abandonó enteramente las cuestiones que le perjudicaban; ni adoptó las ideas que lo hubiesen salvado.

En fin, por débiles que fuesen las personas, el partido se habia no obstante armado de todos los grandes principios que hacen forman la vida de las naciones; luego, para perecer en su fuerza, que es preciso hacer? Fuè difícil en la eleccion de las personas presentadas; tuvo buen gusto, desprecio elegante; pero su caída no tuvo ciertamente nada de de estrepitosa ni de caballeresca.

La emigracion de 89 acusaba todavía sentimientos, la emigracion al interior de 1830 no acusa mas que intereses. Algunos hombres ilustres en las letras, los triunfos de la tribuna, Mr. de Talleyrand en los congresos, la conquista de Argel, y muchos nombres llegados á ser históricos en los campos de batalla, muestran á la aristocracia francesa los medios que le quedan de nacionalizarse y de hacer aun reconocer sus títulos, si todavía se digna.

En los seres organizados se opera un trabajo de armonia íntima. Un hombre es perezoso, la pereza se conoce en cada movimiento suyo. Lo mismo, la fisonomía de una clase de hombres se conforma al espíritu general, al alma que anima su cuerdo. Bajo la Restauracion, la muger del arrabal de San German no desplegó ni la altiva osadia que las damas de la corte en otro tiempo en sus desbarros, ni las modestas grandezas de las tardías virtudes con que espiaban sus faltas, y que esparcian en torno suyo un brillo tan vivo. No tuvo nada muy ligero, nada muy grave. Sus pasiones, salvo algunas escepciones, fueron hipócritas; transigió por decirlo así con sus goces. Algunas de aquellas familias pasaron la vida llana de la duquesa de Orleans, cuya cama mostraban tan ridiculamente las gentes á los que visitaban el Palacio-Real; apenas dos ó tres continuaron las costumbres de la Regencia, é inspiraron una especie de disgusto á las mugeres mas hábiles.

Esta nueva gran señora no tuvo ninguna influencia en las costumbres; no obstante podia mucho; podia ofrecer el espectáculo de las mugeres de la aristocracia inglesa; pero vaciló simplemente entre las antiguas tradiciones, fué devota por fuerza, y lo ocultó todo, hasta sus bellas calidades. Ninguna francesa de estas pudo crear un salon donde las cimas sociales fuesen á tomar lecciones de buen gusto y de elegancia. Su voto, en otros tiempos tan imponente en literatura, esta viva impresion de las sociedades, fué allí enteramente nula. Luego, cuando una literatura no tiene sistema general, no forma cuerpo y se disuelve con su siglo.

Cuando en cualquier tiempo, se halla en medio de una nacion un pueblo á parte así constituido, el historiador encuentra en él casi siempre una figura principal que compendia las virtudes y los defectos de la masa á que pertenece: Coligny, entre

los hugonotes; el Coadjutor, en el seno de la Fronde; el mariscal de Richelieu, en tiempo de Luis XV; Danton, en el terror. Esta identidad de fisonomía entre un hombre y su séquito histórico está en la naturaleza de las cosas. Para llevar un partido, no es menester concordar con sus ideas? para brillar en una época, no es preciso representarla? De esta obligacion constante en que se halla la cabeza sabia y prudente de los partidos de obedecer a las preocupaciones y á las necedades de las masas que forman su cola, deriban las acciones que echan en cara algunos historiadores á los gefes de partido, cuando á distancia de las ebuliciones populares, juzgan á sangre fria las pasiones necesarias á la conducta de las grandes luchas del siglo. Lo que es verdad en la comedia histórica de los siglos, es igualmente verdad en la esfera mas estrecha de las escenas parciales de este drama.

Al principio de la vida efímera que pasó el arrabal de San German durante la Restauracion, y en la cual, si las consideraciones precedentes son verdaderas, no supo dar consistencia, una jóven fué de paso el tipo mas completo de la naturaleza á la vez superior y débil, grande y pequeña de su casta. Era una muger artificialmente instruida, realmente ignorante, llena de sentimientos elevados, pero faltándole un pensamiento que los coordinase; gastando los mas ricos tesoros del alma en obedecer á las conveniencias; dispuesta á insultar á la sociedad; pero vacilando y llegando al artificio de resultados de sus escrúpulos, teniendo mas obstinacion que carácter, mas mania que entusiasmo, mas cabeza que corazon; soberanamente muger, y soberanamente coqueta, parisiense sobre todo, amande el brillo, las fiestas; no reflexionando ó reflexionando muy tarde; de una imprudencia que llegaba casi á la poesia, insolente á las mil maravillas, pero humilde en el fondo del corazon; blasonando como una caña muy derecha, pero, como esta caña, dispuesta á doblarse bajo una mano poderosa; hablando mucho de la religion, pero no amandola, y pronta sin embargo á aceptarla como una salida.

Mas como explicar una criatura visiblemente múltiple, susceptible de heroísmo, y olvidando ser heroica por decir una maldad; jóven y apacible, menos vieja de corazon que envejecida por las máximas de los que la rodean, y comprendiendo su filosofia egoista, sin haberla aplicado; teniendo todos los vicios del cortesano y todas las noblezas de la muger adolescente; desconfiando de todo, y sin embargo dejándose ir á creerlo todo.

No será esto siempre un retrato no acabado como el de aquella muger en quien las tintas mas cambiantes se sientan con crudeza, pero produciendo una confusion poética, porque habia

allí una luz divina, un brillo de juventud, que daba á las facciones ocultas una especie de conjunto? La gracia le servía de unidad. Nada era fingido. Estas pasiones, estas medias pasiones, esta veleidad de grandeza, esta realidad de pequeñez, estos sentimientos fríos y estos rasgos calurosos eran naturales y salían de su situación tanto como de la aristocracia á que pertenecía. Se comprendía sola y se ponía orgullosamente sobre el mundo, al abrigo de su nombre. Había el *yo* de Medea en su vida, como en la de la aristocracia que se moría sin querer ni incorporarse, ni dar la mano á ningún médico político, ni tocar, ni ser tocada, tan débil se sentía, ó ya polvo.

La duquesa de Langeais, así se llamaba ella, estaba casada cerca de cuarenta años había cuando la Restauración fue consumada, esto es en 1816, época en que Luis XVIII, ilustrado por la revolución de los Cien-días, comprendió su situación y su siglo, á pesar de su cerco que sin embargo triunfó mas tarde de este Luis XI menos el hacha, cuando fue abatido por la enfermedad.

La duquesa de Langeais era una Navarreins, familia ducal, que, desde Luis XIV, tenía por principio no abdicar su título en sus alianzas. Las hijas de esta casa debían tener temprano ó tarde, lo mismo que su madre, una almohada en la corte. A la edad de diez y ocho años, Antonia de Navarreins salió del profundo retiro donde había vivido para casarse con el hijo primogénito del duque de Langeais. Las dos familias estaban entonces retiradas del mundo; pero la invasión de la Francia hacia presumir á los realistas la vuelta de los Borbones como la sola conclusión posible de las desgracias de la guerra. Los duques de Navarreins y de Langeais, permaneciendo fieles á los Borbones, habían resistido noblemente todas las seducciones de la gloria imperial, y, en las circunstancias en que se hallaban cuando esta unión, debieron naturalmente obedecer á la antigua política de sus familias.

La señorita Antonia de Navarreins se casó pues, bella y pobre, con el marqués de Langeais, cuyo padre murió algunos meses después del casamiento. Cuando volvieron los Borbones, las dos familias recobraron su clase, sus cargos, sus dignidades en la corte, y entraron en el movimiento social, fuera del cual se habían mantenido hasta entonces.

Llegaron á ser las mas brillantes superioridades de este nuevo mundo político.

En este tiempo las vilezas y las falsas conversaciones, la conciencia política quiso reconocer en estas dos familias la fidelidad sin tacha, el acuerdo entre la vida privada y el carácter político á los cuales todos los partidos rinden homenaje involuntariamente. Pero, por una desgracia bastante común en los tiem-

pos de transacción, las personas mas puras y que por la elevación de sus miras, la sabiduría de sus principios, hubieran hecho creer en Francia en la generosidad de una política nueva y osada, fueron separadas de los negocios, que cayeron en manos de personas interesadas en llevar los principios al extremo, para dar prueba de rendimiento.

Las familias de Langeais y de Navarreins, quedaron en la alta esfera de la corte, condenadas á los poderes de su etiqueta como también á las reconvenções y á las burlas del liberalismo, acusadas de llenarse de honores y de riquezas, mientras que su patrimonio no se aumentó, y que las liberalidades de la lista civil se consumieron en gastos de representación, necesarios á toda monarquía europea, aunque fuese republicana.

En 1818, el duque de Langeais mandaba una división militar, y la duquesa tenía al lado de una princesa un empleo que la autorizaba para vivir en París, lejos de su marido, sin escándalo. Por otra parte, el duque tenía, además de su mando, un destino en la corte, donde iba, dejando durante su ausencia el mando á un mariscal de campo. El duque y la duquesa vivían pues enteramente separados, de hecho y de corazón, sin saberlo el mundo.

Este casamiento de convención tuvo la suerte bastante habitual de los pactos de familia. Los dos caracteres mas antipáticos del mundo se habían reunido, chocado secretamente, secretamente lastimado, desunido para siempre. Luego, cada uno de ellos obedeció á su naturaleza y á las conveniencias. El duque de Langeais, con talento tan metódico que podía ser el caballero de Folard, se entregó metódicamente á sus gustos, á sus placeres, y dejó á su mujer libre para seguir los suyos, después de haber reconocido en ella un talento eminentemente orgulloso, un corazón frío, una grande sumisión á los usos del mundo, una fidelidad enteramente jóven, y que debía permanecer pura á los ojos de su grande parentela, á la luz de un corazón gasmofón y religioso.

Hizo pues friamente el gran señor del siglo pasado, abandonando á sí misma una mujer de veinte y dos años, ofendida gravemente, y que tenía en el carácter una espantosa propiedad, la de no perdonar nunca una ofensa, cuando todas sus vanidades de mujer, cuando su amor propio, sus virtudes quizá, habían sido desconocidas, lastimadas, ocultamente. Cuando es público un ultraje, una mujer quiere olvidarlo, tiene ocasiones de engrandecerse, es mujer en su clemencia; pero las mujeres no perdonan nunca las ofensas secretas, porque no les agradan ni las cobardías, ni las virtudes, ni los amores secretos.

Tal era la posición, desconocida del mundo, en que se hallaba la duquesa de Langeais, y en la cual no reflexionaba

esta muger, cuando ocurrieron las fiestas celebradas con motivo del casamiento del duque de Berri. En este momento la corte y el arrabal de San German salieron de su atonia y de su reserva. Entonces empezó realmente el esplendor inaudito que embaucó al gobierno de la Restauración.

En este momento, la duquesa de Langeais, ya por cálculo, ya por vanidad, no se presentaba nunca en el mundo sin estar rodeada o acompañada de tres o cuatro señoras tan distinguidas por sus nombres como por sus bienes. Reina de la moda, tenía sus azafatas, que reprodujesen además sus maneras y sus talentos. Las había escogido habilmente entre algunas personas que no estaban ni en la intimidad de la corte, ni en el centro del arrabal de San German, y que tenían sin embargo la pretensión de llegar allí; simples Dominaciones que querían elevarse hasta las inmediaciones del trono y mezclarse con las potencias seráficas de los que se llamaba *el palacio chico*.

Colocada así, la duquesa de Langeais era más fuerte, dominaba mejor, estaba en más seguridad. Sus damas la defendían de las calumnias, y la ayudaban a representar el detestable papel de muger a la moda. Podía a su gusto burlarse de los hombres, de las pasiones, escitarlas, recoger los homenajes que codicia la naturaleza, y quedar dueña de sí misma. En París y en la más selecta sociedad, la muger es siempre muger; vive del incienso, de las adulaciones, de los honores. La belleza más real, la figura más admirable no es nada, si no es admirada; un amante, las lisonjas son los testimonios de su poder. Que es un poder desconocido? nada. Suponed a la muger más linda, sola en el rincón de un salón, allí está triste. Cuando una de estas criaturas se halla en el seno de las magnificencias sociales, quiere pues reinar sobre todos los corazones, muchas veces por falta de poder ser soberana feliz en uno solo.

Todas las composturas, los adornos, las coqueterías eran hechas para los pobres seres que salían al encuentro, presumidos sin talento, hombres cuyo mérito consistía en una linda figura, y para los cuales todas las mugeres se comprometían sin provecho, verdaderos ídolos de madera dorada, que, no obstante algunas escepciones, no tenían ni los antecedentes de los petrimetros del tiempo de la Fronde, ni el grande valor de los héroes del Imperio, ni el talento y los modales de sus abuelos, sino que querían ser *gratis* alguna cosa parecida; que eran valientes como lo es la juventud francesa, hábil sin duda si hubiesen sido puestos a la pueba, y que no podían ser nada por el reinado de los viejos usados que los tenía en andaderas. Esta fué una época fría, mezquina y sin poesía. Quizá una restauración necesita mucho tiempo para llegar a ser una monarquía.

Había diez y ocho meses que la duquesa de Langeais pasaba

esta vida vana, exclusivamente ocupada por el baile, por las visitas hechas para el baile, por los triunfos sin objeto, por las pasiones efímeras, nacidas y muertas durante una velada. Cuando entraba en un salón, las miradas se concentraban en ella, recogía palabras lisonjeras, algunas expresiones apasionadas, que animaba ella con un gesto, con una mirada, y que no podían nunca pasar del epidermis. Su tono, sus maneras, todo en ella hacía autoridad. Vivía en una especie de fiebre de vanidad, de perpetuo goce que la adormecía. Iba muy lejos en la conversación, escuchaba todo, y se depravaba, por decirlo así, en la superficie del corazón. Vuelta a su casa, se sonrojaba a menudo de lo que se había reído, de alguna historia escandalosa cuyos pormenores le ayudaban a discutir las teorías del amor que no conocía, y las sutiles distinciones de la pasión moderna, que los hipócritas complacientes le comentaban; porque las mugeres, sabiendo decirlo todo entre ellas, pierden más de ello que lo que corrompen a los hombres.

Hubo un momento en que comprendió que la criatura amada era la sola cuya belleza, cuyo talento podía ser reconocido universalmente. Que prueba un marido? Que, joven soltera, una muger o estaba ricamente dotada, o bien educada; que tenía una madre hábil; pero un amante es el constante programa de sus perfecciones. Madame de Langeais supo, siendo aun joven, que una muger podía dejarse amar ostensiblemente sin ser cómplice del amor, sin aprobarlo, sin contentarlo de otro modo que con los más débiles tributos del amor, y más de una santurrón le revelaron los medios de representar estas peligrosas comedias.

La duquesa tuvo pues su corte, y el número de los que la adoraban o la obsequiaban fué una garantía de su virtud. Era coqueta, amable, seductora, hasta el fin de la fiesta, del baile, de la velada; luego, echado el telón, se hallaba sola, fría, indiferente, y sin embargo revivía el día siguiente para otras conmociones igualmente superficiales.

Tenía dos o tres jóvenes completamente engañados, que la amaban verdaderamente, y de quienes ella se burlaba con una perfecta insensibilidad. Se decía a sí:—Soy amada, me ama! Esta certidumbre le bastaba. Semejante al avaro satisfecho con saber que sus caprichos pueden ser atendidos, no llegaba quizá ni aun al deseo.

Una noche se hallaba en casa de una amiga íntima, una de sus humildes rivales que la aborrecían cordialmente y la acompañaban siempre: especie de amistad armada de que cada cual desconfía, y donde las confianzas son habilmente discretas, algunas veces pérfidas.

Después de haber distribuido pequeños saludos protectores, afectuosos o desdeñosos, con el aire natural de la muger que

conoce todo el valor de sus sonrisas, sus ojos cayeron sobre un hombre que le era completamente desconocido, pero cuya fisonomía grave le sorprendió. Sintió al verle una agitación interior semejante á la del miedo.

—Querida, preguntó á su amiga, quien es este nuevo concurrente?

—Un hombre de quien sin duda habeis oído hablar, el marques de Montriveau.

—Ah! es ese.

Tomó su antejo de teatro y le examinó impertinentemente, como si lo hubiese hecho con un retrato que recibe miradas y no las vuelve.

—Presentádmelo pues, debe ser divertido.

—No hay uno mas fastidioso y mas triste, querida, pero está de moda.

Mr. Armando de Montriveau, era, en este momento, sin saberlo, objeto de una curiosidad general, y la merecia mas que ninguno de aquellos ídolos pasajeros que París necesita y de que se enamora todos los dias, á fin de satisfacer la pasión de manía y de entusiasmo ficticio con que es atormentado periódicamente.

Armando de Montriveau era hijo único del general de Montriveau, uno de los *de antes* que sirvieron noblemente á la república, que fué muerto en Noví, cerca de Joubert. El huérfano fué colocado por Bonaparte en la escuela de Chalona, y puesto, como otros muchos hijos de generales muertos en el campo de batalla, bajo la protección de la República francesa. Después de haber salido de aquella escuela, sin ninguna especie de bienes, entró en la artillería, y no era mas que comandante de batallón cuando el desastre de Fontainebleau. El arma á que pertenecía Armando de Montriveau le ofreció pocos ascensos. Desde luego, el número de oficiales es mas limitado que en los cuerpos del ejército; luego, las opiniones liberales y casi republicanas que profesaba la artillería, los temores inspirados al Emperador por una reunión de hombres sabios acostumbrados á reflexionar, se oponían á la fortuna militar de la mayor parte de ellos. También, al contrario de las leyes ordinarias, los oficiales llegados á ser generales no fueron siempre los sujetos mas notables del arma, porque, medianos, daban pocos temores. La artillería componía un cuerpo a parte del ejército, y no pertenecía a Napoleón sino en los campos de batalla. A estas causas generales que pueden explicar los retardos experimentados por Armando de Montriveau en su carrera, se reunían otras inherentes a su persona y á su carácter.

Solo en el mundo, lanzado desde la edad de veinte años en medio de aquella tempestad de hombres en cuyo seno vivió

Napoleon, y no teniendo ningún interés fuera de sí mismo, pronto a perecer cada dia, se habia habituado no á existir sino por una estimación interior y por el sentimiento de cumplir su deber. Era habitualmente silencioso como lo son todos los hombres tímidos, pero su timidez no procedía de falta de valor, era una especie de pudor que le impedía toda demostración vanidosa. Su intrepidez en el campo no era fanfarrona; lo veía todo allí, podía dar tranquilamente un buen parecer á sus camaradas, é iba al encuentro de las balas, bajándose siempre para evitarlas. Era bueno, pero su aspecto lo hacia pasar por altivo y severo. De un rigor matemático en toda cosa, no admitía ninguna composición hipócrita ni con los deberes de una posición ni con las consecuencias de un hecho. No se prestaba á nada vergonzoso, nunca pedía nada para sí; en fin, era uno de los hombres grandes no conocidos, bastante filósofos para despreciar la gloria, y que viven sin apegarse á la vida, porque no hallan en ella donde desarrollar sus fuerzas ó sus sentimientos en toda su extensión. Era temido, estimado, poco amado. Los hombres nos permiten que nos elevemos sobre ellos, pero no nos perdonan nunca que bajemos tanto como ellos. Así el sentimiento que conceden á los grandes caracteres no va nunca sin un poco de odio y de temor. Mucho honor es para ellos una censura tácita que no perdonan ni á los vivos ni á los muertos.

Después de las despedidas de Fontainebleau, Montriveau, aunque noble y título, fué puesto a medio sueldo. Su antigua probidad asustó al ministerio de la Guerra en donde era conocida su adhesión á los juramentos prestados al águila imperial. En los Cien-dias, fué nombrado coronel de la guardia y estuvo en el campo de batalla en Waterloo. Hubiendo sus heridas deteniéndolo en Bélgica, no se halló en el ejército del Loira, y el gobierno real, no reconociendo los grados dados en los Cien-dias, Armando de Montriveau dejó á Francia.

Llevado por su genio emprendedor, por la sublimidad de pensamiento que, hasta entonces, los acasos de la guerra habian satisfecho, y apasionado por su rectitud instintiva á los proyectos de grande utilidad, el general Montriveau se embarcó con el intento de explorar el Egipto superior y las partes desconocidas de Africa, los países del centro principalmente, que escitan hoy tanto interés entre los sabios. Su expedición científica fué larga y desgraciada.

Recogió notas preciosas destinadas para resolver los problemas geográficos ó industriales tan ardientemente, y llegó, no sin haber vencido muchos obstáculos, hasta el interior de Africa, cuando cayó, por traición, en poder de una tribu salvaje. Se lo robaron todo, puesto en esclavitud y andando durante

dos años por los desiertos, amenazado de muerte á cada momento, y mas maltratado que lo es un animal cuando se divierten con él muchachos crueles.

Su fuerza corporal y su constancia de alma le hicieron soportar todos los horrores de su cautiverio, pero casi agotó toda su energía en su evasión que fué milagrosa. Llegó á la colonia francesa de Senagal, medio muerto, lleno de harapos, y sin tener mas que recuerdos informes. Los inmensos sacrificios de su visje, el estudio de los dialectos de Africa, sus descubrimientos y sus observaciones, todo se perdió. Un solo hecho hará comprender sus padecimientos. Durante algunos dias los hijos del *chaïque* de la tribu de quien era esclavo, se divertieron en que su cabeza le sirviese de blanco en un juego que consistia en tirar desde bastante lejos tabas de caballo y hacerlas dar allí.

Montriveau volvió á Paris á mediados del año de 1818; se halló arruinado, sin protectores y no queriéndolos. Hubiera muerto veinte veces, antes que solicitar ni aun sus servicios adquiridos. La adversidad, sus penas, habian desarrollado su energía hasta en las cosas pequeñas, y el habito de conservar su dignidad de hombre al frente del ser moral que llamamos conciencia, daba para él precio á los actos mas indiferentes en apariencia. Sin embargo sus relaciones con los principales sabios de Paris y algunos militares instruidos hicieron conocer su mérito y sus aventuras. Las particularidades de su evasión y de su cautiverio, las de su viage manifestaban tanta sangre fria, talento y valor, que adquirió, sin saberlo, aquella celebridad pasajera en que son tan pródigos los salones de Paris, pero que exigen esfuerzos inauditos de los artistas que quieren perpetuarla.

Al fin de dicho año, cambió súbitamente su posición. De pobre, vino á ser rico, ó al menos tuvo exteriormente todas las ventajas de la riqueza. Entonces el gobierno real que procuraba atraerse á los hombres de mérito á fin de dar fuerza al ejército, hizo algunas concesiones á los antiguos oficiales cuya lealtad y carácter conocido ofrecian garantías de fidelidad. Mr. de Montriveau fué restablecido en los cuadros, con su grado; recibió sus sueldos caidos y fue admitido en la guardia real.

Estos favores llegaron sucesivamente al marques de Montriveau sin haber hecho la menor súplica. Los amigos le ahorraron los pasos personales que él no hubiera dado. Luego, contra sus habitudes, que se modificaron de pronto, fué al mundo, en el cual fué recibido favorablemente, y encontró en todas partes testimonios de la mayor estimación. Parecia que habia hallado algun desenlace para su vida; pero en él todo pa-

saba en el hombre, no habia nada exterior. Tenia en la sociedad una cara grave y recogida, silenciosa y fria. Tavo muy buen éxito, precisamente porque resaltaba fuertemente sobre la masa de las fisonomías convencionales que amueblan los salones de Paris donde fue enteramente nuevo. Su palabra tenia la concision del lenguaje de las personas solitarias ó de los salvajes. Su timidez fué tenida por altivez, y agradó mucho. Era alguna cosa estraña y grande, y las mugeres se prendaron tanto mas generalmente de este carácter original cuanto que se libertaba de sus astutas lisonjas, manejo con que ellas engañan á los hombres mas poderosos, y corroe los ánimos mas inflexibles.

Mr. de Montriveau no comprendió nada de estas monerías parisienses, y su alma no podia corresponder sino á las sonoras vibraciones de los bellos sentimientos. Se hubiera cansado pronto de esto, á no ser por la poesia que resaltaba de sus aventuras y de su vida, sin los paseantes que lo ensalzaban sin saberlo él, sin el triunfo de amor propio que esperaba la muger de quien él se ocupase. Asi la curiosidad de la duquesa de Langeais era tan viva como natural, y por un efecto de casualidad este hombre habia interesado el dia antes, porque oyó contar una de las escenas que, en el viage de Mr. Montriveau, producía mas impresión sobre las movibles imaginaciones de muger.

En una escursión á los orígenes del Nilo, Mr. de Montriveau tuvo con uno de sus guías un debate el mas estraordinario que se conoce en los anales de los viages. Habia que atravesar un desierto, y no podia irse sino á pié al parage que él queria explorar. Solo un guía era capaz de llevarlo allí. Hasta entonces ningun viagero habia podido penetrar en aquella parte del pais donde el intrépido oficial presumia deber encontrar la solución de muchos problemas científicos. A pesar de las observaciones que le hicieron los viejos del pais y su guía, emprendió aquel terrible viage. Armandose de todo su valor ya avivado por el anuncio de horribles dificultades que vencer, partió por la mañana. Despues de haber andado un dia entero, se acostó por la noche en la arena, experimentando una fatiga continua, causada por lo movable del suelo que á cada paso parecia huir de él.

Sin embargo sabia que, el dia siguiente, le seria preciso, desde la aurora, ponerse en camino; pero su guía le prometió hacerlo llegar, á eso del mediodia, al fin de su viage. Esta promesa le dió ánimo, le hizo recobrar sus fuerzas, y, no obstante sus sufrimientos, continuó su camino, maldiciendo un poco la ciencia; pero avergonzado de quejarse delante de su guía, guardó el secreto de sus penas. Habia ya andado un tercio del dia, cuando sintiendo sus fuerzas agotadas y sus piés ensangrentados, preguntó si llegaría pronto.

— Dentro de una hora, le dijo el guía.

Armando halló en su alma una hora de fuerza, y continuó. Pasó la hora sin que descubriese ni aun en el horizonte de arenas tan vasto como el de alta mar las palmas y las montañas cuyas cimas debían anunciar el término de su viaje. Entonces se paró, amenazó al guía, se negó á ir mas lejos, le dijo que era su asesino, por haberle engañado; luego corrieron por sus mejillas inflamadas lágrimas de rabia y de fatiga; estaba agobiado por el dolor renaciente del camino, y su garganta le parecía congelada por la sed del desierto. El guía, inmóvil, escuchaba sus quejas con un aire irónico, estudiando con la aparente indiferencia de los Orientales los imperceptibles accidentes de la arena casi negruzca como está el oro ennegrecido.

— Me he engañado, respondió este con frialdad. Hace mucho tiempo que anduve este camino para poder reconocerlo bien; estamos en él, pero es preciso andar todavía dos horas.

— Este hombre tiene razón, pensó Mr. de Montriveau.

Se puso despues en camino, siguiendo con trabajo al africano inclemente, al cual parecía atado con un hilo, como un sentenciado lo está invisiblemente al verdugo. Empero pasan las dos horas, el frances habia gastado sus últimas gotas de energía, y el horizonte estaba puro, y no veía en él ni palmas ni montes.

Entonces no encuentra ya llantos ni quejas, se echa en la arena para morir; pero sus miradas hubieran espantado al hombre mas intrépido, parecía manifestar que no quería morir solo. Su guía, como un verdadero demonio, le respondía con una mirada tranquila, llena de poder; y lo dejó tendido, cuidando mantenerse á una distancia que le permitiese librarse de la desesperacion de su víctima. En fin Mr. de Montriveau halló algunas fuerzas para una imprecacion. Entonces el guía se acercó á él, lo miró, le impuso silencio y le dijo:

— No has querido, á pesar nuestro, ir á donde te llevo? Me dices que te he engañado; si no lo hubiese hecho, no hubieras llegado hasta aquí. Quieres la verdad? Hela aquí. Tenemos todavía que andar cinco horas, y no podemos volver atras. Sondea tu corazón; si no tienes bastante valor, aquí está mi puñal.

Mr. de Montriveau, sorprendido de este horrible conocimiento de la fuerza humana, no quiso ser inferior á un bárbaro, y sacando de su orgullo de europeo una nueva dosis de valor, se levantó para seguir á su guía.

Habian concluido las cinco horas, Mr. de Montriveau no descubria aun nada, lanzó al guía una mirada moribunda; pero entonces el nubio lo tomó en sus hombros, lo elevó algunos pies, y le hizo ver á unos cien pasos un lago cercado de verdu-

ra y un admirable bosque que iluminaban los rayos del sol que se ponía.

Habian llegado á corta distancia de una especie de banco de granito, bajo el cual se hallaba como sepultado este paisaje sublime. Armando creyó renacer, y su guía, este gigante de inteligencia y de valor, acabó su obra llevándolo por las verdaderas cálidas y lisas apenas trazadas sobre el granito. Veía á un lado el infierno de los arenales, y al otro el paraíso terrenal del mas bello oasis que hay en aquellos desiertos.

La duquesa, ya impresionada al aspecto de este personaje poetico, lo fué todavía mas al saber que veía en él al marques de Montriveau, con quien habia soñado la noche antes. Haberse hallado con él en los ardientes arenales del desierto, haberlo tenido por compañero de pesadilla, no era en una mujer de su naturaleza un delicioso presagio de diversion?

Nunca hombre alguno tuvo mejor que Armando la fisonomía de su carácter, y podia mas justamente intrigar las miradas. Su cabeza, gruesa y cuadrada, tenia por principal rasgo característico una enorme y abundante cabellera negra que le cubria la cara de manera que recordaba perfectamente la del general Kleber, al cual se semejaba por el vigor de su frente, por el corte de su cara, por la audaz tranquilidad de los ojos, y por la especie de fogosidad que espresaban sus facciones salientes. Era pequeño, ancho, musculoso como un león. Cuando andaba, su postura, su paso, el menor gesto descubria no sé que seguridad de fuerza que imponía, y algo de despótico. Parecía saber que nada podia oponerse á su voluntad, quizá porque no quería mas que lo justo. Sin embargo, semejante á todas las personas realmente fuertes, era amable en su habla, sencillo en sus modales, y naturalmente bueno. Solamente todas estas buenas prendas parecía que debían desaparecer en las circunstancias graves en que el hombre llega á ser implacable en estos sentimientos, fijo en sus resoluciones, terrible en sus acciones. Un observador hubiera podido ver en la comisura de sus labios un recogimiento habitual que anunciaba propensiones á la ironía.

La duquesa de Langeais, sabiendo de que precio pasagero era la conquista de este hombre, resolvió, durante el poco tiempo que empleó Mad. de Serizy en ir por él para presentárselo, hacer de él uno de sus amantes, darle la preferencia sobre todos los demas, y desplegar con él todas sus coqueterías. De este antojo, de este capricho de la duquesa hizo Lope de Vega *el Perro del hortelano*. Quiso que este hombre no fuese de ninguna mujer, y no imaginó amarlo á él.

La duquesa de Langeais habia recibido de la naturaleza las prendas necesarias para desempeñar los papeles de coqueta, y su

educacion los habia perfeccionado aun mas. Las mugeres tenian razon para envidiarla y los hombres para amarla. No le faltaba nada de lo que puede inspirar el amor, de lo que lo justifica y de lo que lo perpetua. Su género de belleza, sus maneras, se ponian acordes para dotarla de una coqueteria natural, que en una muger parece ser la conciencia de su poder. Era bien formada, y descomponia quizá sus movimientos con mucha complacencia, afecto solo que se le podia echar en cara.

Todo en ella se armonizaba, desde el mas pequeño ademán hasta la gracia particular de sus frases, hasta la manera hipócrita con que dirigia sus miradas. El caracter predominante de su fisonomia era una nobleza elegante, que no destruia enteramente la moralidad francesa de su persona. Esta actitud incesantemente variable tenia un prodigioso atractivo para los hombres. Parecia deber ser la mas deliciosa de las queridas quitándose los arreos de su representacion. En efecto, todos los contenidos del amor existian en germen en libertad de sus miradas expresivas, en los mimos de su voz, en la gracia de sus palabras. Hacia ver que habia en ella una noble cortesania, que en vano desmentian los cultos de la duquesa. El que se sentaba á su lado una noche la hallaba sucesivamente alegre, melancólica, sin que pareciese que representaba la melancolia ni el contento.

Sabia estar á su arbitrio afable, despreciativa, ó impertinente, ó confiada. Parecia buena y lo era: en su situacion, nada la obligaba á descender á la maldad. Por momentos, se mostraba sucesivamente desconfiada y astuta, tierna para conmovér, ya dura y seca para partir el corazon. Pero para pintarla bien, no seria menester acumular todas las antítesis femeninas? porque ella era lo que queria ser ó parecer. Su cara un poco larga tenia gracia, algo de fino, de picante que recordaba las figuras de la edad media. Su tez estaba pálida, un poco sonrosada. Todo en ella pecaba por decirlo así por un exceso de delicadeza.

Mr. de Montriveau se dejó complacientemente presentar a la duquesa de Langeais que, segun la costumbre de las personas á quienes un gusto exquisito hace evitar las cosas comunes, lo recibió sin molestarlo ni con preguntas ni con cumplimientos, sino con una especie de gracia respetuosa que debia lisonjear á un hombre superior, porque toda superioridad supone, en un hombre, un poco de aquel tacto que hace penetrar á las mugeres todo lo que es sentimiento. Si ella manifestó alguna curiosidad, fué con sus miradas; si lo cumplimentó, fue por sus modales; y, para él solo, desplegó la suavidad de las palabras, el fino deseo de agradar que sabia mostrar mejor que nadie.

Pero toda su conversacion no fué de ninguna suerte sino el cuerpo de la carta, y debia haber en ella una posdata en que llegase á decirse el pensamiento principal.

Cuando despues de media hora de conversacion insignificante y en la que el acento, la risa, daban solamente valor á las palabras, Mr. de Montriveau pareció querer discretamente retirarse, la duquesa lo detuvo con un ademán expresivo:

—Caballero, le dijo ella, no sé si los pocos instantes en que he tenido el placer de hablar con vos, os han ofrecido bastante atractivo para que me sea permitido invitaros á ir á mi casa; temo haya mucho egoismo en querer poseeros. Si fuese tan afortunada que gustaseis, me hallareis siempre por la noche hasta las diez.

Estas frases fueron dichas con un tono tan gracioso, que Mr. de Montriveau no podia escusarse de aceptar la invitacion. Cuando se metió en los grupos de hombres que estaban á alguna distancia de las señoras, muchos amigos suyos lo felicitaron, mitad seriamente, mitad por risa, por la acogida extraordinaria que le habia hecho la duquesa de Langeais. Esta difícil, esta ilustre conquista estaba indubitavelmente hecha, y la gloria de ella estaba reservada á la artilleria de la Guardia. Es facil imaginarse los buenos y malos chistes que este asunto, una vez admitido, sugeriria en uno de los salones parisienses, donde tanto gusta divertirse y donde las burlas tienen tan poca duracion que ninguno se da prisa á sacar de ellas todo lo puro.

Estas burlas lisonjearon sin saberlo al general. Desde el sitio donde se habia colocado, sus miradas fueron atraídas por mil reflexiones indecisas hacia la duquesa, y no pudo dejar de confesarse á sí mismo, que, de todas las mugeres cuya belleza habia seducido sus ojos, ninguna le habia ofrecido una expresion mas deliciosa de virtudes, de defectos, de armonias, que la imaginacion pueda querer en Francia en una querida. Que hombre, en cualquier clase que la suerte lo haya colocado, no ha sentido en su alma un placer indefinible, al encontrar, en una muger que escoge, aunque idealmente, por suya, las tres perfecciones morales, físicas y sociales que le permiten siempre ver en ella cumplidos todos sus deseos? Si esto no es una causa de amor, esta lisonjera reunion es ciertamente uno de los mas grandes vehículos del sentimiento. Sin vanidad, decia un profundo moralista del siglo último, el amor es un convaleciente.

Hay ciertamente, para el hombre y para la muger un tesoro de placeres en la superioridad de la persona amada. No es mucho, por no decir todo, saber que nuestro amor propio no padecerá nunca en ella; que es bastante noble para recibir nunca las heridas de una mirada despreciativa, bastante rica para estar cercada de un brillo igual á aquel con que se rodean

hasta los reyes efimeros de la hacienda; de bastante talento para no ser nunca humillado por una chanza fina, y bastante bella para ser la rival de todo su sexo? Estas reflexiones, las hace un hombre en un momento. Pero si la muger que se las inspira le presenta al mismo tiempo, en el porvenir de su precoz pasión, las variables delicias de gracia, la ingenuidad de una alma virgen, los mil dobleces del vestido de las coquetas, los peligros del amor, no es esto capaz de mover el corazón del hombre mas frío?

Luego, he aquí en que situación se hallaba en aquel momento Mr. de Montriveau, relativamente á la muger, y su vida pasada garantía de alguna manera lo raro del hecho.

Lanzado desde joven en el laberinto de las guerras francesas, habiendo siempre vivido en los campos de batalla, no conocía de la muger mas que lo que un viajero apresurado, que va de posada en posada, puede conocer de un país. Quizá podría decir de su vida lo que Voltaire decía á los ochenta años de la suya, y no tenía treinta y siete tonteras que echarse en cara? Era, en su edad, tan nuevo en amor como lo es un joven que acaba de leer el Faublas á escondidas. De la muger, lo sabía todo; pero del amor, no sabía nada; y su virginidad de sentimiento le producía así deseos enteramente nuevos.

Algunos hombres, arrastrados por los trabajos á que los ha condenado la miseria ó la ambición, el arte ó la ciencia, como Mr. de Montriveau fué llevado por la carrera de la guerra y de los acontecimientos de la vida, conocen esta singular situación, y la confiesan raras veces. En Francia, todos los hombres deben haber amado. Ninguna muger quiere lo que no se ha querido. Del temor de ser tenido por un tonto proceden las mentiras de la fatuidad francesa, porque en Francia, pasar por un tonto es no ser del país.

En este momento, Mr. de Montriveau fué asido á la vez por un violento deseo, un deseo aumentado en el calor de los desiertos, y por un impulso de corazón cuyo ardiente lazo no había conocido todavía. Tan fuerte como violento, este hombre supo reprimir sus conmociones; pero hablando siempre de cosas indiferentes, se retiraba en sí mismo y se ofrecía obtener aquella mugor, solo pensamiento por el que podía entrar en el amor. Su deseo vino á ser un juramento hecho á manera de los árabes con quienes había vivido, y para los cuales un juramento es un contrato convenido entre ellos y todo su destino, que subordinan al éxito de la empresa consagrada por el juramento, y en la cual cuentan aun su muerte como un medio mas para el buen éxito.

Un joven si hubiera dicho:—Quisiera de buena gana tener por querida á la duquesa de Langeais! Otro:—El que fuere ama-

do de la marquesa de Langeais será un pícaro muy afortunado! Pero el general se dijo:—Tendré por querida á la duquesa de Langeais. Luego cuando un hombre virgen de corazón, y para quien la muger llega á ser una cosa sagrada, concibe semejante pensamiento, no sabe en que infierno acaba de poner el pié.

Mr. de Montriveau salió bruscamente del salón, y volvió á su casa, devorado por los primeros accesos de su primera fiebre amorosa. Si, hacia el medio de la edad, un hombre conserva todavía las creencias, las ilusiones, las franquezas, la impetuosidad de la infancia, su primer ademán es por decirlo así alargar la mano para apoderarse de lo que desea; despues, cuando ha sondeado las distancias casi imposibles de vencer que lo separan de él, es sobrecogido, como los niños, de una especie de extrañeza ó de impaciencia que comunicó valor al objeto deseado: tiembla ó llora.

Así el día siguiente, despues de las mas tempestuosas reflexiones que le habían trastornado el alma, Armando de Montriveau se encontró bajo el yugo de sus sentidos, y estrechado por la presión de un amor verdadero.

Esta muger, tan bizarramente tratada la víspera, había llegado á ser el día siguiente el mas santo, el mas temido de los poderes. Fué desde luego para él el mundo y la vida. La sola memoria de las mas leves conmociones que ella le había causado, sus mas vivos dolores ya experimentados. Las revoluciones mas grandes no turban sino los intereses del hombre, mientras que una pasión trastorna sus sentimientos. Luego, para los que viven mas para el sentimiento que para el interés, para los que tienen mas alma y sangre que talento y linfa, un amor real produce un cambio completo de existencia. De un solo rasgo, por una sola reflexión, Armando de Montriveau oscureció pues toda su vida pasada.

Despues de haberse preguntado veinte veces como un niño:—Iré, no iré? se vistió, llegó á la casa de Langeais, á eso de las diez de la noche, y fué admitido al lado de la muger, no de la muger, sino del ídolo que había visto el día antes, á toda luz, como una fresca y pura joven, vestida de blondas y velos. Llegaba impetuosamente para declararle su amor, como si se tratase del primer cañonazo en un sitio. Pobre escolar! Halló á su vaporosa sílfida envuelta en un peinador de cachemir oscuro habilmente borbotando, languidamente recostada sobre el diván de un oscuro gabinete.

Mad. de Langeais no se levantó, no mostró sino su cabeza cuyos cabellos estaban desordenados aunque cogidos en un velo. Luego con una mano que, el claro oscuro producido por la trémula luz de una sola bugia colocada lejos de ella, pareció á los ojos de Mr. de Montriveau blanca como una mano de már-

mól, le hizo seña de sentarse, y le dijo con una voz tan suave como lo estaba la luz:

—Si no fuérais vos, señor marqués, si no fuera un amigo con quien pudiese obrar sin cumplimiento, ó un indiferente que me hubiera interesado, os hubiera despedido. Me veis sufriendo horriblemente.

Montriveau dijo para sí:—Me voy.

—Pero, prosiguió ella lanzando una mirada cuyo fuego el ingenio militar atribuyó á la fiebre, no sé si al presentimiento de vuestra buena visita es á lo que debo, hace un instante, hallarse mi cabeza despejada de sus vapores.

—Puedo quedarme entonces, le dijo Montriveau.

—Ah! me enfadaria mucho veros partir. Ya me decía á mí misma esta mañana que no os debía haber causado la menor impresión; que habiais sin duda tomado mi invitación por una de las frases comunes de que tan pródigos son los parisienses; pero perdonaba de antemano vuestra ingratitud. Un hombre que viene de los desiertos no está obligado á saber cuán exclusivo es nuestro arrabal en las amistades.

Estas graciosas palabras, medio tartamudeadas, cayeron una á una, y fueron cargadas del sentimiento alegre que parecía dictarlas. La duquesa quería tener todos los beneficios de su jaqueca, y su especulación tuvo un éxito completo.

El pobre militar sufría realmente con el falso padecimiento de esta mujer. Como Crillon al oír contar la pasión de Jesucristo estaba dispuesto á sacar su espada contra los vapores. Y pues, como entonces atreverse á hablar á la enferma del amor que ella inspiraba? Armando comprendía ya que era ridículo disparar su amor á quema-ropa sobre una mujer tan superior. Entendió con un solo pensamiento todas las delicadezas del sentimiento y las exigencias del alma. Amar, no es pedir, mendigar, esperar? El amor sentido, no era preciso probárselo? Entonces se halló la lengua inmóvil, helada por las conveniencias del noble arrabal, por la magestad de la jaqueca, y por las timideces del amor verdadero. Empero poder ninguno en el mundo pudo ocultar las miradas de sus ojos en los cuales brillaban el fuego lo infinito del desierto, ojos tranquilos como los de los leones, y sobre los cuales no caían sino raramente sus parpados. Le agradó mucho á ella esta mirada fija que la bañaba de luz y de amor.

—Señora duquesa, respondió él, temía deciros mal el reconocimiento que me inspiran vuestras bondades. En este momento no deseo mas que una cosa, poder disipar vuestros padecimientos.

—Permitidme que me desembarace de esto, tengo mucha calor dijo ella haciendo saltar con un movimiento lleno de gra-

cía, el almohadon que le cubría los pies, y que dejó ver en toda su claridad.

—Señora, en Asia, vuestros pies valdrian casi diez mil sequias.

—Cumplimiento de viagero, dijo ella riendose.

Luego, esta persona entendida tuvo un placer en meter al rudo Montriveau en una conversacion llena de boberias, de lugares comunes y de faltas de juicio, donde él maniobró, hablando militarmente, como hubiera hecho el principe Carlos, habiendoselas con Napoleon. Se divirtió maliciosamente en reconocer lo estenso de la pasión que ella inspiraba, por el número de tonteras arrancadas al que se estrenaba por primera vez, y llevandolo á pasos cortos á un laberinto intrincado donde ella se prometia dejarlo avergonzado de sí mismo. Comenzó pues por burlarse de este hombre, á quien se complacia no obstante en hacer olvidar el tiempo. Lo largo de una primera visita es á menudo una lisonja, pero Armando no fué cómplice de ella.

El célebre viagero estaba en el gabinete hacia una hora, hablando de todo, no habiendo dicho nada, conociendo que no era mas que un instrumento con que jugaba aquella mujer, cuando esta varió de postura, se sentó, dejó caer en los hombros el velo que teneis en la cabeza, se echó de codos, le hizo los honores de una cura completa, y llamó para que encendiesen las bugias del gabinete. A la inacción absoluta en que había estado, sucedieron los movimientos mas graciosos. Se volvió de cara hacia Mr. de Montriveau, y le dijo en respuesta á una confianza que acababa de sacarle y que pareció interesarle vivamente:

—Quereis burlaros de mí tratando de hacerme creer que nunca habeis amado. Esta es la grande pretension de los hombres respecto á nosotras. Nosotras los creemos. Para cortesía! No sabemos á que nos hemos de atener acerca de esto por nosotras mismas? Donde está el hombre que no ha encontrado en su vida una sola ocasion de enamorarse? Pero os gusta engañarnos, y nosotras os dejamos obrar, pobres tontas como somos, porque vuestros engaños son tambien homenajes rendidos á la superioridad de nuestros sentimientos que son toda pureza.

Esta última frase fué pronunciada con un acento lleno de altivez y de orgullo que hizo de este amante novicio una bala arrojada al fondo de un abismo; y de la duquesa, un ángel volando á su cielo particular.

—Diantre! exclamaba para sí Armando de Montriveau, como haré para decirle á esta criatura salvaje que la amo? Y habia ya veinte veces, ó mas bien la duquesa lo habia veinte

veces leído en sus miradas, y veía, en la pasión de este hombre verdaderamente grande, una diversion para ella, un interés en colocar en su vida sus intereses. Se preparaba pues ya muy habilmente para elevar en torno suyo una cierta cantidad de reductos que le proporcionarían ganar antes de permitirle la entrada de su corazón. Juguete de sus caprichos, Montriveau debía quedar estacionario enteramente andando de dificultades en dificultades como un insecto atormentado por un niño, salta de un dedo á otro creyendo abanzar, mientras que su malicioso verdugo lo deja en el mismo punto. No obstante, la duquesa reconoció, con una felicidad inesplicable, que este hombre de carácter no desmentía su palabra. Armando, en efecto, no había amado.

Iba á retirarse descontento de sí, aun mas descontento de ella; pero vió con placer una demostración de enfado que ella sabía disipar con una palabra, con una mirada, con un gesto.

—Vendréis mañana á la noche? le dijo ella. Voy al baile, os esperaré hasta las diez.

El día siguiente Montiveau pasó la mayor parte del día sentado en la ventana de su gabinete, y ocupado en fumar una cantidad indeterminada de cigarros. Pudo alcanzar así la hora de vestirse y de ir á la casa de Longeais.

Hubiera sido cosa muy compasiva para alguno de los que conocían el magnífico valor de este hombre, verlo tan pequeño, tan trémulo, saber que aquel pensamiento cuyos rayos podían abrasar los mundos, se apocaba en lo reducido del gabinete de una señorita. Pero se sentía él mismo tan decaído en su felicidad, que, por salvar su vida, no hubiera confiado su amor á uno de sus amigos íntimos. En el pudor que se apodera de un hombre cuando ama, no hay siempre un poco de vergüenza, y no será su pequeñez la que forma el orgullo de la mujer? En fin, no será un tropel de motivos de este género, pero que las mujeres no se esplican, lo que las lleva á casi todas á vender las primeras el misterio de su amor, misterio de que ellas se fatigan quizá?

—Caballero, dijo el criado, la señora duquesa no está visible, está vistiéndose, y os suplica la espereis aquí.

Armando aguardó en el salón examinando el gusto que reinaba en las cosas mas pequeñas. Admiró á Mad. de Langeais, admirando las cosas que venían de ella y manifestando sus hábitos, antes que pudiese asegurarse de la persona y de las ideas de ella. Despues de cerca de una hora, la duquesa salió de su habitación sin hacer ruido. Montriveau se volvió, la vió andar con la ligereza de una sombra, y se estremeció. Vino ella á él, sin decirle vulgarmente: —Como estais? Estaba segura de sí, y su mirada fija decía: —Me he adornado así para agradaros.

Una vieja hada, protectora de alguna princesa desconocida, hubiera solo podido poner en el cuello de esta persona coqueta la nube de una gasa cuyos dobleces tenían los tonos vivos que sostenía todavía el brillo de un cutis satinado. La duquesa estaba deslumbrante. El azul claro de su trage, cuyos adornos se repetían en las flores de su peinado, parecía dar, por la riqueza de su color, un cuerpo á sus formas delicadas convertidas enteramente en aéreas; deslizándose con rapidez hácia Armando, hizo volar las dos puntas de la banda que pendía á sus costados, y el valiente soldado no pudo entonces menos de compararla á los insectos azules que caracolean encima de las aguas, entre las flores, con quienes se confunden al parecer.

—Os he hecho aguardar, dijo ella con la voz que saben tomar las mugeres para el hombre á quien quieren agradar.

—Aguardaría pacientemente una eternidad, si supiese que había de hallar la divinidad bella como lo sois vos; pero no es un cumplimiento hablaros de vuestra belleza, no podeis ser sensible sino á la adoración. Dejadme que bese tan solo vuestra banda.

—Ah! dijo ella, haciendo un ademán de orgullo, os estimo demasiado para ofreceros mi mano.

Y le dió á besar su mano todavía húmeda. Una mano de mujer, en el momento de salir de su baño de olor, conserva no se que frescura suave, una blandura como de terciopelo cuya delicada impresion va de los labios al alma. Así, en un hombre enamorado, que tiene en los sentidos tanto placer como amor en el corazón, este beso, casto en apariencia, puede escitarle terribles tormentos.

—Me la dareis siempre así? dijo rendidamente el general besando con respeto aquella mano peligrosa.

—Sí, pero estarémos aquí, dijo ella sonriéndose.

Sentóse y pareció estar muy torpe en ponerse los guantes, pues no podía meter en ellos los dedos, y miró al mismo tiempo á Montriveau, que admiraba alternativamente á la duquesa y la gracia de sus reiterados ademanes.

—Ah! no está malo esto, dijo ella, habeis estado exacto, me gusta la exactitud. Su Magestad dice que es la cortesía de los reyes; pero, según mi parecer, de vos á mí, la creo la mas respetuosa de las adulaciones. Eh! No es así? decid pues.

Y le guiñó de nuevo para espresarle una amistad engañosa, hallándole mudo de felicidad, y muy dichoso con estas pequeñeces. Ah! entendía á las mil maravillas su oficio de mujer, y sabía admirablemente realzar á un hombre, á medida que él se achicaba, recompensarlo con huecas adulaciones, á cada paso que daba para bajar á las niñerías de la sentimentalidad.

—No olvidareis nunca venir á las nueve?

—No, pero ireis al baile todas las noches?

—Lo sé yo? respondió ella encogiéndose de hombros con ademán infantil, como para confesar que ella era todo capricho, y que un amante debía quererla así.

—Ademas, repuso ella, que os importa! me llevareis á él.

—Por esta noche, dijo él, seria difícil, no estoy vestido decentemente.

—Me parece, respondió ella mirandolo con altivez, que si alguien debe sufrir con vuestro trage, soy yo. Pero sabed, señor viajero, que el hombre cuyo brazo acepto, es siempre superior á la moda. Nadie osaria criticarlo. Veo que no conocéis el mundo, os amo mas por eso.

Y lo lanzaba ya en las pequeñeces del mundo, procurando iniciarlo en las vanidades de una muger á la moda.

—Si quiere hacer una tontera por mí, dijo para sí Armando, seré un necio en impedirselo. Ella me ama, sin duda, y, ciertamente, no desprecia al mundo mas que lo que yo lo desprecio; así....

La duquesa pensaba sin duda que viendo al general seguirla al baile, con botas y corbata negra, nadie vacilaria en creerlo enamorado apasionadamente de ella.

Feliz en ver á la reina del mundo elegante comprometerse por él, el general tuvo valor, teniendo esperanza. Seguro de agradar, desplegó sus ideas y sus sentimientos, sin sentir el embarazo que, el dia antes, le habia sujetado el ánimo. Esta conversacion sustancial, animada, llena por sus primeras confianzas tan suaves de decir como de oír, sedujo á Mad. de Langeais, ó habia ella imaginado esta graciosa coqueteria? Miró ella maliciosamente el reloj cuando dieron las doce.

—Ah! me haceis faltar al baile, dijo espresando sorpresa y despecho por haberse olvidado; pero se justificó el cambio de sus placeres con una sonrisa que hizo palpar el corazón de Armando.

—Lo prometí á Mad. de Serizy, añadió la duquesa. Todos me esperan.

—Pues bien, id!

—No, continuad, dijo ella. Me quedo. Vuestras aventuras de Oriente me arrebatán. Contadme toda vuestra vida. Me gusta participar de los sentimientos experimentados por un hombre de valor; porque los siento yo, en verdad!

Jugaba con la manteleta, la torcia, la destrozaba con sus movimientos de impaciencia que parecían acusar un descontento interior y profundas reflexiones.

—No valemos nada, nosotras, repuso ella. Ah! somos personas indignas, egoístas, frívolas. No sabemos mas que fastidiarnos á fuerza de diversiones. Ninguna de nosotras comprende el

papel de su vida. En otro tiempo, en Francia, las mugeres eran luces benéficas, vivían para consolar á los que lloraban, animar las artes, recompensar á los artistas y animar su vida con nobles pensamientos. Si el mundo ha llegado á ser tan pequeño, la culpa es nuestra. Me haceis odiar ese mundo y el baile. No, no os sacrifico gran cosa.

Acabó de destruir su manteleta como un niño que, jugando con una flor, concluye por arrancarle todas las hojas. La arrojó, la tiró lejos de sí, y pudo de este modo mostrar su cuello de cisne.

Tiró de la campanilla.

—No salgo, dijo á su criado.

Luego dirigió tímidamente sus grandes ojos azules sobre Armando, de manera á aceptar, por el temor que aspresaban, esta orden, por una confusion, por un primero, por un grande favor.

—Teneis muchas penas, dijo ella después de una pausa llena de pensamientos, y con la ternura que hay á menudo en la voz de las mugeres sin estar en el corazón.

—No, respondió Armando. Hasta hoy no sabia lo que era la felicidad.

—Lo sabeis pues? dijo ella, mirandolo con aire hipócrita y astuto.

—Pero, para mí de aqui en adelante, la felicidad, no es veros, oiros?.... Hasta el presente no habia sino sufrido, y ahora comprendo que puedo ser desgraciado....

—Basta, basta! dijo ella, idos, son las doce, respetemos la decencia. No ha estado en el baile, estabais aqui. No demos que hablar. Adios. No sé lo que diré, pero la jaqueca es una buena persona y nunca nos desmiente.

—Hay baile mañana? preguntó él.

—Os acostumbrareis á él, segun creo. Sí, mañana iremos tambien al baile.

Armando fué el hombre mas feliz del mundo, y no dejó de ir todas las noches á casa de Mad. de Langeais á la hora que, por una especie de pacto tácito, le fué reservada.

Seria fastidioso y seria, para una multitud de jóvenes que tienen buena memoria, una redundancia hacer marchar esta narracion paso á paso como marchaba el poema de las conversaciones secretas, cuyo curso una muger adelanta ó atrasa á su arbitrio, con un juego de palabras cuando el sentimiento va muy de prisa, con una queja acerca de los sentimientos cuando las palabras no corresponden á su pensamiento. Tambien para marcar el progreso de este trabajo á estilo del de Penelope, sera quiza menester atenerse á las espresiones materiales del sentimiento.

Así, algunos dias despues del primer encuentro con la du-

quesa y Armando de Montriveau, el asiduo general había conquistado en plena propiedad el derecho de besar las insaciables manos de la duquesa. En todas partes donde iba esta, se veía inevitablemente a Mr. de Montriveau, a quien ciertas personas llamaban, por chanza, el *plantón de la duquesa*. Ya la posición de Armando le había adquirido envidiosos, celosos, enemigos.

Mad. de Langeais logró su fin. El marques se confundía entre sus numerosos admiradores, y le servía para humillar a los que se jactaban de ser de su agrado, dándole públicamente la preferencia sobre todos los demás.

—Declaradamente decía Mad. de Serizy, Mr. de Montriveau es el hombre á quien la duquesa ha distinguido.

Quien no sabe lo que quiere decir en París, *ser distinguido por una mujer?*

Las cosas estaban así perfectamente en regla.

Lo que se contaba del general lo hacía tan formidable, que los jóvenes hábiles abdicaron tacitamente sus pretensiones respecto a la duquesa, y no quedaron en su esfera sino para explotar la importancia que a ella le daban, y servirse de su nombre, para arreglarse perfectamente con ciertas potencias de segundo orden, encantadas de quitar un amante a Mad. de Langeais.

Tenia el ojo bien perspicaz para advertir las deserciones y los tratados de que su orgullo no le permitía ser juguete. Entonces sabía ella, decía el príncipe de T., que la amaba mucho, sacar retoño de venganza con una palabra de dos filos, con que hería estos desposorios *marganaticos*. Su despreciativa burla no contribuía medianamente a hacerla temer y pasar por una persona escesivamente espiritual. Así consolidaba su reputación de virtud, divirtiéndose enteramente con los secretos de otro, sin dejar penetrar los suyos.

Sin embargo, después de dos meses de asistencia continua, tuvo en el fondo del alma una especie de temor vago, viendo que Mr. de Montriveau no comprendía nada de las finuras de la coquetería del arrabal de San German, y tomaba por lo serio los arrumacos parisienses.

—Este, mi querida duquesa, le había dicho el viejo diplomático, es primo hermano de las águilas, no lo dismentireis, y os llevara a su nido, si os desentendais.

El día siguiente a la noche en que el astuto viejo le había dicho esta palabra en que la duquesa temía hallar una profesión, trató de hacerse aborrecer, y se mostro dura, exigente, nerviosa, detestable para Armando que la desarmó con una dulzura angelical. Esta mujer conocía tan poco la bondad amplia de los grandes caracteres, que se penetró de las graciosas chanzas con

que en un principio fueron acogidas sus quejas. Buscaba una contienda y halló pruebas de afecto. Entonces persistió.

—En que, le dijo Armando, puede haberos desagradado un hombre que os idolatra?

—No os desazoneis, respondió ella poniéndose de pronto amable y sumisa; pero por qué quereis comprometerme? No debeis ser mas que un *amigo* para mí. No lo sabeis? quisiera veros el instinto, las delicadezas de la amistad verdadera á fin de no perder ni vuestra estimacion, ni los placeres que experimento á vuestro lado.

—No ser mas que vuestro *amigo*! exclamó Mr. de Montriveau cuya cabeza á estas palabras dió sacudimientos electricos. Sobre la fé de las amables horas que me concedeis, me duermo y me despierto en vuestro corazon; y, hoy, sin motivo, os complacéis gratuitamente en matar las esperanzas enteramente secretas que me hacen vivir! Quereis, después de haberme hecho prometer tanta constancia, y haber mostrado tanto horror á las mugeres que no tienen mas que caprichos, hacerme entender que, semejante á todas las mugeres de París, teneis pasiones, y nada de amor? Por qué pues me habeis pedido mi vida, y por qué la habeis aceptado?

—Hice mal, amigo mio. Sí, una mujer hace mal en dejarse llevar á semejante ceguedad, cuando no puede ni debe recomendarla.

—Comprendo, no habeis sido coqueta sino ligeramente, y....

—Coqueta, odio la coquetería. Ser coqueta, Armando; eso es ser constantemente falsa. Hacerse melancólica con los de mal humor, alegre con los indiferentes, política con los ambiciosos, escuchar con admiracion á los charlatanes, ocuparse de la guerra con los militares, ser apasionada al bien del país con los filantrópicos, tomar en fin para agradar á cada hombre el vestido de talento, la marcha de carater que puede seducirlo sin dar una migaja de su alma; divertirlos á todos, cautivarlos, burlarse de ellos, esto es ser coqueta!

—Pero, yo, amigo mio, soy verdadera con vos, no he participado siempre de vuestras ideas, y cuando me habeis convenido, después de una discusion, no me habeis visto enteramente feliz? En fin, os amo, pero solamente como á una mujer religiosa y pura le es permitido amar. He reflexionado. Soy casada, Armando. Si la manera con que vivo con Mr. de Langeais me deja disponer de mi corazon, las leyes, la decencia, me han quitado el derecho de disponer de mi persona. En cualquier clase que esté colocada, una mujer deshonrada se ve echada del mundo, y yo no conozco aun ejemplo alguno de hombre que haya sabido á que lo comprometerian nuestros sacrificios. La

reciente aventura de Mad. de Beauseant me ha probado muy bien que esos mismos sacrificios son casi siempre las causas de vuestro abandono. Si me amais sinceramente, dejarais de verme por algun tiempo! Yo, me despojaré para vos de toda vanidad, no es esto alguna cosa? Que no se dice de una muger á quien ningun hombre se acerca? Ah, no tiene corazon, no tiene talento, no tiene encanto principalmente. Oh! las coquetas no me harán gracia en nada, y me arrebatarán las calidades que ellas sienten hallarse en mí. Si me queda mi reputacion, que me importa ver disputar mis ventajas por rivales, ellas no las heredarán ciertamente! Vamos, amigo mio, dadme alguna cosa á que os sacrifique tanto! Venid menos á menudo, no os amaré ménos.

—Ah! respondió Armando, con la profunda ironía de un corazon herido, el amor, segun los escritorillos, no se mantiene sino de ilusiones! Nada es mas verdadero, lo veo, es menester que me imagine que soy amado. Pero, mirad, hay pensamientos como heridas de que nunca se convalece; sois una de mis últimas creencias, y advierto en este momento que todo es falso aquí abajo.

Ella se echó á reir.

—Si, prosiguió Montriveau con voz alterada, vuestra fe á que quereis convertirme es una mentira que los hombres se fraguan, la esperanza es una mentira apoyada en el porvenir, el orgullo es una mentira entre nosotros, la compasion, la sabiduria, el terror son cálculos mentirosos. Mi felicidad será pues tambien alguna mentira, es menester que me pille yo mismo y consienta en daros siempre un luis por un escudo. Si podeis tan facilmente dispensaros de verme; si no me teneis ni por amigo, ni por amante, no me amais! Y yo, pobre necio, me digo esto, lo sé, y amo!

—Pero, por Dios, mi pobre Armando, os encolerizais!

—Me encolerizo!

—Si, creéis que todo está en cuestion, porque os hablo de prudencia.

En el fondo, ella estaba encantada de la cólera que rebotaba en los ojos de su amante. En este momento, ella lo atormentaba, pero lo juzgaba, y notaba las mas ligeras alteraciones de su fisonomía. Si el general hubiese tenido la desgracia de mostrarse generoso sin discusion, como sucede algunas veces á ciertas almas cándidas, hubiera sido desterrado para siempre, acusado y convencido de no saber amar. La mayor parte de las mugeres quieren ser tenidas por la moralidad violada. No es una de sus lisonjas no ceder nunca sino á la fuerza? Pero Armando no estaba bastante instruido para notar el lazo habilmente preparado por la duquesa. Los grandes hombres que aman tienen tanta infancia en el alma.

—Si no quereis mas que conservar las apariencias, dijo le con sencillez, estoy dispuesto á

—No conservar sino las apariencias! exclamó ella interrumpiéndole. Pero que idea os formais de mí? Os he dado el menor derecho para pensar que pueda ser vuestra?

—Ah, ya! de que hablamos pues? preguntó Montriveau.

—Caballero, me asutais! No, perdonad, gracias, repuso ella con tono frio, gracias, Armando. Me advertís á tiempo de una imprudencia muy involuntaria, creedlo, amigo. Sabéis padecer, decís? Yo tambien, sabré padecer. Dejaremos de vernos; luego, cuando, uno ú otro, hubieremos sabido recuperar un poco de calma, procuraremos formarnos una felicidad aprobada por el mundo. Soy jóven, Armando, un hombre sin delicadeza haria hacer muchas necedades é indiscreciones á una muger de veinte y cuatro años. Pero vos! sereis mi amigo, prometedmelo!

Se sentó en el divan del gabinete, y se quedó con la cabeza apoyada en sus manos.

—Me amais, señora? preguntó levantando la cabeza, y mostrándole una cara llena de resolucion. Decid resueltamente si ó no.

La duquesa se asustó mas con esta interrogacion que lo hubiera sido con una amenaza de muerte, ardid vulgar de que pocas mugeres se asustan en el siglo diez y nueve, no viendo ya á los hombres llevar la espada al lado; pero no hay efectos de pestañas, de cejas, de contracciones en la vista, temblores de labios que comunican el terror cuya expresion viviente son?

—Ah! dijo ella, si fuese libre, si

—No es vuestro marido lo que os incomoda? exclamó alegremente el general paseandose en el gabinete. Mi querida Antonia, tengo un poder mas absoluto que el del autocrata de todas las Rusias. Me entiendo con el fatalismo; puedo, socialmente hablando, adelantarlo ó atrasarlo á mi capricho, como se hace con un reloj. Dirigir el fatalismo, en nuestra máquina política, no es sencillamente conocer sus juegos? Dentro de poco, sereis libre? Entonces, acordaos de vuestra promesa.

—Armando! gritó ella, que quereis decir? Gran Dios! creéis que yo pueda ser la ganancia de un crimen? Quereis mi muerte! Pero, no teneis ninguna religion? Yo, temo á Dios. Aunque Mr. de Longeais me haya dado derecho para aborrecerle, no le deseo mal alguno.

Mr. de Montriveau, que tocaba maquinalmente la retirada con sus dedos sobre el mármol de la chimenea se contentó con mirar á la duquesa con aire tranquilo.

—Amigo mio, dijo ella continuando, respetadle. No me

ama, no es bueno para mí, pero tengo deberes que cumplir respecto á él. Para evitar las desgracias con que me amenazais, que no haré yo. Escuchad. No os hablaré mas de separacion: vendreis aquí como en lo pasado; os seguiré dando mi frente á besar; si os la he dado alguna vez, ha sido para coquetería, en verdad. Pero entendámonos, dijo ella viéndolo acercarse. Me permitireis aumentar el número de mis pretendientes; recibir por las mañanas aun mas que antes; quiero redoblar la ligereza; quiero trataros muy mal en la apariencia, fingir un rompimiento, vendreis un poco mas á menudo; y luego, despues,...

—Despues, repuso Montriveau, no me hablareis mas de vuestro marido.

Mad. de Langeais guardó silencio.

—Al menos, dijo ella despues de una pausa espresiva, haré todo lo que yo quiera, sin gruñir, sin ser malo, decid, amigo mio? No habeis querido asustarme? Vamos, confesadlo, sois muy bueno para concebir nunca pensamientos criminales. Pero tendreis secretos que no sepa yo? Como podreis dominar la suerte?

—En el momento en que confirmais el don que me habeis hecho ya de vuestro corazon, soy demasiado feliz para saber lo os he de responder. Tengo confianza en vos, Antonia, no tendré ni sospechas, ni falsos celos. Pero, si el acaso os hace libre, estamos unidos....

—El acaso, Armando, dijo ella haciendo uno de aquellos lindos movimientos de cabeza que parecen llenos de cosas, pero que esta especie de mugeres lanzan á la ligera, como una cantatriz juega con su voz. El puro acaso repuso ella. Sabedlo bien; si ocurriese, por culpa vuestra, alguna desgracia á Mr. de Langeais, nunca seré vuestra.

Se separaron contentos uno de otro. La duquesa habia hecho un pacto que le permitia probar al mundo, con sus palabras y sus acciones, que Mr. de Montriveau no era su amante. En cuanto á él, la astuta se prometía cansarlo, no concediéndole otros favores que los sorprendidos en las luchas pequeñas cuyo curso contenia ella á su arbitrio. Sabia revocar con tanta gracia el dia siguiente las concesiones admitidas la vispera; estaba tan seriamente determinada á permanecer físicamente virtuosa, que no conocia ningun peligro para ella en los preliminares, temibles solamente á las mugeres muy enamoradas. En fin, una duquesa separada de su marido ofrecia pocas cosas al amor, sacificandole un casamiento desde mucho tiempo.

Por su parte, Montriveau enteramente feliz para obtener la mas vaga de las promesas, y apartar para siempre las objeciones que una esposa saca de la fe conyugal para negarse al

amor, se aplaudia de haber conquistado un poco mas de terreno. Tambien durante algun tiempo, abusó de los derechos de usufruto que le habian sido tan difícilmente otorgados. Mas niño que nunca, este hombre se dejaba ir á todas las niñerías que hacen del primer amor la flor de la vida. Se hacia pequeño entregando su alma y todas las fuerzas engañosas que le comunicaba su pasion, en las manos de aquella muger, sobre aquellos rubios cabellos cuyos rizos besaba, sobre aquella brillante frente que veia pura.

Inundada de amor, vencida por los effluvios magnéticos de un sentimiento tan ardiente, la duquesa vacilaba en dar origen á la contienda que debia separarlos para siempre. Era mas muger de lo que creia, esta desgraciada criatura, tratando de conciliar las exigencias de la religion con las vivaces conmociones de que se prendan los parisienses. Todos los Domingos oia misa, no faltaba á ninguno de los oficios; luego, por la noche se entregaba á las embriagantes diversiones que proporcionan los deseos reprimidos sin cesar. Armando y Mad. de Langeais se parecian á los faquires de la India que son recompensados de sus virtudes por las tentaciones que les producen.

Todas las mañanas se proponia la duquesa cerrar su puerta al marques de Montriveau; luego, por las noches, á la hora dicha se dejaba encantar por él. Despues de una débil defensa, se hacia menos maligna; su conversacion venia á ser amable, suave; solo dos amantes podian ser así. La duquesa desplegaba su mas brillante talento, sus mas atractivas lisonjas; luego, cuando habia exaltado su espíritu, se enojaba siempre si Montriveau llevado de su pasion trataba de pasar las barreras.

Ninguna muger se atreve á negarse sin motivo al amor; nada mas natural que ceder á él. Así Mad. Langeais fué pronto cercada por una segunda línea de fortificaciones, mas difícil de vencer que lo habia sido la primera. Evocó los terrores de la religion.

Nunca el padre de la Iglesia mas elocuente ha defendido mejor la causa de Dios: nunca las venganzas del Altísimo fueron mejor justificadas que por la voz de la duquesa. No empleaba ni frases de sermones, ni ampliaciones de retórica. No, tenia su oratoria peculiar. A la súplica mas ardiente de Armando respondia con una mirada humedecida en llanto, con un gesto que pintaba una horrible plenitud de sentimientos; le hacia callar pidiéndole perdon, no queria oírle una palabra de mas, sucumbiria y la muerte le parecia preferible á una dicha criminal.

—No hay mas que desobeder á Dios? le decia buscando una voz debilitada por los combates interiores sobre los cuales esta linda cómica parecia tomar difícilmente un imperio pasajero. Los

hombres, al mundo entero, os los sacrificaría voluntariamente; pero sois muy egoísta en pedirme todo mi porvenir.

—Vamos! no sois feliz? añadía alargándole la mano y mostrándole á él con una negligencia que ciertamente ofrecía suavemente consuelos de que siempre se pagaba.

Si, para contener á un hombre cuya ardiente pasión le producía comoceiones no acostumbradas, ó si por debilidad, se dejaba dar algún beso rápido, al instante fingía miedo, se sonrojaba y echaba á Armando de su canapé, en el momento en que el canapé llegaba á serle peligroso.

—Vuestros placeres son pecados que yo espío, Armando, me cuestan penitencias, remordimientos, decía ella.

Cuando Montriveau se veía á dos sillas de esta basquiña aristocrática, se ponía á blasfemar. Entonces, la duquesa se enojaba.

—Pero, amigo mío, decía ella secamente, no comprendo porque os negáis á creer en Dios, porque es imposible creer en los hombres. Callaos, no habléis así, teneis el alma demasiado grande para aveniros con las tonteras del liberalismo que quiere matar á Dios.

Las discusiones teológicas y políticas le servían de duchas para calmar á Montriveau, que no sabía ya volver al amor cuando ella excitaba su cólera, lanzándolo, á mil leguas del gabinete, en las teorías del absolutismo que ella defendía á las mil maravillas. Pocas mugeres se atreven á ser democráticas, están entonces muy en contradicción con su despotismo en cuanto á sentimientos. Pero muy á menudo también el general sacudía su cabellera, dejaba la política, bramaba como un león, se batía por los flancos, se lanzaba sobre su presa, volvía terrible del amor á su querida, incapaz de llevar mucho tiempo su corazón y su pensamiento en fragancia. Entonces, si esta muger se sentía estimulada por una fantasía bastante incitativa para comprometerla, sabía salir de su gabinete; dejaba el aire cargado de deseos que respiraba en él, iba á su salón, se ponía al piano, cantaba las arias mas deliciosas de la música moderna, y engañaba así el amor de los sentidos, que a veces no le hacía gracia, pero que tenía fuerza para vencer. En estos momentos, era sublime a los ojos de Armando; porque ella no fingía, era veraz, y el pobre amante se creía amado. Esta resistencia egoísta le hacía tener por una santa y virtuosa criatura; y se resignaba, y hablaba de amor platónico, el general de artillería.

Así que hubo jugado bastante con la religión por su interés personal, Mad. de Langeais jugó con el de Armando. Quiso conducirle á sentimientos cristianos. Se rehizo el Genio del Cristianismo, á uso de los militares. Montriveau se impacientó, háló su yugo pesado. Oh, entonces, por espíritu de contradicción,

le rompió la cabeza hablandole de Dios, para ver si Dios la libraba de un hombre que caminaba á su fin con una constancia de que ella empezaba á espantarse. Por otra parte, se complacía en prolongar toda disputa que parecía eternizar la lucha moral, después de la cual venía otra lucha material peligrosa por otro estilo diferente.

Una noche, Armando llegado casualmente muy temprano, halló al clérigo Mr. Gondrand, director de la conciencia de Mad. de Langeais, sentado en un sillón, junto á la chimenea, como un hombre con ganas de digerir su comida y las lindas confianzas de su dirigida. La vista de este hombre de tez fresca y descansada, cuya cara estaba tranquila, la boca ascética, la mirada maliciosamente inquisidora, que tenía en su porte una verdadera nobleza eclesiástica, y ya en su trage el morado episcopal, se oscureció singularmente la cara de Montriveau. Fuera de su amor, al general no le faltaba tacto; penetró, cambiando algunas miradas con el futuro obispo, que este hombre era el promotor de las dificultades con que el amor de la duquesa se armaba para él. Que un clérigo ambicioso jugase por tablas y detuviese la felicidad de un hombre engañado como lo era Montriveau!... Este pensamiento hirvió sobre su cara, le contrajo los dedos, le hizo levantar, andar, patear; luego, cuando volvía á su sitio, con intención de promover un estrépito, una sola mirada de la duquesa bastaba para calmarlo. Mad. de Langeais, de ninguna manera embarazada con el triste silencio de su amante, con quien otra muger se hubiera incomodado, continuaba conversando muy racionalmente con Mr. Gondrand, de Lusignan, acerca de la necesidad de restablecer la religión en su antiguo esplendor; explicaba ella, mejor que lo hacía el clérigo, porque la iglesia debía ser un poder á la vez temporal y espiritual; y sentía que la cámara de los Pares no tuviese todavía su *banco de los Obispos* como la cámara de los Lores tenía el suyo.

No obstante, el clérigo, sabiendo que la cuaresma le permitía desquitarse, cedió la plaza al general y se fué. Apenas la duquesa se levantó para hacer a su director la humilde reverencia que había recibido de él, tan turbada estaba con la actitud de Montriveau.

—Que teneis, amigo mío?

—A este clérigo sobre el estómago.

—Por qué no tomáis un libro? le dijo ella, sin cuidarse de ser ó no escuchada por el clérigo que cerraba la puerta.

Montriveau permaneció callado durante un momento, porque la duquesa acompañó estas palabras con un gesto que revelaba mas la profunda impertinencia.

—Querida, Antonia, os doy gracias por dar la preferencia

el amor, pero por favor, aguantad que os dirija una pregunta.

—Ha! me preguntais! Me gusta mucho, repuso ella. No sois amigo mio? puedo ciertamente mostraros el fondo de mi conciencia, no vereis en él mas que una sola imagen.

—Hablais á ese hombre de nuestro amor?

—Es mi director.

—Sabe que os amo?

—Mr. de Montriveau, no pretendeis, pienso conocer los secretos de mi conciencia.

—Asi ese hombre conoce todas nuestras contiendas y mi amor a vos...

—Un hombre, caballero, ese no es hombre.

—Debo estar solo en vuestro corazon ó no volveré mas aqui.

—Partid, Armando. Adios, adios para siempre.

Se levantó ella y se fué a su gabinete, sin dirigir ni una mirada a Montriveau, que quedó en pié, con la mano apoyada sobre una silla. Cuanto tiempo estuvo asi, nunca lo supo él mismo. El alma tiene el poder de estender y de acortar el espacio. Abrió la puerta del gabinete, estaba oscuro. Una voz debil se hizo fuerte para decir agriamente:

—No he llamado. Ademas, por qué entrar sin órden? Dejadme.

—Sufres pues? dijo Montriveau.

—Levantaos, caballero, repuso ella llamando, y salid de aqui, al menos por un momento.

—La señora duquesa pide luz, dijo él al criado que vino al gabinete á encender las bugías.

Cuando los dos amantes estuvieron solos, Mad. Langeis permaneció recostada en su divan, muda, inmóvil, absolutamente como si Montriveau no estuviese allí.

—Querida, dijo él con un acento de dolor y de bondad sublime, no tengo razon. No te queria ciertamente sin religion....

—Es una felicidad, replicó ella sin mirarlo y con una voz dulce, que reconozcáis la necesidad de la conciencia. Os doy gracias por Dios.

Aqui el general, abatido por la insolencia de esta muger, que sabia á su voluntad ser una estraña ó una hermana para él, dió hacia la puerta, un paso de desesperacion, é iba á abandonarla para siempre sin decirle una sola palabra. Padecia, y la duquesa se veia ella misma de los padecimientos causados por un tormento moral mucho mas cruel que lo era en otro tiempo el tormento judicial. Pero no era dueño de irse.

En toda especie de crisis, una muger es de cualquier suerte abundante en cierta cantidad de palabras, y cuando no las ha

dicho, experimenta la sensacion que produce la vista de una cosa incompleta; luego, Mad. de Langeis, que no lo habia dicho todo, volvió á tomar la palabra.

—No tenemos las mismas convicciones, general.... estoy dezasonada de ello. Seria horrible para una muger no creer en una religion que permite amar mas allá del sepulcro. Dejo á parte los sentimientos cristianos, no los comprendo; no, dejadme hablaros solamente de las conveniencias.... Los liberales no mataran, á pesar de su deseo, el sentimiento religioso. La religion será siempre una necesidad política. Os encargariais de gobernar un pueblo de habladores? Napoleon no se atrevia á ello, perseguia á los ideólogos. Para impedirles el charlar, es menester imponerles sentimientos. Aceptamos pues la religion católica con todas sus consecuencias. Si queremos que la Francia vaya á misa, no debemos comenzar yendo nosotros mismos? La religion, Armando, es, lo sabeis? el vínculo de los principios conservadores que permiten á los ricos vivir tranquilos. La religion está íntimamente ligada á la propiedad. Es ciertamente mas bello conducir á los pueblos por ideas morales que por patibulos, como en tiempo del terror, único medio que vuestra detestable revolucion inventó para hacerse obedecer. El altar y el rey, esto es vos, esto es yo, esto es la princesa vecina; estos son en una palabra todos los intereses de las personas honradas. Vamos, amigo mio, tened á bien pues ser de vuestro partido, vos que podriais llegar á ser el Sila, si tuvieseis la menor ambicion. Ignoro la política, ratiocino acerca de ella por sentimiento; pero sé sin embargo lo bastante para penetrar que la sociedad se trastornaria si se le dejase poner á cada momento las bases en cuestion.

—Si vuestra corte, si vuestro gobierno piensan asi, me dais compasion, dijo Montriveau. La restauracion, señora, debe decirse á sí misma como Catalina de Médicis cuando creyó perdida la batalla de Dreux: Muy bien! iremos al sermón! Luego, 1815 es vuestra batalla de Dreux. Como el trono de este tiempo, lo habeis ganado de hecho, pero perdido de derecho. El protestantismo político está victorioso en los ánimos. Si no quereis hacer un Edicto de Nantes; ó si, haciendolo, lo revocais; si sois un dia cogidos y convencidos de no querer ya la Carta, que no es mas que una prenda dada á la conservacion de los intereses revolucionarios, la revolucion se alzará terrible, y no os dará mas que un golpe; no es ella la que saldrá de Francia; es el suelo mismo. Los hombres se dejan matar; pero no los intereses.... Ah! Dios mio, que nos importan la Francia, el trono, la legitimidad, el mundo entero? Estas son pamplinas respecto á mi felicidad. Reinad, derribaos, poco me importa. Donde estoy pues?

—Amigo mio, estais en el gabinete de la señora duquesa de Langeais.

—No, no, nada de duquesa, nada de Langeais, estoy al lado de mi querida Antonia!

—Quereis hacerme el placer de permanecer donde estais? dijo ella riendose y desviandolo, pero sin violencia.

—No me habeis pues amado nunca! dijo él con una rabia que salia como rayos de sus ojos.

—No, amigo mio.

—Este no equivalia a un sí.

—Soy un gran necio, repuso él besando la mano de aquella terrible reina convertida en muger.

—Antonia, dijo, apoyando la cabeza sobre sus pies, eres demasiado castamente tierna para decir nuestras felicidades á cualquiera en el mundo.

—Ah! sois un gran necio, dijo ella levántandose con un movimiento gracioso aunque vivo. Y sin decir una palabra mas, corrió al salon.

—Que es lo que tiene pues? se preguntó el general que no sabia penetrar el poder de las conmociones que su cabeza humeante habia comunicado aelectricamente de los pies á la cabeza de su querida. En el momento en que llegaba furioso al salon oyó melodias celestiales. La duquesa estaba en el piano.

Los hombres científicos ó poetas que pueden a un tiempo comprender y gozar sin que la reflexion perjudique á sus placeres, conocen que el alfabeto y la fraseologia musical son los instrumentos íntimos del músico, como la madera y el metal son del que ejecuta. Para ellos, existe una música a parte en el fondo de la doble expresion de este lenguaje sensual de las armas. *Andiamo, mio ben*, puede arrancar lágrimas de alegría ó hacer reír de compasion, segun la cantatriz. A menudo, en el mundo, una joven espirando bajo el peso de una pena desconocida, un hombre cuya alma vibra bajo los tormentos de una pasion, toman un tema musical, y se entienden con el cielo, ó se hablan a sí mismos en alguna sublime melodía, especie de poema perdido. Luego, el general escuchaba este momento una de aquellas poesias desconocidas tanto como puede serlo la queja solitaria de un pájaro muerto sin compañera en un bosque virgen.

—Dios mio, que es lo que estais tocando? dijo él con voz conmovida.

—El preludio de un romance llamado, segun creo, *Rio Tajo*.

—No sabia que pudiese ser música de piano, repuso él.

—Ah! amigo mio, dijo ella dirigiéndole por primera vez

una mirada de muger enamorada, no sabeis ya que os amo, que me haceis padecer horriblemente, y que es menester quejarme sin hacerme comprender mucho, de otro modo seria vuestra. Pero no veis nada!

—Y vos no quereis hacerme feliz?

—Armando, moriria de dolor el día siguiente.

El general se fué bruscamente, pero cuando se halló en la calle, se enjugó las lágrimas que habia tenido fuerza para contener en sus ojos.

En honor de esta muger, es necesario decir que era buena de corazon. Por falta de poder comparar el bien con el mal, por falta de padecimientos que le hubiesen hecho conocer las relumbrantes delicias de la luz, se complacia en permanecer en las tinieblas. Armando, que comenzaba á entrever esta rara situacion, espera constantemente. Pensaba, todas las noches, cuando salia de casa de Mad. de Langeais, que una muger no aceptaba por espacio de siete meses los obsequios de un hombre y las pruebas de amor mas tiernas, mas delicadas, no se abandonaba á las exigencias superficiales de una pasion, para engañarla en un momento, y esperaba pacientemente la estacion del sol, no dudando recoger en ella los frutos en tiempo.

Turbado como un amante joven todavia que no se atreve á creer en la humillacion de su ídolo, vaciló largo tiempo, y conoció las terribles reacciones del corazon, las voluntades muy determinadas que una palabra aniquila, las decisiones tomadas que espiran en umbral de una puerta. Se despreciaba por no tener fuerza para decir una palabra, y no la decia. No obstante, una noche procedió por una opaca melancolia á la demanda feroz de sus derechos ilegalmente legítimos. La duquesa no oyó la peticion de su esclavo para penetrar su deseo. Un deseo de hombre está secreto alguna vez; las mugeres no tienen toda la ciencia infusa de ciertas mudanzas de fisonomia?

—Que es eso! quereis dejar de ser mi amigo? dijo ella interrumpiéndole á la primera palabra, y lanzándole miradas embellecidas con un encarnado divino que corrió como una sangre nueva bajo su tez diáfana. Para recompensarme de mis generosidades, quereis deshonrarme.

Reflexionad pues! Yo, he reflexionado mucho; pienso siempre en *nosotros*. Existe una probidad de muger á la cual no debemos faltar como vosotros no debeis faltar al honor. No sé engañar. Si fuese vuestra, no podria ser de ninguna manera la esposa de Mr. de Langeais. Exigis pues el sacrificio de mi posicion, de mi clase, de mi vida, por un amor dudoso que no ha tenido paciencia por siete meses. Que! ya querriais arrebatarme la libre disposicion de mí misma. No, no me habeis mas asi. No, no me digais nada. No quiero, no debo escucharos.

Al llegar aquí, Mad. de Langeais se cogió el peinado con las dos manos para echarse lo rizo que le enardecían la frente, y pareció mas animada.

—Venís á casa de una débil muger con cálculos bien determinados, diciéndolos: Ella me hablará de su marido durante cierto tiempo, luego de Dios, despues de las consecuencias inevitables del amor, pero usaré, abusaré del influjo que hubiere conquistado; me haré necesario; tendré para mí los vínculos de la costumbre, los arreglos hechos enteramente por el público; en fin, cuando el mundo hubiere concluido por aceptar nuestra union, seré dueño de esta muger. Sed franco, estos son vuestros pensamientos.... Ah! calculais, y decís que amais. Vaya! Estais enamorado, lo creo.

—Callaos, basta, basta, prosiguió ella viendolo dispuesto á hablar, no tenéis ni corazon, ni alma, ni delicadeza. Sé lo que queréis decirme. Pues bien, sí. Mejor quiero pasar á los ojos del mundo por una muger ordinaria, que ser condenada á penas eternas, despues de haber estado condenada á vos. Vuestro egoísta amor no merece tantos sacrificios.....

Estas palabras representan imperfectamente á las que gorgé la duquesa con la viva proligidad de un organillo. Ciertamente, pudo hablar largo tiempo, el pobre Armando no oponía por toda respuesta á este torrente de notas aflautadas sino un silencio lleno de sentimientos horribles. Por primera vez, vislumbraba la coquetería de esta muger y penetraba intuitivamente que el amor rendido, el amor participado no calculaba, no raciocinaba así en una muger veraz. Luego experimentaba una especie de vergüenza al acordarse de haber involuntariamente hecho los cálculos cuyos odiosos pensamientos le eran echados en cara. Despues examinandose con una buena fé enteramente angelical, no encontraba mas que egoísmo en sus palabras, en sus ideas, en sus respuestas concebidas y no expresadas. Se echó la culpa; y, en su desesperacion, tuvo ganas de tirarse por la ventana. El *yo* le mataba. Que decir en efecto á una muger que no cree en el amor?—Dejadme probaros cuanto os amo. Siempre *yo*.

Montriveau no sabia, como, en estas clases de circunstancias, lo saben los héroes de gabinete, imitar la tosca lógica ante la vista de los pirronistas que negaban el movimiento. A este hombre osado le faltaba precisamente la audacia habitual á los amantes que conocen las fórmulas del álgebra femenina. Si tantas mugeres y hasta las mas virtuosas son premal nombre, quizá porque son de grandes pruebas; y el amor quiere, no obstante su deliciosa poesia de sentimiento, alguna mas geométrica de lo que se piensa.

Luego, la duquesa y Montriveau parecía que en este punto eran inespertos en amor. Ella conocía muy poco su teoría, ignoraba su práctica, no conocía nada y reflexionaba en todo. Montriveau conocía poco la práctica, ignoraba la teoría, y sentía mucho para reflexionar. Ambos sabían pues la desgracia de esta extraña situación.

En este momento supremo, sus millares de pensamientos podían reducirse á este: «Dejadme poseer.» Frase horriblemente egoísta para una muger en quien estas palabras no causan ningún porvenir y no despiertan imagen ninguna. Luego, aunque tuviese la sangre asactada por estas pequeñas frases en forma de flechas muy agudas, muy frías, muy aceradas, disparadas unas tras otras, Montriveau debía también ocultar su rabia para no perderlo todo por una estravagancia.

—Señora duquesa, estoy desesperado por no haberse inventado para la muger otro modo de confirmar el don de su corazon sino añadiéndole el de su persona. El alto precio que os ponéis á vos misma me demuestra que no debo darle una menor. Si mi felicidad os es un sacrificio tan penoso, no hablemos mas de ella. Solamente perdonaréis á un hombre de valor el que se crea humillado viéndose tenido por un perro faldero.

El tono de esta última frase hubiera quizá asustado á otras mugeres; pero cuando una de estas que gastan basquiña se sobrepone á todo, ningún poder humano es mas orgulloso que lo que ella sabe serlo.

—Señor marques, estoy desesperada porque no se haya inventado para el hombre un modo mas noble de confirmar el don de su corazon sino manifestando deseos extraordinariamente vulgares. No quiero ser una segunda edicion de la historia de Mad. de Beauseant. Se sabe alguna vez lo que os retiene á nuestro lado? Nuestra constante frialdad es el secreto de la constante pasión de alguno de vosotros; á otros, es menester un sacrificio perpetuo, una adoracion de todos los momentos; á aquellos, la dulzura; á estos, el despotismo. Ninguna muger ha podido descifrar vuestros corazones.

Hubo una pausa, despues de la cual cambió de tono.

—En fin, amigo mio, no podeis impedir á una muger que tiemble a esta pregunta:—Seré amada siempre? Por duras que sean, mis palabras me son dictadas por el temor de perderos. Dios mio! no soy, yo, querido, quien habla, sino la razón; y como puede temer una persona tan loca como yo? en verdad, no sé nada.

Oír esta respuesta comenzada por la mas destrozante ironía, y terminada con los acentos mas melodiosos de que una muger se ha servido para pintar el amor con su ingenuidad, no era ir en

un momento de martirio al cielo? Montriveau perdió el color, y cayó por primera vez en su vida á los pies de una mujer. Besó las extremidades del traje de la duquesa, los pies, las rodillas; pero, en honor de arrabal de San German, es necesario no revelar el misterio de sus gabinetes, donde se quería todo del amor, menos lo que podía atestiguar el amor.

—Querida Antonia, exclamó Montriveau en el delirio en que lo sumió el completo abandono de la duquesa, que se creyó generosa dejándose adorar. Sí, tienes razón, no quiero que te conserves con dudas. En este momento, tiemblo también ser dejado por el ángel de mi vida, y quisiera inventar para nosotros lazos indisolubles.

—Ah! dijo ella en voz muy baja, ya ves que tengo razón.

—Dejadme concluir, repuso Armando, voy á disipar todos tus temores con una sola palabra. Escucha, si te abandonára, merecería mil muertes. Se toda mía, te daré el derecho de matarme si te vendiese. Escribiré yo mismo una carta en la cual declararé ciertos motivos que me obligaban á matarme; en fin, pondré en ella mis últimas disposiciones. Tu poseerás este testamento que legitimará mi muerte, y así podrás vengarte sin tener nada que temer ni de Dios ni de los hombres.

—Necesito de esa carta? Si perdiese tu amor, que me importaría la vida? Si quisiese matarte que me importaría la vida? No, te doy gracias por la idea, pero no quiero esa carta. No podría creer que me eras fiel por temor; ó, el peligro de una infidelidad no podría ser un atractivo para el que entrega así su vida? Armando, lo que yo pido es solo difícil de hacer.

—Y que quieres pues?

—Tu obediencia y mi libertad.

—Dios mío, exclamó él, soy un niño.

—Un niño voluntarioso y muy mimado, dijo ella acariciando la espesa cabellera de aquella cabeza que tenía á sus pies. Oh! sí, mucho mas amado de lo que él cree, y sin embargo muy desobediente. Por qué no permanecer así; por qué no sacrificarme deseos que me ofenden; por qué no aceptar lo que concedo, si es todo lo que honradamente puedo otorgar? No sois pues feliz?

—Oh! sí, dijo él, soy feliz cuando no tengo dudas. Antonia, en amor, dudar, no es morir?

Y se mostró de repente lo que era y lo que son todos los hombres bajo el fuego de los deseos, elocuente, insinuante. Después de haber gustado los placeres permitidos sin duda por un onkase secreto y jesuitic, la duquesa experimentó aquellas conmociones cerebrales cuya costumbre le había hecho el amor de Armando, tan necesario, como lo eran el mundo, el baile y la ópera.

Verse adorada por un hombre cuya superioridad, carácter inspiran horror, hacer de él un niño; jugar a las muñecas con un Nerón; muchas mugeres, como hicieron las esposas de Enrique VIII, pagaron esta arriesgada felicidad con toda la sangre de sus venas. De resultas de estas reflexiones la duquesa decía para sí:—Este hombre es capaz de matarme, si advierte que me divierte con él.

Mr. de Montriveau quedó hasta las dos de la mañana al lado de la duquesa, que, desde este momento, no le pareció ni una duquesa, ni una Navarreins; había ella llevado el disfraz hasta el extremo de parecerle muger. Estubo con él muy sencilla, muy ingenua. Se fué pues el general teniéndose por muy feliz por haberla en fin vencido á darle tantas pruebas de amor, que parecía imposible no ser en lo sucesivo, para ella, un esposo secreto cuya eleccion era aprobada por el cielo.

En este pensamiento, con el candor de los que sienten todas las obligaciones del amor saboreando sus placeres, Armando volvió á su casa lentamente. Siguió por los malecones, a fin de ver el mayor espacio posible de cielo; quería alargar el firmamento y la naturaleza hallándose aumentado su corazón. Sus pulmones le parecía que aspiraban mas aire que el día anterior. Al andar, se preguntaba, y se prometía amar muy religiosamente a aquella muger.

El día siguiente, Mr. de Montriveau fue temprano al arrabal de San German. Tenía una cita en una casa inmediata a la de Langeais, donde, cuando hubo concluido sus negocios, fué como se va a su casa. El general iba entonces acompañado de un hombre al cual parecía tener una especie de aversion cuando lo encontraba en los salones. Este hombre era el marques de Ronquerolles, cuya reputacion llegó á ser tan grande en los gabinetes de Paris; hombre de talento, hombre de valor principalmente, y que daba el tono á toda la juventud de Paris; un hombre caballeroso cuyos sucesos y experiencia eran igualmente envidiados, y al cual no faltaban ni los bienes, ni el nacimiento que añaden en Paris tanto lustre á las cualidades de las personas a la moda.

—Donde vas tú?.... dijo Mr. de Ronquerolles a Montriveau.

—A casa de Mad. Langeais.

—Ah! es verdad, se me olvidaba que te habías dejado eager en su liga. Pierdes un amor que podrías emplear mucho mejor. Puedo darte en el Banco mil mugeres que valen mil veces mas que esa cortesana con título, que hacen con su cabeza lo que otras mugeres mas francas hacen....

—Que decis, querido mío? dijo Armando interrumpiendo á Ronquerolles, la duquesa es un ángel de candor.

Rouquerolles se echó a reír.

—Pues tu estás en eso, querido mío, dijo este, debo ilustrarte. Una sola palabra entre nosotros, no tiene consecuencias. La duquesa te pertenece? En ese caso, no tendría nada que decirte. Vamos, hablame con confianza. Se trata de no perder el tiempo en engertar tu bella alma en una naturaleza ingrata, que deja abortar la esperanza de cultivo.

Cuando Armando hizo sencillamente una especie de estado de su situación en el que mencionó los derechos que había tan trabajosamente obtenido, Rouquerolles dió una carcajada tan cruel, que á cualquiera le hubiera costado la vida. Pero al ver de que manera estos dos seres se miraban y se hablaban solos en un rincón, tan lejos de los hombres como hubieran podido estarlo en medio de un desierto, era fácil presumir que una amistad sin límites los unía y que ningún interés humano podía descomponerlos.

—Mi querido Armando, si me hubieras dicho que te habías cortado con la duquesa, te hubiera dado algunos consejos que te hubieran hecho llevar bien esta intriga. Debes saber desde luego que las mugeres de nuestro arrabal quieren, como todas las demás, bañarse en el amor; pero quieren poseer sin ser pesadas. Han transigido con la naturaleza... La jurisprudencia les ha permitido casi todo menos el pecado mortal. Las golosinas que te regala tu linda duquesa son frioleras insignificantes. Conocemos esa especie de mugeres, la parisiense enteramente pura. Has visto alguna vez en las calles a las costureras menudeando el pase. Su cabeza parece un cuadro: gracioso gorro, mejillas sonrosadas, cabellos lindos, sonrisa fina, el resto casi descuidado. No es este su retrato? Esta es la parisiense. Sabe que solo verán su cabeza; en su cabeza todo el cuidado, compostura, vanidad. Pues bien! tu duquesa es toda cabeza. No siente sino por su cabeza, tiene un corazón en la cabeza, una voz en la cabeza, es delicada por la cabeza. Llamamos a esa cosa pobre una *Laïs* intelectual. Se ha jugado contigo como con un niño. Si dudas de ello, tendrás la prueba esta noche, esta mañana, al instante. Sabe a su casa, prueba llamarla, querer imperiosamente lo que te se reusa; aun cuando tu cojas allí como el difunto cardenal de Richelieu, la nada en el taburete.

Armando estaba atontado.

—La deseas hasta el punto de haber llegado á ser necio?

—La quiero a todo precio! exclamó Montriveau desesperado.

—Pues bien, escucha. Sé tan implacable como ella lo será; procura humillarla, picar su vanidad; interesar no el corazón, no el alma, sino los nervios y la linfa de esa muger a la vez ner-

viosa y linfática. Si puedes hacerle nacer un desco, eres salvo. Pero deja tus bellas ideas de niño. Si, habiéndola cogido entre tus garras de águila, si ella cree poder aun dominarte, se escurrirá de tus uñas como un pescado y se escapará para no dejarse coger mas. Sé inflexible como la ley. No tengas caridad como no la tiene el verdugo. Cuando hubieres pegado, pega mas. No dejes de pegar como si diceses el castigo ruso, el knout. Las duquesas son duras, mi querido Armando, y las naturalezas de estas mugeres no se ablandan sino á golpes. El padecimiento les da un corazón, y es obra de caridad pegarles. Pega pues sin cesar. Ah! cuando el dolor hubiere ablandado aquellos nervios, suavizado aquellas fibras que tu crees suaves y blandas; hace latir un corazón seco, que, con este jugo, recobrará la elasticidad; cuando los sesos hubieren cedido, la pasión entrará quizá en los resortes metálicos de esa máquina de lágrimas, de maneras, de desmayos, de frases delicadas, y veras el incendio mas magnífico, si la chimenea se enciende todavia. Entonces el sistema de acero femenino tendrá el color del hierro en la fragua, un color mas durable que cualquiera otro, y esta candencia llegará quizá á ser amor. Sin embargo, lo dudo! Además, la duquesa vale tantas penas? Entre nosotros, necesitaria ser primeramente formada por un hombre como yo; haria de ella una muger hechicera, tiene sangre; mientras que entre vosotros dos, quedaríais en el A B C del amor. Pero tu amas, y no participarás en este momento de mis ideas acerca de esta materia.

Mucho placer, hijos míos, añadió Rouquerolles riéndose y despues de una pausa. Me he pronunciado en favor de las mugeres fáciles: al menos, son cariñosas, aman al natural, y no con los condimentos sociales. Pobre muchacho mío, una muger que sutaliza, que no quiere mas que inspirar amor? ah, pero es menester tener una como un caballo de lujo. Si me las hubiese con una muger de ese género, tendría por objeto....

Dijo una palabra al oído de Armando y lo dejó atropelladamente para no oír respuesta.

En cuanto a Montriveau, de un brinco entró en el patio de la casa de Langeais, subió al departamento de la duquesa; y, sin hacerse anunciar, entró en su habitación, en su alcoba.

—Esto no se hace, dijo ella cruzándose de prisa su peñador. Armando, sois un hombre abominable. Vamos, dejadme, os lo suplico. Idos, idos pues. Esperadme en el salón. Andad.

—Querido ángel, dijo él, un amante no tiene privilegio ninguno?

—Pero eso es de un gusto detestable, caballero, sea en un amante, sea en un marido, sorprender así á una muger.

—Perdona, querida Antonia; pero mil sospechas me atormentan el corazón.

—Sospechas, vaya! Ah, vaya, vaya.

—Sospechas casi justificadas. Si me amases, me harías esta reconvencción? No te hubieras alegrado de verme, no hubieras sentido no sé qué movimiento en el corazón? Pero yo que no soy muger, experimento estremecimientos íntimos con el solo sonido de tu voz.

—A lo menos, en este momento, convenid que no sois amable.

—Tengo pues en que agradaros?

—Ah! lo creo. Vamos, dijo ella con aire imperativo, idos, dejadme, no soy como vos; quiero siempre agradaros....

Nunca muger alguna ha sabido mejor que Mad. de Langeais dar tanta gracia á su impertinencia, y esto no es redoblar el afecto, no es poner furioso al hombre mas frío? En este momento sus ojos al sonido de su voz, su actitud manifestaron una especie de libertad perfecta que nunca hay en la muger amante, cuando se halla en presencia de aquel cuya sola vista debe hacerla palpar. Despertado por los consejos del marqués de Ronquerolles, ayudado también por el rápido jago, con que las pasiones dotan momentáneamente á los seres necios, sagaces, pero que se encuentra tan completo en los hombres de talento, Armando penetró la terrible verdad que descubría la libertad de la duquesa, y su corazón se infló como un lago dispuesto á alborotarse.

—Si, ayer, decías verdad, se una, querida Antonia, exclamó él, quiero.....

—Primero, dijo ella rechazándolo con fuerza y calma, cuando lo vió adelantarse, no me comprometais. Mi doncella podría oiros. Respetadme, os lo suplico. Vuestra familiaridad es muy buena; por la tarde, por la tarde, en mi gabinete; pero aquí, no. Luego, que significa *vuestro yo quiero!* Yo quiero! Nadie me ha dicho todavía esa palabra. Me parece muy ridícula, perfectamente ridícula.

—No me cedereis nada sobre este punto? dijo él.

—Ah! llamais un punto, la libre disposición de nosotros mismos; un punto muy capital, en efecto.

—Y si, fiándome en vuestras promesas, lo exigiese!

—Ah! me probariais que erré en haceros la mas leve promesa, no seré tan tonta que la cumpla, y os suplicaré que me dejéis tranquila.

Montriveau perdió el color, quiso arrojarle á ella, la duquesa tiró de la campanilla, vino su doncella, y esta muger le dijo sonriéndose con una gracia burlona:—Tened la bondad de volver cuando haya acabado mi tocador.

Entonces Armando de Montriveau sintió la dureza de aquella muger fría y cortante como el acero. Destruía con el des-

recio. En un momento, rompió los lazos que no eran fuertes para su amante. La duquesa leyó en la cara de Armando sus exigencias secretas de aquella visita, y juzgó que había llegado el instante de hacer conocer á este soldado imperial que las duquesas podían muy bien prestarse al amor, pero que no se entregaban á él, y que su conquista era mas difícil de hacer que lo había sido la de Europa.

—Señora, dijo Armando, no tengo tiempo para esperar. Sois, como lo habeis dicho vos misma, un niño mimado. Cuando quieraseramente alguna cosa, la tendré.

—La tendreis?.... dijo ella con aire de altivez con alguna mezcla de sorpresa.

—La tendré.

—Ah! me daríais un placer en quererlo. Por la curiosidad del hecho, me alegraría de saber como os iba en ello.....

—Estoy encantado, respondió Montriveau de modo de asustar á la duquesa, en poner tanto interés en vuestra existencia. Me permitiréis que venga esta noche por vos para ir al baile?

—Os doy mil gracias; Mr. de Genuilhac se os ha adelantado, lo prometí.

Montriveau saludó gravemente y se retiró.

—Ronquerolles tiene razón, vamos ahora á jugar una partida de ajedrez.

Desde entonces ocultó sus emociones bajo una calma completa. Ningun hombre es bastante fuerte para poder soportar estos cambios, que hacen pasar rápidamente el alma del mayor bien á desgracias supremas. No había pues notado la vida feliz sino para sentir mejor el vacío de su existencia precedente? Esta fué una tempestad horrible; pero sabía sufrir y recibió el ataque de sus pensamientos tumultuosos, como una roca de granito recibe las olas del Océano enfurecido.

—No he podido decirle nada; porque, en su presencia, no tengo ya valor. Ella no sabe hasta que punto es vil y despreciable. Nadie se ha atrevido á poner esta criatura enfrente de ella misma. Sin duda ha jugado bien con los hombres! Yo los vengaré á todos.

Por primera vez quizá en un corazón de hombre, el amor y la venganza se mezclaron tan adecuadamente que era imposible al mismo Montriveau saber quien ganaría, el amor, ó la venganza. Se halló aquella misma noche en el baile donde debía estar la duquesa de Langeais, y casi perdió la esperanza de acercarse á esta muger á la que tuvo tentado de atribuir algo de endemoniada. Ella se mostró con él graciosa y llena de agradables sonrisas. No quería sin duda dejar que el mundo creyese que se había comprometido con Montriveau.

Una mutua demostración de disgusto descubre el amor. Pe-

ro aunque la duquesa no cambiase nada en sus maneras, cuando el marques estaba sombrío y triste; no era esto hacer ver que Armando no habia obtenido nada de ella?

El mundo sabe muy bien penetrar la desgracia de los hombres despreciados, y no lo confunde con las riñas que ciertas mugeres ordenan á sus amantes que afecten con la esperanza de ocultar un mutuo amor, y cada cual se burló de Montriveau que, no habiendo consultado su cornac, permaneció pensativo, paciente; en tanto que Mr. de Ronquerolles le hubiese quizá prescrito comprometer á la duquesa respondiendo á su falsa amistad con demostraciones apasionadas. Armando de Montriveau dejó el baile, teniendo horror á la naturaleza humana, y creyendo todavia apenas en tan completas perversidades.

—Si no hay verdugos para semejantes crímenes, dijo él mirando las ventanas luminosas donde bailaban, hablaban y raian las mas seductivas mugeres de Paris, te cogeré por el cerviguillo, señora duquesa, y te haré sentir un hierro mas punzante que el cuchillo de la Greve. Acero contra acero, veremos cual corazon será mas duro.

PARTÉ TERCERA.

LA MUGER VERDADERA.

El amor crea en la muger una muger nueva, la del dia anterior no existe al siguiente.

LOS MARANA.

Por espacio de casi una semana, Mad. de Lengeais esperó volver á ver al marqués de Montriveau; pero Armando se contentó con enviar todas las mañanas su targeta á la casa de Lengeais. Cada vez que se le entregaba la targeta á la duquesa, no podia dejar de estremecerse herida por tristes pensamientos, pero confusos como lo es un presentimiento de desgracia. Al al leer el nombre, ya creia sentir en sus cabellos la mano poderosa de este hombre implacable, ya el nombre le pronosticaba venganzas que su instable talento le hacia atroces. Será asesinada? Este hombre fuerte como un toro la rebentaria echándola por encima de su cabeza, la pisotearia; cuando, donde, como la cogeria; le haria padecer mucho, y que género de padecimientos meditaba imponerle? Ella lo habia meditado muy bien para no temerle; se arrepentia. A ciertas horas, si él hubiese sido, se hubiera ella arrojado á sus brazos con un completo abandono.

Todas las noches, al dormirse, veia la cara de Montriveau bajo un aspecto diferente. Unas veces su sonrisa amarga; otras la contraccion jupiteresca de sus cejas, su mirada de leon, ó algun altivo movimiento de hombros se lo hacian terrible.

Entonces, el día siguiente, la targeta le parecía cubierta de sangre. Vivía agitada por este nombre, mas que lo había estado por el amante fogoso, obstinado, exigente. Luego sus aprensiones se aumentaban mas en el silencio; estaba obligada á prepararse, sin socorro extraño, á una lucha horrible de que no le era permitido hablar.

Esta alma, orgullosa y dura, era mas sensible á las picazonas del odio que lo que poco antes había sido á las caricias del amor. Ah! si el general la hubiese podido ver en el momento en que ella juntaba las arrugas de su frente entre sus cejas, sumergiéndose en amargos pensamientos en el fondo del gabinete donde había saboreado tantos contentos, quizá hubiera concebido grandes esperanzas. El orgullo no es uno de los sentimientos humanos que no puede producir sino acciones nobles. Aunque Mad. de Langeais guardase el secreto de sus pensamientos, es permitido suponer que Mr. de Montriveau no le era indiferente. No es una inmensa conquista para un hombre ocuparse de una muger? En ella, debe necesariamente hacerse un progreso en un sentido ó en otro. Poned una criatura femenina bajo los piés de un caballo furioso, delante de algun animal terrible; caerá ciertamente de rodillas, esperará la muerte; pero si el animal es clemente y no la mata, amará al caballo, al leon, al toro, hablará de ellos muy bien. La duquesa se sentía bajo los piés del leon; temblaba, no lo aborrecía.

Estas dos personas, tan singularmente colocadas una en frente de otra, se encontraron tres veces en el mundo durante aquella semana. Cada vez, en respuesta á interrogaciones afectadas, la duquesa recibió de Armando saludos respetuosos y sonrisas irónicas tan crueles, que confirmaban todas las aprensiones inspiradas en la mañana por la targeta. La vida no es mas que lo que nos la hacen los sentimientos; estos habían abierto abismos entre estas dos personas.

La condesa de Serizy, hermana del marques de Ronqueroles, daba al principio de la semana un gran baile al que debía ir Mad. de Langeais. La primera cara que vió la duquesa al entrar fué la de Armando. Armando la esperaba esta vez, lo creyó al menos. Ambos se miraron. Un sudor frio salió repentinamente de todos los poros de la duquesa. Había creído á Montriveau capaz de alguna venganza inaudita, proporcionada á su estado. La venganza la había hallado, estaba dispuesto, caliente, hirviendo. Los ojos del amante vendido le lanzaron rayos, y su cara relumbraba con un odio feliz. Tambien, á pesar de la voluntad que tenía la duquesa de espresar frialdad é impertinencia, su vista se entristeció. Fué á colocarse junto á la condesa de Serizy, que no pudo menos de decirle:

—Que teneis, querida Antonia? Causais miedo.

—Una contradanza, me aliviara, respondió ella dando la mano á un jóven que se adelantó.

Mad. de Langeais se puso á valsar con una especie de furor y de cólera que redobló la mirada pesada de Montriveau. Quedó este en pié, delante de los que se divertían en ver á los que bailaban. Cada vez que la duquesa pasaba por delante de él, sus ojos se clavaban sobre aquella cabeza que daba vueltas, como los de un tigre sobre su presa. Concluido el valse, la duquesa se sentó junto á la condesa, y el marques no dejó de mirarla hablando con un desconocido.

—Caballero, le decía él, una de las cosas que mas me llamaron la atención en ese viaje (la duquesa era toda oídos) es la frase que pronuncia el encargado de Westminster enseñandoos el hacha con que un hombre enmascarado cortó, dicen, la cabeza de Carlos I.^o

—Que dice? preguntó Mad. de Serizy.

—No toqueis al hacha, respondió Montriveau con un sonido de voz en que había amenaza.

—En verdad, señor marques, dijo la duquesa de Langeais, mirais mi pescuezo con un aire tan melodramático, al repetir esa historia antigua, como todos los que van á Londres, que me parece veros con una hacha en la mano.....

Estas últimas palabras fueron pronunciadas riéndose, aunque un sudor frio bañase á la duquesa.

—Pero esta historia es, por circunstancia, enteramente nueva, respondió él.

—Como es eso, os suplico, por favor, en qué?

—En que vos, señora, habeis tocado el hacha, le dijo Montriveau en voz baja.

—Que graciosa profecía! replicó ella sonriéndose con gracia afectada. Y cuando debe caer mi cabeza?

—No deseo ver caer vuestra linda cabeza, señora. Temo tan solo para vos alguna desgracia. Si os cortasen el pelo, no echareis menos esos cabellos tan delicadamente rubios, y de que tan buen partido sacais...

—Pero hay personas á quienes las mugeres quieren hacer estos sacrificios; y, á menudo tambien á hombres que no sabeis dar crédito á un impulso de genio.

—En hora buena! Pues bien, si de repente, por una operación química, un chusco os robase vuestra belleza, os pusiese de cien años cuando no teneis, para nosotros, mas que diez y ocho....

—Caballero, dijo ella interrumpiéndole, las viruelas son nuestra batalla de Waterloo. Conocemos al día siguiente á los que nos quieren de veras.

—No echariais menos esa deliciosa figura que.....

—Ah, mucho; pero, menos por mí que por aquel cuyo contento fuese. No obstante si fuese sinceramente amada, siempre, bien, que me importaría la hermosura? Que decís de esto, Clara?

—Es una especulacion arriesgada, respondió Mad. de Se-rizy.

—Se podría preguntar á S. M. el rey de los hechiceros, repuso Mad. de Langeais, cuando he cometido la culpa de tocar el hacha, yo que no he estado todavía en Londres...

—Non so, dijo él dejando escapar un gesto burlon.

—Y cuando comenzará el suplicio?

Aquí, Montriveau sacó friamente su reloj, y examinó la hora con una convicción realmente espantosa.

—El día no concluirá sin que os suceda una horrible des-gracia ..

—No soy un niño á quien se puede fácilmente asustar, ó mas bien soy un niño que no conoce el peligro, dijo la duquesa, y voy á bailar sin temor al borde del precipicio.

—Estoy encantado, señora, de saber que tengais tanto ca-racter, respondió él viéndola ir á colocarse en una cuadrilla.

A pesar de su aparente desprecio á las tristes predicciones de Armando, la duquesa era víctima de un verdadero terror. Apenas la opresion moral y casi física bajo que la tenia su amante, cesó cuando dejó el baile. Sin embargo despues de haber gozado durante un momento del placer de respirar á su gusto, se sorprendió al echar menos las emociones del miedo, tan ávida es la naturaleza femenina de sensaciones estremadas. Este senti-miento no era amor, pero pertenecía ciertamente á los senti-mientos que lo preparan. Luego, la duquesa, como si hubiese de nuevo resentido el efecto que Mr. de Montriveau le había hecho experimentar, recordó el aire de convicción con que acaba-baba de mirar la hora, y llena de susto se retiró.

Entonces era cerca de las doce. El criado que la esperaba, le puso su ropon y echó andar delante de ella para hacer arri-mar su coche cuyo escudo reconoció; luego, cuando estaba sen-tada cayó en una meditacion bastante natural, provocada por la prediceion do Mr. de Montriveau. Llegada á su patio, entró en un vestíbulo semejante en el exterior al de su casa; pero de pronto no reconoció su escalera; luego, en el momento en que se volvió para llamar á sus criados, algunos hombres se apo-deraron de ella con rapidez, le pusieron un pañuelo en la boca le ataron las manos y los pies, y se la llevaron. Ella dió gran-des gritos.

—Señora, tenemos orden de mataros si gritais, le dijeron al oído.

Fué tan grande su susto que no pudo nunca explicarse por donde, ni como fué trasportada. Cuando recobró sus senti-dos, se halló los pies y las manos atadas con cordones de se-da, acostada sobre el canapé de una alcoba de hombre. Enton-ces no pudo ella contener un grito al encontrar los ojos de Ar-mando de Montriveau, que tranquilamente sentado en su si-llo, y envuelto en su bata, fumaba un cigarro.

—No griteis, señora duquesa, dijo él quitándose friamente el cigarro de la boca, tengo jaqueca. Ademas, voy á desataros. Pero escuchad bien lo que tengo el honor de deciros.

Desamarró delicadamente los cordones que sujetaban los pies de la duquesa.

—De que os servirían vuestros gritos? nadie puede oirlos. Sois demasiado elevada para hacer esfuerzos inútiles. Si no os manteneis tranquila, si quereis luchar conmigo, os ataré de nue-vo los pies y las manos. Creo que, considerado todo bien, os respetareis lo bastante quedando en ese canapé, como si estu-vieseis en el de vuestra casa.... Sobre él me habeis hecho derramar muchas lágrimas que ocultaba á los ojos de todos.

Mientras que Montriveau le hablaba, la duquesa dirigía en torno suyo una mirada de muger, mirada furtiva que sabe ver-lo todo pareciendo distraída. Le agradó mucho la habitacion muy semejante á la celda de un fraile. El alma y el pensamien-to eran allí todo. Ningun adorno alteraba la pintura oscura de sus vacias paredes. El suelo lo cubria una alfombra verde. Un canapé negro, una mesa llena de papeles, dos sillones grandes, una cómoda con un despertador, una cama cubierta con un paño encarnado bordado con una greca negra, anun-ciaban por su contestura los hábitos de una vida reducida á su mas simple espresion. Un candelero de tres brazos colocado sobre la chimenea recordaba, por su forma egipcia, la inmen-sidad de los desiertos en que este hombre había errado tanto tiempo. Al lado de la cama, entre el pie que enormes patas de esfinge hacían ver debajo de los pliegues de la cubierta, y una de las paredes laterales de la alcoba, se hallaba una puer-ta tapada por una cortina verde con franjas rojas y negras sujetas á un asta con gruesas argollas. La puerta por donde habían entrado los desconocidos tenia una colgadura igual pero levantada. En la última mirada que dirigió la duquesa á las cortinas para compararlas, advirtió que la puerta inmediata á la cama estaba abierta. Un resplandor rojizo que salia de la otra pieza se diseñaba por debajo de los flecos de la cortina. Su curiosidad fué naturalmente escitada por la triste luz que ape-nas le permitia distinguir en las tinieblas algunas formas raras; pero, en este momento, no pensó que su peligro pudiese venir de allí, y quiso satisfacer un interés mas ardiente.

—Caballero, es indiscrecion preguntaros que pen saís hacer de mí? dijo ella con una impertinencia y una mofa aguda. La duquesa creia penetrar un amor excesivo en las palabras de Montriveau. Por otra parte, para robar una muger no es preciso adorarla?

—Nada, señora, respondió él arrojando con gracia su última bocanada de tabaco. Estais aquí por poco tiempo. Quiero primero esplicaros lo que sois y lo que soy. Cuando os retorçais sobre vuestro divan, en vuestro gabinete; no hallo palabras para mis ideas. Luego en vuestra casa, al menor pensamiento que os desagrada, tirais del cordon de vuestra campanilla, hablais muy alto y poneis á vuestro amante en la puerta como si fuese el último de los miserables. Aquí, tengo el espíritu libre. Aquí, nadie me puede poner en la puerta. Aquí, vos sereis mi víctima por algunos instantos, y tondreis la estremada bondad de escucharme. No temais nada. No os he robado para deciros injurias, para obtener de vos por violencia lo que no he sabido merecer, lo que no habeis querido conceder de buen grado. Concebis quizá la violencia, yo no la concibo.

Tiró, con un movimiento seco, su cigarro al fuego.

—Señora, el humo os incomoda, sin duda.

En seguida se levantó, tomó un braserillo, le echó perfumes, y purificó el aire.

El asombro de la duquesa no podía compararse sino con su humillacion. Estaba en poder de aquel hombre, y aquel hombre no queria abusar de su poder. Sus ojos, en otro tiempo tan relumbrantes de amor, los veia sosegados y fijos como las estrellas. Entonces tembló; luego el terror que Armando le inspiraba se aumentó por una de aquellas sensaciones petrificantes, análogas á las agitaciones sin movimiento sentidas en las pesadillas. Quedó atada por el miedo, creyendo ver á la claridad ó resplandor de detras de la cortina tomar intensidad bajo la accion de un fuelle. Entonces, de pronto, los reflejos avivados le hicieron ver á tres personas enmascaradas, envueltas en dominós carmesis. Este aspecto horrible se desvaneció tan pronto que lo tuvo por una fantasia de óptica.

—Señora, prosiguió Armando contemplandola con despreciativa frialdad, un minuto, un solo minuto me bastaria para alcanzaros en todos los momentos de vuestra vida, sola eternidad de que yo puedo disponer. No soy Dios.

—Escuchadme bien, dijo él haciendo pausa para dar solemnidad á su discurso.

—El amor vendra siempre á medida de vuestros deseos; teneis un poder ilimitado sobre los hombres; pero acordaos que un día llamasteis al amor; entonces acudió puro y cándido, tanto como puede serlo sobre esta tierra, tan respetuoso como violento; cariñoso como lo es el amor de una muger rendida, ó como

lo es el de una madre á su hijo; en fin, tan grande, que era una locura. Os habeis burlado de este amor, habeis cometido un crimen. El derecho de toda muger es negarse á un amor que conoce no poder participar. El hombre que ama sin hacerse amar no podria ser compadecido, y no tendria derecho de quejarse. Pero, señora duquesa, atraer á sí, fingiendo amor, á un infeliz privado de todo afecto, hacerle comprender la felicidad en toda su plenitud, para arrebatarsela; robarle su porvenir de felicidad; matarlo no solamente hoy, sino en la eternidad de su vida, emponzoñando todas sus horas y todos sus pensamientos, esto es lo que llamo un espantoso crimen!

—Caballero...

—No puedo aun permitirlos que me respondais. Seguid escuchandome. Por otra parte, tengo derechos sobre vos, pero no quiero mas que los del juez sobre el criminal, á fin de derperar vuestra conciencia. Si no tuvieseis conciencia, no os condenaria; pero sois tan jóven! debeis sentir aun vida en el corazon, quiero pensarlo. Si os creo tan depravada para cometer un crimen no castigado por las leyes, no os hago tan degradada para no comprender el alcance de mis palabras. Prosigo.

En este momento la duquesa oyó el ruido sordo de un fuelle, con que los desconocidos que acababa de medio ver, avivaban sin duda el fuego cuya claridad reflejó en la cortina; pero la mirada fulgurante de Montriveau la obligó á quedar palpitante y los ojos fijos delante de él. Fuese la que fuese su curiosidad, el fuego de las palabras de Armando le interesaba mas aun que la voz de este fuego misterioso.

—Señora, dijo él despues de una pausa, cuando, en Paris, el verdugo deberá poner la mano sobre un asesino, y le echará sobre la plancha donde la ley quiere que un asesino sea puesto para perder la cabeza.... Lo sabeis, los periódicos lo avisan á los ricos, y á los pobres, á fin de decir á los unos y á los otros que velen para vivir. Pues bien, vos que sois religiosa, y hasta un poco devota, seguid yendo á mandar decir misas por este hombre, sois de la familia; pero sois de la rama primogénita que puede reinar en paz, existir feliz y sin cuidado. Impulsado por la miseria ó por la cólera, vuestro hermano de presidio no ha matado mas que un hombre; y vos! vos habeis muerto la felicidad de un hombre, su mas bella vida, sus mas caras creencias. El otro esperó naturalmente á su víctima, la mató á pesar suyo, por miedo; pero vos!.... Habeis haciado todas las maldades de la flaqueza contra una fuerza inocente; habeis amansado el corazon de vuestro paciente para devorarlo mejor, lo habeis cebado de caricias; no habeis omitido ninguna de las que podian hacerla suponer, idear, desear las delicias del amor. Le habeis pedido mil sacrificios para negaroselos todos; le ha-

beis hecho ver bien la luz antes de sacarle los ojos. Admirable valor! Tales infamias son un lujo que no comprenden esas mujeres de la clase media de que os burlais. Saben darse y perdonar; saben amar y padecer. Nos hacen pequeños con la grandeza de sus sacrificios.... A medida que se sube á lo alto de la sociedad, se encuentra allí tanto fango como hay abajo, solamente que está endurecido y dorado. Si, para encontrar la perfección en lo innoble, es preciso una buena educación, un gran nombre, una linda mujer, una duquesa. Para caer debajo de todo, era preciso estar encima de todo. Os digo mal lo que pienso, padezco todavía mucho de las heridas que me habeis hecho; pero no creais que me quejo! No. Mis palabras no son la expresión de ninguna esperanza personal, y no contienen sinsabor alguno. Sabedlo bien, señora, os perdono, y este perdón es demasiado completo para que os quejeis de haber venido á buscarlo ó pesar vuestro..... Unicamente, podiais engañar otros corazones tan niños como lo es el mío, y debo ahorrármelos dolores. Me habeis pues inspirado un pensamiento de justicia. Espiad vuestra culpa aquí abajo, Dios os perdonará quizá, lo deseo, pero es implacable y os castigará.

A estas palabras, los ojos de esta mujer abatida, destrozada, se llenaron de lágrimas.

—Por qué llorais? Sed fiel á vuestra naturaleza. Habeis contemplado sin conmoveros los tormentos de un corazón que destrozabais. Otros os dirán que le dais la vida; yo os digo con delicias que me habeis dado la nada. Quizá adivináis que no me pertenezco, que debo vivir para mis amigos; y que entonces, tendré que sorportar juntamente la frialdad de la muerte y las penas de la vida. Tendriais tanta bondad? Seriais como los tigres del desierto que hacen primero la herida, y luego la lamen?

La duquesa se deshizo en lágrimas.

—Ahorráos esas lágrimas, señora. Si creyese en ellas, seria para no fiarme. Es ó no uno de vuestros artificios? Despues de todos los que habeis empleado, como pensar que pueda haber en vos alguna cosa de verdad? Nada de vos tiene de aquí adelante el poder de conmoverme. Lo he dicho todo.

Mad. de Langeais se levantó con un movimiento lleno á la vez de nobleza y de humildad.

—Estais en derecho de tratarme con dureza, dijo ella alargando á este hombre una mano que él no tomó, vuestras palabras no son aun bastantes duras, y yo merezco este castigo.

Yo castigaros, señora, castigar no es amar? No esperéis de mí nada que se parezca á un sentimiento. Podria hacerme, en mi propia causa, acusador y juez, sentencia y verdugo; pero no. Cumpliré ahora un deber, y de ninguna manera mi deseo

de venganza es, segun yo pienso, el desprecio de una venganza posible. Quien sabe! Seré quizá el ministro de vuestros placeres. En lo sucesivo, llevando elegantemente la triste librea con que la sociedad reviste á los criminales, quizá sereis forzada á tener su probidad. Y entonces amariais!

La duquesa escuchaba con una sumisión que no era y a manejada ni calculada con coqueteria; no tomó la palabra hasta despues de un momento de silencio.

—Armando, dijo ella, me parece que resistiendo al amor, obedecia á todos los pudores de la mujer, y no es de vos de quien hubiera esperado tales reconvenciones. Os armais de todas mis debilidades para convertirmelas en crímenes. Como no habeis supuesto que pudiese yo ser arrastrada mas allá de mis deberes por todas las curiosidades del amor, y que, el día siguiente, estuviese incómoda, desolada por haber ido muy lejos. Ah! esto era por ignorancia. Habia, os lo juro, tanta buena fé en mis faltas como en mis remordimientos. Mis durezas manifestaban mucho mas amor que el que causaban mis complacencias. Y por otra parte, de que os quejais? El don de mi corazón no os ha bastado, habeis exigido brutalmente mi persona....

—Brutalmente!... exclamó Mr. de Montriveau. Pero se dijo á sí mismo:—Soy perdido, si me dejo coger en disputas de palabras.

—Sí, habeis ido á mi casa, como á la de una de las malas mujeres, sin respeto, sin ninguna de las atenciones de amor. no tenia yo derecho para reflexionar? Pues bien, reflexionaré. La descortesía de vuestra conducta es execrable; el amor es su principio; dejadme creerlo y justificáros conmigo misma. Ahora bien, Armando, en el momento mismo en que esta noche me predeciais la desgracia, creia yo en nuestra felicidad. Sí, tenia confianza en ese carácter noble y altivo de que tantas pruebas me habeis dado....

—Y era toda tuya, añadió acercándose al oído de Montriveau. Sí, tenia no mas que deseos de hacer feliz á un hombre tan violentamente probado por la adversidad. Dueño por dueño, queria un hombre grande. Mientras maselevada me sentia, menos queria descender. Confiada en ti, veia toda una vida de amor en el momento en que me mostrabas la muerte.... La fuerza no va sin la bondad. Amigo mío, eres demasiado fuerte para hacerme malvado contra una pobre mujer que te ama. Si he cometido faltas, no puedo pues obtener un perdón; no puedo repararlas? El arrepentimiento es la gracia del amor. Quiero ser muy graciosa para tí. Como yo sola no podia partir con todas las mujeres aquellas incertidumbres, aquellos temores, aquellas timideces que es tan natural experimentar cuando se unen para la vida

y cuyos lazos vos rompeis tan fácilmente. Esas personas ordinarias, á quienes me comparais, ceden, pero combaten; y bien, he combatido; pero aquí estoy....

—Dios mío, no me escuchas! exclamó ella interrumpiéndose.

Se torció las manos gritando: Pero te amo! pero soy tuya.

—Cayó de rodillas á los pies de Armando.

—Tuya! tuya, mi único, mi solo dueño.

—Señora, dijo Armando queriendo levantarla, Antonia no puede salvar á la duquesa de Langeais. Ya no creo ni á la una ni á la otra. Cedereis hoy, os negareis quizá mañana. Ningun poder ni en los cielos ni sobre la tierra podran garantizarme la dulce fidelidad de vuestro amor. Sus seguridades estaban en lo pasado; no tenemos ya pasado.

En este momento brilló tan vivamente un resplandor que la duquesa no pudo dejar de volver la cabeza hácia la mampara y vió distintamente á los tres hombres enmascarados, vestidos con sus anchas vestiduras encarnadas.

—Armando, dijo ella, no quisiera desestimaros. Cómo se hallan ahí esos hombres? Que preparais pues contra mí?.....

—Esos hombres son tan discretos como lo seré yo mismo acerca de lo que va á pasar aquí, dijo él. No veis en ellos mas que mis brazos y mi corazón. Uno de ellos es cirujano....

—Un cirujano! dijo la duquesa. Armando, amigo mío, la incertidumbre es el mas cruel de todos los dolores. Hablad pues, decidme si querereis mi vida, os la daré, no la tomeis....

—No me habeis comprendido? replicó Montriveau. No os he hablado de justicia? Voy, añadió con frialdad tomando un pedazo de acero que estaba sobre la mesa, para hacer cesar vuestras aprensiones, á explicaros lo que he decidido acerca de vos.

Le mostró una cruz de Lorena grabada en un pedazo de acero.

—Dos amigos míos estan enrojando en este momento una cruz cuyo modelo es este. Os la aplicaremos á la frente, ahí, entre los ojos, para que no podais ocultarla con algunos diamantes, y sustraeros así á las interrogaciones del mundo. Tendreis en fin sobre la frente la marca infamante aplicada en la espalda á vuestros hermanos los forzados. El padecimiento es poca cosa, pero temia alguna crisis nerviosa, ó resistencia....

—Resistencia! dijo ella dando con alegría en sus manos, no, no, querria ahora ver aquí la tierra entera. Ah! Armando mío, marca, marca pronto tu criatura como una pobre pequeña cosa tuya!.... Pides prendas á mi amor; pero hélas aquí todas en uno solo! Ah! no veo sino clemencia y perdon, sino felicidad

eterna en tu venganza.... Cuando hubieres así designado una muger por tuya, cuando tengas una alma esclava que llevará tu marca raja, y bien, no podras nunca abandonarla.... serás mío para siempre. De aquí en adelante, solo sobre la tierra, estarás encargado de mi felicidad, bajo pena de ser un infame; y yo te tengo por noble, por grandel. Pero la muger que ama se marca siempre ella misma!... Venid, señores, entrad y marca, marca a la duquesa de Langeais. Ella es para siempre de Mr. de Montriveau. Entrad pronto! mi frente arde mas que vuestro hierro!

Armando se volvió vivamente para no ver á la duquesa palpitante, arrodillada, y dijo una palabra que hizo desaparecer a sus tres amigos.

Las mugeres habituadas a la vida de los salones conocen el juego de los espejos; así la duquesa, interesada en leer bien en el corazón de Armando, era toda ojos, y Armando, no desconfiando de su espejo, dejó ver dos lagrimas. Cuando se volvió para levantar a Mad. de Langeais, la halló en pie. Se creía amada. Error!

Así, debió palpar vivamente al oír a Montriveau decirle con aquella firmeza que tan bien sabia tener en otro tiempo cuando ella se burlaba de él.

—Os hago gracia, señora. Podeis creerme, esta escena será como si nunca hubiese pasado. Pero aquí, despidámonos. Quiero pensar que habeis sido franca sobre vuestro canapé en vuestras coquetéris, franca aquí en vuestra efusion de corazón. Adios. No me siento ya con fé. Me atormentariais aun mas, seriais siempre duquesa. Y....pero adios, no nos comprenderemos nunca.

—Que deseais ahora? dijo él tomando el aire de un maestro de ceremonias. Ir a vuestra casa? volver al baile de Mad. de Serizy? He empleado todo mi poder en dejar intacta vuestra reputacion. Ni vuestros criados ni el mundo puede saber nada de lo que ha pasado entre nosotros dos de un cuarto de hora a esta parte. Vuestros criados os creen en el baile; vuestro coche no ha salido del patio de Mad. de Serizy; vuestro cupé puede hallarse tambien en el de vuestra casa. Donde quereis estar?

—Cual es vuestro parecer, Armando?

—No hay mas Armando, señora duquesa. Somos extraños el uno al otro.

—Llevadme pues al baile, dijo ella, todavia curiosa por poner a prueba el poder de Armando. Echad otra vez al infierno del mundo una criatura que padecia en él, que debe continuar padeciendo, si para ella no hay ya felicidad. Oh! amigo mío, os amo sin embargo, como aman vuestras mugeres ordinarias.

El mundo, lo conozco, no me ha corrompido. Vaya, soy una niña y acabo de rejuvenecerme mas. Sí, soy una niña, tu hija, acabas de crearme. Oh! no me destierres de tu Eden!

Armando hizo un gesto.

—Ah, si salgo, déjame llevar alguna cosa de aquí, una friolera. Esto, para ponerlo esta noche sobre mi corazón, dijo ella apoderandose del gorro de Armando, un gorro griego muy usado.

Lo lió en su pañuelo y lo guardó, muy contenta, en su mano.

—No, no soy de ese mundo de mugeres depravadas. Tu no lo conoces, y así no puedes apreciarlo. Sábelo pues, algunas aman por escudos; otras son sensibles á los regalos; todo es infame. Ah, quisiera ser una simple aldeana, una jornalera, si quisiera mejor una muger inferior á ti que una muger en quien el rendimiento se alla con las grandezas humanas. Ah, Armando mio, hay entre nosotras nobles, grandes, castas, puras mugeres, y entonces son deliciosas. Quisiera poseer todas las noblezas para sacrificartelas todas; la desgracia me ha hecho duquesa, quisiera haber nacido cerca del trono, no me faltaria nada que sacrificarte. Seria á un tiempo costurera y reina.

Montriveau escuchaba humedeciendo sus cigarros.

—Cuando quisiereis partir, dijo él, me lo prevendreis....

—Pero quisiera quedar....

—Otra cosa, vaya, dijo él.

—Mira, estaba mal arreglado, esto! exclamó ella tomando un cigarro y devorando lo que los labios de Armando habian dejado.

—Vas a fumar, le dijo él.

—Oh, que no haré yo por agradarte.

—Pues bien, idos, señora.....

—Obedezco, dijo ella llorando.

—Es menester taparos la cara para que no veais el camino por donde vais a pasar.

—Ya estoy dispuesta, dijo ella vendandose los ojos.

—Y veis.

—No.

El se puso de rodillas.

—Ah, te entiendo, dijo ella dejando escapar un gesto lleno de gracia creyendo que el fingido rigor iba a cesar.

—Parece que veis, señora.

—Soy un poco curiosa.

—Siempre me engañais.

—Ah, dijo ella con la rabia de la grandeza desconocida, quitadme este pañuelo, y conducidme, caballero; no abriré los ojos.

Armando, seguro de la probidad cuyo grito oia, guió á la duquesa que, fiel á su palabra, permaneció noblemente ciega; pero llevandola paternalmente por la mano para hacerla ya subir, ya bajar, Montriveau estudió las vivas palpitaciones que agitaban el corazón de aquella muger tan prontamente invadida por un amor verdadero. Mad. de Langeais, feliz en poderle hablar así, quiso decirlo todo; pero permaneció inflexible; y si la mano de la duquesa le preguntaba, la suya estaba muda.

En fin despues de haber caminado algun tiempo juntos, Armando le previno que no se asustase del ruido que iba á hacer el juego de ruedas de una máquina. La duquesa no tembló. Armando le dijo que andase delante, lo hizo, y lo sintió impecha sin duda. A Mad. de Langeais le llamó la atencion este cuidado, manifestaba todavia algun amor; pero fué de algun modo la despedida de Montriveau, porque la dejó sin decirle una palabra.

Sintiendose en una atmósfera templada, la duquesa abrió los ojos. Se vió sola delante de la chimenea del gabinete de la condesa de Serizy. Su primer cuidado fué reparar el desorden de su vestido; se arregló prontamente el traje y restableció la posesion de su peinado.

—Mi querida Antonia, os buscabamos por todas partes, dijo la condesa abriendo la puerta del gabinete.

—Vine á respirar aqui, dijo ella, hace un calor insoportable en los salones.

—Creiamos que os habiais ido, pero mi hermano Ronquerolles me dijo que habia visto vuestro coche en el patio.

—Estoy incómoda, Clara, dejadme un momento descansar aquí.

Y se sentó en el divan de su amiga.

—Que teneis? Estais temblando.

Entró el marques de Ronquerolles.

—Temo, señora duquesa, no os suceda algun accidente. Acabo de ver á vuestro cocher que está enteramente embriagado.

La duquesa no respondió, miraba la chimenea, los espejos, buscando en ellos las trazas de su camino; luego, experimentaba una sensacion extraordinaria de verse en medio de los placeres del baile despues de la terrible escena que acababa de dar á su vida otro curso. Se puso á temblar violentamente.

—Tengo escitados los nervios con la prediccion que me ha hecho aqui Mr. de Montriveau. Aunque sea una chianza, voy á ver si el hacha de Londres me molesta hasta en mi sueño. Adios pues, Clara. Adios, marques.

Atravesó los salones donde fué detenida por los cumpli-

menteros que no dejaron de molestarla. Encontró al mundo pequeño, hallándose su reina, ella tan humillada, tan pequeña. Que eran los hombres, ante el que ella amaba verdaderamente y cuyo carácter había vuelto á tomar las proporciones gigantescas momentáneamente disminuidas por ella, pero que entonces las agrandaba, quizá desmedidamente?

No pudo dejar de buscar al criado que la había acompañado, y lo encontró enteramente dormido.

—No habeis salido de aquí? le preguntó ella.

—No, señora.

Al subir á su coche, advirtió efectivamente que su cocheró estaba en un estado de embriaguez que la hubiera asustado en cualquier otra circunstancia; pero las grandes agitaciones de la vida quitan al temor sus alimentos vulgares. Además, llegó á su casa sin novedad; pero se halló cambiada y víctima de sentimientos enteramente nuevos. Para ella, no había mas que un hombre en el mundo, es decir que para él solo deseaba en adelante tener algún valor.

Si los fisiologistas pueden prontamente definir el amor ateniéndose á las leyes de la naturaleza, los moralistas estan mucho mas embarazados en explicarlo cuando lo quieren considerar en todos los desarrollos que le ha dado la sociedad. No obstante, existe, á pesar de las heregias de las mil sectas que dividen la iglesia amorosa, una linea recta y dividida que las discusiones no torcerán nunca, y cuya inflexible aplicacion explica la crisis en que, como casi todas las mugeres, se anegaba la duquesa de Langeais. No amaba ya, estaba apasionada.

El amor y la pasion son dos diferentes estados del alma que poetas y gente del mundo, filósofos y necios confunden continuamente.

El amor soporta una reciprosidad de sentimientos, una certidumbre de goces que nada altera, y un cambio muy constante de placeres, una adherencia muy completa entre los corazones para no escluir los celos. Entonces la posesion es un medio y no un fin, una infidelidad hace sufrir, pero no separa; el alma no es mas ni menos ardiente ó turbada; es incesantemente feliz; en fin el deseo estendido por un soplo divino de un cabo á otro sobre la inmensidad del tiempo, nos lo tiñe del mismo color; entonces la vida es azul como un cielo puro.

La pasion es el presentimiento del amor y de su infinito á que aspiran todas las almas que padecen. La pasion es una esperanza que quizá será engañada. Pasion es á la vez padecimiento y transicion; la pasion cesa cuando la esperanza esta muerta. Hombres y mugeres pueden, sin deshonrarse, concebir

muchas pasiones; es muy natural arrojarle á la felicidad; pero no hay en la vida mas que un solo amor?

Todas las discusiones, escritas ó verbales, pueden compendiarse por estas palabras: Es una pasion? Es el amor?

No existiendo el amor sin el conocimiento íntimo de los placeres que lo perpetuan, la duquesa estaba pues bajo el yugo de una pasion. Entonces experimentó las devorantes agitaciones de esta, los cálculos involuntarios, los deseos disecantes, en fin todo lo que espresa la palabra *pasion*; padecía. En medio de las turbaciones de su alma, encontraba torbellinos sublevados por su vanidad, por su amor propio, por su orgullo ó por su altivez, todas estas vanidades del egoismo se unen.

Habia dicho á un hombre: Te amo, soy tuya! Podia la duquesa de Langeais haber proferido inútilmente estas palabras? Debía ó ser amada, ó abdicar su papel social. Conociendo entonces la soledad se repetia:—Quiero ser amada! Y la fé que todavia tenia en él le daba esperanza. La duquesa estaba picada, la vanidosa parisiense estaba humillada, la muger verdadera vislumbraba la felicidad, y su imaginacion, vengadora del tiempo perdido, se complacia en hacerle arder los fuegos inestinguibles del placer.

Pasó el dia siguiente en un estado de estupor moral mezclado con agitaciones corporales, que nada podria explicar. Rompió tantas cartas como escribió, é hizo mil suposiciones imposibles. En la hora en que Montriveau iba en otro tiempo, quiso creer que llegaria, y tuvo un placer en esperarle. Entonces su vida se concentró en el solo sentido del oido. Cerraba los ojos á veces y se esforzaba en escuchar. Luego deseaba poder destruir todos los obstáculos entre ella y su amante á fin de obtener aquel silencio absoluto que permite percibir los sonidos á enormes distancias. En esta abstraccion, las pulsaciones de su reloj le fueron odiosas, eran una especie de habladuría siniestra que ella paró.

Dieron las doce en el salon.

Dios mio! se dijo ella, verlo aqui, seria la felicidad. Y sin embargo venia antes, traído por el deseo. Su voz llenaba este gabinete. Y ahora.... nada!

Entonces, acordandose de las escenas de coqueteria que habia ejecutado, y que le habian enagenado, lágrimas de desesperacion, corrieron de sus ojos largo tiempo.

—La señora duquesa, le dijo su doncella, no sabe quizá que son las dos de la madrugada? creí que la señora estaba indispuesta.

—Si, voy á acostarme, pero acordaos, dijo Mad. de Langeais enjugandose sus ojos, de no entrar nunca sin orden. Qué no os lo diga segunda vez.

—Durante una semana, Mad. de Langeais fué á todas las casas donde esperaba encontrar á Mr. de Montriveau. Contra su costumbre llegaba temprano y se retiraba tarde; no bailaba, jugaba Tentativas inútiles! no puedo llegar á ver á Armando, cuyo nombre no osaba pronunciar. Sin embargo, una noche, en un momento de desesperacion, dijo á Mad. de Serizy con toda la indiferencia que le fué posible afectar.

—Etais reñida con Mr. de Montriveau, no lo veo ya aquí.

—No va á vuestra casa? respondió la duquesa riendose. Además, no se le ve en ninguna parte; sin duda está ocupado de alguna muger.

—Creía, repuso la duquesa con dulzura, que el marques de Rouquerolles era amigo suyo.

—Nunca he oído decir á mi hermano que lo conoce.

Mad. de Langeais no respondió nada. Mad. de Serizy creyó poder entonces castigar impunemente una amistad discreta que le habia sido tan largo tiempo amarga, y volvió á tomar la palabra.

—Echais pues de menos, á ese triste personaje? He oído decir de él cosas monstruosas. Lastimadle, no cede nunca, no perdona nada. Amadle, os pone cadenas. A todo lo que yo decia de él, uno de los que lo elevan á las nubes me respondia siempre: *sabe amar!* No deja de repetirmelo: Montriveau lo dejará todo por un amigo suyo, tiene un alma inmensa!.... Ha, yaya! la sociedad no pide almas tan grandes, y los hombres de su carácter están muy bien entre ellos; quédense allí, y dejennos con nuestras buenas pequeñeces. Que decis de esto, Antonia?

—A pesar de su habitud del mundo, la duquesa pareció agitarse, pero dijo sin embargo, con una naturalidad que engañó á su amiga:

—Siento no verle ya, tomaba mucho interes por él, y le profesaba una sincera amistad. Aunque os parezca ridícula, Clara, amo las almas grandes. Entregarse á un tonto, no es confesar claramente que no se tiene sentidos?

Mad. de Serizy nunca habia *distinguido* sino á oficiales, y se hallaba en este momento amada por un bello hombre, el joven baron de Maulincourt, capitán de caballeria.

La duquesa abrevió su visita, creedlo. Luego, de vuelta á su casa, viendo una esperanza en la retirada absoluta de Armando, le escribió al punto una carta sumisa y amable que debía atraerlo á ella si la amaba todavía. Hizo llevar el dia siguiente su carta por un criado; y, cuando volvió, le preguntó si se la habia entregado al mismo Montriveau; luego, habiéndole dicho que sí, no pudo contener un movimiento de alegría.

Armando estaba en Paris, se hallaba solo, en su casa, no iba al mundo. Era pues amada.

Durante todo el dia esperó una respuesta, y esta no pareció. En medio de las crisis nacientes que le dió la impaciencia, se justificó esta tardanza: Armando estaba confuso; la respuesta vendria por el correo. Pero por la tarde, no podia engañarse. Dia horrible, mezclado de sufrimientos que agradan, de palpitaciones que destruyen, escesos del corazon, que gastan la vida.

El dia siguiente envió á casa de Armando por una respuesta.

—El señor marques me ha mandado decir que iria en casa de la señora duquesa, respondió Julian.

Ella se retiró en fin de no dejar ver su felicidad, se dejó caer en su canapé, para devorar en él sus primeras conmoviciones.

—Va á venir.

Este pensamiento le destrozó el alma. Desgraciados, en efecto, los seres para quienes la espera no es la mas horrible de las tempestades y la fecundacion de los mas dulces placeres! estos tienen en sí la llama que despierta las imágenes de las cosas, duplica la naturaleza en nosotros uniéndose tanto á la esencia pura de los objetos, como á su realidad.

En amor, esperar no es agotar incesantemente una esperanza cierta, entregarse á la plaga horrible de la pasion feliz, sin los desencantos de la verdad? Emanacion constante de fuerza y de deseos, lo espera no seria para el alma humana lo que son para ciertas flores sus exalaciones embalsamadas? Pronto dejamos los brillantes y estériles colores de los tulipanes, y volvemos sin cesar á aspirar las deliciosas flores del naranjo ó de la volkameiria, flores que sus patrias han comparado involuntariamente á jóvenes desposadas, bellas en su pasado, bellas en su porvenir. La duquesa se instruia en los placeres de su nueva vida, sintiendo con una especie de enagenamiento los castigos del amor. Cambiando de sentimientos halló otros destinos, un mejor sentido á las cosas de la vida.

Precipitandose en su gabinete de tocador, comprendió lo que son las afectaciones de la compostura, los cuidados corporales mas minuciosos cuando son mandados por el amor y no por la vanidad; y ya estos preparativos le ayudaron á soportar lo largo del tiempo. Cuando estuvo vestida, y volvió á su gabinete, volvió á caer en las escesivas agitaciones, en el abatimiento nervioso de aquel horrible poder que pone en fermentacion todas las ideas, y no es quizá mas que una enfermedad cuyos padecimientos se aman.

La duquesa estaba preparada á las dos de la tarde, Mr. de

Montriveau no había llegado aun á las once y media de la noche.

Replicar las angustias de esta muger que podia pasar por el niño mimado de la civilizacion, seria querer decir cuantas poesias puede concentrar el corazon en el pensamiento, querer pesar la fuerza exhalada por el alma al ruido de una campanilla, ó estimar lo que consume la vida el abatimiento causado por un coche cuyo batidero continua sin pararse.

—Se burla de mí! dijo ella oyendo dar las doce.

Perdió el color, sus dientes dieron unos contra otros, y se estregó las manos bramando en aquel gabinete donde en otro tiempo, pensaba ella, aparecia sin ser llamado. Entonces se resignó. No le habia ella hecho perder el color, y saltar con las picantes flechas de su ironía? Mad. de Langeais comprendió el horror del destino de las mugeres, que, privadas de todos los medios de accion que los hombres poseen, deben esperar cuando ellas aman. Salir á recibir á su amado es una falta que pocos hombres saben perdonar. La mayor parte de ellos ven una degradacion en esta celestial lisonja. Pero Armando tenia un alma grande, y debia pertenecer al corto número de hombres que saben pagar con un eterno amor semejante esceso de amor.

—Ahora bien! iré, se dijo ella dando una vuelta en su cama sin poder hallar el sueño, le alargaré la mano sin fatigarme por ello. Un hombre selecto ve en cada paso de una muger hacia él, promesas de amor y de constancia. Sí, los ángeles deben bajar de los cielos para venir á los hombres, y quiero ser un ángel para él.

El dia siguiente escribió un billete de aquellos en que el talento escude al de las diez mil Sévigné que cuenta ahora Paris. Sin embargo, saber quejarse sin humillarse, volar en medio del dia con sus dos alas sin arrastrarse humildemente, reñir sin ofender, rebelarse con gracia, perdonar sin comprometer la dignidad personal, decirlo todo y no confesar nada, era preciso ser la duquesa de Langeais y haber sido educada por la princesa de Blamont-Charry, para escribir este delicioso billete. Partió Julio. Este era, como todos los criados, la víctima de las marchas y contramarchas del amor.

—Que os ha respondido Mr. de Montriveau? dijo ella indiferentemente á Julian cuando vino á darle cuenta de su comision.

—El señor marques me suplicó dijese á la señora duquesa que estaba bien.

Horrible reaccion de alma sobre sí misma! recibir delante de testigos curiosos la cuestion del corazon, y no murmurar, y verse obligada al silencio. Estos son dolores de ricos!

Por espacio de veinte y dos dias, Mad. de Langeais escri-

bió á Mr. de Montriveau, sin obtener una respuesta. Concluyó ella por decir que estaba mala para dispensarse de sus deberes, ya para con la princesa de quien debia depender, ya para con el mundo. No recibia mas que á su padre el duque de Navarrejus, á su tia la princesa de Blamont-Chauvry, al viejo vidame de Pamiers, su tio materno, y al tio de su marido, el marques de Cassan. Estas personas creyeron facilmente en la enfermedad de Mad. de Langeais, hallandola cada dia mas abatida, mas pálida, mas flaca. Los vagos ardores de un amor efectivo, las irritaciones del orgullo lastimado, la constante punzada del solo desprecio que pudo alcanzarle, sus ímpetus hacia placeres perpetuamente deseados, perpetuamente vendidos, en fin todas sus fuerzas inútilmente excitadas minaban su doble naturaleza. Pagaba el atisbo de su vida engañada.

Salió ella en fin para asistir á una revista en que debia hallarse Mr. de Montriveau. Colocada en el balcón de las Tuilerías, junto á la familia real, la duquesa tuvo una de aquellas fiestas de que el alma conserva un largo recuerdo. Apareció ella sublime en languidez, y todos los ojos la saludaron con admiracion. Cambió algunas miradas con Montriveau, cuya presencia la ponía tan bella. El general desfiló casi á sus pies, en todo el esplendor del trage militar cuyo efecto sobre la imaginacion femenina es confesado hasta por las personas mas mogigatas. Para una muger muy enamorada, que no hubiese visto á su amante en dos meses, este rápido momento no debió semejarle a la fase de nuestros sueños en que, fugitivamente, nuestra vista abraza una naturaleza sin horizonte? Asi solo las mugeres ó las personas jóvenes pueden imaginar la avidez estúpida y delirante que espresaron los ojos de la duquesa. En cuanto á los hombres, si, durante su juventud, han experimentado, en el paraismo de sus primeras pasiones, los fenómenos del poder nervioso, mas adelante, los olvidan tan completamente que llegan á negar los estasis, solo nombre posible de estas magnificas intimaciones.

Cuando una muger es presa de las tiranías furiosas bajo las cuales se doblegaba Mad. de Langeais, las resoluciones definitivas se suceden tan rápidamente que es imposible dar cuenta de ellas; entonces los pensamientos nacen unos de otros, y corren en el alma como los celages llevados por el viento sobre un fondo pardusco que oculta al sol. Desde entonces, los hechos hablan, he aquí pues los hechos.

El dia despues de la revista, Mad. de Langeais, envió su coche y sus lacayos á esperar á la puerta del marques de Montriveau desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Armando vivia en la calle del Sena, á algunos pasos de la camara de los Pares, donde debia haber sesion aquel dia. Pero

muchísimo tiempo antes que los pares fuesen a su palacio, algunas personas notaron el coche y la librea de la duquesa. El joven oficial desdénado por Mad. de Langeais, y acogido por Mad. de Serizy, el barón de Maulincour, fué el primero que conoció los lacayos. Fué al instante a casa de su amada a contarle en secreto, esta extraña locura. Pronto, esta noticia fué puesta telegraficamente en conocimiento de todos los corrillos del arrabal de San German, llegó al castillo, al Eliseo-Borbon, vino a ser el rumor del día, el asunto de todas las conversaciones, desde el mediodía hasta la noche. Casi todas las mugeres negaban el hecho, pero de manera de hacerlo creer, y los hombres lo creían manifestando el más indulgente interés á Mad. de Langeais.

—Este silvestre de Montriveau tiene un caracter de bronce, y habra sin duda exigido este escandalo, decian los unos echándole la culpa a Armando.

—Y bien! decian los otros, Mad. de Langeais ha cometido la mas noble de las imprudencias! A la faz de todo Paris, renunciar, por su amante, el mundo, la clase, los bienes, la consideracion, es un golpe de Estado femenino bello como la puñalada de aquel peluquero que tanto alteró a Canning en el tribunal de assisias. Ninguna de las mugeres que vituperaron a la duquesa haria esta declaracion digna de los tiempos antiguos. Mad. de Langeais es una muger heróica, en blasonar así friamente ella misma. Ahora no puede amar sino a Montriveau. No. No hay algo de grande en decir una muger:—No tendré mas que una pasion?

—Que llegaría a ser la sociedad, caballero, si honrais así el vicio, sin respeto a la virtud? dijo la muger del presidente de Montignon, nacida Constellux, y fea como un demonio.

Mientras que el castillo, el arrabal y la calzada de Anfin hablaban del naufragio de esta aristocrática virtud; que los jóvenes solícitos corrian á caballo a asegurarse, viendo el coche en la calle del Sena, de que la duquesa estaba muy realmente en casa de Mr de Montriveau, ella se hallaba en el fondo de su gabinete. Armando, que no habia dormido en su casa, se paseaba en las Tullerias con Mr. de Marsay. Luego, los grandes parientes de Mad. de Langeais se visitaban unos á otros dándose citas en su casa, para llamarla y acordar los medios de contener el escandalo causado por su conducta.

A las tres, el duque de Navarreín, el vidame de Pamer, la vieja princesa de Blamont-Chauvry y el marques de Cassan se hallaban reunidos en el salon de Mad. de Langeais, y la esperaban allí. A ellos, como a muchos curiosos, los criados habian dicho que su ama habia salido. La duquesa no habia es-

ceptuado á nadie en la consigna. Estos cuatro personajes, ilustres en la esfera aristocratica, cuyas revoluciones y pretensiones consagra anualmente el almanaque de Gotha, quieren un rápido diseño sin el cual esta pintura social estaria incompleta.

La princesa de Blamont-Chauvry era, en el mundo femenino, el resto mas poético del reinado de Luis XV, á cuyo renombre, durante su bella juventud, habia ella, se dice, contribuido con su cuota de sus antiguas gracias, no le quedaba sino una nariz muy saliente, fina, encorbada como un sable turco, y principal adorno de una cara semejante á un guante blanco viejo: luego algunos cabellos rizados y empolvados; chinelas abotinadas, gorro de encajes encaracolados, manguitos negros y muy cómodos. Pero, para hacerle justicia, es necesario añadir que tenia una idea tan elevada de sus ruinas, que se descotaba por la noche, llevaba guantes largos y se pintaba todavia las mejillas con el encarnado clásico de Martin.

En sus arrugas una amabilidad temible, un fuego prodigioso en sus ojos, una dignidad profunda en toda su persona, en su lengua un talento de dardo de tres filos, en su cabeza una memoria infalible hacian de esta muger vieja un verdadero poder. Tenia en el pergamino de su cerebro todo el del gabinete de las cartas, y conocia las alianzas de todas las casas de los príncipes, duques y condes de la Europa, hasta saber donde estaban los últimos germanos de Carlomagno. Así no podia escaparsele ninguna usurpacion.

Los jóvenes que querian ser bien vistos, los ambiciosos, las mugeres jóvenes le rendian constantes homenajes. Su salon hacia autoridad en el arrabal de San German. Las palabras de este Tayllerand hembra quedaban como sentencias. Algunas personas iban á su casa á tomar consejo sobre la etiqueta y los usos, y á buscar lecciones de buen gusto. Ciertamente, ninguna vieja sabia como ella manejar su caja de tabaco; y hacia, sentándose ó cruzando las piernas, los movimientos del traje con una precision, con una gracia que desesperaba á las jóvenes mas elegantes. Su voz la habia tenido en la cabeza durante la tercera parte de su vida, pero no le habia podido impedir que bajase á las membranas de la nariz, lo que la hacia un poco gangosa. De su gran caudal le quedaban cincuenta mil libras en bosques, generosamente dadas por Napoleon. Así, bienes y persona, todo en ella era considerable.

Esta curiosidad antigua estaba en una poltrona á un lado de la chimenea, y hablaba con el vidame de Pamiers, otra ruina contemporánea. Este señor viejo, antiguo comendador del orden de Malta, era un hombre grande, largo y endeble, cuyo pescuezo estaba siempre apretado de modo que le comprimiase las

mejillas, que salían ligeramente de la corbata, y le mantenían la cabeza erguida; actitud llena de suficiencia en ciertas personas, pero justificada en él por un espíritu voltairiano. Sus ojos á la flor de la cabeza parecían verlo todo y habían efectivamente visto todo. Se ponía algodón en las orejas. En fin su persona ofrecía en el conjunto un modelo perfecto de las líneas aristocráticas, menudas y delicadas, suaves y agradables, que, semejantes á la serpiente, pueden á voluntad doblarse, enderezarse, ponerse flexibles ó duras.

El duque de Navarreins se paseaba por el salón con el marques de Cassan. Los dos eran hombres de cincuenta y cinco años, aun verdes, gruesos y cortos, bien mantenidos, su color un poco rojo, los ojos cansados, los labios inferiores ya caídos. A no ser por el tono esquisito de su lenguaje, la afable figura de sus modales, su soltura que podía de pronto cambiarse en impertinencia, un observador superficial podía tenerlos por banqueros. Pero todo error debía cesar al escuchar su conversación armada de precauciones con aquellos que temían; se caía ó vana con sus iguales; pérdida para los inferiores que las personas de la corte y los hombres de Estado saben suavizar con verbosas delicadezas y lastimar con una palabra no esperada. Tales eran los representantes de aquella grande nobleza que quería morir ó quedar entera, que merecía tanto elogio como censura, y será siempre imperfectamente juzgada hasta que un poeta la haya mostrado, dichosa en obedecer al rey espirando bajo el hacha de Richelieu, y despreciando la guillotina como una indigna venganza.

Estos cuatro personajes se distinguían todos por una voz aguda, particularmente en armonía con sus ideas y su talante. Por otra parte, reinaba entre ellos la mas perfecta igualdad. La costumbre adquirida por ellos en la corte de ocultar sus emociones les impedía sin duda manifestar el desagrado que les causaba este despropósito de su joven parienta.

Para impedir á los críticos que tachasen de puerilidad el principio de la escena siguiente, quizá es necesario hacer observar aquí que Loke hallándose en compañía de señores ingleses, llamados por su talento, distinguidos tanto por sus modales como por su consistencia política, se divirtió malignamente en estenografiar su conversación con un método particular, y hacerlos reír á carcajadas leyendosela, á fin de saber de ellos que se podía sacar de aquella. En efecto, las clases elevadas tienen en todo país una gerigonza llena de oropel que, lavado en las cenizas literarias ó filosóficas, da infinitamente poco oro en el crisol. En todas las clases de la sociedad, excepto algunos salones parisienses, el observador encuentra las mismas ridículas, que se diferencian solamente por la traspas-

riencia ó espesor del barniz. Así, las conversaciones sustanciales son la escepcion social, y el beocianismo divierte habitualmente á las diversas zonas del mundo. Si forzosamente se habla mucho, en las esferas elevadas, se piensa poco. Pensar es una fatiga, y los ricos quieren ver correr la vida sin grande esfuerzo. También, comparando el fondo de las chanzas por escalones, desde el muchachuelo de París hasta el par de Francia, es como el observador comprende el dicho de Mr. de Talleyrand: *Las maneras lo son todo*, traduccion elegante de este axioma judicial: *La forma se lleva el fondo*. A los ojos del poeta, la ventaja quedará á las clases inferiores, que no dejan nunca de dar un toco sello de poesia á sus pensamientos.

Esta observacion hará quizá también comprender la esterilidad de los salones, su vacío, su poca profundidad, y la repugnancia que las personas superiores experimentan al ir á hacer en ellos el ruin comercio de cambiar sus pensamientos.

El duque se paró de repente, como si hubiese concebido una idea luminosa, y dijo á su inmediato:

—Habeis vendido á Thornton?

—No, está enfermo. He tenido miedo de perderlo, lo hubiera sentido mucho; es un caballo excelente para la caza. Sabeis como sigue Mad. de Valigny?

—No, esta mañana no he ido alla. Salía para verla, cuando vinisteis á hablarme de Antonia. Pero ayer ha estado muy mala; se temía por su vida, la han administrado.

—Su muerte cambiará la posición de vuestro primo.

—En nada, ella ha hecho su división en vida y se había reservado una pensión.

—Será una grande pérdida para la sociedad. Su familia tendrá una persona menos, cuyos consejos y experiencia tenían algun valor. Sea dicho entre nosotros, era la cabeza de la casa. Valigny es un hombre amable; tiene rasgos; sabe hablar. Es agradable, muy agradable; oh! en cuanto á agradable lo es sin contradicción; pero... ningún talento de conducta. Es extraordinario, es muy fino. El otro día, comía en reunion con todos aquellos ricos de la Calzada de Antin, vuestro tío (que va siempre allí á ser de la partida) lo ve. Admirado de encontrarlo allí, le pregunta si es de la reunion.—„Sí, no voy ya al mundo, vivo con los banqueros.“ Sabeis por qué? dijo el marques lanzando al duque una fina sonrisa.

—No.

—Está enamorado de la recién casada, la chiquita Mad. Bouvry, muger que se dice está muy de moda en aquel mundo.

—Pero Antonia no se aburre, segun parece, dijo el viejo vidame.

—El afecto que tengo á esta jóven me hace tomar en este

momento un singular pasatiempo, le respondió la princesa guardándose la caja del tabaco.

—Querida tía, dijo el duque parándose, estoy desesperado. No ha habido mas hombre que Bonaparte, capaz de exigir de una mujer en forma semejantes escándalos. Aquí entre nosotros, Antonia hubiera debido elegir mejor.

—Querido mío, respondió la princesa, los Montriveau son antiguos y muy bien aliados, pertenecen á toda la elevada nobleza de Borgoña. Si los Rivandoult d' Arschoot, de la rama Dalmen, concluyesen en Galicia, los Montriveau sucederian en los bienes y en los títulos de Arschoot; los heredan por su bisabuelo.

—Estáis segura?

—Lo sé mejor que lo sabía el padre de este, a quien yo veía mucho y a quien se lo hice saber. Aunque caballero de las órdenes, se burlaba de ello, era un enciclopedista. Pero su hermano se aprovechó de ello en la emigración. He oído decir que sus parientes del Norte se portaron perfectamente con él...

—Sí, ciertamente. El conde de Montriveau murió en San Petersburgo donde lo encontré, dijo el vidame. Era un hombre grueso que tenía una increíble pasión á las ostras.

—Cuántas comía? dijo el marques de Cassan.

—Diez docenas todos los días.

—Sin incomodarse?

—Por nada en el mundo.

—Oh, es extraordinario! Esa afición no le produjo ni piedra, ni gota, ninguna incomodidad?...

—No, lo pasaba muy bien, murió de accidente!

—De accidente! Entonces la naturaleza le había dicho que comiese ostras, le eran probablemente necesarias; porque, hasta cierto punto, nuestros gustos predominantes son condiciones de nuestra existencia.

—Soy de vuestro parecer, dijo la princesa sonriéndose.

—Señora siempre entendeis las cosas maliciosamente, dijo el marques.

—Quiero solamente haceros comprender que eso seria mal entendido por una mujer joven, respondió ella.

Se interrumpió para decir: —Pero mi sobrina! mi sobrina!

—Querida tía, dijo Mr. de Navarreins, no puedo todavía creer que haya ido á casa de Mr. de Montriveau.

—Vaya!... exclamó la princesa.

—Cuál es vuestra idea, vidame? preguntó el marques?

—Si la duquesa fuese sencilla, creeria yo...

—Pero una mujer que ama, llega á ser sencilla, mi pobre vidame. Os poneis viejo?

—En fin que hacemos? dijo el duque.

—Sí mi querida sobrina tiene talento, respondió la princesa, irá esta noche á la corte, pues, por dicha, estamos en Lunes, día de recepción; vereis como la atienden y se desmiente ese rumor ridículo. Hay mil medios de explicar las cosas, y si el marques de Montriveau es un hombre caballeroso, se prestará á ello. Haremos entrar en razón á esos muchachos...

—Pero es difícil chocar de frente con Mr. de Montriveau, querida tía, es un discípulo de Bonaparte; y tiene una posición. Como, pues, es un señor del día, tiene un mando importante en la Guardia donde es muy útil. No tiene la menor ambición. A la primera palabra que le desagradase, es hombre capaz de decir al rey: —Esta es mi dimisión, dejadme tranquilo.

—Como piensa pues?

—Muy mal.

—Verdaderamente, dijo la princesa, el rey es lo que siempre ha sido, un jacobino sembrado de lises.

—Oh! un poco moderado, dijo el vidame.

—No, lo conozco de larga fecha. El hombre que decía á su mujer, el día en que esta asistió al primer gran convite: "Estas son nuestras gentes!" mostrándole la corte, no podía ser sino un triste malvado. Encuentro perfectamente á MONSIEUR en el Rey. El mal hermano que votaba tan mal en su sección de la asamblea constituyente debe convenir con los liberales, dejarlos hablar, discutir. Este santurrón de filosofía será tan peligroso para su hermano segundo como lo fué para el mayor. No sé si su sucesor podrá salir de los embarazos que se complace en crearle por malicia...

—Tía, es el rey, tengo el honor de pertenecerle, y...

—Pero, querido, vuestro destino os quita la libertad de hablar? Sois de tan buena casa como los Borbones. Si los Guisa hubiesen tenido un poco de resolución, S. M. seria hoy día un pobre señor. Me voy del mundo á buen tiempo, la nobleza está muerta.

—Todo está perdido para vos, hijos míos, dijo ella mirando al vidame casi centenario. La conducta de mi sobrina deberá ocupar á la ciudad? Ha hecho mal, no lo apruebo, un escándalo inútil es una culpa; además dudo todavía de esta falta de decencia; la he criado y sé que...

En este momento la duquesa salió de su gabinete; habia reconocido la voz de su tía y oído pronunciar el nombre de Montriveau. Estaba en su traje de casa, y cuando se presentó Mr. de Cassan, que miraba indiferentemente por la ventana, vió volver el coche de su sobrina, sin ella.

—Querida hija, dijo el duque tomándole la cabeza y abrazándole la frente, no sabes tú lo que pasa?

—Que pasa de extraordinario, querido padre?

—Todo Paris te cree en casa de Mr. de Montriveau.

—Querida Antonia, tú no has salido, no es así? dijo la princesa tendiendo la mano que la duquesa besó con un respetuoso afecto.

—No, querida madre, no he salido.

Y, dijo ella volviéndose para saludar al vidame y al marques, he querido que todo Paris creyese que estaba en casa de Mr. de Montriveau....

El duque levantó las manos hacia el cielo, dió una gran palmada y se cruzó de brazos.

—Pero no sabéis lo que resultará de esa cabezada! dijo en fin.

La princesa vieja se había súbitamente puesto en pié, y miraba á la duquesa que se puso encarnada y bajó los ojos. Mad. de Chauvry la atrajo á sí amablemente y le dijo:—Déjame besaros, angelito mio.

Luego, la abrazó la frente con mucho afecto, le apretó la mano y prosiguió sonriéndose:—No estamos ya bajo los Valois, querida hija. Habéis comprometido á vuestro marido, á vuestro estado en el mundo; sin embargo vamos á acordar para repararlo todo.

—Pero, querida tia, no quiero reparar nada. Deseo que todo Paris sepa ó diga que estaba esta mañana en casa de Mr. de Montriveau. Destruir esta creencia, por falsa que sea, es dañarme escesivamente.

—Hija mia, queréis perderos y perder á vuestra familia?

—Mi padre, mi familia, sacrificandome á intereses, me ha condenado, sin quererlo, á irreparables desgracias. Podéis vituperarme por procurarme correctivos, pero ciertamente me compadeceréis.

—Daos pues mil penas para establecer convenientemente las hijas! dijo mormurando Mr. de Navarreins al vidame.

—Querida niña, dijo la princesa, sacudiendo el tabaco que le había caído en el traje, sed feliz si podéis; no se trata de turbar vuestra felicidad, sino de ponerla acorde con los usos. Todos sabemos, aquí, que el casamiento es una institucion defectuosa temperada por el amor; pero es necesario, teniendo un amante, hacer alarde de ello en el Carronsel? Veamos, tened alguna razon, escuchadnos.

—Escuchó.

—Señora duquesa, dijo el viejo marques, si los tios estuviesen obligados á guardar sus sobrinos, tendrían un estado en el mundo; la sociedad nos debería honores, recompensas, tratamientos como los da á las gentes del rey. Así no he venido á hablaros de mi sobrino, sino de vuestros intereses. Caléulemos un poco. Si tratáis de dar un escándalo, yo conozco

al señor, no lo quiero mucho, es mi heredero. Langeais es bastante avaro, es egoísta diabólicamente, se separará de vos, os dejará pobre, y por consiguiente sin consideracion. Las cien mil libras de rentas que habéis heredado últimamente de vuestra tia materna, pagarán los placeres de sus queridas, y vos estaréis ligada, amarrada por las leyes, obligada á decir *amen* á todas estas cosas. Que os deje Mr. de Montriveau! Por Dios, querida sobrina, no nos hagamos ilusiones; un hombre no os abandonará jóven y bella; sin embargo hemos visto tantas lindas mugeres abandonadas, hasta entre las princesas, que me permitiréis una suposicion casi imposible, quiero creerlo; entonces que seria de vos, sin marido? Gobernad pues el vuestro al mismo título que cuidais vuestra belleza, que es, además, el paracaídas de las mugeres, tan bien como un marido. Os hago siempre feliz y amada; no me hago cargo de ningún acontecimiento desgraciado.

—Tío, he calculado, en tanto que no amaba. Entonces veía como vos intereses y sentimientos, donde no hay para mí, sino sentimientos, dijo la duquesa.

—Pero, niña mia, la vida es buenamente una complicacion de intereses y de sentimientos, le replicó el vidame; y para ser feliz, sobre todo en la posicion en que estais, es menester tratar de acordar estos sentimientos con sus intereses. Que una costurera se enamore segun su imaginacion, esto se concibe; pero vos tenéis un guapo caudal, una familia, un título, y destino en la corte, y no debéis arrojarlo por la ventana. Para conciliarlo todo, que venimos á pedirnos? Volver á la ley de conveniencias en vez de violarla. Ah! Dios mio, pronto tendré noventa años, no me acuerdo de haber encontrado bajo ningún sistema de gobierno un amor que valiese el precio con que queréis pagar el de ese afortunado jóven.

La duquesa impuso silencio al vidame con una mirada, y si Montriveau la hubiese podido ver, se lo hubiera perdonado todo....

—Esto haria un bello efecto en el teatro, dijo el marques de Cassan, y no significa nada cuando se trata de vuestros parafernales, de vuestra posicion y de vuestra independencia. No sois agradecida, querida sobrina. No encontrareis muchas familias en que los parientes sean tan valientes para emplear las enseñanzas de la experiencia y hacer oír el lenguaje de la razon á cabezasjóvenes insensatas. Renunciad á vuestra salvacion en dos minutos, si os gusta condenaros; en hora buena! Pero reflexionad bien cuando se trata de renunciar á vuestras rentas. Me creo con derecho de hablaros así; porque si os perdéis, yo solo podré ofrecer un asilo. Soy tío de Langeais, y yo solo tendré razon culpándole.

—Hija mia, dijo el duque, despertandose de una dolorosa meditacion, pues hablais de sentimientos, dejadme haceros observar que una muger que lleva vuestro nombre se debe á otros sentimientos que á los de la gente comun; quereis pues dar ganancia á esos jesuitas de Robespierre que se esfuerzan en infamar á la nobleza! Hay ciertas cosas que una Navarreins no podria hacer sin faltar á toda su casa. No seriais la sola deshonrada.

—Vamos, dijo la princesa, he ahí el deshonor. Hijos míos, no hagais tanto ruido por un coche vacío, y dejadme sola con Antonia. Vendreis todos tres á comer conmigo. Me encargo de arreglar convenientemente las cosas. No entendeis nada, vosotros los hombres; usais ya de acritud en vuestras palabras, y no quiero veros desavenidos con mi querida hija. Hacedme pues el gusto de irlos.

Los tres caballeros penetraron sin duda las intenciones de la princesa, saludaron á sus patientas; y Mr. de Navarreins abrazó á su hija en la frente diciéndole:

—Vamos, querida hija, ten talento. Si quieres, todavia es tiempo.

—No podremos hallar en la familia algun buen muchacho que trabase disputa con Montriveau? dijo el vidame bajando la escalera.

—Alhaja mia, dijo la princesa, haciendo seña á su discípula de que se sentase en una sillita baja, junto á ella, cuando estuvieron solas, no se que nada haya sido mas calumniado en este mundo que Dios y el siglo diez y ocho; porque haciendo conmemoracion de las cosas de mi juventud, no me acuerdo de que una sola duquesa hallase las conveniencias como vos acabais de hacerlo. Los novelistas y los autorzuelos han deshonrado el reinado de Luis XV. No los creais. La Dubarry, querida mia, valia mas que la viuda Scarron, y era mejor persona. En mi tiempo una muger sabia, en medio de sus galanterias, conservar su dignidad. Las indiscreciones nos han perdido. De ahí viene todo el mal. Los filósofos, esa gente de nada que admitimos en nuestros salones, tuvieron la avilantez y la ingratitude, por precio de nuestras bondades, de hacer el inventario de nuestros corazones, de desacreditarnos en masa, en destall, y de declamar contra el siglo. Entonces el pueblo, que está muy mal colocado para juzgar cualquier cosa, vió el fondo de las cosas, sin ver la forma de ellas. Pero en este tiempo, corazón mio, los hombres y las mugeres han sido tan notables como en las otras épocas de la monarquia. Ninguno de vuestros Werthers, ninguna de vuestras notabilidades, como se llaman, ninguno de vuestros hombres de guantes amarillos y cuyos pantalones disimulan la pobreza de sus pier-

nas, atravesaria la Europa, disfrazado de bulhonero, para ir á encerrarse, con peligro de la vida y despreciando los puñales del duque de Módena, en el tocador de la hija del regente! Ninguno de vuestros enfermos del pecho con gafas de carey se ocultaria como Lauzon, durante seis semanas en un armario, para animar á su querida mientras que salia de su cuidado. Habia mas pasion en el dedo chico de Mr. de Sancy que en toda vuestra raza de disputadores que dejan las mugeres por las enmiendas! Halladme pues hoy pages que se dejen hacer tajadas y enterrar en el suelo por haber besado el dedo enguantado de una Konismarek! Hoy, en verdad, pareceria que los papeles se han cambiado, y que las mugeres deben sacrificarse por los hombres. Estos señores valen menos y se estiman mas. Así, creedme, querida mia, todas esas aventuras que se han hecho públicas y con que se arman hoy dia para asesinar á nuestro buen Luis XV, eran en un principio secretas. A no ser por un monton de poetastros, de moralistas que entretenian á nuestras doncellas, y escribían sus calumnias nuestra época hubiera sido literariamente de costumbres. Justifico al siglo y no su orilla. Quizá ha habido cien mugeres de calidad perdidas; pero los chuscos las han hecho subir á un millon, como hacen los gaceteros cuando avalúan los muertos del partido batido. Además, no sé que la revolucion y el imperio puedan echarnos nada en cara! Estos tiempos han sido licenciosos, sin talento, groseros, vaya! todo me chocha. Son los lugares malos de nuestra historia.

Este preámbulo, querida hija mia, prosiguió ella despues de una pausa, es para llegar á decirte que si Montriveau te agrada, eres dueña de amarlo á tu placer, y tanto como puedas. Sé, por experiencia (á menos de encerrarte, pero en el dia no se encierra), que harás lo que te agrade; y eso es lo que yo hubiera hecho en tu edad. Tan solo, prenda mia, no hubiera abdicado el derecho de hacer duques de Langeais. Así comportate decentemente. El vidame tiene razon, ningun hombre vale uno solo de los sacrificios con que somos tan necias en pagar su amor. Ponte pues en la posicion de corresponder á su amor, si tuvieses la desgracia de estar arrepentida, hallarte todavia la muger de Mr. de Langeais. Cuando fueres vieja estarás muy contenta con oirla misa en la corte y no en un convento de provincia: esta es toda la cuestion. Una imprudencia es una pension, una vida errante, estar á merced de su amador; es el fastidio causado por las impertinencias de las mugeres, de mugeres que valdrán menos que tú, precisamente porque habrán sido diestras muy innoblemente. Valia cien veces mas haber ido á casa de Montriveau, por la noche, en coche de alquiler, disfrazada, que enviar allá tu coche en medio del dia,

Tú eres una tontuela, querida hija mía, tu coche ha lisonjeado su vanidad, tu persona se hubiera apoderado de su corazón. Te he dicho lo que es justo y verdadero, pero no te quiero ya. Eres de dos siglos atrás con tu falsa grandeza. Vamos, dejarnos arreglar tus negocios, decir que el Montriveau habrá embriagado á tus criados, para satisfacer su amor propio y comprometerte....

—En nombre del cielo, tía, exclamó la duquesa como incomodándose, no lo calumniéis.

—Oh! querida hija, dijo la princesa cuyos ojos se animaron, quisiera ver en ti ilusiones que no te fuesen funestas, pero toda ilusión debe cesar. Tú me ablandarías, á no ser por mi edad. Vamos, no des pena á nadie, ni á él, ni á nosotros, me encargo de contentar á todo el mundo; pero prométeme no permitirte en adelante un solo paso sin consultarme. Cuéntamelo todo, yo te conduciré quizá al bien.

—Tía, os prometo....

—Decírmelo todo....

—Sí, todo, todo lo que pudiese decirse.

—Pero, corazón mío, precisamente lo que no se podrá decir es lo que yo quiero saber, entendámonos. Vamos, dejame arrimar mis labios secos á tu hermosa frente. No, déjame á mí, te prohíbo que beses mis huesos. Los viejos tienen una política peculiar á ellos.... Vamos, acompañame hasta mi coche.

—Querida tía, puedo pues ir á su casa disfrazada?

—Sí, pues eso puede siempre negarse, dijo la duquesa.

La duquesa no había percibido claramente mas que esta idea en el sermón que la princesa acababa de hacerle.

Así que Mad. de Chauvry estuvo acomodada en su coche, Mad. de Langeais se despedió con gracia, y subió enteramente feliz.

—Mi persona se hubiera apoderado de su corazón! tiene razón mitia. Un hombre no debe negarse á una mujer linda.

Por la noche, en la tertulia de la señora duquesa de Berri, el duque de Navarreins, Mr. de Pamiers, Mr. de Marzay, Mr. de Cassan, desmintieron victoriosamente los rumores ofensivos que corrían acerca de la duquesa de Langeais. Tantos oficiales y otras personas atestiguaron haber visto á Mr. de Montriveau paseándose en las Tullerías durante la mañana, que esta necia historia fué colocada en la cuenta del acaso, que toma lo que se le da. Así el día siguiente la reputación de la duquesa volvió á quedar, á pesar de la estación de su coche, pura y clara como el yelmo de Mambrino, después de haber sido limpiado por Sancho.

Solamente á las dos en el bosque de Boloña, Mr. de Rouquerolles, pasando al lado de Mr. de Montriveau, le dijo sonriendo:—Está bien, la duquesa!

—Ahora y siempre, añadió él aplicando un latigazo significativo á su jaca que echó á correr como una bala.

Dos días después de su inútil escándalo, Mad. de Langeais escribió á Mr. de Montriveau una carta que quedó sin respuesta como las anteriores. Esta vez había tomado sus medidas y corrompido á Augusto, ayuda de cámara de Armando. Así, por la noche, á las ocho, fué introducida en casa de Armando, en una habitación distinta de aquella en que había pasado la escena que quedó secreta. La duquesa supo que el general no volvía. Tenía dos casas? El criado no quiso responderle. Mad. de Langeais había comprado la llave de esta habitación, y no toda la probidad de aquel hombre. Cuando quedó sola vio sus catorce cartas puestas sobre un velador viejo; no estaban ni manuscritas, ni abiertas; no habían sido leídas.

Al ver esto, cayó en un sillón, y por un momento se desmayó. Al volver en sí, reparó en Augusto, que le hacía respirar vinagre.

—Un coche, pronto, dijo ella.

Llegado el coche, bajó con una rapidez convulsiva, volvió á su casa, se metió en la cama, é hizo cerrar su puerta. Estuvo veinte y cuatro horas en cama, no dejando acercar á si mas que á su doncella que le llevó algunas tazas de infusión de hojas de naranja. Suzetta oyó á su señora quejarse, y sorprendió lágrimas en sus ojos brillantes, pero hundidos.

El día siguiente, después de haber meditado con lágrimas de desesperación sobre el partido que quería tomar, Mad. de Langeais tuvo una conferencia con su agente de negocios, y le encargó sin duda algunos preparativos. Luego envió á llamar al viejo vidame de Pamiers. Mientras venía el comendador, escribió á Mr. de Montriveau. El vidame fué exacto. Encontró á su joven prima pálida, abatida, pero resignada. Eran las dos de la tarde. Nunca esta divina criatura había estado mas poetica que lo estaba entonces en el descaecimiento de su agonía.

—Mi querido primo, dijo ella al vidame, vuestros noventa años os valen esta cita. Oh! no os sonriais, os lo suplico, delante de una pobre mujer en el colmo de la desgracia. Sois un hombre caballeroso, y las aventuras de vuestra juventud os han inspirado, quiero creerlo, alguna indulgencia para con las mujeres.

—No la menor, dijo él.

—De veras?

—Son felices en todo.

—Ah!... Pues bien, estais en el corazón de mi familia, seréis quizá el último pariente, el último amigo cuya mano hubiere apretado; puedo pues reclamar de vos un buen oficio. Hacedme

pues, querido vidame, un servicio que no pediría á mi padre, ni á mi tío Cassan, ni á ninguna muger. Debeis comprenderme. Os suplico que me obedezcais y olvidéis que me habeis obedecido, cualquiera que sea el éxito de vuestros pasos. Se trata de ir, autorizado con esta carta á verlo, mostrarsela, pedirle, como sabeis de hombre á hombre pedir las cosas porque teneis entre vosotros una probidad, sentimientos que olvidais con nosotras, suplicadle que tenga á bien leerla, no en vuestra presencia, los hombres se ocultan ciertas emociones. Os autorizo, para decidirlo, y si lo juzgais necesario, decirle que va en ello mi vida ó mi muerte. Si se digna....

—Digna! dijo el comendador

—Si se digna leerla, repuso con dignidad la duquesa, hacédle una última observacion. Lo vereis á las cinco, como á esa hora, en su casa, hoy, lo sé; pues bien, debe, por toda respuesta, venir á verme. Si tres horas despues, si á las ocho, no ha salido, todo estará dicho. La duquesa de Langeais habrá desaparecido de este mundo. No moriré, querido primo, no; pero ningun poder humano me encontrará en esta tierra. Venid á comer conmigo, tendré al menos un amigo que me asista en mis últimas agonias. Sí, esta tarde, mi querido primo, se decidirá de mi vida, y suceda lo que suceda, esta no puede ser mas que ardiente. Id, silencio, no quiero escuchar nada que se parezca ó á observaciones ó á consejos.

Hablemos, riamos, dijo ella alargandole una mano que él le besó. Seamos como dos viejos filósofos que saben gozar de la vida hasta el momento de su muerte. Me adornaré, seré muy coqueta con vos. Sereis quizá el último hombre que viere á la duquesa de Langeais

El vidame no respondió nada, saludó, tomó la carta y desempeñó su comision. Volvió á las cinco, halla á su princesa compuesta con esmero, deliciosa en fin. El salon estaba adornado con flores como para una fiesta. La comida fue exquisita. Para este viejo, la duquesa puso en juego todo lo brillante de su talento, y se mostró mas atractiva que nunca lo habia estado.

El comendador quiso en un principio ver una chanza de la jóven en todos estos preparativos; pero, de cuando en cuando, la falsa magia de las seducciones desplegadas por su prima perdía el color. Ya la sorprendia estremeciéndose conmovida por una especie de terror súbito; y ya parecia que escuchaba en silencio. Entonces, si él le decia:

—Que teneis?

—Chito! respondia ella.

A las siete lo dejó, volvió muy pronto, pero vestida como pudiera estarlo su doncella para un viage. Reclamó el brazo del

viejo al que quiso por compañero, se metió en un coche de alquiler, y los dos fueron, á eso de las ocho menos cuarto, á la puerta de Mr. de Montriveau.

Armando, durante este tiempo, habia meditado la carta siguiente:

«Amigo mio, he pasado algunos momentos en vuestra casa sin saberlo vos; he recogido allí mis cartas!... Oh, Armando, de vos á mi, esto no puede ser indiferencia, y el odio procede de otra manera. Si me amais haced cesar un juego cruel. Mas adelante, os desesperariais de ello, al saber cuanto es he amado. Si os he comprendido por desgracia, si no me teneis mas que aversion! la aversion soporta desprecio y disgusto; entonces toda esperanza me abandona: los hombres no salen de estos dos sentimientos. Por terrible que pueda ser, este pensamiento traerá consuelos á mi largo dolor. No tendreis penas un dia, Penas! ah, Armando mio, que las ignoro. Si os causase una sola... No, no quiero deciros que estragos haria en mí. Viviré y no podré ser ya vuestra muger. Despues de haberme enteramente entregado á vos en pensamiento, á quien me he de dar? á Dios. Si los ojos que habeis amado durante un momento, no verán mas ninguna cara de hombre; y ojala que la gloria de Dios los cierre! No oiré mas la voz humana, despues de haber oido la vuestra tan dulce en un principio, tan terrible ayer, porque estoy siempre en el dia siguiente de vuestra venganzas consumadas por la palabra Dios. Entre su cólera y la vuestra, amigo mio, no habrá para mí sino lagrimas y oraciones. Me preguntareis quiza porque os escribo? Ay, dejadme conservar un rayo de esperanza, lanzar todavia un suspiro sobre la vida feliz antes de dejarla para siempre. Estoy en una situacion horrible. Tengo toda la serenidad que comunica al alma una grande resolucion, y siento aun los últimos ruidos sordos de la tempestad. En aquella terrible aventura, que tanto me ha unido á vos, Armando, ibais del desierto al oasis, llevado por un buen guia. Pues bien, yo, voy del oasis al desierto, y vos sois para mí un guia sin piedad. Sin embargo, vos solo, amigo mio, podeis comprender la melancolia de las últimas miradas que lanzo á la felicidad, y sois el solo á quien puedo dirigir mis quejas sin sonrojarme. Si me ois, seré feliz; si sois inexorable, espiaré mis culpas. En fin, no es natural en una muger quedar en la memoria de su amado, revestida de todos los sentimientos nobles?

„Oh! solo querido de mí! dejad á vuestra criatura sepultarse con la creencia de lo que tendreis por grande. Vuestras severidades me han hecho reflexionar, y desde que os amo mucho, me he hallado menos culpable de lo que pensais. Escuchad pue

mi justificación, os la debo; y vos, que sois todo para mí en el mundo, me debéis al menos un instante de justicia.

«He sabido, por mis propios dolores, cuanto os han hecho padecer mis coqueterías; pero entonces, estaba en una completa ignorancia del amor. Vos estais en los secretos de estos tormentos, y me los imponéis. Durante los ocho primeros meses que concedisteis no os habeis hecho amar. Por qué, amigo mío? No sé ya deciroslo, no puedo explicaros porque os amo. Ah, ciertamente, estaba lisonjeada con verme ser el objeto de vuestros discursos apasionados, de recibir vuestras miradas de fuego; pero vos me dejais fria y sin deseo. No era yo muger, no concebía ni el rendimiento ni la felicidad de nuestro sexo. Quien tiene la culpa? No me hubierais despreciado, si me hubiese sacrificado á vos sin ningun sacrificio? Ay! amigo mío, puedo deciroslo, estos pensamientos me ocurrieron cuando era tan coqueta con vos; pero os hallaba ya tan grande, que no quería que me debieseis á la compasión.....

«Que palabra acabo de escribir?.... Ah! he tomado en vuestra casa todas mis cartas: las echo al fuego. Nunca sabras el amor, la pasión, la locura que ellas acusaban.

„Me callo, Armando, me paro, no quiero deciros nada mas de mis sentimientos. Si mis votos no han sido entendidos de alma á alma, no podré pues ya tampoco, yo la muger, deber vuestro amor sino a vuestra compasión. Quiero ser amada sin resistencia ó dejada cruelmente. Si reusais leer esta carta, sera quemada. Si habiendola leído, no sois, tres horas despues, mi solo amado para siempre, no tendré rubor en saber que está en vuestras manos: la soberbia de mi desesperacion garantizara á mi memoria de toda injuria, y mi fin sera digno de mi amor. Vos mismo, no encontrandome ya sobre esta tierra, aunque viva, no pensareis sin estremeceros, en una muger que, dentro de tres horas, no respirará mas que para abrumaros con su cariño, á una muger consumida por un amor sin esperanza, y fiel, no á placeres participados, sino á sentimientos desconocidos.

«La duquesa de Lavalier lloraba una felicidad perdida, su poder desvanecido; mientras que la duquesa de Langeais será feliz con su llanto y quedara para vos un poder. Si, me sentireis. Conozco bien que yo no era de este mundo, y doy las gracias por habermela probado. Adios, no tocáis a mi hacha; la vuestra era la del verdugo, la mia era la de Dios; la vuestra mata, la mia salva. Vuestro amor mortal, no sabia sufrir ni el desden, ni la chanza; el mio puede aguantarlo todo sin flaquear, es inmortalmente vivaz. Ah! experimento un contento sombrío en aniquilaros, en humillaros á vos, que sois tan grande, con la sonrisa tranquila y protectora de los ángeles débiles, que adquie-

ren, postrandose a los pies de Dios, el derecho y la fuerza de cuidar en nombre suyo á los hombres. No habeis tenido mas que deseos pasajeros; mientras que la pobre religiosa os advertirá sin cesar con sus ardientes oraciones, y os cubrira siempre con las alas del amor divino. Presiento vuestra respuesta, Armando, y os cito... para el cielo. Amigo, la fuerza y la flaqueza se admiten allí igualmente, ambas son dolores. Este pensamiento aplaca las agitaciones de mi última prueba. Heme aquí tan tranquila, que temeria no amarte mas, si no fuese por tí por lo que dejo el mundo.“

—Querido primo, dijo la duquesa al llegar á la casa de Montriveau, hacedme el favor de preguntar en la puerta si esta en casa.

El comendador, obedeciendo á la manera de los hombres del siglo diez y ocho, bajó y volvió á decir á su prima un sí que la hizo temblar.

A estas palabras, abrazó al comendador, le apretó la mano, dejó que le besase las dos mejillas, y le suplicó se fuese sin espiarla ni quererla proteger.

—Pero los que pasan! dijo él.

—Nadie puede faltarme, respondió ella.

Esta fué la última palabra de la muger á la moda, y de la duquesa.

El comendador se fué.

Mad. de Langeais quedo en el umbral de aquella puerta embriéndose con su capa, y esperó que diesen las ocho.

La hora espiró.

Esta desgraciada muger se concedió diez minutos, un cuarto de hora; en fin, quiso ver una nueva humillacion en este retardo y la fé la abandonó. No pudo contener esta exclamacion:—Oh Dios mío, luego dejó aquel funesto suelo.

Esta fué la primera palabra de la carmelita.

Montriveau tenia una conferencia con algunos amigos, se dió prisa á concluir, pero su reloj atrasaba, y no salió para ir á la casa de Langeais sino en el momento en que la duquesa llevada por una rabia fria, huía á pié por las calles de Paris. Lloró así que estuvo en el baluarte del Infierno. Allí, por última vez, miró á Paris humeando, estrepitoso, cubierto de la roja atmósfera producida por sus luces; despues subió en un coche de alquiler, y salió de aquella ciudad para no volver nunca á entrar en ella.

Cuando el marques de Montriveau fué á la casa de Langeais, no halló a su amada, y se creyó burlado. Entonces, corrió á cosa del vidame, y fué recibido en el momento en que el buen hombre estaba en bata pensando en la felicidad de su linda pa-

Montriveau le lanzó aquella mirada terrible cuya conmoción eléctrica hería igualmente á los hombres y á las mugeres.

—Caballero, ¿estariais dispuesto para alguna chanza cruel? exclamó. Vengo de la casa de Langeais, y sus criados dicen que ha salido.

—Ha ocurrido sin duda por culpa vuestra una gran desgracia, respondió el vidame. Dejé á la duquesa en vuestra puerta.....

—A que hora?

—A las ocho menos cuarto.

—Os saludo, dijo Montriveau que volvió precipitadamente á su casa para preguntar á su portero si habia visto á prima noche una señora en la puerta.

—Si, señor, una hermosa muger que parecia tener algun disgusto. Lloraba como una Magdalena, sin meter ruido, y estaba derecha como una estaca. En fin, dijo un ó Dios mio! yendose que, con vuestro permiso, nos partié el corazon á mi esposa y á mí que estábamos allí sin que ella lo advirtiese.

Estas pocas palabras hicieron perder el color á este hombre tan firme. Escribió algunos renglones á Mr. de Ronquerolles á cuya casa los envió al instante, y subió á su habitacion.

A eso de las doce, llegó el marques de Ronquerolles.

—Que tienes, mi buen amigo? dijo él al ver al general.

Armando le dió á leer la carta de la duquesa.

—Y bien? le preguntó Ronquerolles.

—Estaba á mi puerta á las ocho, y á las ocho y cuarto desapareció. La he perdido, y la amo! Ah, si mi vida me perteneciese, me hubiera ya saltado la tapa de los sesos.

—Vaya! vaya! dijo Ronquerolles, calmate. Las duquesas no vuelan como las nevatillas. No andarán tres leguas por hora, mañana andarémos seis, nosotros.

—Ah! fuego! repuso él, Mad. de Langeais no es una muger ordinaria. Mañana montarémos á caballo. En el dia, sabremos por la policia donde ha ido. Necesitaba un coche, estos ángeles no tienen alas. Que esté en camino ó oculta en París, la hallarémos. No tenemos el telégrafo para detenerla sin seguirla? Tu serás feliz. Pero, mi querido hermano, tu has cometido la falta de que son mas ó menos culpables los hombres de tu energía. Juzgan á las otras almas por la suya, y no saben por donde quiebra la humanidad cuando estiran sus cuerdas. Por qué no me dijiste una palabra antes? Te hubiera dicho:—Sé exacto!

—Hasta mañana pues, añadió apretando la mano de Montriveau, que quedò mudo. Duermes, si puedes.

Pero los mas inmensos recursos de que nunca los hombres de estado, soberanos, ministros, banqueros, en fin de que todo poder humano se haya socialmente investido

fueron en vano desplegados. Ni Montriveau ni sus amigos pudieron hallar la pista de la duquesa. Se habia sin duda encerrado en un convento. Montriveau resolvió registrar ó hacer registrar todos los conventos del mundo. Le era precisa la duquesa, aun cuando le costase la vida á toda una ciudad.

Para hacer justicia á este hombre extraordinario, es preciso decir que su furor apasionado se enardeció cada dia, y duró cinco años.

En 1829 únicamente, supo el duque de Navarreins por casualidad, que su hija habia partido para España, como doncella delady Julia Hopwood, y que habia dejado á esta señora en Cádiz, sin que lady Julia hubiese sabido que la señorita Carolina era la ilustre duquesa cuya desaparicion ocupaba á la alta sociedad parisiense.

Los sentimientos que animaron á los dos amantes cuando se volvieron á encontrar en la reja de las Carmelitas y en presencia de la madre priora, deben comprenderse ahora en toda su estension, y su violencia, despertada por ambas partes, explicará sin duda el desenlace de esta aventura.

PARTÉ CUARTA.

DIOS HACE LOS DESENLADES.

Era un nudo gordiano, al cual no debia faltar la cuchilla que desatara los nudos mas fuertemente apretados.

(FERRAGUS, gefe de los devorantes.)

En 1829, muerto el duque de Langeais, su muger era libre. Antonia de Navarreins vivia consumida por el amor en un banco del Mediterraneo; pero el Papa podia dispensar los votos de la hermana Teresa. La felicidad comprada con tanto amor podia manifestarse por los dos amantes.

Estos pensamientos hicieron que Montriveau volase de Cádiz á Marsella, de Marsella á Paris.

Dos meses despues de haber llegado á Francia, un bergantin armado en guerra salió del puerto de Marsella, é hizo rumbo á España. Este buque estaba fletado por muchos hombres de distincion, casi todos franceses que, prendados de la bella pasion por Oriente, querian visitar sus paises. Los grandes conocimientos de Montriveau de las costumbres de aquel pais, lo hacian un precioso compañero de viage para estas personas que le suplicaron fuese con ellas, á lo cual asiutió. El ministro de la guerra lo nombró teniente general y lo agregó á la junta de artilleria para facilitarle esta parte de placer.

El bergantín se detuvo, veinte y cuatro horas después de su salida, al noroeste de una isla á la vista de las costas de España. El buque habia sido escogido á propósito para que pudiese sin peligro anclar á una media legua de los arrecifes que, en aquella costa, impedían seguramente que se abordase á la isla. Si las barcas ó los habitantes advertían al bergantín en aquel ancoraje, no podían desde luego concebir ninguna inquietud, pues hubiera sido fácil justificar pronto su parada.

Antes de llegar á la vista de la isla, Montriveau hizo enarbolar la bandera de los Estados-Unidos. Los marineros alistados para el servicio del buque eran americanos, y no hablaban mas que la lengua inglesa. Uno de los compañeros de Montriveau los embarcó á todos en un bote, y los llevó á una posada de la ciudad donde los mantuvo en un estado de embriaguez que no les dejó la lengua libre. Luego dijo que el bergantín estaba fletado por caballeros andantes, gente conocida en los Estados-Unidos por su fanatismo, y cuya historia ha publicado uno de los escritores de aquel país.

Así la presencia del buque en los arrecifes se explicó suficientemente. Los armadores y los pasajeros buscaban allí, dijo el fingido contramaestre de los marineros, los restos de un galeón ido á pique en 1778 con caudales enviados de Méjico. Los posaderos y las autoridades no preguntaron nada mas.

Armando y los amigos que lo secundaban en su difícil empresa, pensaron desde luego que ni la astucia ni la fuerza podían hacer se llevase á cabo la libertad ó el rapto de la hermana Teresa por el lado de la ciudad. Entonces, de común acuerdo, estos hombres audaces resolvieron atacar al toro por los cuernos. Quisieron abrirse un camino por aquellos lugares mismos en que todo acceso parecia impracticable, y vencer la naturaleza como el general Lamarque la habia vencido en el asalto de Caprea. En esta circunstancia las tablas de granito cortadas á pico, en la punta de la isla, les ofrecia menos asidero que las de Caprea habian ofrecido á Montriveau, que fué de aquella increíble expedición; y les monjas le parecían mas temibles que lo fué sí. Hudon Lowe,

Robar á la duquesa con estrépito cubria á estos hombres de vergüenza. Mas hubiera valido el sitio de la ciudad, del convento, y no dejar un testigo de su victoria, á manera de los piratas.

Para ellos, esta empresa no tenia pues mas que dos aspectos: ó algun incendio, alguna accion que asustase á la Europa dejando ignorar la razon del crimen; ó algun robo aereo, misterioso,

que persuadiese á las monjas que el diablo les habia hecho una visita. Este último partido triunfó en el consejo secreto tenido en París antes de la partida. Luego todo se habia previsto para el éxito de una empresa que ofrecia á estos hombres, estragados con los placeres de París, una verdaderá diversion.

Una especie de piragua de excesiva ligereza, fabricada en Marsella segun un modelo malayo, permitió navegar en los arrecifes hasta el parage donde dejaban de ser practicables. Dos cuerdas de alambre, tendidas paralelamente á distancia de algunos pies en inclinaciones inversas, y sobre las cuales debían correr canastos igualmente de alambre, servían de puentes, como en China, para ir de una roca á otra. Los peñascos fueron tambien unidos unos á otros por un sistema de cuerdas y de canastos semejantes á los hilos sobre que andan ciertas arañas y con que envuelven un árbol; obra de instinto que los chinos, pueblo esencialmente imitador, han copiado los primeros, históricamente hablando. Ni las olas ni los caprichos de la mar podían desarreglar estas frágiles construcciones. Las cuerdas tenían bastante juego para ofrecer á los furiosos de las olas la corvadura estudiada por un ingeniero, el difunto Cachio, el inmortal creador del puerto de Queburgo; la sabia línea mas allá de la cual cesa el poder del agua embravecida, curva establecida segun una ley robada á los secretos de la naturaleza por el talento de la observacion, que es casi todo el talento humano.

Los compañeros de Mr. de Montriveau estaban solos en aquel buque. Los ojos del hombre no podían llegar hasta ellos. Los mejores anteojos asestados desde las cubiertas por los marineros de los buques, que pasaban, no hubieran dejado descubrir ni las cuerdas perdidas en los arrecifes, ni los hombres ocultos en las rocas.

Después de once dias de trabajos preparatorios, estos doce demonios humanos llegaron al pié del promontorio elevado unas treinta toesas sobre la mar, trozo tan difícil de que trepaban hombres, como puede serlo á un raton andar por los contornos de un vaso liso de porcelana. Esta mesa estaba afortunadamente rota. Su hendedura, cuyos dos labios presentaban una línea recta, permitió que se sujetasen á ella, á un pié de distancia, gruesas cuñas de madera, en las cuales atrevidos trabajadores aseguraron grampas de hierro, las cuales preparadas para adelantar concluían en una paleta agujereada sobre la cual fijaron un escalon hecho con una plancha muy ligera de abeto, que se adaptaba á las entalladuras de un mástil tan alto como el promontorio, y que fué sugetado en la roca desde la playa.

Con una habilidad digna de estos hombres, uno de ellos,

matemático profundo, calculó el ángulo necesario para separar gradualmente los escalones en lo alto y bajo del mástil, de manera que en su mitad se colocase el punto desde donde partiendo los escalones de la parte superior ganasen en forma de abanico lo alto de la roca, figura igualmente representada, pero en sentido inverso, por los escalones de abajo. Esta escalera, de una ligereza milagrosa y de solidez perfecta, costó veinte y dos días de trabajo. Un eslabon fosfórico, una noche y la resaca de la mar bastaban para hacer desaparecer enteramente sus huellas.

Así no era posible ninguna indiscreción, y ninguna pesquisa contra los violadores del convento podría tener éxito.

Sobre lo alto de la roca habia una plataforma circundada por todos lados por el precipicio cortado á pico. Los doce desconocidos, examinando el terreno con sus anteojos desde lo alto de la gavia, se habian asegurado de que, á pesar de algunas asperezas, podrian llegar fácilmente á los jardines del convento, cuyos árboles muy espesos ofrecian abrigos muy seguros. Allí sin duda debian ulteriormente decidir por que medios se consumaría el rapto de la religiosa.

Después de tan grandes esfuerzos, no quisieron comprometer el buen éxito de su empresa, esponiéndose á ser descubiertos, y se vieron obligados á esperar que concluyese el último cuarto de la luna.

Montriveau estuvo, durante dos noches, envuelto en su capa, acostado sobre la roca. Los cantos de la noche y los de la mañana le causaron delicias inesplicables. Fué hasta el muro, para poder oír la música del órgano, se esforzó en distinguir una voz en aquel conjunto de voces. Pero, á pesar del silencio, el espacio no dejaba llegar á sus oídos sino los efectos confusos de la música. Eran suaves armonías en que los efectos de la ejecución no se hacían ya sentir, y de donde se desprendía el puro pensamiento del arte comunicándose al alma sin exigirle ni los esfuerzos de la atención ni las fatigas del entendimiento. Terribles memorias para Armando cuyo amor reflejaba en aquella brisa de música, donde quiso hallar promesas aereas de felicidad.

El día siguiente á la última noche, bajó al salir el sol, después de haber permanecido por espacio de muchas horas con los ojos clavados en la ventana sin reja de una celda. Las rejas no eran necesarias sobre aquellos abismos. Había visto luz durante toda la noche. Luego, el instinto del corazón, que engaña tan á menudo como dice verdad, le habia dicho: —Ella está allí!.....

—Está ciertamente allí, y mañana la tendré, se dijo él mezclando pensamientos alegres con el tañido lento de una campana.

Estraña rareza del corazón! amaba con mas pasión á la religiosa perdida en los ímpetus del amor, consumida por las lágrimas, los ayunos, las vigiliass y la oración; la muger de veinte y nueve años fuertemente experimentada; cuando no habia amado á la jóven inconstante, á la muger de veinte y cuatro años, á la silfida. Pero los hombres de alma vigorosa no tienen una propensión que los arrastra hácia las sublimes espresiones que nobles desgracias, ó ímpetuosos movimientos de pensamiento han grabado en la cara de una muger? La belleza de una muger dolorida no es la mas atractiva de todas para los hombres que se sienten en el corazón un tesoro inagotable de consuelos y de afectos para difundirlos en una criatura bondadosa por debilidad y fuerte por el sentimiento? La belleza reciente, colorada, sencilla, lo *lindo* en una palabra es el atractivo vulgar de que se prenda la mediania.

Montriveau debia amar aquellas caras en que el amor se despierta en medio de los dobles del dolor, y de las ruinas de la melancolía. Entonces un amante no hace brotar, á la voz de sus paderosos deseos, un ser enteramente nuevo, jóven, palpitante, que rompe por sí solo una envuelta bella para él, destruida para el mundo? No posee dos mugeres? la que se presenta á los demás pálida, descolorida, triste; luego la del corazón que nadie ve, un ángel que comprende la vida por el sentimiento, y no aparece en toda su gloria mas que para las solemnidades del amor?

Antes de dejar su puesto, el general oyó débiles acuerdos que salían de aquella celda, dulces voces llenas de ternura. Cuando volvió al pié de la roca donde estaban sus amigos, les dijo en algunas palabras, llenas de aquella pasión comunicativa aunque discreta cuya grandiosa espresion siempre respetan los hombres, que nunca, en su vida, habia experimentado felicidades tan hechiceras.

El día siguiente por la noche, once compañeros decididos subieron en la sombra á lo alto de los peñascos, llevando cada uno un puñal, provision y todos los instrumentos que permite el oficio de ladrones. Llegados á la cerca, la pasaron por medio de escalas que habian fabricado, y se hallaron en el convento. Montriveau reconoció la larga galeria abovedada por donde habia ido poco hácia al locutorio, y las ventanas de esta sala. Entonces, sobre la marcha, se hizo y adoptó su plan.

Abriose paso por la ventana del locutorio que alumbraba la

parte destinada á las carmelitas; penetrar en los corredores; ver si en cada celda estaban inscritos los nombres; ir á la de la hermana Teresa; sorprender y tapar la boca á la religiosa mientras dormía; atarla y robarla; todas estas partes del programa eran fáciles para hombres que, á la audacia, á la destreza de los forzados, unían los conocimientos peculiares a la gente del mundo, y á los cuales era indiferente dar una puñalada para comprar el silencio.

La reja de la ventana fué serrada en dos horas. Tres hombres se pusieron de centinela en la parte de afuera y otros dos quedaron en el locutorio. Los restantes, con los pies descalzos, se colocaron de distancia en distancia por enmedio del claustro donde se empeñó Montriveau oculto detrás de un joven, el mas diestro de ellos, llamado Enrique de Marsay, que, por prudencia, se habia vestido con un hábito de carmelita semejante enteramente al del convento.

El reloj dió las tres, cuando la fingida religiosa y Montriveau llegaron al dormitorio. Pronto reconocieron la situación de las celdas. Despues, no oyendo ruido alguno, leyeron, con ayuda de una linterna sorda, los nombres afortunadamente escritos sobre cada puerta, y acompañados de las divisas místicas, de las estampas de santos ó de santas que cada religiosa escribe en forma de epígrafe sobre el nuevo papel de su vida, y donde revela su último pensamiento.

Habiendo Montriveau llegado á la celda de la hermana Teresa, leyó esta inscripcion:

Sub invocatione sanctæ matris Theresæ!

El lema era; *Adoremus in æternum.*

De repente su compañero le puso la mano en el hombro, y le hizo ver una viva luz que iluminaba las baldosas del corredor, por la rehendija de la puerta.

En este momento se reunió con ellos Mr. de Ronquerobles.

Todas las religiosas estan en la iglesia y comienzan un oficio de difunto, dijo él.

—Me quedo aquí, respondió Montriveau, retiraos al locutorio, y cerrad la puerta de este corredor.

Eutrò vivamente haciendose preceder de la fingida religiosa que se echó su velo.

Entonces vieron en la antesala de la celda, á la duquesa muerta, colocada en el suelo sobre la tarima de su cama, y alumbrada por dos cirios.

Ni Montriveau, ni de Marsay dijeron una palabra, tan solo se miraron. Despues, el general hizo un ademán que queria decir:—Llevemosla.

—Sabed, dijo Ronquerolles, que la procesion de las religiosas ha echado á andar, vais á ser sorprendidos.

Con la rapidez mágica que comunica á los entendimientos un último deseo, la muerta fué llevada al locutorio, pasada por la ventana y transportada al pie de los muros, en el momento en que la abadesa, seguida de las religiosas, llegaba para tomar el cuerpo de la hermana Teresa.

La monja encargada de guardar á la muerta habia tenido la imprudencia de registrar la alcoba para saber sus secretos, y estaba tan ocupada en ello que no sintió nada y salió entonces espantada de no hallar á su compañera.

Antes que estas mugeres estupefactas pudiesen pensar en buscarla, la duquesa habia sido bajada con una cuerda hasta el pie de las rocas, y los compañeros de Montriveau habian destruido su obra.

A las nueve de la mañana, ningún rastro existia ni de la escala, ni de los puentes de cuerda; el cuerpo de la hermana Teresa estaba abordo; el bergantin fué al puerto á embarcar sus marineros y se ausentó en el día.

Montriveau quedó solo en la cámara con Antonia Navarreins, cuyo semblante, durante algunas horas, resplandeció brillantemente para él, sublimes bellezas debidas a la calma particular que presta la muerte á nuestros restos mortales.

—Vaya, dijo Ronquerolles á Montriveau cuando este se presentó sobre la cubierta, era una muger, pero ahora no es nada. Amarremosle una bola á cada pié echemosla a la mar, y no pensemos en ella sino como pensamos en un libro leído en nuestra infancia. Eh?

—Sí, dijo Montriveau.

—Tienes talento. En adelante ten pasiones, pero amor, fuera....

—Eso es una tontería! dijo Enrique de Marsay. Es menester no tomarlo sino como una droga que, en cierta dosis, aumenta el placer.

—Este es un hombre! exclamó Ronquerolles dando en el hombro de Marsay.

—Sí, esto no es para mí mas que un poema! dijo Montriveau cuando los remolinos de las olas se borraron en la estela del bergantin.

—Te se concede el poema, para satisfacer lo que te queda de debilidad humana, camarada, dijo de Marsay arrojando con gracia el humo de su cigarro. Tu duquesa.... la conocí. No valia lo que mi *muchacha de ojos de oro*. Y sin embargo salió una noche tranquilamente de mi casa para ir á plantarle un puñal en el corazón. No eras todavia de los nuestros!

FIN.

INDICE.

	Páginas.
Prefacio.....	1

PRIMER EPISODIO.

UNA MUGER DESGRACIADA.

I.—Julia.....	5
II.—Ferragus.....	22
III.—La muger acusada ..	41
IV.—Donde ir á morir.....	75

EPISODIO SEGUNDO.

NO TOQUEIS AL HACHA.

PARTE PRIMERA.

La Hermana Teresa.....	103
------------------------	-----

PARTE SEGUNDA.

El amor en la parroquia de Santo Tomas de Aquino	121
--	-----

PARTE TERCERA.

La muger verdadera.....	373
-------------------------	-----

PARTE CUARTA.

Dios hace los desenlaces.....	211
-------------------------------	-----